

# IDEARIUM ESPAÑOL



ÁNGEL GANIVET

# IDEARIUM ESPAÑOL

Edición de Fernando García Lara  
Estudio preliminar y notas de Loretta Frattale

© de la presente edición: Diputación de Granada  
y Fundación Caja de Granada, 2003

*Cubierta:* Juan Vida

*Viñeta del colofón:* Xilografía de Hermenegildo Lanz,  
por cortesía de Enrique Lanz

*Maqueta:* Publicaciones de la Diputación de Granada

*Imprime:* Imprenta de la Diputación de Granada

I.S.B.N.: 84-7807-356-6

*Depósito Legal:* GR. 745/2003

*Printed in Spain - Impreso en España*

# ÍNDICE

<i>Estudio preliminar</i> , por Loretta Frattale . . . . .	11
<i>Historia del texto</i> , por Fernando García Lara . . . . .	69
PARTE A . . . . .	83
PARTE B . . . . .	178
PARTE C . . . . .	238
EPÍLOGO QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO . . . . .	269
<i>Aparato crítico</i> . . . . .	275



## NOTA DEL EDITOR

Dos son hasta la fecha las colecciones de obras de Ángel Ganivet que han aparecido bajo el rótulo editorial de obras completas: la de diez volúmenes que se publicó por Beltrán y Suárez entre 1923 y 1930 y la que Melchor Fernández Almagro preparó para Aguilar en la primera posguerra. Pero ninguna de las dos, en realidad, son obras completas.

Parece, pues, ineludible abordar la tarea de completar la recopilación de sus escritos y de fijar el texto de sus obras más editadas, a partir del examen y cotejo del mayor número de materiales disponibles. Tal labor es la que se proponen los libros que el lector tiene en sus manos.

La distribución en volúmenes de la obra parte de la constatación de tres estados anteriores distintos. En primer lugar, los libros publicados en vida por Ganivet, a cuya individualidad naturalmente nos atenemos; están después los que la crítica ha agrupado según una justificada lógica (*Cartas finlandesas* y *Hombres del Norte*); finalmente el resto de materiales se reorganiza con cambios y aportaciones, que afectarán sobre todo a la correspondencia, apartado donde el material inédito es más abundante.

Cada volumen incluye la correspondiente historia del texto, donde se expone el tratamiento específico a que nos obliga el estado de los materiales, y un aparato exhaustivo de variantes con las versiones manuscritas y anteriormente impresas; se ha encargado a un especialista la redacción de una introducción y de unas notas explicativas de aspectos culturales y literarios.

Además, en serie aparte, se ha abordado la publicación de monografías sobre Ganivet, rescatando algunas de las más valiosas e incluyendo las más recientes aportaciones de la crítica joven.

Quiero expresar mi agradecimiento a la Diputación Provincial de Granada y a la Fundación Caja de Granada, que han entendido que este empeño filológico y difusor era la mejor y más duradera contribución al solemnizado 1998 por lo que a Ganivet respecta. Mi agradecimiento, también, para The Hispanic Society of America por su generosidad para facilitar cuantas consultas han sido necesarias de sus fondos ganivetianos y a María Dolores Sarmiento por su dedicación a este libro.

## ESTUDIO PRELIMINAR

### GANIVET Y SU RECEPCIÓN

La fortuna crítica de Ángel Ganivet (1865-1898) ha estado condicionada por la irregularidad y discontinuidad de la recepción de su obra en el propio marco de la cultura española<sup>1</sup>. Ello se debe probablemente al hecho de que el escritor granadino permaneciera en la escena literaria apenas diez años –los que transcurren entre la redacción de sus dos tesis doctorales y su prematura muerte a finales de 1898–; de que todo lo escribió lejos de la sociedad literaria española, fuera de los canales oficiales; y de que su especial forma de pensamiento y expresión –sintética y tendencialmente “categórica”, como él mismo en alguna ocasión la juzgó–, más apta para desdibujar perspectivas que para visiones globales y totalizadoras, impediría una lineal y sistemática interpretación de sus textos.

1. La recepción crítica de la obra de Ganivet, en sus diferentes etapas, ha sido comentada por varios estudiosos. Entre ellos: J. Ginsberg (*Ángel Ganivet*, Londres, Tamesis, 1985), E. Inman Fox (“Introducción” a *Idearium Español* y *El porvenir de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999) o N. Orringer (“Introducción” a *Idearium español* y *El porvenir de España*, edición minuciosamente anotada de N. Orringer, Salamanca, Ediciones Almar, 1999, especialmente las páginas 22-30. A partir de ahora, todas las veces que hagamos referencia a esta edición utilizaremos la sigla *IEP*).

A éstas habría que añadir otras circunstancias<sup>2</sup>, como su posición marginal dentro de un grupo, los escritores del 98, que se autopromocionaría como tal cuando ya hacía años que él había muerto; su personalidad huidiza, polifacética, inclasificable según parámetros ideológicos y políticos convencionales, incómoda tanto para progresistas como para conservadores; su propio carácter, que le empujaba a hacer cosas que iban contra corriente, rehuyendo encasillamientos y beneficiosos patronazgos; sus “certezas prematuras”<sup>3</sup>, que no tuvieron tiempo de evolucionar hacia elaboraciones más razonadas.

De hecho, lo que nos ha llegado de Ganivet, lo que los críticos han manejado al enjuiciar sus ideas y su actuación literaria, no es el legado último y meditado de una parábola creativa plenamente desarrollada sino un ideario y una poética todavía en estado latente. Quizás sea inútil, como hace justamente notar Antonio Gallego Morell, pensar lo mucho que Ganivet “hubiese podido escribir de haber vivido los treinta y ocho años más que Unamuno le sobrevive en la vida de la creación literaria”<sup>4</sup>. Sería, por otro lado, impropio no considerar que quien iba trazando, en unas sesenta cuartillas de prédica, una reforma de las instituciones políticas, históricas, artísticas y literarias hispánicas tan radical como la que supone este *Idearium español*, era un joven escritor andaluz repentinamente arrojado a la vida pública europea como cónsul español en un frío y remoto país del norte, que en pocos años de actividad literaria había fraguado una sig-

2. Hay un buen resumen de C. Díaz de Alda en “Finlandia y las *Cartas finlandesas*. Aportaciones al estudio de Ganivet”, en *Fundamentos de Antropología*, 8 y 9, 2000, pp. 87-103.

3. La expresión es de Díaz de Alda, en *ibid*.

4. “Ganivet, escritor del 98” (1973), en *Sobre Ganivet*, Granada, Universidad de Granada, 1997, p. 18.

nificativa variedad de proyectos editoriales –novelas, artículos, ensayos, poemas–, algunos de ellos de considerable entidad; que en sus orientaciones ideológico-especulativas manifestaba oscilaciones hasta violentas, cierta proclividad a las síntesis más desconcertantes y una intensa –muchas veces tremenda– conflictividad interior. Sus ideas, ciertas respuestas suyas, tan agudas como paradójicas, a las grandes cuestiones del último cambio de siglo –tiempo por excelencia de disolución de certidumbres y ortodoxias–, no hacían sino reflejar la fuerza, la parcialidad, las audacias ontológicas propias de una conciencia en vías de formación, una conciencia, en este caso, también marcada por importantes líneas de ruptura e íntima escisión<sup>5</sup>.

5. El mismo Ganivet era consciente de la dialéctica dolorosa que escindía su alma. Ante su amigo Francisco Navarro Ledesma, con quien se cartea desde su llegada a Amberes (1893) como vicecónsul español hasta el final de su vida (1898), admite que su posición respecto a la política, a la religión, a la vida misma, es “indecisa” y sus tendencias “dudosas”. Su instinto “lo arrastra a lo ordinario o mejor a lo popular”, pero el pueblo como organismo social le “da cien patadas en el estómago”, porque le parece que es “hasta un crimen que la gentuza se meta en cosa que no sea trabajar y divertirse”. Al mismo tiempo le parece mal “que los altos manden en los bajos” y, aun gustando de lo “bueno”, lo “selecto” y lo “aristocrático”, por nada del mundo querría “ser aristócrata”. “Despréndese de todo eso –concluye– que en el fondo de mi humilde personalidad hay un vergonzoso dualismo y que partiendo de abajo por instinto y mirando hacia arriba por afición, me quedé en medio, en la situación más penosa de todas las que puede haber en la vida, puesto que me revientan por igual los que dejo atrás y los que tengo delante” (carta a Navarro Ledesma del 4 de septiembre de 1893, *Epistolario*, en *Obras Completas*, prólogo de M. Fernández Almagro, Madrid, Aguilar, 3ª ed., 1961-1962, pp. 891-892. A partir de ahora, todas las veces que citemos de estas *Obras Completas* utilizaremos la sigla *OO.CC.*). Véanse al respecto N. R. Orringer, *Ganivet (1865-1898). La inteligencia escindida*, Madrid, Ediciones del Orto, 1998, y K. Benson, “El yo escindido. La narrativa de Ángel Ganivet entre la tradicionalidad senequista y la renovación modernista”, en AA.VV., *Estudios sobre la vida y la obra de Ángel Ganivet. A propósito de Cartas Finlandesas*, ed. de C. Díaz de Alda, Madrid, Castalia, 2000, pp. 39-48.

Si se estudiara a Unamuno sólo por lo que había publicado hasta 1898 se tendría hoy una idea bien diferente y bastante aproximada de su poética y filosofía de la existencia, radicalizadas sobre los excesos y las dispersiones típicas de la situación de crisis en la que vivía el joven escritor. Nadie dudaría del valor de conjunto de dicha producción, aunque limitada a tan pocos años de actividad, pero su sentido y significado globales resultarían penalizados por el sectarismo y el afán crítico y polémico propio de la juventud. Acaso sea por mecanismos análogos por lo que durante mucho tiempo se ha considerado a Ganivet como un pensador excéntrico, espíritu acaso noble y superior, pero malogrado y en el fondo marginal. “Excéntrico –matiza Pedro Cerezo Galán, de acuerdo con Antonio Gallego Morell– por adelantado a su propia generación, la llamada del 98, que por un capricho del destino lleva el año de su muerte, y también por marginal en su peripecia vital, por tierras de Centroeuropa, a las circunstancias y avatares de sus compañeros”<sup>6</sup>. Sea como sea, un raro, un hombre solitario, singular.

La trágica muerte de Ganivet produjo una oleada de manifestaciones de dolor sincero entre los medios artísticos e intelectuales españoles, pero también desconcierto, consternación, por las circunstancias bastante misteriosas, ambi-

6. Fue R. Gómez de la Serna el primero que definió a Ganivet como “excéntrico”. La expresión fue recuperada por A. Gallego Morell para titular su biografía (*Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*, Gráfica Sur, Granada, 1965), punto de partida fundamental para el futuro desarrollo del modelo de biografía positivista aplicado a Ganivet. Lo que hace Cerezo Galán, en el pasaje citado, es aclarar –en forma sintética– el concepto de “excentricidad” aplicado a Ganivet y a su trayectoria filosófico-literaria por Gallego Morell (“El excéntrico nihilista de la modernidad”, en *Ganivet y el 98. Actas del Congreso Internacional - Granada, 27-31 de Octubre de 1998*, Universidad de Granada, 2000, p. 11).

guas, algo “teatrales”, en las que ocurrió<sup>7</sup>. Ganivet se suicidó a los treinta y tres años tirándose al río Dwina desde el transbordador que todos los días le llevaba al consulado. Tuvo que repetir el acto dos veces, ya que la primera vez alguien intervino y lo reintegró a bordo. Su determinación suicida fue, pues, absoluta. Su médico le había diagnosticado un sensible agravamiento de la sífilis contraída en su juventud. La idea de que en breve tiempo se quedaría paralizado –según las nefastas previsiones del médico– pudo haber anonadado al depresivo Ganivet, acuciado –desde hacía unos meses– por problemas familiares de vario tipo: la muerte de su abuelo *Papatito*, la inestabilidad emocional manifestada por sus dos hermanas, ya solas en Granada, algunos posibles amoríos de Amelia Roldán, madre de sus

7. Noticias sobre las causas y los inmediatos antecedentes del trágico desenlace nos han llegado del informe del vicecónsul de España en Helsinki, Enrique Sánchez y Martínez, que se encontraba por aquellos días en Riga y que el día antes del suicidio tuvo una entrevista con Ganivet (R. y M. Wis, *Ángel Ganivet in Finlandia. Studio biografico e testi*, Helsinki, Société Néophilologique, 1988, pp. 43-44) y de una carta de Amelia Roldán (carta del 21/XII/1898, dirigida a Antonio Ganivet, en P. Gan Giménez, *Las Cartas de Ángel Ganivet*, Granada, Diputación de Granada, 1979, pp. 72-74). El suceso ha sido analizado por muchos estudiosos y biógrafos desde A. Gallego Morell (*Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*, cit.), Judith Ginsberg, (cit.), M. Wiss (“Perché si suicidò Ganivet”, en *Neuphilologische Mitteilungen*, 1, XC, pp. 1-17), J. A. Juanes (*El perfil de Ganivet*, Salamanca, Librería Cervantes, 1998) y M. Orozco Díaz (*Biografía abreviada. Ángel Ganivet y García de Lara, 1865-1898*, Granada, Ayuntamiento de Granada, 1999). La carga simbólica y emocional que trajo consigo la muerte de Ganivet tiene su adecuado comentario en el ensayo arriba citado de P. Cerezo Galán (*Ángel Ganivet, el excéntrico nihilista...*), donde se inscribe el suicidio de Ganivet “en el más amplio contexto nihilista de la historia cultural de Occidente”. “Ganivet –precisa el autor– no muere tanto de la tragedia de España, como de su propia tragedia íntima, convertida extraña y excéntricamente en un testimonio de la agonía espiritual de su generación” (p. 12).

dos hijos, con un tenor en Madrid. Su estado de ánimo, en aquellos días, anduvo rozando el delirio.

Ya fuera por efecto de la sífilis, ya por el de un súbito agravamiento de su latente pero continua depresión que le había sumido en un estado de incontrolado delirio persecutorio, lo que se cree es que en los últimos días, meses, de su vida Ganivet estaba fuera de sí. Ésta fue la explicación con la que muchos justificaron –unos por piedad, otros como acto de racionalización– el penoso ritual de esa muerte, tan intensamente meditada y anhelada, por autoahogamiento en el río ruso.

Desde las páginas de importantes periódicos y revistas –*España contemporánea*, *El Imparcial*, *El Globo*, *Madrid cómico*– se le tributaron pronto a Ganivet reconocimientos y honores, aunque habrá que esperar años para que adquiriera pleno desarrollo el diálogo crítico con sus textos y su herencia intelectual. En las obras que se van a publicar en los años inmediatamente posteriores a su muerte sobre temas ya tratados por él –incluso los que podrían considerarse paradigmáticos respecto a su reflexión filosófico-cultural– no se le cita sino en raras y generalmente poco favorables ocasiones. Dejando aparte homenajes y conmemoraciones<sup>8</sup> –no siempre

8. En su “Introducción” a *Idearium español y El porvenir de España* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, pp. 15-33), J. L. Abellán señala tres: el homenaje de 1904, en el Ateneo de Madrid, entre cuyos participantes figuran Azorín, Unamuno, Navarro Ledesma (las actas fueron publicadas al año siguiente); el de 1921, también en el Ateneo de Madrid, organizado con la finalidad de propiciar la repatriación de los restos de Ganivet a su ciudad natal (entre el 19 y el 21 de enero Manuel García Miranda dio dos conferencias, de las que dieron noticias pormenorizadas los diarios *El Sol* y *La Voz*); el de 1925, durante la dictadura de Primo de Rivera, acaso el más imponente, al que asistieron las máximas autoridades de las instituciones político-culturales españolas y con el que se celebró el traslado del cadáver de Ganivet a Granada (*El Sol*, 29 de marzo de 1925).

determinantes a la hora de valorar la persistencia y profundidad de la fama realmente alcanzada por el destinatario del acto dentro de su comunidad—, los comentarios de los contemporáneos a las obras de Ganivet son objetivamente escasos y por lo general desalentadores.

Altamira le dedica una larga y en el fondo crítica digresión en *Psicología del pueblo español*, haciendo hincapié en su escaso rigor científico y arbitrariedad de juicio. El “agónico” Unamuno, promotor —desde las páginas de *El Defensor de Granada*— de un importante intercambio epistolar con el escritor granadino, publicado póstumo con el título *El porvenir de España* y hoy comúnmente considerado como “acta casi fundacional de la generación del 98”<sup>9</sup>, no dejará de acusar perplejidad frente a “la ondulante complejidad de espíritu”<sup>10</sup> de aquel hombre brillante y algo raro, inteligente y sutil, pero también oscuro y contradictorio (a fin de cuentas, una especie de *alter ego* suyo andaluz). Al recordar su primer encuentro con Ganivet en Madrid, en la primavera de 1891 —cuando los dos habían coincidido como opositores a las cátedras de filología griega de las universidades de Salamanca y de Granada—, lo describe como un “mozo taciturno”, capaz de observaciones e interrupciones “agudas y sutiles”, pero “no siempre congruentes”<sup>11</sup>. Años después se le aparecería ya como otro hombre, “un hombre nuevo”, más resuelto y determinado, aunque acuciado por el “trágico problema de ultratumba”<sup>12</sup>.

9. P. Cerezo Galán, “Introducción” a *El porvenir de España*, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 1998, p. 11.

10. F. Navarro Ledesma, M. de Unamuno, Azorín, E. Román Salame-ro, *Ángel Ganivet*, Valencia, Librería Serred, 1905, pp. 36-37.

11. “Aclaraciones previas” en M. de Unamuno y Á. Ganivet, *El porvenir de España*, citado.

12. *Ibid.*

Los que siguieron no hicieron sino manifestar análogas perplejidades. Ortega considerará a Ganivet exaltado y provinciano a la vez<sup>13</sup>, condenando con él todo un mundo y una cultura demasiado sentimentales, una sociedad sin estructuración, interior ni exterior, sin “vertebración” –precisaría años más tarde– cultural, institucional ni político-social. Al fundador de la *Revista de Occidente* le irritaban especialmente –nos lo recuerda Gonzalo Sobejano– unos supuestos vicios de la personalidad literaria del granadino que veía compartidos por otros intelectuales de la misma generación (Unamuno, Maurice Barrès, Bernard Shaw): “su afán de distinguirse, su manía de ser originales, su personalismo literario”, así como “su tendencia irreprimible a opinar acerca de todo, tomando las ideas como puro material al servicio de su intención de literatos”<sup>14</sup>.

Manuel Azaña, autor de un largo ensayo crítico sobre *Idearium español* publicado en 1931 en *Plumas y palabras*, atacará ferozmente la exhortación ganivetiana –ya convertida en texto de referencia privilegiada para los ideólogos de la dictadura de Primo de Rivera– por “ligereza en la observación, insuficiencia del análisis, arbitrios sugeridos por una inclinación personal o empleo de palabras aturdidamente, guiándose de la apariencia mejor que del contenido”<sup>15</sup>.

Hacia años ya que los intelectuales solidarios con el nuevo régimen –Maeztu a la cabeza– volvían con aprecia-

13. En *Viaje de España* (1910) escribe: “Así, para la inteligencia de la misión española sobre el planeta, soy más deudor a Maurice Barrès que a Ganivet, porque éste no logró elevarse a un punto de vista sobrenacional y sus opiniones adolecen de una visión provinciana del universo”, en *Obras Completas*, I, p. 113, citado por E. Inman Fox, cit., pp. 30-31.

14. “Ganivet o la soberbia”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 104, julio-diciembre 1958, p. 134.

15. M. Azaña, ¡*Todavía el '98!*, introducción de S. Juliá, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 71.

ble frecuencia, en sus artículos, a los temas de la protesta noventayochesca (la España interior, la España eterna, lo “español puro”, la mística nacional), presentándolos como antecedentes teóricos de la política actual. Algo muy parecido continuará haciéndose en la época franquista. Unas argumentaciones de Ganivet especialmente infelices y ambiguas (como sus invectivas contra “la inmundia democracia”<sup>16</sup>, o su declaración de conformidad con un “estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo inmutable” aunque impuesto con el “sacrificio” de las “convicciones teóricas” de los españoles, o su propuesta paradójica de “arrojar un millón de españoles a los lobos” para no echarlos todos “a los puercos”<sup>17</sup>) hicieron posible la vinculación de su ideario al reaccionarismo hispánico del siglo XX —encarnado antes en Primo de Rivera y luego en Franco—, pese a que su senequismo, su defensa de los valores de significación universal como la integridad moral, el respeto de

16. “La inmundia democracia —escribe Ganivet— es la responsable de esta farsa [se refiere a la connatural hipocresía de los gobernantes y de los políticos en general], y es la responsable de todo lo que ha venido después: socialismo, comunismo, anarquismo, etc.” (carta a Navarro Ledesma de 18 de agosto de 1893, *OO. CC.*, II, p. 886).

17. Hace justamente notar Abellán que el pensamiento de Ganivet (por su desprecio a la democracia, al parlamentarismo, a la burocracia) “venía a expresar, de otra manera, el mismo sentido reaccionario que se puede ver en Azorín, en Baroja, en Maeztu o en Unamuno” (cit., p. 29). En cuanto a la última, la más brutal acaso, de las argumentaciones arriba señaladas —la del sacrificio de un millón de españoles para contrarrestar la ruina espiritual de toda España—, Antonio Sánchez Trigueros recuerda que es citada por el filosocialista Unamuno en su correspondencia con Ganivet “para alabar” *Idearium*, “al que con ese motivo califica de ‘oportunísimo’, ‘de honrada sinceridad’ y ‘valiente’” (“*El Idearium español en el contexto ideológico del fin de siglo*”, en AA.VV., *Crise intellectuelle et politique en Espagne à la fin du XIXè siècle*. En torno al casticismo, *Miguel de Unamuno, Idearium español, Ángel Ganivet*, coordinado por Jean-Claude Rabaté, París, Editions du temps, 1999, p. 196).

la dignidad del hombre (de un solo hombre como de un pueblo entero), la magnanimidad y el altruismo, ya hubieran podido bastar para negarla.

Aparte de unos juicios inútilmente –y hasta pretendidamente– ofensivos (“Ganivet es el tipo acabado del autodidacto, de cultura desordenada y retrasada, mente sin disciplina [...] En el fondo es que sólo le interesa su propia persona [...] Se resiste a aceptar la vida; y puesto que el vivir carece de objeto, le dará de su persona lo menos que pueda, encastillándose en su fiera soledad...”<sup>18</sup>), la crítica de Azaña es, por lo general, bien motivada y razonada. No le faltan a Azaña elementos para demostrar que Ganivet es impreciso en sus citas, que no controla sus fuentes, que no llega a la raíz de los sucesos históricos, que establece tan sugestivas como arbitrarias analogías entre ellos, llegando, en más de una ocasión, a conclusiones inevitablemente erróneas; ni se equivoca cuando discute sus criterios historiográficos, poniendo de manifiesto la debilidad teórica de sus síntesis y los riesgos interpretativos de sus hipótesis.

A Ganivet –¿cómo negarlo?– le faltan “rigor”, “método”, “técnica”, toda aquella instrumentación crítico-documental necesaria para el oficio del historiador. Cuando pretende explicar veintitantos siglos de historia española en un texto breve, cuando subordina el destino histórico de España a la influencia de un “espíritu territorial” que, aun siendo inmutable, evoluciona, cuando juzga autores y obras de literatura y de arte desde su punto de vista absolutamente personal y subjetivo (como en los casos de Lope y Moratín, que tanto le molestan a Azaña), en todos los casos procede “por saltos”, “omite las dificultades o las rehúye”<sup>19</sup>. Pero ni a

18. *Ibid.*, pp. 65-66.

19. *Ibid.*

Ganivet, ni a Unamuno, ni a los demás jóvenes intelectuales del 98 les interesa adoctrinar a su público, informarlo, documentarlo con la exactitud o el rigor metodológico que exigiría Azaña. Los hombres de fin de siglo, en plena deriva de certezas y valores absolutos, pretenden por medio de sus escritos seducir más que convencer, estimular el espíritu crítico de sus lectores, formar conciencias individuales, no de clases, provocar reacciones.

Azaña, que vive otro momento histórico, rehúsa toda forma de relativismo. Su mirada no tiene la misma fluidez, no capta las mismas cosas, ni se ejerce desde el mismo ámbito experiencial que orientó la de Ganivet. Azaña juzga desde nuevas categorías y fuera del contexto de la crisis finisecular en que maduró aquel “semillero” de ideas –escritas sin orden ni concierto– que ya Unamuno estimó, al momento de su publicación, generoso y auténtico en su interpretación de los valores espirituales españoles, pero también algo excesivo en su idealismo, así como peligrosamente utópico y distante de los problemas reales de su tiempo.

Azaña, además, estaba especialmente interesado –como han puesto bien en evidencia Santos Juliá<sup>20</sup> e Inman Fox<sup>21</sup>– en “desacralizar” un mito, el Ganivet “apóstol y fundador de la patria espiritual venidera”, que sus enemigos políticos iban alimentando para legitimar su propia propaganda nacionalista y filodictatorial. Su crítica al *Idearium* fue, pues, radical. Azaña rechazó, junto con la elaboración mitificadora *a posteriori*, la formulación original del libro, con sus métodos precarios, sus terminologías difusas, su lógica discursiva brillante pero paradójica.

20. S. Juliá, “Introducción” a M. Azaña, cit., pp. 7-37.

21. E. Inman Fox, “Introducción”, cit., p. 31.

Admitió, sin embargo, que el libro era de por sí “atra-yente”; que estaba inspirado por “honradas intenciones”, como el amor a España y el sentimiento patriótico. De su autor reconoció que era el único –entre los escritores de la pasada generación– que hablaba de España “con amor y dolor sin perder el recato”; que “no agredía, no injuriaba”; que nunca “se le vio retorcerse en bascas de iracundia fluente; sus esperanzas y los juicios históricos en que las fundaba caían sobre el lacerado corazón español como bálsamo lenitivo”<sup>22</sup>. Llegó a atisbar la posibilidad de que se pudiera escribir en el futuro “un libro magnífico” sobre Ganivet, libro que “aún no existe y que acaso nadie lo escriba: tan difícil es restituir el ánimo al punto crítico de fines de siglo”<sup>23</sup>. Un biógrafo con “más doctrina y mejor gusto que Navarro –arguye–, menos ofuscado por la amistad y no tan propenso al énfasis españolista, más delicado y sutil, en suma”, sabría cómo presentar a Ganivet. No lo trataría como un fetiche: hablaría de él como “hombre”, tendría en cuenta “su ambición intelectual, su locura y su muerte” y “su sentimiento trágico del vacío y de la insipidez de la existencia”, pero analizándolos históricamente, “haciendo surgir a Ganivet del medio en que se crió...”<sup>24</sup>.

Habrá que esperar a 1965, año en que se celebraría el primer centenario del nacimiento del escritor, para que no uno, sino varios biógrafos y estudiosos se ocupen, tanto en Granada como fuera de España, de la obra de Ganivet, considerándola en toda su amplitud y complejidad temática e ideológica. En pocos años se publican importantes estudios monográficos –en *Revista de Occidente*, *Ínsula*, *Papeles de*

22. M. Azaña, cit., pp. 65-66.

23. *Ibid.*, p. 66.

24. *Ibid.*

*Son Armadans*— cuyos criterios metodológicos responden, en sus diversas variantes, a un más riguroso planteamiento biográfico-positivista. Gallego Morell pasa revista a ediciones, manuscritos y epistolarios ya publicados o sin publicar para realizar su cuidadosa biografía, que en pocos años completará con la edición de unos artículos, poemas y cartas hasta entonces inéditas, comentándolos críticamente a la luz de las más recientes aportaciones en materia ganivetiana<sup>25</sup>.

En Madrid y fuera de España Manuel Durán, Paulino Garagorri, Miguel Olmedo Moreno, Javier Herrero, Roberto y Marjatta Wis se ocuparán del Ganivet íntimo, de su “historia interna”, de su biografía espiritual, encuadrando al personaje-autor en su propio marco filosófico y existencial<sup>26</sup>. Esta caudalosa y valiosa fuente de información biobibliográfica se ha enriquecido con el tiempo gracias a una casi paralela publicación de epistolarios, como los de Nicolás María López<sup>27</sup>, Luis

25. Nos referimos al ya citado *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98* y a *Estudios y textos ganivetianos*, Madrid, C.S.I.C., 1971. No hay que olvidar un importante precedente en este proceso de profundización de la biografía y obra ganivetianas: *Vida y obra de Ángel Ganivet* de M. Fernández Almagro (Madrid, Revista de Occidente, 1952).

26. Manuel Durán con un breve pero lúcido artículo publicado en *Ínsula*, 228, 1964 (“Ganivet y el senequismo español”); Paulino Garagorri con “Ganivet y el hombre antiguo”; Miguel Olmedo Moreno con “El pensamiento de Ángel Ganivet” y Javier Herrero con “Ángel Ganivet, humanista y místico”, todos ellos en *Revista de Occidente*, vol. 11, 1965; también de Herrero, *Ángel Ganivet, un iluminado*, Madrid, Gredos, 1966; Roberto y Marjatta Wis (cit.) con sus investigaciones biográfico-existenciales.

27. *La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*, ed., prólogo y epílogo de N. M. López, Granada, Tip. Luis F. Piñar Rocha, s.f. [1936]. Estas mismas cartas se han vuelto a publicar en facsímil: *La Cofradía del Avellano. Cartas de Ángel Ganivet. Prólogo de Nicolás M. López a las Cartas Finlandesas de Ángel Ganivet*, Granada, Comares, 2001.

Seco de Lucena<sup>28</sup>, Javier Herrero<sup>29</sup> o Pedro Gan Giménez<sup>30</sup>, que junto con el de Navarro Ledesma<sup>31</sup>, ya incluido en las *Obras Completas* dirigidas por Miguel Aguado, constituirán un instrumento imprescindible para ahondar en la intimidad no sólo humana sino también literaria de Ganivet.

Para contextualizar a Ganivet en la crisis finisecular se hubo de reconstruir el escenario social y cultural en el que el escritor se movió y luego entretejer las debidas correlaciones con sus creaciones. Desde Ramsden, Maravall, Shaw, Inman Fox, Ginsberg, hasta García Lara, Matías Huidobro, Trigueros, Cerezo Galán, Nelson Orringer –cada uno reflejando su propio universo interpretativo, privilegiando su punto de vista, su técnica y criterio de análisis, pero todos contribuyendo a una tan profunda como necesaria revisión de la lectura corriente de los textos e ideas ganivetianas–, se ha venido componiendo un cuadro pluridimensional y polifacético en el que la personalidad humana y artística de Ganivet ha adquirido su justa dimensión.

Ganivet ya no es el idealista puro e inconsciente que fantaseaba sobre el porvenir de España ignorando o transfigurando, con finalidades escapistas, la realidad problemática y hasta dramática en la que vivía, sino un agudo observador –al mismo tiempo frío y apasionado– de la realidad huma-

28. *Juicio de Ángel Ganivet sobre su obra literaria (Cartas inéditas)*, ed. de L. Seco de Lucena Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1962.

29. *Correspondencia familiar de Ángel Ganivet (Cartas inéditas, 1888-1897)*, ed. de J. Herrero, Granada, Anel, 1967.

30. *Las cartas de Ángel Ganivet*, ed. de P. Gan Giménez, cit.

31. *OO. CC.*, I. La correspondencia Ganivet-Navarro Ledesma tuvo varios añadidos. Entre los más significativos: “Epistolario”, en *Revista de Occidente*, vol. 11, 1965, pp. 273-323; y J. V. Agudíez, “Ángel Ganivet y su correspondencia inédita con Francisco Navarro Ledesma”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 21, 1972, pp. 338-362.

na, histórica y cultural de su tiempo; un intérprete sensible y comprometido de la experiencia de la crisis que abarca todos los ámbitos de la reflexión y creación finiseculares; un pensador independiente y hasta rebelde, que no consiguió crear un sistema para interpretar su mundo, pero halló la clave –el viaje al interior de España, de sí mismo, de sus gentes– para reinventarlo de acuerdo con la tensión utópica exigida por una época de decadencia con esperanzas de “regeneración”.

En estos últimos años, gracias también a la ulterior promoción surgida al amparo de la celebración del primer centenario de la muerte de nuestro escritor, podemos contar con una literatura secundaria ya madura y bien articulada, de cuya amplitud y riqueza temática da cuenta pormenorizada Nil Santiáñez Tió en su reciente bibliografía, *Ángel Ganivet: una bibliografía anotada (1892-1995)*<sup>32</sup>. Jóvenes estudiosos como el mismo Santiáñez Tió, Carmen Díaz de Alda, Ángel Berenguer, Ken Benson, José Ángel Juanes, Manuel Orozco Díaz, María Salgado y otros muchos presentes y activos en las iniciativas más importantes organizadas para celebrar este último evento ganivetiano<sup>33</sup> se han sumado a

32. *Ángel Ganivet: una bibliografía anotada 1892-1995*, Granada, Diputación de Granada, 1996. Nil Santiáñez-Tió es también autor de un ensayo fundamental sobre la narrativa ganivetiana (*Ángel Ganivet, escritor modernista. Teoría y novela en el fin de siglo español*, Madrid, Gredos, 1994).

33. Nos referimos al congreso celebrado en Tampere del 22 al 24 de marzo de 1998 (*Finlandia y Ganivet. A propósito de las Cartas Finlandesas (1898-1998)*), cuyas actas, *Estudios sobre la vida y la obra de Ángel Ganivet*, dirigidas por Carmen Díaz de Alda, han sido publicadas por Castalia (Madrid, 2000); y al congreso que tuvo lugar en Granada, en septiembre de 1998, titulado *Ganivet y el 98*, cuyas actas (*Ganivet y el 98*), a cargo de A. Gallego Morell y A. Sánchez Trigueros, fueron publicadas por la Universidad de Granada (2000). Carmen Díaz de Alda, que es autora de

los más autorizados exégetas para arrojar nueva luz sobre una producción que, entre otros méritos indudables, tiene el de preludiar importantes innovaciones estético-literarias del siglo XX. Entre ellas, según acaba de señalar Matías Montes Huidobro a propósito de la técnica narrativa ganivetiana, el “sistema de la otredad machadiana” anticipado a través de la multiplicidad de voces –especialmente la del “apócrifo Ángel”– al que Ganivet confía el relato en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*; el “devenir fragmentado y caótico” de unos personajes (sea de *Los trabajos*, sea de *La Conquista*) muy parecidos a ciertos tipos barojianos; la estructura “prenivolesca” de ambas obras o la distorsión esperpéntica a la que se someten los perfiles humanos, el paisaje y el medio ambiente<sup>34</sup>.

En cuanto a la ensayística –género sobre el que por más tiempo descansó la reputación del escritor–, en el mismo *Idearium* se destacan, como veremos, significativos rasgos innovadores. En su perfil del Ganivet ensayista, ya Gallego Morell observó que “el nuevo estilo que inaugura Azorín” a principios del Novecientos estaba “a la vista” en algunos textos ganivetianos, así como el de Ortega, con sus notas directas y vivaces, “conversacionales”<sup>35</sup>.

Tantas anticipaciones y/o desobediencias a los cánones artístico-literarios vigentes pueden haberle costado a Gani-

---

numerosos e importantes ensayos de tema ganivetiano, ha dirigido otra valiosa iniciativa editorial, el número monográfico 13-2 de la revista *RILCE*, titulado “Ángel Ganivet, en su centro”, Pamplona, Universidad de Navarra, 1997. Asimismo, Fernando García Lara coordinó el número que *Ínsula* dedicó a Ganivet, “El escultor de su alma”, 615, marzo de 1998.

34. M. Montes-Huidobro, *La distorsión lingüística en Ángel Ganivet*, Granada, Universidad de Granada y Diputación de Granada, 2001, pp. 12-13.

35. A. Gallego Morell, “Ganivet ensayista” (1980), en *Sobre Ganivet*, cit., pp. 80-81.

vet –como sugiere Montes-Huidobro– un “puesto entre los ‘clásicos’”, pero le han asegurado otro como escritor de culto, como autor para minorías. Nunca –creemos– Ganivet dejará de inspirar ese “sentimiento de culto, de sociedad secreta, de comunidad espiritual y síquica”<sup>36</sup> que Montes-Huidobro percibe en sus lectores, pero ya se le suele contemplar desde una perspectiva menos excéntrica e intuitiva, oportunamente matizada y compleja. Su talante individualista, original y algo raro nos parece hoy perfectamente ajustado al “espíritu” de su tiempo; sus vacilaciones las explicamos como resaca provocada por la deriva finisecular; sus alarmas contra los extravíos de la modernidad las consideramos atisbos precoces de actitudes que serían aceptadas sin reserva en un tiempo posterior. Lo que Ganivet no disfrutó en términos de fama, estima y apreciación como moderno lo va recuperando ahora entre los posmodernos. Su obra ha adquirido, en fin, con la perspectiva del tiempo transcurrido, una claridad y una convicción respecto a las cuales no cabe ya otra respuesta que la de una objetiva y serena valoración crítica.

#### GANIVET, *IDEARIUM ESPAÑOL* Y LA CULTURA DE SU TIEMPO

No son pocas las deudas que la generación de fin de siglo –y quizá aún más la actual– mantiene con Ganivet y su ideario. Personalidad dotada de gran libertad de juicio, el escritor granadino fue, con Unamuno aunque independientemente de él, uno de los primeros en revocar el punto de vista realista-positivista para adaptarlo a una interpretación de la realidad más compleja y moderna. La realidad objeti-

36. M. Montes-Huidobro, cit., pp. 13-14.

va, el mundo en el que la humanidad vive, la misma humanidad, el individuo, su Yo, todo ello es relativizado por Ganivet en pro de un personal utopismo estético y de un nihilismo igualmente *sui generis* –de orientación hermenéutica y de signo polémicamente regresivo–, hoy en día especialmente valorado como una de las “debilidades” ontológicas más peculiares, y quizás también más productivas, de nuestro siglo XX.

Aquí es donde los perfiles de estos dos jóvenes intelectuales se separan y se enfrentan. Vasco, más dialéctico y luchador, por entonces más “agónico” que contemplativo, nórdico y casi calvinista en su rigorismo moral activo (nada abstracto ni teórico-intelectual), Unamuno hará todo lo posible para agitar la aguas cenagosas de la sociedad española finisecular. “Excitator Hispaniae”, según la acertada definición de Curtius, ante el mundo político y académico tradicionalista gritará todo su desdén por la insensatez y el vano formulismo de sus dogmas lingüístico-culturales y la hipocresía de sus convenciones sociales. Apelará a su gente, a los españoles –entidad no menos teórica y convencional en su significado étnico-cultural común–, para que se deshagan de tantos hábitos mentales pegadizos, se “chapucen de pueblo”, para que vuelva a relucir la casta desnudez de su alma, de su ser más auténtico, medular y originario.

En los cinco ensayos publicados de febrero a junio de 1895 en la revista *España Moderna* –luego reunidos en el libro titulado *En torno al casticismo* (1902)– plantea todo ello y lo discute con tono y modalidades expositivas nuevos, contra-corriente, entre lo conversacional y lo apodíctico. Puso así Unamuno al descubierto una realidad “intrahistórica” profunda y compleja –sedimentada por la experiencia cotidiana y por la más íntima memoria colectiva– que en breve se convertiría en el horizonte de referencia común para toda clase de reflexión (lingüística, sociológica, literaria) sobre la identidad de España como nación.

Andaluz, meridional, tan sensible a la belleza y a los goces mundanos como rigurosamente ascético en su lucha íntima y solitaria contra las debilidades humanas, Ganivet meditará sin cesar –desde su álgida *turris eburnea* finesa– sobre el espíritu de su pueblo, su forma de ser y sus posibilidades de autorrealización, concentrado en afirmar lo moral sobre lo puramente formal, el vivir en armonía con la naturaleza sobre todo esfuerzo neurótico de adecuación a los inhumanos medios metropolitanos, la defensa de la dignidad y la conciencia individual frente a toda vejación ajena, el dominio de la voluntad y la indiferencia ante el dolor y la muerte.

Pese a las no pocas diferencias se perfila, así, la posibilidad de un frente único, una importante línea de convergencia entre las dos posturas intelectuales. Tanto Ganivet como Unamuno viven un desdoblamiento entre tensiones místicas y preocupaciones sociales; rechazan cualquier credo religioso y político sistemático, pero no renuncian a la acción. El desasosiego religioso fue ese carácter común desde el que arrancarían un esfuerzo constructivo y unificador –la larga meditación noventayochesca sobre España y su futuro– variamente plasmado por los principales representantes de su generación.

La fusión se hace posible porque tanto Ganivet como Unamuno, así como Azorín, Baroja y Maeztu, lo reducen todo (todo modelo cultural) a su esencia última y profunda, a un *adentro* en el que todo se confunde, hasta las oposiciones más radicales. Su observatorio está colocado “dentro” de la realidad; su horizonte epistemológico se extiende por debajo de la superficie lógico-racional de la vida histórica, pública, oficial. Desde allá todo lo ven y lo perciben de forma muy esencial y radical a la vez. Ciertas generalidades, o también disparates, en los que a veces tropiezan esos intelectuales, nada ingenuos e indiscutiblemente doctos y bien cultivados en los diferentes sectores de la cultura y arte

universales, se explican por el espíritu y la especial tonalidad meditativa de su reflexión, tan propensa a lo esencial como a lo paradójico, a lo más radical como a lo “eterno”. En el *Geist* o espíritu de su pueblo y de su tierra (el “espíritu territorial” del que nos habla Ganivet en las páginas de este *Idearium* como de una fuerza arquetípica y originaria sociológicamente condicionante del destino histórico de la nación), o en el alma (que es como muchos de ellos –Unamuno y Azorín concretamente– prefieren definir la “sustancia” íntima, la “esencia”, el “ser auténtico” de su pueblo), en su centro psíquico, adentro, vislumbran una potencialidad de autorrealización y recomposición de la identidad nacional que por ser más honda y próxima a la originaria se les revela también como la verdadera, la “auténtica” y al mismo tiempo la más universal.

De esa sustancia “intrahistórica”, eterna, irreductible, pero en el fondo cambiante –en cuanto sedimento de cultura acumulado en las diferentes épocas históricas–, estaría hecho, para Unamuno, “el puro español”, es decir, quien –como Don Quijote– supiera renunciar a su españolismo para llegar al espíritu universal, “al hombre que duerme dentro de todos nosotros”<sup>37</sup>. De ese espíritu del terruño o aliento vital insuflado a los pueblos por su Gran Madre, la tierra, origen (*génie*) y matriz de lo individual, lo auténtico, lo propio de cada pueblo (“lo puro español”); de ese espíritu, pues, eterno y en el fondo inalterable (aunque sujeto a evolución) como el espacio físico –el duro suelo– que habita, debería sacar fuerza y energías la España casta y virgen de Ganivet para la completa y armoniosa realización de su ser.

Si Unamuno se refiere a España y su historia con metáforas dinámicas, agónicas (el mar, las olas en movimiento,

37. “Examen de conciencia”, en *Obras Completas*, ed. de M. García Blanco, Madrid, Escelicer, 1959-1964, 11 vols., VII, p. 416.

la tempestad, ríos que discurren sobre capas de sedimentos seculares), Ganivet las define con imágenes y símbolos inmutables, arquetípicos. España es, para él, una Virgen casta, la Concepción Inmaculada, la Gran Madre del Espíritu y de las Ideas, proyección trascendente de otra madre, no menos grande, la Tierra, origen y destino de todo lo que es. En su proyecto común de reapropiación de lo hondo, el primero incita a los españoles para que intervengan activamente sumergiéndose en las olas tempestuosas de la historia, “chapuzándose” de pueblo, rompiendo costras y barreras que impidan una correcta y madura autopercepción, mientras que el segundo parece más bien orientarlos hacia una experiencia estática, cuando no místico-contemplativa, de sí mismos, de su tierra y su historia. Para autorrealizarse armoniosamente –sugiere Ganivet en su *Idearium*– los españoles tendrán que encerrarse, ensimismarse, tomar conciencia de su más honda naturaleza espiritual, emanación y reflejo de una más radical unidad territorial.

Más que nacionalistas, comenta Nelson Orringer, esos intelectuales deberían definirse más apropiadamente como “autoctonistas nacionales”<sup>38</sup>. Forzando la expresión con un oxímoron que no le habría sabido mal a Unamuno, ni desde luego a Ganivet (aunque desde una óptica desplazada más hacia lo individual y singular que hacia lo colectivo y social), se les podría tildar también de “autoctonistas universales”<sup>39</sup>.

38. Orringer, *IEP*, p. 18.

39. Piénsese, por ejemplo, en lo que dice Unamuno a propósito del contrato social de Rousseau, que presenta como “la razón intrahistórica de la patria”: “Porque hay en formación, tal vez inacabable, un pacto inmanente –aclara unas líneas más adelante–, un verdadero contrato social intrahistórico, no formulado, que es la efectiva constitución interna de cada pueblo. Este contrato libre, hondamente libre, será la base de las patrias

El camino de Ganivet, respecto al de Unamuno, no sólo fue más corto sino también más solitario, menos comprometido o endeudado con las ideologías asociadas al “marasmo” que ambos pretendían sanar. Su temperamento era acaso más vulnerable; su yo, menos consciente de la incontrolable vocación del hombre para el error, menos dispuesto a aceptar que la realidad histórica esencialmente problemática y hasta trágica de su país –ese indescifrable enigma que se seguía llamando España– no se solucionaría con fórmulas, ni con programas ideales; que, como la niebla unamuniana, hubiera podido acaso –y transitoriamente– disolverse, pero no resolverse. Frente a la crisis de ideas, de valores, de perspectivas culturales en la que tuvo lugar en España el cambio de siglo, Ganivet mantuvo una actitud escindida –a la que ya aludimos– igualmente orientada hacia la idealización más sensible, sublime y cautivadora y a la negatividad más despreciable, cínica y desengañada, sin conseguir redondear, conciliar –como en este mismo *Idearium* se prescribe– las contraposiciones y contradicciones compatibles con tan dilatado ángulo de reflexión.

La formación ideológica y literaria de Ganivet tenía mucho que ver con el idealismo arcaico-clásico, místico y racionalista a la vez, introducido en España a través del krausismo alemán y aquí pronto convertido en una pedagogía del hombre nuevo, emancipado y perfeccionado –moral y espiritualmente–, y en una filosofía regeneracionista, meliorista, de la historia universal. En la estela de una tradición filosófica que arranca del estoicismo y de Séneca y,

---

chicas cuando éstas, individualizándose al máximo por su subordinación a la patria humana universal, sean otra cosa que limitaciones del espacio y del tiempo, del suelo y de la historia” (*En torno al casticismo*, ed. de J. Juaristi, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, p. 75).

a través del pensamiento cristiano (san Agustín) y ciertos moralistas barrocos (Quevedo), llega a esa hibridación entre idealismo y positivismo tan característica de la cultura finisecular, Ganivet defendió una filosofía de la historia que se ocupara del destino de España –de sus problemas y sus perspectivas futuras– como si de una entidad viva dotada de cuerpo y “espíritu” se tratara, cuya emancipación debía avanzar hacia la realización de una armonía global, individual y social.

Los krausistas españoles, muy influidos por los románticos, habían asignado al arte, a la literatura, a la tradición cultural del país, un papel fundamental. Les reconocían una importante función de iluminación de las conciencias, de afirmación de la libertad individual y colectiva. Pusieron también el énfasis en las reformas necesarias para reanimar a la España moribunda, abúlica, acomplejada, de los últimos siglos, pero el momento del autodescubrimiento y la regeneración cultural dominó sobre el de la actuación práctica a partir de lo meditado.

Ganivet, por su parte, no considerará nunca a España y a los españoles como puras abstracciones. No puede pensarlos desatados, como dos realidades separadas. Para él, el espacio (el suelo, el territorio) determina al hombre y hasta lo forma. Siguiendo quizás a Taine, según Ramsden, Shaw, Cerezo Galán y otros muchos y al británico Buckle, según Inman Fox, así como al alemán Jhering según Orringer y Calvo Carilla, aclara que el hombre, el “ser ahí” del que se ocupa la filosofía, está significativamente marcado en su vida por las relaciones que establece con el espacio que le rodea. No a otros estímulos responde y reacciona –para él– el ser colectivo de una nación. El espacio al que se refiere Ganivet no es un ámbito exclusivamente geográfico. Es psicológico, sociológico, histórico a la vez, pero es sobre todo y antes que todo suelo, tierra: esa tierra madre-matriz áspe-

ra y austera, esa materia noble aunque dura y seca que en su *Idearium* define como “lo único que hay perenne”<sup>40</sup>. No dice lo mismo de la religión, ni del arte, ni del derecho, fenómenos que por históricos considera cambiantes. El suelo –concretamente la tierra– al que Ganivet se sentía vinculado cultural, mental y sentimentalmente es el punto de arranque y meta final de una filosofía de la historia que, a pesar de todo, mantiene una sutil pero profunda coherencia gracias a sus firmes ataduras con lo “propio permanente”, lo auténtico, el *autós* del país; con un supuesto espíritu español –antiguo y primitivo– tan esencial respecto a la vitalidad intelectual y cultural de la nación como inseparable de su cuerpo físico, de su concreta realidad espacial y político-social. Para analizar a fondo “la estructura psicológica de un país –precisa en *Idearium*–, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica; hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreductible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisionomía de ese país. Y como siempre que se profundiza se va a dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo se encuentra en el ‘espíritu territorial’”<sup>41</sup>.

¿Y qué es, concretamente, el espíritu territorial sobre el que razona Ganivet? Es posible, como sugiere Herrera, que el sintagma proceda de las lecturas universitarias con las que el estudiante granadino se preparaba para afrontar la asignatura de Derecho Político. El término “espíritu”, por otro lado, evoca al *Geist* de la filosofía idealista romántica alemana, todavía de moda en los medios intelectuales españoles de fin de siglo, significativamente marcados por un

40. Esta edición, p. 120.

41. *Ibid.*, pp. 119-120.

acusado “nordicismo” cultural. Ganivet mismo muestra estar al tanto de las corrientes culturales y filosóficas alemanas del siglo al redactar la primera de sus dos tesis doctorales, *España filosófica contemporánea*. La idea romántica de *Volksgeist* (espíritu popular) y/o *Volksseele* (alma popular) circulaba en España desde 1880. Lo documenta Gayana Jurkevich en su estudio sobre la “condición abúlica” común a muchos intelectuales del 98<sup>42</sup>, donde nos recuerda también que el término mismo, *Volksgeist*, figura tanto en el *Idearium* ganivetiano como en *En torno al casticismo* de Unamuno como concepto usual.

Este espíritu (*Geist*) “permanente” e “invariable”, núcleo germinal originario y “principio generador” (*génie*)<sup>43</sup>, es –según se precisa en *Idearium*– territorial. Es el territorio mismo el que lo crea y lo “infunde”<sup>44</sup>, determinando en sus habitantes caracteres y actitudes peculiares:

Como hay continentes, penínsulas e islas, así hay también espíritus continentales, peninsulares e insulares. Los terri-

42. “Abulia, Nineteenth-Century Psychology and the generation of 1898”, en *Hispanic Review*, 1992, 60, n. 2, pp. 181-194.

43. La raíz *gen-* (lat. *gignere*) del término *génie* remitiría a *generar*, pero también a *origen* y *originario*, así como a *original*. Genial es quien es capaz de *generar*, dar *origen* a algo que, siendo creación individual, es a su vez *original*. Se ha discutido mucho la posibilidad de asociar el término francés *génie* (directa derivación del latín *genius*) al griego *psyché* (alma). En general se considera el genio como una entidad autónoma y exterior al hombre, bien diferenciado de la *psyché* (o *alma*) que se situaría más apropiadamente en la dimensión interior del hombre. El campo semántico relativo a la expresión *genius/génie* pudo ser asimilado en unas determinadas áreas lingüísticas por otras soluciones léxicas. En Alemania, por ejemplo, el término *Geist* (espíritu, aliento divino) sustituyó eficazmente al francés *génie*, mientras que quedó rigurosamente diferenciado de la palabra *Seele*, en griego *psyché* (en español *alma*). El estado de la cuestión está bien resumido por Giampiero Moretti en *Il Genio*, Bolonia, il Mulino, 1998.

44. Esta edición, p. 120.

torios tienen un carácter natural que depende del espesor y composición de su masa y un carácter de relación que surge de las posiciones respectivas: relaciones de atracción, de dependencia o de oposición. Una isla busca su apoyo en el continente del que es como una accesión, o reacciona contra ese continente si sus fuerzas propias se lo permiten; una península no busca el apoyo, que ya está por la naturaleza establecido, y reacciona contra su continente con tanta más violencia cuanto más distante se halla del centro continental; un continente es una masa equilibrada, estática, constituida en foco de atracción permanente<sup>45</sup>.

El “espíritu territorial” ganivetiano se nos presenta, pues, como una especie de adaptación del arcaico-clásico *genius loci* a modernos criterios histórico-positivistas. Muy poco tiene que ver con el *Zeitgeist* de los alemanes o con el más liviano *esprit du temps* de los franceses. No es el tiempo (la historia humana en su evolución diacrónica, en su dinamismo cronológico) sino más bien el espacio (el suelo, la tierra) la coordenada –invariable– que orienta el destino de las naciones.

Ganivet cree que se pueden determinar los comportamientos que se dan en los pueblos por la peculiar conformación geográfica de sus respectivas naciones. Para él, la España peninsular, constantemente sometida a invasiones extranjeras por sus dos puertas naturales, una al norte (los Pirineos), la otra al sur (el Estrecho), debió de imprimir en su pueblo su marcado carácter de independencia. La insularidad inglesa transmitió, en cambio, a su gente la agresividad necesaria para ampliar su territorio limitado e insuficiente. La Francia continental, rodeada por todos lados (o casi) por enemigos potenciales, dotó a su colectividad de un fuerte espíritu de resistencia. A unas cuantas características

45. *Ibid.*, pp. 120-121.

geofísicas corresponderían, pues –de acuerdo con las teorías positivistas de Taine y Jhering–, determinados temperamentos y actitudes en los pueblos. En la misma Península Ibérica, precisa Ganivet, pueden rastrearse variaciones sensibles de clima y conformación territorial. Estas variaciones se reflejan en el carácter de sus heterogéneas poblaciones, pese a que el originario espíritu de independencia siga animándolas a todas. La Península Ibérica pudo, así, tener conquistadores levantiscos, dotados de oportunismo político y capacidad diplomática, así como los tuvo navegantes y descubridores por deseo de dominio como los portugueses, pero el móvil que les dio pábulo a todos fue siempre el mismo: la defensa de su independencia. El mismo espíritu de agresión que se suele atribuir a los conquistadores españoles es visto por él como mera “transformación del de independencia y ha de desaparecer lentamente con las causas que motivaron la transformación”<sup>46</sup>.

Los problemas surgen –según nuestro analista– cuando, por causas externas provocadas por la dinámica incontrolable de las relaciones entre las naciones o por intereses ajenos al bienestar –más bien espiritual que material– del país, la clase política directora toma decisiones que contrastan con el espíritu de su tierra; cuando la lógica superior y externa (aparental, material, política) de los sucesos históricos se impone sobre la interior (auténtica, espiritual, cultural) provocando heridas incurables en el cuerpo vivo de la sociedad.

Lo que quisiera hacer ahora Ganivet es subsanar aquellas plagas. Como un verdadero “médico espiritual”, se pone a estudiar las causas del actual malestar de su patria con la esperanza de hallar algún posible remedio. En *Idearium* señala que va a analizar y afrontar la crisis nacional

46. *Ibid.*, p. 128.

como un problema principalmente “psicológico y filosófico”, procurando ahondar tanto en el alma de la nación como en su *psique* colectiva, con los mismos instrumentos científico-culturales con los que la moderna psicología solía tratar las enfermedades mentales.

Aunque declara no profesar “la sociología metafórica que considera las naciones como organismos tan bien determinados como los individuales”<sup>47</sup>, Ganivet admite estar especialmente interesado en perfilar la individualidad histórico-cultural de su país, en analizar las causas del estado abúlico que padece su pueblo, en diagnosticar las enfermedades de su cuerpo social. “Como funciona el organismo individual para vivir –comenta en *Idearium*–, así trabaja la sociedad para vivir”<sup>48</sup>. Localizar el centro vital y organizador del sujeto en cuestión –“ahondar en su alma”– para despertar fuerzas y energías creadoras latentes hasta ahora ignoradas, así como ideas (“idéés-force” las había definido el sociólogo francés Fouillée, “ideas-madre” las llama Ganivet ya en su primera tesis doctoral<sup>49</sup>), es la terapia aconsejada en su *Idearium* para curar los “males de la patria”, para que la “acción desconcertada y débil” de hoy sea mañana “calor y luz y, si se quiere, electricidad y magnetismo”; para

47. *Ibid.*, p. 250.

48. *Ibid.*, p. 251.

49. Para un análisis bien meditado de la teoría de las ideas en Ganivet y en Fouillée remitimos al estudio de A. Robles Egea, “El neoidealismo y la rebelión de Ángel Ganivet contra el positivismo: sobre Alfred Fouillée y la teoría de las ideas”, en AA.VV., *Ángel Ganivet, en su centro*, cit., pp. 201-221. Los krausistas (Canalejas) también solían referirse a las ideas-madre (“las del hombre, la naturaleza y la de Dios”, en contraposición a los “enloquecimientos pasajeros, producidos por accidentes históricos; F. de P. Canalejas, “La poesía dramática en España”, en *La poesía moderna: Discursos críticos*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1877, p. 77).

que España –como pueblo y como nación– recupere, en fin, mediante un rápido y radical proceso de introspección y autoconciencia, profundidad en su mirada, lucidez en la percepción de la realidad, determinación y convicción en la acción.

En aquellos años –recuerda Ciriaco Morón Arroyo en sus meditaciones sobre la preocupación de los españoles del siglo XX por su identidad de pueblo y de nación– todos buscaban “espíritu”, “carácter”, “genio”, “alma nacional”, “alma de la raza”, y todos aseguraban hacerlo científicamente<sup>50</sup>. La ciencia más al alcance de esos buscadores de identidad individual y colectiva, inseparable de su natural contexto evolucionista, es la psicología moderna, tanto la experimental como la de los pueblos, la *Völkerpsychologie*. Ahondar en el alma, en la *psique*, o en el inconsciente colectivo de su propia nación, penetrar en su pasado histórico e intrahistórico, les ayuda a romper la costra, la capa dura de aquel presente muerto; a crear perspectivas –o ilusiones– de futuro. El estudio de la psicología o de los textos publicados por sus más autorizados representantes influirá así sensiblemente en la representación de España propuesta por Gani-vet y sus compañeros –póstumos– de generación en sus respectivos ensayos historiográficos.

Acaso no sea inútil recordar aquí –para dar una idea de la extensión e intensidad del fenómeno– los principales títulos de las obras que en un breve lapso afrontan el problema español en términos médico-psicopatológicos, tal como los reúne Michael Aronna en su interesante estudio sobre el discurso de la enfermedad –aplicado al análisis de la organización social y política de los pueblos– en la ensayística del

50. C. Morón Arroyo, *El “Alma de España”*. *Cien años de inseguridad*, Oviedo, Nobel, 1996, p. 108.

cambio de siglo<sup>51</sup>. Abre la lista Lucas Mallada con *Los males de la patria* (1890), al que siguen Unamuno con los ensayos publicados en *La España Moderna* entre febrero y junio de 1895 (luego reunidos en *En torno al casticismo*, 1902), Ramón y Cajal con *Los tónicos de la voluntad* (1895), Pérez Pujol con *Historia de las instituciones sociales de la España goda* (1896), Ganivet con su *Idearium* (1897), Ricardo Macías Picavea con *El problema nacional* (1899), José Martínez Ruiz con *El alma castellana* (1899) y Rafael Altamira con *Psicología del pueblo español* (1902). Todos esos escritores se pintan a sí mismos como médicos espirituales, curanderos del alma, psicólogos, analizando una psicopatología nacional (abulia, anemia espiritual, parálisis intelectual), pero también otras enfermedades más corpóreas (“parasitismo social”, “el microbio separatista” o morbos todavía letales como el burocrático “exceso de papel”<sup>52</sup>).

Sabido es que los krausistas (entre otros, Gumersindo de Azcárate, Eusebio Ruiz Chamorro) y los krausopositivistas (Francisco Giner de los Ríos, Francisco de Paula Canalejas, Nicolás Salmerón, Urbano González Serrano) habían basado su visión filosófica de la vida humana, así como la de la historia y cultura patrias, en teorías psicológicas. Su interés por la psicología se explica por el carácter acentuadamente pedagógico-educativo que caracterizaba su programa cultu-

51. *Pueblos enfermos: the discours of illness in the turn of the Century Spanish and Latin American essay*, North Caroline, University of North Carolina Press, 1999, p. 24.

52. Para un cuadro amplio y polifacético de la “España enferma” finisecular remitimos a J. L. Calvo Carilla, *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998, especialmente el capítulo “Los males de un siglo agonizante” (pp. 81-113).

ral. Gracias a ellos, teorías y obras de autores como Wundt, Büchner, Strauss, Spencer, Bain, Maudsley y Ribot se difundieron en España con apreciable oportunidad y fuerza de penetración<sup>53</sup>.

Con motivaciones y finalidades diferentes, tanto Unamuno como Ganivet se dedicaron al estudio de la psicología<sup>54</sup>. El primero se presentó a una oposición para la cátedra de psicología unos años antes de ganar la de literatura griega en la Universidad de Salamanca. El segundo, en su testamento espiritual dirigido a Francisco Navarro Ledesma y dedicado a su hijo, admitió haber consagrado “unos diez años” a la investigación psicológica<sup>55</sup>. De hecho, unas cuantas imágenes y metáforas bastante corrientes en la ensayística noventayochesca proceden de este universo subterráneo –lo psíquico, lo subconsciente, lo intrahistórico–, que se revelará como uno de los descubrimientos más influyentes en la fenomenología cultural del siglo XX.

La psicología inglesa, minuciosamente considerada y clasificada por Ribot<sup>56</sup>, y concretamente los estudios de Conwy Lloy Morgan –autor de importantes obras de psico-

53. H. Carpintero, *Historia de la psicología en España*, Madrid, Eudema, 1994, pp. 119-135 y 148-166. Chamorro es autor de una afortunada *Psicología o ciencia del alma*. Especialmente importante es el papel desarrollado por Urbano González Serrano en la difusión de los estudios de Ribot.

54. Remitimos a los estudios ya citados de R. Senabre y G. Yurkevich y a los de J. L. Abellán, “Unamuno a la luz de la psicología”, 1961 (en *Sociología del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 153-189) y *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*, Madrid, Tecnos, 1964.

55. “Declaración. Para mi hijo”, en *Textos inéditos ganivetianos*, cit., pp. 321-323.

56. Th. Ribot, *La psychologie anglaise contemporaine (école expérimentale)*, 1870, traducido al español por M. Arés (*La psicología inglesa contemporánea y Escuela experimental*, trad. y apéndice de Mariano Arés, Salamanca, Sebastián Cerezo, 1877).

logía comparada, así como de geología y química orgánica<sup>57</sup>—, podrían, por ejemplo, haber inspirado a Unamuno sus pluricomentadas metáforas pelágicas, en las que lo psicológico se combina con lo geológico, lo puramente mental con lo telúrico, lo ideal con los estratos más ocultos de la realidad<sup>58</sup>. Nos referimos a la representación unamuniana de lo intrahistórico como fondo marino y de la historia como superficie, mar en movimiento, con sus olas tempestuosas, sus súbitas alteraciones. La representación de los movimientos de la conciencia como “onda movible”, iluminada en su cúspide y alturas pero oscura en el fondo, ya circulaba —lo recuerda Urbano González Serrano en su prólogo a la edición española de *L’imagination créatrice* de Ribot— entre los lógicos ingleses, “sobre todo Morgan”<sup>59</sup>. Las mismas

57. Conwy Lloy Morgan (Londres 1852-Hastings 1936) fue psicólogo comparatista. En su producción destacan unos significativos textos de tema geológico (*Water and Its Teaching*, 1882, *Facts Around Us*, 1884) y numerosas aportaciones en el campo psicológico. Su *Psychology for Teachers* es de 1894 y *An introduction to Comparative Psychology* es de 1895 (*Dictionary of Scientific Biography*, ed. de C. Coulston Gillispie, Nueva York, American Council of Learned Societies, Charles Scribners’s sons, 1974, vol. IX, pp. 512-513).

58. Se han formulado varias hipótesis sobre el origen de las imágenes y metáforas elaboradas por Unamuno para representar su concepto de “intrahistoria”. Jon Juaristi se ha ocupado del tema en la “Introducción” a su edición de los ensayos unamunianos publicados en *En torno al casticismo* (cit.), en *Unamuno: guerra e intrahistoria (1874-1905)*, en AA.VV., *En el ‘98 (los nuevos escritores)*, ed. de José-Carlos Mainer y Jordi Gracia, Madrid, Visor, 1997, pp. 35-66, y en “Antes de la intrahistoria”, en AA.VV., *Crise intellectuelle et politique en Espagne à la fin du XIXè siècle*. En torno al casticismo, *Miguel de Unamuno*, Idearium español, Ángel Ganivet, coordinado por J-C. Rabaté, París, Editions du temps, 1999, pp. 89-101.

59. Th. Ribot, *Ensayo acerca de la imaginación creadora*, traducción de V. Colorado, prólogo de Urbano González Serrano, Madrid, Librería de Victoriano Suárez y Librería de Fernando Fe, 1901, pp. 3-10. Creemos que

nivolas unamunianas podrían considerarse como un reflejo del *nuage* que trastornaba la mente de Marcelle, caso patológico analizado por Janet en su famoso estudio *Sur un cas d'abulie et d'idées fixes*<sup>60</sup>, provocando aquella “crise d'idées”, aquella “diminution” vertical de la voluntad que hacían de ella un sujeto abúlico, un ser que deja de existir como indi-

---

González Serrano se refiere aquí a Conwy Lloy Morgan. En la conciencia –observa– “se pueden distinguir (como lo hacen ya algunos lógicos ingleses, sobre todo Morgan) el foco (conciencia personal del yo) y los márgenes (conciencia sorda, punto de arranque para la evolución espiritual) que se simboliza *grosso modo* en una onda movible [...] suficiente para explicar los fenómenos subconscientes mejor que con la especie de creación *ex nihilo* que supone el epifenómeno” (pp. 8-9). En nota se añade: “Según el esquema de Morgan la luz de la conciencia (así lo indica A. Bertrand, *L'Apperception du corp humain*) ilumina sólo la cúspide y alturas y deja en la sombra el fondo de los valles como el sol saliente. Pero, siendo la onda movible, lo subconsciente puede llegar a consciente y viceversa y hallar principio explicativo para la legitimidad de la especulación, reconociendo que el fenómeno sugiere, a través de sus apariencias, la idea de lo real en ellas oculta (por el hilo se saca el ovillo), pues el efecto visible denuncia la causa latente» (p. 9). El mismo Unamuno hace explícita referencia, en *En torno al casticismo*, a la psicología inglesa: “Es mérito de la psicología inglesa –declara– el haber puesto en claro el principio luminoso de que el acto más elemental de percepción, de *discernimiento*, como ellos dicen gráficamente, es la percepción de una diferencia y que conocer una cosa es distinguirla de las demás, conociéndola mejor cuanto de más y mejor se la distingue”. Unas líneas más adelante, al tratar de definir mejor el concepto antes expuesto, precisa que “la diferencia sólo se reconoce sobre un fondo de semejanza [...], un fondo de continuidad, un *nimbo* que envuelve a lo precedente con lo subsiguiente; la vida de la mente es como un mar eterno sobre el que ruedan y se suceden las olas, un eterno crepúsculo que envuelve días y noches, en el que se funden las puestas y las auroras de las ideas. Hay un verdadero tejido conjuntivo intelectual, un fondo intraconsciente, en fin”. En nota aclara que llama “intraconsciente” a lo que normalmente suele denominarse “inconsciente” o “subconsciente” (*op. cit.*, p. 92).

60. Publicado en *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, dirigido por Th. Ribot, París, Alcan Editeur, XXXI, 1891, pp. 258-287 y 382-407.

viduo para actuar como un autómatas o un ente de ficción, que repite palabras y gestos ajenos o también ideas fijas, pensadas y dictadas por otros.

Ganivet, por su parte, conoce bien y cita en diferentes ocasiones los estudios de Pierre Janet, Theodule Ribot y Alfred Fouillée sobre los trastornos causados por el debilitamiento de la voluntad<sup>61</sup> –o “abulia”– y la falta de “energía creadora” que los acompaña. Es posible que los haya leído directamente en francés durante su estancia en Amberes, como vicedónsul español, desde julio de 1892 hasta principios de 1896. Senabre, sin embargo, personaliza en Ribot, y concretamente en un ensayo suyo, *Les maladies de la volonté*, el texto puente que condensa todas las demás aportaciones<sup>62</sup>. La descripción de los síntomas, la articulación de los conceptos básicos, la misma terminología revelarían –para él– un “parentesco inequívoco” entre la tesis del psicólogo francés y la definición de la enfermedad propuesta por el escritor granadino.

Lo cierto es que Ganivet, ya en sus cartas a Navarro Ledesma desde Bélgica, muestra estar bien informado sobre el asunto<sup>63</sup>. El concepto de abulia y el de ideas fijas contrapuestas a ideas madre, se transformarán en el *Idearium* –escrito y publicado estando él en Finlandia– en clave de lectura que le per-

61. De Pierre Janet muestra conocer el ya citado ensayo *Sur un cas d'abulie et d'idées fixes*; de Alfred Fouillée, *L'évolutionnisme des idées-force*, éste también publicado en *Revue philosophique de la France et de l'Étranger*, cit., 5me. Année, 1890, pp. 113-137, 267-296 y 337-364.

62. R. Senabre, “Ganivet y el diagnóstico de la abulia”, en *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, Madrid, Gredos, 3 vols., 1972, II, pp. 595-599. Discrepando de la tesis de Senabre, Orringer considera prioritaria la influencia de Pierre Janet (ver el estudio introductorio a *IEP*). Es también probable que el texto de Janet (o más en general su teoría de la abulia) sea la fuente común a la que remiten tanto Ribot como Ganivet.

63. Carta a Navarro Ledesma fechada el 18 de febrero de 1893 (*Epistolario*, *OO.CC.*, II, pp. 823-830).

mite formular un diagnóstico de la enfermedad que afecta a la sociedad española contemporánea y teorizar sobre ella:

Si yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos (porque padecimiento hay y de difícil curación), diría que la enfermedad se designa con el nombre de “no-querer”, o, en términos más científicos, por la palabra griega *aboulía*, que significa eso mismo, “extinción o debilitación grave de la voluntad”; y lo sostendría si necesario fuera con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados, pues desde Esquirol y Maudsley hasta Ribot y Pierre Janet hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad, en la que acaso se revela más claramente que en ninguna otra el influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas<sup>64</sup>.

Ganivet asocia el estado abúlico con la condición histórica moderna de los españoles. La voluntad de su gente —observa—, como la de un sujeto abúlico cualquiera, no se ha extinguido en absoluto, pero “rara vez llega a su término”. Después de un largo periodo de inacción en que su voluntad, por falta de una “idea dominante” que la animara, permaneció “irresoluta, sin saber qué hacer y sin determinarse a hacer nada”, los españoles se encuentran en un estado de “quebranto de fuerzas” y “perplejidad de espíritu” ya crónico. A esa España abúlica, irresoluta, le faltan —según su diagnóstico— ideas-madre, ideas redondas (de “paz” y “amor”), que neutralicen las tantas ideas fijas, rígidas, “picudas”, que la paralizan o la incitan a acciones violentas e ineficaces:

Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario; mas de repente una idea se fija y no pudiendo equi-

64. Esta edición, pp. 246-248.

librarse con otras produce una impulsión arrebatada. En estos últimos años hemos tenido varios movimientos de impulsión típica producidos por ideas fijas: integridad de la patria, justicia histórica y otras semejantes. Todas nuestras obras intelectuales se resienten de esta falta de equilibrio, de este error óptico; no vemos simultáneamente las cosas como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos a retazos, hoy unas, mañana otras; la que un día estaba en primer término ocultando las demás, al siguiente queda olvidada porque viene otra y se le pone delante<sup>65</sup>.

Le falta también sentido sintético, es decir, la facultad “de asociar las representaciones” en un sistema flexible y constructivo, capaz de producir positivos impulsos creadores:

El sentido sintético es en la sociedad y en particular en quienes la dirigen la capacidad para obrar conscientemente, para conocer bien sus propios destinos. Hay naciones en las que se observa por encima de las divergencias secundarias una rara y constante unanimidad para “comprender sus intereses” [...] En otras sociedades, por el contrario, predomina el desacuerdo; los intereses parciales, que son como las representaciones aisladas en los individuos, no se sintetizan en un interés común porque falta el entendimiento agente, la energía interior que ha de fundirlos; las apreciaciones individuales son irreductibles y la actividad derivada de ellas tiene que ser pobre y desigual<sup>66</sup>.

Ya se ha dicho que la abulia afectaba directamente a Ganivet. Él mismo solía pasar de una condición de indecible tristeza a otra de euforia, igualmente exagerada, de un estado abúlico –de debilidad de la voluntad y repugnancia

65. *Ibid.*, p. 251.

66. *Ibid.*, p. 255.

intelectual por la realidad— que le impedía fijar su atención sobre cualquier asunto determinado a otro de concentración mental absoluta que le permitía realizar proyectos editoriales complejos e importantes en breve tiempo, con soltura y brillantez descomunales. Todo eso se lo había contado a Navarro Ledesma en la ya citada carta del 18 de febrero de 1893, que representa —según hace constar Rosa Rossi en un brillante cotejo de la escritura privada ganivetiana (la de las cartas a Navarro) con la pública (la del *Idearium*)— el núcleo de origen, el momento más vital y creador, de una teoría que pierde en viveza expositiva y se empobrece al pasar del ámbito privado-individual (el de la comunicación a un amigo de una *esperienza strettamente personale*) al público-histórico (el del ensayo historiográfico; de un *discorso*, pues, pensado y articulado para todos)<sup>67</sup>.

El temperamento melancólico de Ganivet —recuerda José Ángel Juanes en su reciente biografía ganivetiana<sup>68</sup>— padeció “un sensible recrudecimiento” durante la etapa belga. El escritor vivió en Amberes un momento de crisis profunda, “de rabia reconcentrada” —según él mismo escribió a su amigo Navarro Ledesma—, posiblemente agravado por el ambiente en que espiritual y físicamente tenía que vivir sumergido.

En *Idearium* muchas veces hace referencia al impacto que le produjo la sociedad belga; una sociedad en la que veía dominar el “progreso material” sobre el “espiritual”; que valoraba más los “kilómetros de ferrocarril” que “las obras de arte”; que subordinaba cada decisión o acción a la lógica de los negocios. Desde la encrucijada espacio-tem-

67. R. Rossi, *Scrivere a Madrid. Studi sul linguaggio politico di due intellettuali suicidi dell'800 spagnolo*, Bari, De Donato, 1973, p. 57.

68. *Perfil de Ángel Ganivet*, Salamanca, Librería Cervantes, 1998.

poral representada por una ciudad puente como la cosmopolita y plurilingüe Amberes, y en una época por excelencia de transición como la del cambio de siglo, Ganivet registra, con honda preocupación, los efectos que las nuevas tecnologías y los nuevos fenómenos sociales y políticos iban provocando en la vida cotidiana, cultural y artística de los pueblos. Le alarma el proceso de creciente cosificación que ve extendiéndose por todos lados, en Bélgica como en la misma Granada, transformando hombres y cosas, ciudades e instituciones. El nuevo orden social que se va implantando por las nuevas metrópolis desde la segunda mitad del siglo, junto con la progresiva afirmación de un espíritu –por decir así– mercantil tanto en la vida ordinaria como en los actos públicos, habían alterado sensiblemente las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza y la sociedad. Las agresiones perpetradas por Bélgica y las demás potencias europeas en el continente africano no hacían sino confirmar su lectura desalentadora de aquel confuso, fragmentario, disperso universo moderno.

Nace aquí y ahora su primera novela; una novela “insólita –se ha dicho–, una de las más insólitas que se pudieron escribir en el siglo XIX”<sup>69</sup>, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español, Pío Cid*, ultimada a finales de 1895, un mes antes de que Ganivet partiera para Helsinki por su nuevo encargo consular. La antigua aventura colonial española y la contemporánea colonización africana de parte de Europa –concretamente de Bélgica– se reflejan, con significativas deformaciones grotescas, en el espacio imaginario del territorio africano Maya, creado por Ganivet como modelo de sociedad primitiva alternativo a la

69. M. Montes-Huidobro, *La distorsión sexo-lingüística en Ángel Ganivet*, Granada, Universidad de Granada/Diputación de Granada, 2001, p. 28.

sociedad civilizada europea. En su novela Ganivet aplica a ese prototipo de tierra virgen y salvaje leyes, métodos y principios morales del mundo civilizado.

El protagonista, el conquistador Pío Cid, víctima como él de unas cuantas “ideas fijas”, abúlico en unos determinados momentos, eufórico y capaz de empresas prodigiosas en otros, cree poder transformar y por supuesto emancipar la sociedad maya introduciendo inventos o recursos ya experimentados como positivos en su patria. El resultado de sus intervenciones será, sin embargo, un desbarajuste colosal: los mayas, que antes eran “felices como bestias”, acabarán siendo “desgraciados como hombres”<sup>70</sup>. Los cambios acelerados impuestos por él, la consecuente pérdida de sistemas de referencia, los conflictos de las relaciones sociales, de los etnicismos, de las identidades, convierten la tierra maya en una caricatura de Europa y de España. Pío Cid, que ha fracasado en su empresa, volverá a Madrid, donde tratará de realizar un programa completamente distinto, por no decir opuesto: el de una reforma general –de las costumbres e instituciones nacionales (la familia, el matrimonio, la política, la poesía, el teatro)– armonizada con la naturaleza íntima, y en cierta medida más primitiva, de los españoles.

Hace Pío Cid lo que deberían hacer –según Ganivet– España y quienes la gobiernan: pasa de la acción exterior a la acción interior. Sus hazañas en la capital española constituirán el enredo narrativo de la segunda novela ganivetiana, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, donde este ex abúlico que no quería “ser nada pudiendo serlo todo”<sup>71</sup>, con-

70. *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español, Pío Cid*. La novela ha sido reeditada recientemente por Fernando García Lara (Granada, Diputación/Fundación Caja de Granada, 2000).

71. *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, edición de F. García Lara, Granada, Diputación/Fundación Caja de Granada, 2000, p. 70.

centrándose en sí mismo y prescindiendo de la realidad puramente exterior, estoico en su determinación de llevar a cabo su misión regeneradora en su patria, conseguirá triunfar en todas sus empresas, o por lo menos en aquellas que su creador tuvo tiempo de imaginar.

Estas mismas ideas de una España que ha desperdiciado sus energías vitales en aventuras contrarias a su temperamento y en proyectos contrarios con su espíritu territorial originario (de independencia y no de conquista y agresión) repercuten en los ensayos sobre Granada (*Granada la bella*) que Ganivet escribe recién llegado a Finlandia, y con mayor amplitud de perspectiva en *Idearium*. Si en *Granada la bella* el discurso se mantiene dentro de los límites de un tratado de estética urbana, en *Idearium* se aventura hacia las honduras etnopsicológicas de “la constitución ideal de España”, tratando tanto de definirla como de señalar sus distorsiones seculares.

Se explica aquí, por ejemplo, la fertilidad creadora de la sociedad española durante la Reconquista como resultado de un proceso político bien sintonizado con un espíritu territorial que, por ser “peninsular”, realiza sus mejores potencialidades cuando va a alimentar un sentimiento de “independencia” que es peculiar de sus habitantes y se aviva espontáneamente frente a invasiones o agresiones externas. Se afirma también que la acción (o reacción) lenta y fecunda que los reinos cristianos organizaron –desde el interior– contra el invasor árabe llegó a buen término por ser coherente con el talante íntimo del grupo humano que la realizó, mientras, por razones análogas y contrarias, la política expansionista de la España imperial fracasó y determinó una crisis radical en la vida social y en las instituciones culturales españolas por haber impuesto modelos de conducta ajenos al carácter psicológico de sus gentes, originando peligrosas desarmonías y disociaciones entre dictado

interior (contrario a la agresión) y acción exterior (encaminada al dominio de nuevos territorios).

Ganivet dio siempre mucha importancia a la acción, a cómo convertir las palabras en “gestos”<sup>72</sup>. En *Idearium* llega a teorizar que la filosofía cristiana tuvo mayor vitalidad en España que en Europa porque consiguió convertir allá en acción concreta lo que en el continente “desmenuzó” y amortiguó en “discusiones estériles”. En Europa –razona Ganivet– el pensamiento cristiano, identificado en este caso con la escolástica, acabó por enredarse en clasificaciones minuciosas y disquisiciones abstractas que no tenían ninguna relación con la realidad, con el vivir y el sentir de sus hombres, con su ser en el mundo. No fue así en España, donde pudo liberar sus mejores energías, por un lado (el propiamente histórico), en la guerra permanente eficazmente llevada a cabo contra los musulmanes, y por el otro (el poético) haciéndose crónica –acto verbal documentado y al mismo tiempo lírico– en los poemas bélicos populares recopilados en el Romancero. En sus ensayos sobre la vida histórica española (tanto en *Granada la bella* como en *Idearium*), dedicados a la defensa de un espíritu territorial que se manifestaría tanto en las formas de la vida granadina como en las de la entera nación, Ganivet recomendará coherentemente a sus connacionales la concentración en lo propio, en

72. Es un punto fundamental de la ética y la estética defendidas por Pío Cid –el más especular de los muchos *alter ego* ganivetianos– en *Los trabajos...*: “[...] un poeta –explica Pío Cid a Gandaria, aspirante a poeta– es un creador que se sirve de todos los medios humanos de expresión entre los que la acción ocupa quizá más alto lugar que las formas artísticas más conocidas: las palabras, los sonidos, los colores”. (“Trabajo tercero. Pío Cid quiere formar un buen poeta”, en *Los Trabajos...*, cit., p. 240).

lo esencial y en lo concreto; la profundización en el espíritu que late de fondo a la realidad puramente exterior.

Emanación directa y natural de ese espíritu que orientaría, desde las raíces mismas de la vida e historia españolas, el ser y el destino de la nación es la moral estoica, que él mismo vive como prodigioso correctivo a la disipación mental que lo aflige. La influencia ejercida por el senequismo en los diferentes ámbitos y épocas de la vida social, intelectual y artística española parece a Ganivet “inmensa” e “inconmensurable”. La capta en la esfera religiosa, en la formación ética, en el derecho consuetudinario, en el arte y hasta “en aquellas ramas de la ciencia culta –precisa en *Idearium*– en que Séneca no paró mientes jamás”<sup>73</sup>.

No sabemos si el senequismo, cual componente cultural y ético-existencial, estaba efectivamente “en el aire, en el subconsciente y en la conciencia popular –como opina Marie Laffranque en un importante estudio sobre el tema– antes que en las instituciones del país o en la línea de conducta de sus gobernantes”<sup>74</sup>. Lo cierto es que la moral estoico-senequista representó para Ganivet un horizonte ideológico y antropológico de referencia constante en su representación de la historia española y también un punto de fuerza para sus proyectos de regeneración nacional. Es cierto también que el primer impacto que él tuvo con las obras de Séneca fue algo como una iluminación, una experiencia reveladora de una comunicación profunda entre la angustia no sólo suya sino típica de su generación y la fuerza moral regeneradora que aquellas páginas prometían<sup>75</sup>. A la luz de

73. Esta edición, p. 87.

74. M. Laffranque, *Ángel Ganivet y el ocaso de la filosofía greco-romana*, en *Ínsula*, 228-229, noviembre-diciembre 1965, p. 6.

75. “Cuando yo –recuerda en *Idearium*–, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturrido y asombrado, como quien, perdida la

los principios de la filosofía estoica, la indiferencia y la apatía defendidas por el nihilismo finisecular –Schopenhauer y Nietzsche–, la misma inanidad casi oriental de los andaluces, adquirirían una nueva perspectiva o, mejor dicho, recuperaban una antigua dignidad: la del sabio que es “apático” –según lo explica maravillosamente María Zambrano<sup>76</sup>– para recuperar su unidad de hombre “bajo la heterogeneidad dolorosa de las pasiones”; para conservarse “criatura singular en el universo” y no ser “totalmente absorbido por él”<sup>77</sup>.

Para los estoicos el sabio –anota esta brillante discípula de Ortega– “era el hombre que encontraba menos rincones dentro de sí”<sup>78</sup>. Todo en él era “canjeable, comunicable, lugar abierto”<sup>79</sup>. Ser hombre –dice la Zambrano– era algo como ser cosa, ser “transparente”, “sin nada privado, sin intimidad; ser embebido por la serenidad en la calma de la naturaleza”<sup>80</sup> sin dejarse sumir por ella. Había algo –continúa la Zambrano– que a un estoico “le parecía más anoadador que el morir, el vivir prisionero”<sup>81</sup>. Ni la angustia, ni la vaciedad, ni siquiera la plenitud de un cosmos con el que sentirse en armonía, debían alterar su imperturbabilidad o condicionar su íntima libertad. Séneca –concluye– es “un curandero magnífico que con método sutil, flexible y exac-

---

vista o el oído, los recobraría repentina e inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles” (esta edición, p. 86).

76. M. Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), Madrid, Endymión, 1987.

77. *Ibid.*, p. 68.

78. *Ibid.*

79. *Ibid.*

80. *Ibid.*, p. 70.

81. *Ibid.*, p. 68.

to conduce las almas de sus discípulos y amigos por un desolado y aquietador camino”<sup>82</sup>.

Con ellos va nuestro Ganivet. Se ha hecho justamente notar que el suyo no es un estoicismo –ni mucho menos un senequismo– puro, sino que está mezclado con otras tradiciones filosóficas: la griega, la cristiana y la moderna (Nietzsche y Schopenhauer)<sup>83</sup>. Es, con todo, fruto de un entusiasmo auténtico y responde a un proyecto de “restauración” espiritual bien meditado. Ilumina, por ejemplo, su lectura y evaluación de lo religioso en la vida histórica de España. Lo inspira en su preferencia por la lección de san Agustín respecto a la del escolástico santo Tomás, en su compenetración de la experiencia mística (la de santa Teresa o la de fray Luis de Granada) con sus arrebatos lírico-sensuales; en su secreta admiración por las vidas y las conductas morales que contradicen el sentido común (desde el humilde Tinoco al padre cínico que arrojó a su último hijo en medio de una manada de lobos hambrientos para poner a salvo al resto de su familia).

La escolástica y sus representantes, en particular, tenían, a los ojos de Ganivet, la culpa de no haberse lanzado a crear una nueva filosofía cristiana; de no haber penetrado en la realidad, señalando nuevos rumbos. Se limitaron a retocar, con un espíritu nuevo (el cristiano), la filosofía antigua (la griega), manteniendo viejas clasificaciones, fríos y mecánicos silogismos, inútiles como abstractas sutilezas. El resultado de esa labor, encarnado en la obra de santo Tomás de Aquino, fue una filosofía que a Ganivet parecía “sabia, prudente, previsor y aun precavida”<sup>84</sup> pero desprovista de fer-

82. *Ibid.*, pp. 70-71.

83. M. Durán, cit., y E. Hunter Mellado, cit.

84. Esta edición, p. 101.

vor creativo, de aquel “arranque viril” que marcaba la verdadera creación. Juzgó más vigorosa la obra de san Agustín, que fundó la “Ciudad ideal” como “algo real que funciona, que vive”<sup>85</sup>. Una cosmología cristiana –sugiere este *Idearium*– debería evitar toda forma de clasificación o descripción mecanicistas para entregarse a la fuerza liberadora de un canto en que “todos los seres creados se mostrasen con luz divina”<sup>86</sup>, tal como exhortaba fray Luis de Granada en su *Introducción al Símbolo de la Fe*. Del mismo modo la psicología cristiana, en lugar de enredarse en referencias minuciosas a “órganos, funciones y operaciones” (como normalmente le ocurría cuando analizaba el alma humana), debería más oportunamente mostrar “un alma en actividad, viviendo como no había vivido ninguna otra antes de la predicación evangélica, con alma iluminada y purificada como la de santa Teresa de Jesús”<sup>87</sup>.

Cuando Ganivet escribe su *Idearium* tiene por delante una sociedad española desequilibrada y en “perpetua guerra civil”. A esta visión desalentadora de una nación enfrentada, dividida, contrapone en su panfleto un modelo de sociedad opuesto, fundado en ideas “redondas”, es decir, de unión, quietud, tolerancia; en valores espirituales y no meramente materiales; en doctrinas “nobles, justas y humanitarias”<sup>88</sup> que principalmente identifica con el senequismo y el cristianismo. Su misma imagen del hombre se conforma al ideal senequista, aunque es también innegable que en ella influye todo lo que, en términos de autoconciencia y de elaboración cultural, ha venido a la luz con el pasar de las

85. *Ibid.*, p. 102

86. *Ibid.*, p. 103.

87. *Ibid.*

88. *Ibid.*, p. 91.

épocas y de los siglos, con la alternancia de los movimientos filosóficos y de las poéticas, de las perspectivas ideológicas y de las propuestas políticas.

Para Ganivet la afirmación del estoicismo antes, y del cristianismo después, en los territorios del imperio romano se explicaban por su carácter alternativo a las precedentes filosofías (la griega y la romana) y teologías (la religión judía), entonces en plena decadencia. La moral estoica rechazó la reflexión abstracta del pensamiento griego para proponer un estilo de vida concreto y real. El cristianismo, por su parte, propuso una religión que sacaba sus energías espirituales de una moral encarnada en los hombres comunes, vivida día tras día y hasta la muerte (de Cristo, y de los mártires). El Dios mismo de los cristianos se había hecho hombre. Sin el sacrificio del hijo de Dios, Cristo “hubiera sido un moralista más –escribe Ganivet– y sin el sacrificio de los mártires el Cristianismo –continúa– hubiera sido una moral más, agregada a las muchas que han existido y existen sin ejercer visible influencia”<sup>89</sup>.

Para Marie Laffranque estas tesis de Ganivet estarían muy bien armonizadas con la doctrina paulina y la de los padres de la Iglesia, además de ser manifestación del mesianismo típico de la modernidad. La relación entre senequismo ganivetiano –su “ética viva”– y el sentimiento de crisis y decadencia de la modernidad tiene numerosos y acreditados defensores, desde la Zambrano a Durán, de Hunter a Mellado. Lo característico y lo original de la recuperación ganivetiana del estoicismo, lo que la diferencia de otras periódicas reediciones (todas coincidentes, según la Zambrano, con momentos de crisis o épocas de transición), es la idea de que en esta filosofía se encarnan una modalidad de

89. *Ibid.*, p. 92.

ser, una forma de vida y un estilo de pensar que, por ser directa emanación del espíritu territorial hispánico, resultan especialmente apropiados para fomentar el proceso de regeneración ideal y material del país y el de reconstitución de la identidad nacional.

De vez en cuando esta visión idílica de una España futura más humana, desinteresada, solidaria, dueña de sí misma (prefigurada como una especie de Grecia cristiana), se le rompe a Ganivet entre las manos por efecto de unas ideas “picudas” (desabridas, agresivas, cortantes) que se inmiscuyen entre las “redondas” (flexibles, sociables, tolerantes) que debían componer su *Idearium*<sup>90</sup>, provocando quiebras y súbitas desarmonías a la tranquila discursividad del conjunto.

Desazonan, por ejemplo, la idea del “fuego ardiente” que construiría una España nueva “destruyendo”<sup>91</sup>, o la feroz anécdota del padre que sacrifica al hijo menor para salvar la vida al resto de su prole. Desazona también, como le señala Unamuno desde las páginas de *El Defensor de Granada*, su idealización de la conquista española. Ganivet, muy crítico respecto al colonialismo belga o europeo, se inclinaría a salvar (desde un punto de vista moral más que propiamente histórico) el español. Defiende la tesis de que España no sacó ningún provecho de su expansión a los territorios americanos sino que se limitó a evangelizar, a difundir ideales, cultura, progreso. “Más de una vez –le recuerda Unamuno– se ha dicho que el español trató de elevar el indio a sí, y esto no es en el fondo más que una imposición

90. “Este libro que estoy escribiendo –avisa a sus lectores– es un ideario que contiene sólo ideas redondas; no estoy seguro de que lo lean y sospecho que si alguien lo lee no me hará caso; pero estoy convencido de que si alguien me hiciera caso habría un combatiente menos y un trabajador más” (esta edición, p. 259).

91. *Ibid.*, p. 91.

de soberanía”<sup>92</sup>, una injustificada concesión a aquel “absurdo sentido de la unidad”<sup>93</sup> que en otras páginas del mismo ensayo ganivetiano se estigmatiza y se incita a neutralizar<sup>94</sup>.

Ganivet no nos ahorra en su representación de España –observa Abellán– los “aspectos críticos y patológicos que conducen a la caricatura y al esperpento”<sup>95</sup>. Su mirada escindida le permite fijar su atención en los aspectos más exteriores y superficiales, sin ignorar el revés. Para describir una realidad tan llena de contrastes, problemática y resbaladiza, Ganivet esgrimió una escritura ágil y brillante, emotiva y personalista, capaz de “redondear” los conceptos, de concretarlos en vivencias personales, rehuyendo esquemas y retóricas tradicionales.

La estructura misma del libro es anómala. La articulación del discurso no está organizada en temas ni repartida en capítulos. El ensayo se divide en tres amplias secciones, encabezadas por las tres primeras letras del abecedario. No hay títulos, ni notas a pie de página, ningún comentario o anotación de apoyo y refuerzo. Ni siquiera aparece, en su primera edición, el nombre del autor<sup>96</sup>. En otro texto ganivetiano, “Epílogo que puede servir de prólogo”, compuesto en 1896 para que acompañara a *Idearium* y luego suprimido por razones todavía no aclaradas, Cínopo (el *alter ego* cíni-

92. *IEP*, p. 294.

93. *Ibid.*

94. En *Idearium* se lee: “La idea de la unidad política no tiene un valor absoluto, y está subordinada a otras que tienen ya su arraigo en la vida” (esta edición, p. 222).

95. “Introducción”, cit., p. 27.

96. La cubierta y una de las portadas de la primera edición del libro se publican, de hecho, sin que aparezca el nombre del autor; lo cual sería, entre otras cosas, coherente con la animadversión que Ganivet manifiesta en varias ocasiones por la propiedad intelectual. Véanse unas declaraciones del mismo Ganivet a ese respecto en las pp. 208-210 de este *Idearium*.

co de Ganivet), dialogando con Hípope (el idealista), lo describe como un libro “que no tiene pies ni cabeza”, donde se dicen tantas cosas sin que el lector sepa adónde van a parar<sup>97</sup>. En *Granada la bella* el mismo Ganivet nos lo presenta como un ensayo de tema vagamente sociológico (“la constitución de la raza española”), escrito empleando “viejos recursos”; entre ellos, viajar por todas partes y mantener en ejercicio los cinco sentidos, dejando que “las sensaciones” se arreglen “entre sí solas”, y de ellas salgan “las ideas”<sup>98</sup>. Con esas “ideas”, becquerianamente engendradas por las sensaciones<sup>99</sup>, Ganivet piensa realizar un “libro pequeño” que leerán una decena de amigos y “de ahí no pasa la cosa”<sup>100</sup>. Dará también a entender que el libro lo había compuesto de un tirón, sin meditarlo, pero dudamos que sea así. Del texto se conservan dos manuscritos, un borrador con muchas tachaduras y su copia en limpio, lo cual demuestra que Ganivet interviene sistemáticamente para enmendar o rectificar sus ideas y puntos de vista. Es cierto, sin embargo, que su redacción fue rapidísima.

Publicado por primera vez por una editorial pequeña y desconocida (Viuda e Hijos de Paulino Ventura Sabatel) de Granada, el *Idearium* tuvo cierta resonancia, además de en

97. *Estudios y textos ganivetianos*, ed. de A. Gallego Morell, Madrid, C.S.I.C., 1971, pp. 36-38.

98. P. 111 de la ed. de F. García Lara.

99. La “sensación” desempeña un importante papel fecundante en el proceso creativo becqueriano (“En esos instantes rapidísimos, en que la sensación fecunda a la inteligencia y allá en el fondo del cerebro tiene lugar la misteriosa concepción de los pensamientos que han de surgir algún día evocados por la memoria, nada se piensa, nada se razona, los sentidos todos parecen ocupados en recibir y guardar la impresión que analizarán más tarde”; G.A. Bécquer, *Cartas desde mi celda*, ed. de D. Villanueva, Madrid, Castalia, 1993, p. 113).

100. *Ibid.*

la capital andaluza, donde fue presentado por Francisco Seco de Lucena (editor de *El Defensor de Granada*), en Cataluña, gracias al grupo de Sitges. En *La Vanguardia* y otras revistas se publicaron varias reseñas, algunas críticas, otras más favorables. Los ambientes más catalanistas, especialmente, censuraron su visión de la historia peninsular, según ellos demasiado hispanocéntrica.

En general se le atribuyó al ensayo el mérito de reflejar una imagen de España insólita, en algunos casos paradójica, pero creíble: apenas un esbozo, nada definitivo ni bien definido, mas no de repertorio, sino vivo y en contraluz, con profundidad de campo y originalidad de criterio. Con los años se valoró la actitud introspectiva que lo había inspirado, reconociendo en ella el germen –“la idea innovadora” según Marichal– que llevaría, medio siglo más tarde, a Américo Castro a escribir la historia de su pueblo “casi como una confesión”; a encontrar en la vivencia del propio dolorido existir “la clave valorativa del ‘vivir-desviviéndose’ de su nación”<sup>101</sup>.

Ganivet, por su parte, consideró *Idearium* como una especie de prólogo de lo que iría publicando en lo sucesivo. “Si el *Idearium* ha salido a la luz –escribe unos meses después de terminarlo– no es porque confíe en él, sino porque es el prólogo de mis obras, que me ahorra el trabajo de escribir prólogos en las obras que vaya dando a la luz”<sup>102</sup>.

101. J. Marichal, “La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica”, en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza Universidad, 1984, p. 185. Cuando Américo Castro compuso sus dos obras maestras de la historiografía moderna hispánica, *España en su historia* y *La realidad histórica de España*, publicadas respectivamente en 1948 y en 1954, estaba todavía vivo el recuerdo de la dramática experiencia de la guerra civil.

102. En A. Gallego Morell, “Ganivet enjuicia el *Idearium*”, *Sobre Ganivet*, Granada, Universidad de Granada, 1997, p. 120.

A principios de 1897, terminado ya el libro, envía a Francisco Seco de Lucena una serie de artículos sobre la vida y la sociedad de Finlandia (*Cartas Finlandesas*), que compara con las de España. En mayo de 1898 publica el primer tomo de *Los trabajos...*, segunda novela de un ciclo que desdichadamente quedará sin terminar. Unos meses después dará inicio a la correspondencia pública con Unamuno en *El Defensor (El porvenir de España)*, centrada sobre los temas tratados en *En torno al casticismo* y en *Idearium*. Escribe, luego, más artículos sobre la cultura de los países del Norte (*Hombres del norte*) y termina *El escultor de su alma*, drama místico con desenlace trágico. Al prólogo, pues, siguió inmediatamente un abanico de escritos que dan una idea de lo que sería la creación ganivetiana si se le hubiera concedido realizar plenamente sus potencialidades. Aun así, mutilado de su espontáneo y directo florecimiento, este breviarío de la historia española pudo derramar sus semillas y libremente fructificar según los deseos de su “infatigable creador”.

LORETTA FRATTALE

#### OBRAS CITADAS

*Obras de Ángel Ganivet*  
(en orden cronológico)

*Idearium español*, Granada, Tip. Lit. Vda. e Hijos de Paulino V. Sabatel, 1897.

*El porvenir de España*, Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1912.

*Obras Completas*, pról. de M. Fernández Almagro, Madrid, Aguilar, 1943, 2 vols.

- Estudios y textos ganivetianos*, ed. de A. Gallego Morell, Madrid, C.S.I.C., 1971.
- Idearium español y El porvenir de España*, intr. de J. L. Abellán, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Granada la bella*, ed. de F. García Lara, estudio preliminar y notas de Á. Isac, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 1996.
- Cartas finlandesas. Hombres del Norte*, ed. de F. García Lara, estudio preliminar y notas de N. Santiáñez-Tió, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 1998.
- El porvenir de España*, ed. de F. García Lara, estudio preliminar y notas de P. Cerezo Galán, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 1998.
- Idearium español y El porvenir de España*, ed. de E. Inman Fox, Madrid, Espasa Calpe, 1999.
- Idearium español y El porvenir de España*, edición anotada de N. Orringer, Salamanca, Almar, 1999.
- La conquista del reino de Maya por el último conquistador, Pío Cid*, ed. de Fernando García Lara, estudio preliminar y notas de R. Fernández Sánchez-Alarcos, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 2000.
- Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, ed. de F. García Lara, estudio preliminar y notas de G. Gullón, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 2000.

### *Epistolarios*

(en orden cronológico)

- La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*, ed., prólogo y epílogo de Nicolás María López, Granada, Tip. Luis F. Piñar Rocha, s.f. [1936]. Hay edición facsímil: Granada, Comares, 2001.

*Juicio de Ángel Ganivet sobre su obra literaria (Cartas inéditas)*, ed. de Luis Seco de Lucena Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1962.

“Epistolario”, *Revista de Occidente*, vol. 11 (1965), pp. 273-323.

*Correspondencia familiar de Ángel Ganivet (Cartas inéditas, 1888-1897)*, ed. de Javier Herrero, Granada, Anel, 1967.

J. V. Agudíez, “Ángel Ganivet y su correspondencia inédita con Francisco Navarro Ledesma”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 21 (1972), pp. 338-362.

*Las cartas de Ángel Ganivet*, ed. de Pedro Gan Giménez, Granada, Diputación de Granada, 1979.

### *Textos sobre Ganivet*

AA.VV., *Ángel Ganivet, en su centro*, dir. por C. Díaz de Alda, Pamplona, Universidad de Navarra, 1997.

—, *En el 98 (los nuevos escritores)*, ed. de José-Carlos Mainer y Jordi Gracia, Madrid, Visor, 1997.

—, *Crise intellectuelle et politique en Espagne à la fin du XIXè siècle*. En torno al casticismo, *Miguel de Unamuno - Idearium español, Ángel Ganivet*, coordinado por Jean-Claude Rabaté, París, Editions du temps, 1999.

—, *Estudios sobre la vida y la obra de Ángel Ganivet. A propósito de Cartas Finlandesas*, ed. de M. Carmen Díaz de Alda, Madrid, Castalia, 2000.

—, *Ganivet y el 98. Actas del Congreso Internacional - Granada, 27-31 de Octubre de 1998*, ed. de A. Gallego Morell y A. Sánchez Trigueros, Granada, Universidad de Granada, 2000.

—, *Estudios sobre la vida y la obra de Ángel Ganivet*, dir. por Carmen Díaz de Alda, Madrid, Castalia, 2000.

- Abellán, José Luis, *Sociología del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Aronna, Michael, *Pueblos enfermos: the discurs of illness in the turn of the Century Spanish and Latin American essay*, University of North Caroline Press, 1999.
- Azaña, Manuel, ¡*Todavía el 98!*, introd. de S. Juliá, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- Calvo Carilla, J. L., *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Díaz de Alda, Carmen, “Finlandia y las *Cartas finlandesas*. Aportaciones al estudio de Ganivet”, *Fundamentos de Antropología*, 8 y 9 (2000), pp. 87-103.
- Durán, Manuel, “Ganivet y el senequismo hispánico”, *Ínsula*, año 20, 228-229 (noviembre-diciembre 1965), pp. 3 y 19.
- Fernández Almagro, Melchor, *Vida y obra de Ángel Ganivet*, Madrid, Revista de Occidente, 1952.
- Gallego Morell, Antonio, *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*, Granada, Gráfica Sur, 1965.
- , *Sobre Ganivet*, Granada, Universidad de Granada, 1997.
- Garagorri, Paulino, “Ganivet y el hombre antiguo”, *Revista de Occidente*, vol. 11 (1965), pp. 410-415.
- Ginsberg, Judith, *Ángel Ganivet*, Londres, Támesis, 1985.
- Herrero, Javier, “Ángel Ganivet, humanista y místico”, en *Revista de Occidente*, vol. 11 (1965), pp. 342-355.
- , *Ángel Ganivet, un iluminado*, Madrid, Gredos, 1966.
- Juanes, J. A., *Perfil de Ángel Ganivet*, Salamanca, Librería Cervantes, 1998.
- Jurkevich, Gayana, “Abulia, Nineteenth-Century Psychology and the generation of 1898”, *Hispanic Review*, primavera de 1992, núm. 2, vol. 60, pp. 181-194.
- Laffranque, Marie, “Ángel Ganivet y el ocaso de la filosofía greco-romana”, en *Ínsula*, año 20, núm. 228-229 (noviembre-diciembre 1965).

- Llona Inchaustieta, Amada, *Humanismo, Sociedad y Literatura en la obra de Á. G.*, Tesis Doctoral, Universidad de Deusto, 3-VI-1989, impreso por E.T.D., S.A., Barcelona, 1990.
- Mellado de Hunter, Elena, *El estoicismo de Ángel Ganivet*, Barcelona, Uprex, 1972.
- Montes-Huidobro, Matías, *La distorsión lingüística en Ángel Ganivet*, Granada, Universidad de Granada y Diputación de Granada, 2001.
- Morón Arroyo, C., *El "Alma de España". Cien años de inseguridad*, Oviedo, Nobel, 1996.
- Navarro Ledesma, Francisco; M. de Unamuno; Azorín y E. Román Salamero, *Ángel Ganivet*, Valencia, Librería Serrid, 1905.
- Olmedo Moreno, Miguel, *El pensamiento de Ángel Ganivet*, pról. de A. Soria Olmedo, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 1997.
- Orozco Díaz, Manuel, *Biografía abreviada. Ángel Ganivet y García de Lara, 1865-1898*, Granada, Ayuntamiento de Granada, 1999.
- Orringer, R., *Ganivet (1865-1898). La inteligencia escindida*, Madrid, Ediciones del Orto, 1998.
- Rossi, Rosa, *Scrivere a Madrid. Studi sul linguaggio politico di due intellettuali suicidi dell'800 spagnolo*, Bari, De Donato, 1973.
- Santiáñez-Tió, Nil, *Ángel Ganivet, escritor modernista. Teoría y novela en el fin de siglo español*, Madrid, Gredos, 1994.
- , *Ángel Ganivet: una bibliografía anotada 1892-1995*, Granada, Diputación de Granada, 1996.
- Senabre, Ricardo, "Ganivet y el diagnóstico de la abulia", *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, Madrid, Gredos, 3 vols., 1972, II, pp. 595-599.
- Sobejano, Gonzalo, "Ganivet o la soberbia", *Cuadernos hispanoamericanos*, 104 (julio-diciembre 1958), pp. 133-151.

- Wis, Marjatta, "Perché si suicidò Ganivet", *Neuphilologische Mitteilungen*, 1, XC, 1989, pp. 1-17.
- Wis, R. y M., *Ángel Ganivet in Finlandia. Studio biografico e testi*, Helsinki, Sociéte Néophilologique, 1988.
- Zambrano, María, *Pensamiento y poesía en la vida española* [1939], Madrid, Endymión, 1987.

### *Textos suplementarios*

- Abellán, José Luis, *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*, Madrid, Tecnos, 1964.
- Belenguer, E., *Fernando el Católico*, Barcelona, Península/Grupo 62, 1999.
- Cadalso, José, *Cartas Marruecas. Noches lúgubres*, edición, prólogo y notas de E.M.M., estudio preliminar de Nigel Glendinning, Barcelona, Crítica, 2000.
- Canalejas, Francisco de Paula, *La poesía moderna: Discursos críticos*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1877.
- Carpintero, H., *Historia de la psicología en España*, Madrid, Eudema, 1994.
- Dictionary of Scientific Biography*, ed. de C. Coulston Gillispie, Nueva York, American Council of Learned Societies, Charles Scribners's sons, 1974, 9 vols.
- Fouillée, Alfred, "L'évolutionnisme des idées-force", *Revue philosophique de la France et de l'Étranger*, V año, 1890, pp. 113-137, 267-296, 337-364.
- Janet, P., "Sur un cas d'aboulie et d'idées fixes", *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, dir. por Th. Ribot, F. Alcan Editeur, París, VI año, XXXI, 1891, pp. 258-287, 382-407.
- Lynch, J., *Los Austrias (1516-1598)*, trad. de Juan Faci, Barcelona, Crítica, 1993.

- , *Los Austrias (1598-1700)*, trad. de Juan Faci, Barcelona, Crítica, 1993.
- Marichal, J., “La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica”, en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984.
- Moretti, G., *Il Genio*, Bolonia, il Mulino, 1998.
- Pecchia, T., *Renan en España: contribución al estudio de la expresión religiosa en la literatura española de 1870 a 1915*, University of Pennsylvania, Ph. D., 1972.
- Pérez Gutiérrez, F., *Renan en España*, Madrid, Taurus, 1988.
- Ribot, Th., *La psicología inglesa contemporánea y escuela experimental*, trad. y apéndice de Mariano Arés, Salamanca, Sebastián Cerezo, 1877.
- , *Ensayo acerca de la imaginación creadora*, trad. de V. Colorado, prólogo de U. González Serrano, Madrid, Librería de Victoriano Suárez y Librería de Fernando Fe, 1901.
- Unamuno, Miguel de, *Obras Completas*, ed. de M. García Blanco, Madrid, Escelicer, 1959-1964, 11 vols.
- , *En torno al casticismo*, ed. de Jon Juaristi, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.



## HISTORIA DEL TEXTO

Por la primavera de 1896, animado quizá por el nuevo horizonte, tanto personal como profesional, que se le abre en su recién elegido destino como cónsul en Helsingfors<sup>1</sup>, Ángel Ganivet pasa por uno de esos momentos de euforia literaria en los que condensa su aplazado afán por publicar. Días antes de su partida de Amberes desempolva carpetas con trabajos inconclusos y hace recuento a su entrañable Nava-

1. Ganivet llega a Helsingfors el último día del mes de enero de 1896 y toma posesión de su puesto al día siguiente. Sustituye a Lorenzo Rolland, quien le acompaña los primeros días de visitas y cumplimientos oficiales y en cuyo domicilio se alojará el nuevo cónsul hasta el 1 de marzo. Ese día empieza a vivir en Brunsparken y en los siguientes va comunicando a familiares y amigos lo bien impresionado que está ante su nueva instalación (“La verdad es que me [he] buscado un rincón admirable y que al fin me he encajado en un medio tal y como yo lo deseaba para poder pensar en algo gordo”, escribe a Navarro el 3 de marzo en carta aún inédita), hasta el punto de pensar en sacar ventajas para su trabajo de las adversas condiciones del duro clima nórdico: “Vivo en medio de un bosque muerto y a la orilla del mar, de un mar no sólo muerto, sino enterrado bajo montañas de nieve. No queda, pues, más recurso que amarrarse, coger la pluma y escribir, como yo escribo en todos los géneros conocidos, y en algunos inventados para mi uso particular”, comunica a Nicolás María López en carta de 12 de marzo. La vida en su nuevo domicilio, que refiere epistolariamente con pormenor y fruición a familiares y amigos, le depara además nuevas y muy interesantes amistades –Masha Diakoffski, su profesora de sueco, Hanna Rönnerberg, Ella Sahlberg, el pintor Albert Edelfelt e Ida, Hanna e Inés Waenerberg–, y la posibilidad de normalizar su relación con Amelia Roldán que, en compañía del hijo de ambos, Ángel Tristán, se establece en Brunsparken en mayo de ese mismo año.

ro Ledesma: “Después de terminada la *Conquista* de que te hablé he emprendido seis obras diferentes, a saber: una de derecho internacional (metafísica del); otra de ideología mítica; otra de asuntos morales; otra de cuentos metafísicos; otra de métrica extravagante y otra de perspectivas. Todo está en el telar y pasará antes que la única obra en que tengo empeño, los Autos Místicos, condenados a padecer por esta serie de involuntarias interrupciones...”<sup>2</sup>.

No parece descabellado pensar que esa “ideología mítica” de la que habla sea una primera redacción –como ideología o ideología hispánica nombra en otras comunicaciones ese escrito inacabado– de lo que meses después será el *Idearium*. Rosa Rossi ha comparado con sagacidad dos pasajes del *Idearium* con algunos fragmentos de dos cartas enviadas a Navarro Ledesma durante 1893 para demostrar la leve línea que separa un tipo de comunicación, la carta privada a un interlocutor individual, de otro, el destinatario público, es decir, del estilo coloquial, al sublime tono que desde Cicerón se viene aconsejando para la comunicación pública. Todo ello, con independencia de “una trasformazione del valore di verità, e (de) una modificazione del punto di vista ideologico”<sup>3</sup>. Podrían multiplicarse sin duda este tipo de ejercicios a la vista de la abundante correspondencia que mantienen los dos fraternos amigos durante la estancia de Ganivet en Amberes, pero es que, además, algunas alusiones de esta correspondencia a lo largo de 1893 y 1894<sup>4</sup> indican la escritura de fragmentos y notas de contenido filosófi-

2. Carta inédita a Navarro Ledesma de 8 de enero de 1896.

3. “Descrizione di una scoperta emblematica”, en *Scrivere a Madrid*, Bari, De Donato, 1973, p. 43.

4. Una muestra: “Tengo una cartera llena de notas para escribir un Génesis en no muchas páginas”, dice Ganivet a Navarro el 4 de junio de 1894 en carta aún inédita.

co y sobre el “papel de España”, cuya intención final sería la de convertirse en libro.

Fue por esas fechas de su estancia en Amberes cuando Ganivet mostró interés por los asuntos políticos –bajo la influencia de la visión por primera vez de la civilización industrial, en contraste con el “medio natural” del que provenía– y cuando fundamenta su rechazo a los valores de la sociedad moderna. Motivado por la idea de restaurar “la vida espiritual de España” y apoyado en la lectura de algunos autores que describieron la crisis intelectual europea del final del siglo, así como de aquellos que formaron parte de la oleada de pesimismo que envolvió a la más hispánica crisis del racionalismo positivista, Ganivet fue anotando durante su estancia anversoana una serie de indagaciones históricas y filosóficas sobre la “génesis” y la naturaleza de la identidad hispánica que, en tanto que propedéutica del anhelo metafísico que pretendía expresar en los Autos Místicos, sirvió de sustento no sólo del *Idearium* sino de buena parte de la conformación de *Granada la bella*.

En este sentido, no parece arriesgado suponer que esa “obrilla” de la que habla a Navarro en sus cartas y a la que dedica alguna meditación (“Hoy domingo pienso dedicarlo a la música y a la meditación sobre el jaleo filosófico de que te hablé”, escribe el 9 de julio de 1894 en carta aún inédita) no sea otra que la que contiene “esa cartera llena de notas” rescatada en enero de 1896, que servirá como previa versión de lo que, desde el verano de ese mismo año y hasta finales de octubre, fue tomando forma definitiva, editándose bajo el título de *Idearium Español*<sup>5</sup>.

5. La primera vez que Ganivet menciona este título para sus meditaciones sobre la “ideología hispánica” es en abril de 1897, en sendas cartas dirigidas a sus amigos Navarro, el día 12, inédita (“Cuando leas el *Idearium*, que de seguro saldrá mejor librado que la *Conquista* porque es posterior a ella, lo último que he hecho y lo que he hecho con más pasión, verás como cambia

Desde su llegada a Finlandia la actividad editorial del nuevo cónsul español no deja de crecer. En febrero ha iniciado la serie de epístolas que componen *Granada la bella* y que, tras de su aparición en las páginas de *El Defensor*, entrega a la imprenta Frenckell de Helsingfors para su agrupación en volumen; ha enviado a Madrid el manuscrito de la *Conquista*, demorándose varios meses la corrección de pruebas; proyecta, en fin, varios libros al mismo tiempo<sup>6</sup>, y en el verano se encuentra en pleno proceso creativo<sup>7</sup>, tras haber adelantado en la sexta entrega de *Granada la bella* algunas noticias sobre el libro que trae entre manos<sup>8</sup>.

---

un poco tu concepto (no artístico sino filosófico) de la *Conquista*”), y Nicolás María López, el día 20: “Cuando leas el *Idearium* verás qué clara te aparece la idea general de la *Conquista*, aunque ambos libros no tienen punto de relación” (*La cofradía del Avellano*, Granada, Tip. Piñar, s.a., p. 78). Por entonces el libro está imprimiéndose en Granada y su mayor preocupación es que no se piense que es el complemento teórico o filosófico de su primera novela.

6. “Ahora voy a empezar a escribir una obra aprovechando el buen tiempo y la tranquilidad...”, escribe a sus hermanos el 6 de abril, del mismo modo que el 13 de julio les anticipa la idea de trabajar sobre el *Idearium*: “...después voy a empezar un trabajo por el estilo de *Granada la bella* pero más largo y sobre asunto de interés general”.

7. El 19 de agosto le dice a Francisco Seco de Lucena: “Satisfecho ya el gusto de tener un recuerdo tipográfico de este rincón de Finlandia [se refiere sin duda a la edición finlandesa de *Granada la bella*], pienso imprimir otro libro en Granada en cuanto reúna los cuartos necesarios...”; y diez días después es Nicolás María López quien recibe las siguientes letras: “Estoy componiendo un libro pequeño (pues no me gustan los grandes), una ideología que desde luego te aseguro que es mejor que lo que hace...”. A pesar del velo con el que el amigo entrañable sustituye el nombre por los puntos suspensivos, cabe suponer el de Unamuno, quien había publicado un año antes *En torno al casticismo*.

8. “Para entretener mis ocios estoy escribiendo un libro que trata de algo parecido a esto de que ahora hablo: de la constitución ideal de la raza española”, en “Nuestro carácter”, *El Defensor de Granada*, 29 de marzo de 1896. Vid. *Granada la bella*, Granada, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 1996, p. 110.

Coincidiendo en el tiempo con el inicio de su serie de *Cartas finlandesas* da remate Ganivet al *Idearium*: si el 10 de octubre comunica a Navarro que la “ideología hispánica” está aún “en el telar”, nueve días después le declara ya sus intenciones, no sin añadir algún juicio “captatio benevolentiae”: “De aquí a dos semanas habré acabado mi nuevo librejo y podré pensar con más cordura, pues ahora estoy con él a vueltas día y noche. Tengo idea aproximada de lo que será y me parece que va a ser como el de *Granada la bella*, un atado de disparates incoherentes sin clasificación posible. [...] La ideología la pienso publicar en Granada cuando la acabe que será, como te digo, pronto; aquí es difícil por las correcciones. No tengo tiempo de andar con tantas minucias”<sup>9</sup>. Y fueron, en efecto, las dos semanas que había calculado para poner el punto final al trabajo, pues el 3 de noviembre da cuenta así a sus hermanos: “...Ya voy por la carta novena (en referencia a las *Cartas finlandesas*, cuya publicación en *El Defensor* se había iniciado el 14 de octubre) y ya acabé los dos trabajos que tenía empezados. La impresión de uno (se refiere a la *Conquista*, entonces en proceso de impresión en los talleres de Rivadeneyra de Madrid) va ya bien adelantada, como por la mitad”<sup>10</sup>.

El segundo de los trabajos aludidos hace clara referencia al *Idearium*, cuyo manuscrito debió de salir inmediatamente para su impresión en Granada, pues si el 16 de ese mismo mes refiere a sus hermanos el mucho trabajo que tiene al habersele “juntado la mar de correcciones de pruebas de los dos libros que estoy imprimiendo”, el 9 de diciembre declara tener ya 22 páginas de pruebas de su

9. Carta inédita a Navarro de 19 de octubre de 1896.

10. *Correspondencia familiar de Ángel Ganivet (1888-1897)*, ed. de Javier Herrero, Granada, Anel, 1967, p. 305.

libro<sup>11</sup>, que para febrero del año siguiente se incrementarán hasta 51<sup>12</sup>. Tardanza que no produce en su autor excesivo desasosiego<sup>13</sup>.

El verano de 1897 lo pasa Ganivet en Granada. Fue durante esta estancia cuando vio la luz el *Idearium*. Tuvo por tanto ocasión de seguir de cerca el proceso final de la edición del libro: “Dentro de una semana le enviaré el *Idearium*, que está ya impreso. Falta sólo la cubierta. Han salido 164 páginas”, escribe a su amigo Pepe Cubas el 15 de julio<sup>14</sup>; y desde Granada organiza una primera distribución de ejemplares entre amigos y conocidos, que alcanzará a los de Madrid y Cataluña, donde Ganivet se detiene unos días en su viaje de regreso a Helsingfors, acompañado esta vez de sus hermanas.

Así pues, los primeros ecos de la aparición del *Idearium* serán los que produzcan *El Defensor de Granada* y *La Vanguardia* de Barcelona, a cuyo director conoce Ganivet en Sitges, proponiéndole su colaboración en el diario, y tiempo después, motivados ya por la desaparición del escritor, ten-

11. “Del libro que imprimo en Madrid (...) Del de Granada no me han enviado más que 22 páginas de muestra y desde hace un mes no me remiten más” (*Ibid.*, p. 307).

12. “... el de Granada sólo por la 51, nada más. Este que yo creí que sería como el de *Granada la bella* va a salir más largo, casi doble, porque el original lo había yo escrito en letra muy menuda y de cada cuartilla salen dos páginas” (*Ibid.*, p. 310).

13. En enero de 1897 da cuenta Ganivet a Navarro Ledesma de las esperanzas para el nuevo año: “La otra sorpresa es el librito que imprimo en Granada y que vendrá a ser poco mayor que *Granada la bella*. La *Conquista* va por la pág. 304 y la podrás leer a fin de mes, la *Ideología* va para más largo, pues para 40 págs. han tardado cerca de dos meses por falta sin duda de materiales para imprimir varias cosas a un tiempo” (Carta inédita, Helsingfors, 5 de enero de 1897).

14. Carta inédita.

drán lugar los entusiastas comentarios de los diarios madrileños *El Imparcial*, *El Globo* y *Madrid Cómico*.

Quizá como prolongación de estos primeros y contradictorios ecos haya que considerar la polémica que Unamuno mantuvo con el autor el año siguiente bajo el título de *El porvenir de España*. Pero fue el propio Ganivet quien acertó a resumir la primera valoración que de su obra se hizo en carta al cofrade del Avellano Rafael Gago Palomo: “Recibo su grata carta con doble sorpresa por ser la primera que me escribe, y por tratar en ella de mi libro, que yo creía ya sepultado en los abismos del olvido. No sé qué pensar acerca de su tan favorable opinión sobre mi modesto ideario; [...] Yo también sentí que el libro pasara de las cien páginas, y si hubiera podido le hubiera quitado mucho de lo que estorba [...] puesto que la idea inicial era fijar en sus rasgos más típicos el espíritu español, y decir que, a pesar de nuestro exceso de acción exterior, que nos ha traído el abatimiento aparente actual, contiene intacta la fuerza original y creadora de la nación. Hoy, la fuerza muestra su ramaje vicioso, porque las raíces son débiles [...]. Estos perfiles, ¿cómo van a ser del agrado de un público impaciente que desea ver los resultados de las ideas que a medias ha ingerido? Para hacer comprensible mi idea, descendí a detalles, no del todo innecesarios, tratándose de lectores como los españoles, que la mayoría no conoce nuestra historia; pero ni de este modo ni del otro, creo conseguir nada, porque carezco de autoridad para hablar en el tono dogmático que he empleado, según Vd. me hace notar”<sup>15</sup>.

15. Carta de Ángel Ganivet a Rafael Gago Palomo de 20 de enero de 1898, publicada en *La Alhambra* el 15 de junio de 1904 y recogida por Luis Seco de Lucena, *Juicio de Ángel Ganivet sobre su obra literaria*, Granada, Universidad, 1962, pp. 119-123.

El caso es que este cuestionamiento de la esencia patria y de la idea de España que supuso la publicación del *Idearium* no tuvo excesiva repercusión nacional. Dentro de ese nuevo género autoflagelante y plañidero que inaugura la “literatura del Desastre”, el *Idearium Español* tuvo en principio una modesta implantación que, en sucesivas oleadas y paradójicamente, llegó a corregir hasta el punto de convertirse a lo largo del siglo XX en un libro influyente y controvertido. Su influencia se haría notar ya en los primeros debates finiseculares sobre la decadencia y degeneración de razas y naciones hasta el más reciente de la modernidad o antimodernidad de sus escritos, pasando por la controversia a propósito de su profascismo o no, y alimentando el permanente debate producido en el pasado siglo sobre el origen histórico de la tragedia española que entretuvo a Rafael Altamira, Ortega, Sánchez Albornoz, Américo Castro<sup>16</sup>, Azaña, etc.

Libro, entonces, en continua reactualización crítica, bien pudiera ser este el motivo de que haya acumulado hasta ahora más de una veintena de ediciones, ya en solitario o en compañía de *Granada la bella* o *El porvenir de España*<sup>17</sup>.

Todas esas ediciones parten de la imprenta en los talleres de la Viuda e Hijos de Paulino V. Sabatel, de Granada, y publica-

16. En la más reciente edición del libro (*Idearium español y El porvenir de España*, Salamanca, Almar, 1999), en la página 93 advierte su editor, Nelson Orringer, que para ella maneja “una primera edición del *Idearium* llena de acotaciones escritas a lápiz de Américo Castro Quesada...” y que “Todo indica que a la visión ganivetiana de la formación del carácter hispánico en la interacción con el árabe remonta la tan discutida teoría, propuesta por Castro en múltiples obras, de la ‘vididura’ española; es decir, que la interacción de las tres castas, la cristiana, la judía y la musulmana, ha dado origen a los rasgos distintivos de la sociedad española”.

17. Una relación exhaustiva de las ediciones del libro hasta 1995 en Nil Santiañez-Tió, *Ángel Ganivet: una bibliografía anotada (1892-1925)*, Diputación de Granada, 1996. A las mencionadas allí cabe añadir la de J.L. Abellán (Madrid, Biblioteca Nueva, 1996) y la ya mencionada de Orringer.

da en 1897, si bien es de la segunda edición madrileña de 1905 (Librería General de Victoriano Suárez, edición de Ángel Tristán Ganivet, 184 páginas, 3ª reimpresión, 1925) de donde se nutren el resto de ediciones, como puede deducirse del cotejo llevado a cabo, excepto la de Orringer de 1999, que remite con buen criterio a la granadina de 1897, incorporando al final el “Epílogo que puede servir de prólogo”, evidente guiño paratextual del que se sirve Ganivet con el fin de establecer con sus lectores lo que Lejeune denomina un “pacto genérico”, es decir, un compromiso con el lector que privilegia la dimensión pragmática de la obra<sup>18</sup>: la primera edición, cuya impresión Ganivet supervisa personalmente durante su última estancia en su ciudad natal, no menciona, ni en cubierta ni en la portada, el nombre del autor, que es sugerido a través de la dedicatoria; pero para abundar y privilegiar más aún las relaciones paratextuales del *Idearium*, redactó el autor el breve diálogo entre Hípope y Cínope “Epílogo que puede servir de prólogo”<sup>19</sup>, que hay que suponer desgajado de un proyecto paralelo

18. No son los señalados los únicos rasgos paratextuales de interés contenidos en el *Idearium*. Otro ejemplo, la división capitular del libro partiendo de las letras del abecedario, sugiere a Ganivet el siguiente comentario en carta a Nicolás María López de 8-X-98: “El mismo Massó me dijo que la impresión del *Idearium* con las letras gruesas intercaladas era una novedad en Europa (¡) y que tiene valor estético; y yo lo hice sólo por ahorrarme el trabajo de escribir epígrafes” (*La Cofradía...*, cit., p. 104). También el citado epistolario va encabezado en cada una de las cartas por una letra mayúscula hasta la Y.

19. En carta aún inédita de 7 de febrero de 1897 refiere por primera vez Ganivet a Navarro su intención de escribir estos diálogos (“También tengo empezado unos Diálogos platónicos que si ven la luz serán dedicados a ti”), cuya naturaleza concreta en carta, igualmente inédita, del día siguiente: “Para mi obra he creado dos personajes: Hípope y Cínope. Hípope es un hombre noble, elevado en sus ideas, recto en sus intenciones, una especie de Parsifal civilizado; Cínope es un cínico, un hombre primitivo, tan bueno como Hípope pero mucho más granuja, más pícaro, interiormente considerado Hípope eres tu y Cínope soy yo”.

y más general, “Los coloquios de Hípope y Cínope”. A pesar de la voluntad final de su autor de no incluir el breve epílogo, hemos decidido incorporarlo debido a su indudable valor. El texto proviene del único conocido, el publicado por Gallego Morell (*Estudios y textos ganivetianos*, Madrid, C.S.I.C, 1971, pp. 36-38), que declara su data, Helsingfors 1896, pero no su procedencia.

Por nuestra parte, hemos establecido el texto sobre la primera edición de Sabatel, cotejada con el manuscrito conocido como Ms. B en el catálogo de la Diputación de Granada, sin duda fuente de esta primera edición. También podrá ver el lector en el aparato crítico el contenido de lo que el antedicho catálogo considera Ms. A y que no parece ser sino la versión previa sobre la que Ganivet reescribió el manuscrito que sirvió para la impresión del libro.

Así pues, en nuestro cotejo reconoceremos en el aparato crítico como M el manuscrito sobre el que se confecciona el texto base, como V la versión previa, y como E la de Espasa-Calpe. El resto de las ediciones más difundidas del *Idearium*, como son la de la imprenta de *El Defensor de Granada* (1906), la de Victoriano Suárez (1923) y la incluida en las obras completas publicadas por Aguilar en 1943, también han sido cotejadas, pero, puesto que no presentan variantes significativas, se ha optado por no anotarlas.

Excepto cuando el uso de puntuación, acentuación o mayúsculas ha resultado anacrónico, se ha respetado la presentación gráfica de su primera impresión, e incluso la disposición de las letras capitulares y los blancos tipográficos.

Indicar, finalmente, que a pie de página vienen recogidas las notas explicativas y que en el apartado final, aparato crítico, se registran las variantes de todos los textos cotejados.

# IDEARIUM ESPAÑOL\*

\* *Idearium*: término de origen dudoso, acaso latino (Julián Marías, “El 98 antes del 98: Ganivet”, en *Ángel Ganivet, en su centro*, ed. de C. Díaz de Alda, *RILCE* 13-2, 1997, p. 122). Unamuno definió el libro como un “semillero de ideas”. Y de “ideas”, efectivamente, se nutre éste como cualquier otro texto ganivetiano, sea ensayo, novela o drama. “Hacer literatura con ideas”, dice Ortega, “es característica común a todos los escritores de la llamada generación del 98”. Cabe precisar, sin embargo, como bien lo hace Elena Mellado de Hunter, que “lo que entiende Ganivet por ideas no es lo que generalmente se entiende. Él está muy cerca del concepto platónico al afirmar la trascendencia de las ideas. Las ideas (de belleza, de justicia, de bondad) tienen existencia real. No son imágenes mentales. Su existencia es evidente y el verdadero hombre es el que logra captarlas [...]” (*El estoicismo de Ángel Ganivet*, Barcelona, Uprex, 1972, p. 140).

A don Francisco Ganivet y Morcillo,  
padre del autor: artista y soldado\*\*.

\*\* El padre de Ganivet, don Francisco Ganivet Morcillo, era propietario de un molino y de un horno de pan. Sirvió como soldado en los Lanceros de Lusitania. El trabajo en el molino, junto con la producción y venta del pan, aseguró cierta holgura a la familia. El padre pudo así dedicarse a la pintura y al dibujo (J.A. Juanes, *Perfil de Ángel Ganivet*, Salamanca, Librería Cervantes, 1998, pp. 11-13). El que el nombre de don Francisco Ganivet Morcillo aparezca en el epígrafe o dedicatoria del libro es objeto de comentario en un texto ganivetiano, “Epílogo que puede servir de prólogo”, compuesto en 1896 para acompañar el *Idearium* pero no publicado hasta 1971 (en *Estudios y textos ganivetianos*, ed. de A. Gallego Morell, Madrid, C.S.I.C., 1971, pp. 36-38). En él dos personajes, Hípope y Cínope (las dos caras, respectivamente la idealista y la cínica, de la personalidad de Ganivet), comentan, desde sus respectivos puntos de vista, el libro que van a presentar. Dicen que es anónimo y justifican la presencia de don Francisco Ganivet Morcillo en el epígrafe como estrategia estilística para que se deduzca, a través del apellido del padre, el del autor. La cubierta y una de las portadas de la primera edición del libro se publican, de hecho, sin que aparezca el nombre del autor (N. Orringer, “Introducción” a Á. Ganivet, *Idearium español y El porvenir de España*, edición anotada de N. Orringer, Salamanca, ediciones Almar, 1999, p. 33. A partir de ahora se citará de esta edición utilizando la sigla *IEP*. Hay otra edición de *El porvenir de España*, realizada por Fernando García Lara y con estudio preliminar y notas de Pedro Cerezo, Fundación Caja de Granada y Diputación de Granada, 1998).

# A

Muchas veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada<sup>a</sup>, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional;

5

<sup>a</sup> Como han observado ya muchos críticos, desde Unamuno hasta Gallego Morell, Herrero o Marías, Ganivet cae en una confusión entre la Concepción Inmaculada y la Virginitad de María, madre de Cristo. En *El porvenir de España* –diálogo epistolar mantenido con Unamuno, desde las páginas de *El Defensor de Granada*, sobre los temas tratados en sus respectivos ensayos historiográficos– Ganivet mismo admite la confusión. Dice que unos amigos se la habían señalado antes de que el libro se imprimiera y que él había preferido no corregir “porque veía en esa idea una idea muy española... El pueblo español ve en ese misterio no sólo el de la concepción, no el de la virginidad, sino el misterio de toda una vida. Hay un dogma escrito inmutable, y otro vivo, creado por el genio popular” (*El porvenir*, citado por J. Marías, “El 98 antes del 98: Ganivet”, en *Ángel Ganivet, en su centro*, ed. de C. Díaz de Alda, *RILCE* 13-2, 1997, p. 123). De todas formas, el símil de la Concepción Inmaculada –la mujer concebida sin pecado y que concibe sin pecar– es coherente con el tema básico del libro (España y su *ser* más auténtico, casto, virginal) y funcional al proyecto compositivo en su conjunto (modulación del tema de la España auténtica desde una doble perspectiva, histórico-material e ideal-espiritual). Lo que concretamente Ganivet nos comunica en este pasaje es que, pese a todo, a su historia conflictiva, a sus conquistas y derrotas epocales (es decir: a su “larga y penosa labor de maternidad”), España guarda en el fondo un “espíritu virgen” y una irreductible vocación por la vida ascética, ajena tanto al “mundanal ruido” como a los grandes sucesos de la historia.

que acaso ese dogma era el símbolo, ¡símbolo admirable!, de nuestra propia vida, en la que tras larga y penosa labor de maternidad venimos a hallarnos a la vejez con el espíritu virgen; como una mujer que, atraída por irresistible vocación a la vida monástica y ascética y casada contra su voluntad y convertida en madre por deber, llegara al cabo de sus días a descubrir que su espíritu era ajeno a su obra, que entre los hijos de la carne el alma continuaba sola, abierta como una rosa mística a los ideales de la virginidad.

Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo; no el estoicismo<sup>a</sup> brutal y heroico de Catón<sup>b</sup>, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio<sup>c</sup>, ni el estoicismo rígido

<sup>a</sup> La filosofía estoica surge entre los últimos años del siglo IV y los primeros del III a.C., en un momento de crisis en la especulación metafísica pura, cuando se necesitan creencias nuevas que sustituyan la mitología decadente. Las tres principales escuelas de esta época son el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo. Zenone, discípulo del cínico Crates, es el fundador de la escuela estoica. Se inspiró en varios filósofos: Pitágoras, Heráclito, Sócrates, Platón y Aristóteles, además de en el mismo Crates. El estoicismo exalta la sabiduría, la vida moral y la paz espiritual como necesarias para la felicidad humana.

<sup>b</sup> Marco Porcio Catón (95 a.C.-46 a.C.), nieto de Catón el Censor, fue una de las figuras más firmes e inflexibles de la Roma republicana. Antes que capitular y pedir la gracia a César, prefirió morir, traspasándose el pecho con una espada. Séneca, en *De constantia sapientis*, elogia su entereza y sus virtudes morales.

<sup>c</sup> Menos emocional y más intelectual que Epicteto, Marco Aurelio (161 a.C.-180 d.C.), emperador romano, creía en un Dios racional que organiza y dirige el universo. Para él la sabiduría es fruto de la pureza del alma. Ejerció sus muchas virtudes en el cumplimiento de su deber con el Estado. En sus escritos casi no menciona a Séneca. A éste le prefería Epicteto.

y extremado de Epicteto<sup>a</sup>; sino el estoicismo natural y humano de Séneca<sup>b</sup>. Séneca no es un español, hijo de España por azar, es español por esencia; y no andaluz, porque cuando nació aún no habían venido a España los vándalos; que a nacer más tarde en la Edad Media quizás no naciera en Andalucía sino en Castilla. Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: no te

5

<sup>a</sup> Epicteto (60 d.C.-140 d.C.) fue esclavo de Epafrodito. Dominicia no le dio la libertad y lo expulsó de Roma. Las dificultades con las que tuvo que enfrentarse en su vida de esclavo lo acercaron a la ética estoica de resignación y renunciación. Para él el hombre puede alcanzar la felicidad sólo viviendo en armonía con el universo y conformando sus deseos a lo que le sugiere la razón y es controlable por su voluntad.

<sup>b</sup> Lucio Anneo Séneca (5 d.C.-65 d.C.), escritor, filósofo, orador, estadista, nace en Córdoba. Todavía adolescente llega a Roma, donde estudia y vive el resto de sus años. Séneca pertenece a la última etapa del estoicismo, la romana, correspondiente a los siglos I y II d.C. Su filosofía se inspira en las enseñanzas del estoico Átalo y de la escuela de los Sestios (en Papirio Fabiano, de especial modo), que unen estoicismo y neopitagorismo. Bajo la influencia de estas dos escuelas concibe una filosofía basada en el rigor moral y la elevación espiritual, que admite prácticas ascéticas (como el vegetarianismo) y valora la apatía, virtud esencial para el hombre que quiere vivir en armonía con el cosmos. Fue condenado por sus enemigos políticos a suicidarse y él, con ánimo sereno, se abrió las venas. Erasmo consideró a Séneca más cristiano que pagano. Los Padres de la Iglesia le llamaban el “pagano divino”. En España el senequismo conoce varias reediciones, desde Jorge Manrique, Quevedo o Larra, al mismo Ganivet (M. Durán, “Ganivet y el senequismo hispánico”, *Ínsula*, año 20, núm. 288-229, noviembre-diciembre 1965, pp. 3 y 19). Unamuno, en su deseo de “despaganizar” a España, criticará –en *El porvenir*– el entusiasmo de su interlocutor por “el pagano moralismo senequista”, cuya “exterior semejanza con la corteza del cristianismo –le dice a Ganivet– hasta a usted mismo ha engañado” (*IEP*, pp. 297-298). El autodominio senequista estaría, según él, en contraste con el sentimiento de abandono a Dios predicado por el cristianismo. Según este mismo criterio unamuniano serían igualmente anticristianos e inhumanos “el ideal caballeresco, la tan decantada hidalguía y todo heroísmo que olvida el imperativo evangélico: ‘no resistáis al mal’” (*ibid.*, p. 293).

dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos  
5 mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al  
10 menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre.

Esto es español; y es tan español que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya; sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El  
15 espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo; y este traje sumario queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza  
20 ideal de nuestra nación. Cuando yo, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturdido y asombrado, como quien, perdida la vista o el oído, los recobrará repentina e inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes  
25 confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles<sup>a</sup>.

<sup>a</sup> Se ha observado que Ganivet “fue el primero de su generación que encontró una justificación de sí mismo y de su patria en el estoicismo, específicamente en el senequismo” (M. Amada Llona, *Humanismo, Sociedad y Literatura en la obra de Á.G.*, Tesis Doctoral, Universidad de Deus-

Es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España; en el arte y en la ciencia vulgar, en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás. Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influido en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates o Galeno<sup>a</sup>. España sola sobrepuja a todas las demás naciones juntas, por el número y excelencia de sus sangradores. El supremo doctor alemán es el doctor Fausto<sup>b</sup> y el

---

to, 1989, impreso por E.T.D., S.A., Barcelona, 1990). El suyo fue sin embargo -como bien han hecho notar varios autores, desde M. Zambrano a M. Durán o E. Mellado de Hunter- un senequismo *sui generis*, asimilado a través de la cultura griega, el cristianismo y la filosofía moderna. Para María Zambrano el estoicismo y sus periódicas reediciones son de por sí “una señal de crisis histórica” (*Pensamiento y poesía en la vida española* (1939), Madrid, ediciones Endymión, 1987, p. 76). Séneca especialmente, precisa M. Laffranque, por ser el más próximo, entre los filósofos estoicos, al pensamiento cristiano, proponía una lección moral que se ajustaba bien a la situación histórico-ambiental en la que actuaba Ganivet, época de transición y de crisis profunda en la vida cultural, literaria, política e institucional de su país (“Ángel Ganivet y el ocaso de la filosofía greco-romana”, *Ínsula*, año 20, núm. 288-229, noviembre-diciembre 1965, pp. 6-7).

<sup>a</sup> Hipócrates (¿460?-377 a.C.) y Galeno (129-199 d.C.), médicos griegos que la tradición considera fundadores de la medicina occidental.

<sup>b</sup> El doctor Fausto es el legendario médico, alquimista y humanista alemán que para alcanzar sus altos ideales vendió su alma al diablo. El personaje, que tuvo existencia real, aunque bien diferente de la legendaria, alcanzó fama universal gracias a la tragedia de Goethe (*Faust*), publicada completa por primera vez en Tubinga, en 1834, dos años después de la muerte de su autor.

supremo doctor español es el doctor Sangredo<sup>a</sup>, no obstante haber existido también su rival y famoso congénere, el doctor Pedro Recio de Tirteafuera<sup>b</sup>. Y jamás en la historia de la humanidad se dio un ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando a muchos a la fosa, es cierto, pero purgando a los demás de sus excesos sanguíneos a fin de que pudiesen vivir en relativa paz y calma. Y quién sabe, si el descubrimiento de la circulación de la sangre por Servet<sup>c</sup>, que en definitiva es lo único notable que los españoles han aportado a la ciencia

<sup>a</sup> El doctor Sangredo es un personaje de la novela *Gil Blas de Santillana* de A.R. Lesage, traducida al español por José Francisco de Isla. Es un médico ignorante que curaba todas las enfermedades con sangrías y purgas.

<sup>b</sup> El doctor Tercio de Tirteafuera es Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera, personaje cervantino que en *Don Quijote* (II, 47) sirve de médico a Sancho Panza cuando gobierna la imaginaria ínsula Barataria. Caricatura de los médicos preventivos, lo que hace con su paciente es prohibirle cualquier manjar, para no perjudicar su salud. Negarle la comida a Sancho, sin embargo, era igual que matarle, y de la muerte para él peor, la de hambre.

<sup>c</sup> Sabio español, nacido en Vilanova de Sixena en 1511, Servet murió en la hoguera en 1553. Viajó a Italia, Alemania y Francia. En París adquirió fama como médico al explicar el mecanismo de la circulación de la sangre. Sea como médico, sea como teólogo, fue poco respetuoso con la tradición. Desde el punto de vista teológico su propósito –criticado tanto por los católicos como por los reformadores y calvinistas– fue el de conciliar la fe cristiana con el misticismo panteísta.

práctica de los hombres, no tendrá también su origen en Séneca y en la turbamulta de sus acólitos<sup>a</sup>.

**S**in necesidad de buscar relaciones subterráneas entre las doctrinas de Séneca y la moral del cristianismo, se puede establecer entre ellas una relación patente e innegable, puesto que ambas son como el término de una evolución y el comienzo de otra evolución en sentido contrario; ambas se encuentran y se cruzan, como viajeros que vienen en opuestas direcciones y han de continuar caminando cada uno de ellos por el camino que el otro recorrió ya<sup>b</sup>. El término de

<sup>a</sup> En una breve secuencia de frases, Ganivet pasa de una imagen arcaico-clásica (la de Séneca, que se suicida abriéndose las venas) a una cómico-grotesca (la del doctor Sangredo, prototipo de los “sangradores impertérritos” que, en lugar de sanar a sus enfermos, los mandan a la fosa) y a otra científica (la reflexión propiamente técnica sobre el efecto liberatorio provocado por las sangrías que han aligerado, durante siglos, a los españoles de sus excesos sanguíneos-temperamentales). Para Juan Carlos Rodríguez esta articulada, aunque algo paradójica, historia de la relación de los españoles con su sangre es “un ejemplo clave de cómo tanto Ganivet, como Unamuno, como Arana [autor de un conocido y muy discutido ensayo sobre las sangre de los vascos] están intentando desprestigiar al cientificismo positivista, mientras que lo utilizan, sin embargo, como eje para legitimar el mito de los orígenes y de las esencias” (“Las metáforas de Ganivet en el *Idearium*”, en AA.VV., *Ganivet y el 98*, Actas del Congreso Internacional, ed. de A. G. Morell y A. Sánchez Trigueros, Universidad de Granada, 2001, p. 107).

<sup>b</sup> Para Ganivet el estoicismo y el cristianismo se afirmaron en tanto que alternativos a las precedentes filosofías (la griega y la romana) y teologías (la religión judía), ya en plena decadencia. La moral estoica propuso una conducta y un estilo de vida concretos y reales contra las especulaciones de una filosofía siempre más abstracta y distante de lo real. El cristianismo, por su parte, defendía una moral vivida cotidianamente, interiorizada y encarnada en los hombres comunes. Orringer rastrea en estas consideraciones de Ganivet, así como en otras semejantes expresadas por Unamuno en *En torno al casticismo*, la influencia de Renan (*IEP*, pp. 106-109 y notas).

una evolución filosófica racional, como la greco-romana, es, cuando están todas las soluciones agotadas: la empírica y la constructiva, la materialista y la idealista, la ecléctica y la sincrética; la solución negativa o escéptica; y entonces surge la moral estoica, moral sin base, fundada sólo en la virtud o en la dignidad; pero esa solución es transitoria, porque bien pronto el hombre, menospreciando las fuerzas de su razón, que no le conducen a nada positivo, cierra los ojos y acepta una creencia. El término de una evolución teológica, como la del pueblo hebreo, tiene que ser también, cuando ya están agotadas todas las soluciones históricas, esto es, todos los modos de acción, una solución negativa, anarquista diríamos hoy; tal era la que anunciaban los profetas (y entonces debe de surgir una moral que, como la cristiana, condene la acción y vea en ella la causa de los sufrimientos humanos y reconstruya la sociedad sobre la quietud, el desprendimiento y el amor); pero esa moral es transitoria, porque bien pronto el hombre desengañado de la fe, que le conduce a producir actos negativos, se acoge a la razón; y comienza una segunda evolución que ya no se muestra en actos, sino en ideologías.

Por esto la moral cristiana, aunque lógicamente nacida de la religión judaica, era negativa para los judíos; puesto que dando por terminada su evolución religiosa, les cerraba el horizonte de sus esperanzas y les condenaba a recluirse dentro de una religión acabada ya, perfecta y por lo tanto inmutable; así como la moral estoica, fundada legítimamente sobre lo único que la filosofía había dejado en pie, sobre lo que sub-

siste aun en los periodos de mayor decadencia, el instinto de nuestra propia dignidad, era negativa tanto para griegos como para romanos, porque, derivada del esfuerzo racional, pretendía construirlo todo sin el apoyo de la razón, por un acto de adhesión ciega que andaba tan cerca de la fe como la moral cristiana andaba cerca de la pura razón. Y así, por este encadenamiento natural, el cristianismo encontró el terreno preparado por la moral estoica, la cual había sembrado por el mundo doctrinas nobles, justas y humanitarias; pero carecía de jugo para fertilizarlas. Lo noble, lo justo y lo humanitario, sostenido y amparado sólo por la razón, menos que por la razón por el instinto, no puede ni podrá jamás vencer las pasiones bajas, ruines y animales de la generalidad de los hombres; para encadenar la fuerza irresponsable de los grandes, para domar la furia concentrada por la impotencia en los pequeños, para ablandar un poco el refinado egoísmo de los medianos, hay que confundirlos a todos, conmoldearlos por medio de un fuego ardiente que venga de muy alto y que destruyendo construya y abrasando purifique.

**L**os que se maravillan de la rápida y al parecer inexplicable propagación del cristianismo, debían de considerar cómo, destruida la religión pagana por la filosofía y la filosofía por los filósofos, no quedaba más salida que una creencia que penetrase, no en forma de símbolos venidos a la sazón muy a menos, sino en forma de rayo ideal, taladrando e incendiando; y los que se espantan ante el sangriento holocausto de los mártires innumerables, debían de pensar que así como

la muerte de Jesús era una condición profética, esencial, necesaria y complementaria de las doctrinas del Evangelio, así también el martirio de muchos cristianos era el único medio eficaz de propaganda. Sin su sacrificio, Jesús hubiera sido un moralista más; y sin el sacrificio de los mártires, el cristianismo hubiera sido una moral más, agregada a las muchas que han existido y existen sin ejercer visible influencia.

Todas las religiones y en general todas las ideas se han propagado y propagan y propagarán en igual forma: son como piedras que, cayendo en un estanque, producen un círculo de ondulaciones de varia amplitud y de mayor o menor persistencia; el cristianismo cayó desde muy alto, desde el cielo, y por esta razón sus ondulaciones fueron tan amplias y tan duraderas. Pero lo más admirable en la propagación del cristianismo no es ni su rapidez ni su intensidad; porque ¿qué admiración puede causar que en diversos campos simultáneamente labrados, abonados y sembrados de trigo, nazcan simultáneamente muchas, infinitas matas de trigo? Más admirable y extraño es que por medio de hábiles injertos nazcan en unos árboles frutos que son propios de otros árboles y que las savias, mezclándose y confundiéndose, regalen el paladar con nuevos y delicados sabores<sup>a</sup>.

<sup>a</sup> Estas consideraciones acerca de la eficacia propagandística del martirio, así como otras que van a seguir, sugieren a Orringer unas posibles analogías con las expuestas por Renan en su *Histoire du christianisme* (IEP, pp. 106-109 y notas). Joseph-Ernest Renan (1823-1892), pensador francés católico, atacó la ortodoxia del catolicismo, que juzgaba inaceptable e incoherente con los ideales cristianos. Gozó de una discutida fortuna en la España de fin de siglo. El primero que le cita es Valera. Se ha notado cierta comunión de perspectivas

Así fue de la moral cristiana, injertada en el espíritu gentil. Mientras que aparentemente no se descubre más que una propagación, la del cristianismo, en secreto se efectuaba otra propagación, la de la filosofía gentilica, cristianizada; y el punto en que tuvo lugar la conjunción, el injerto, fue la moral estoica. Así en España, donde era el asiento del estoicismo más lógico, no del más perfecto, del más humano, el senequismo se mezcla con el Evangelio de tal suerte, que de nuestro Séneca, si no puede decirse en rigor que “huele a santo”, sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un Doctor de la Iglesia.

---

entre Renan y los krausistas Sanz del Río, Fernando de Castro y Concepción Arenal, por su común actitud liberal en lo religioso. Por lo que se refiere a su posible influencia sobre los intelectuales del 98, se ha dicho que fue profunda y significativa y que la reconocieron los mismos representantes del grupo, entre ellos Unamuno y Azorín (Francisco Pérez Gutiérrez, *Renan en España*, Madrid, Taurus, 1988). Se ha presentado a Renan como uno de los maestros de Ganivet (Cassou, *Panorama de la littérature Espagnole contemporaine*, París, 1926, p. 55). Pérez Gutiérrez hace sin embargo notar que, en su carta a Navarro del 10 de mayo de 1893, Ganivet critica a Renan por su racionalismo, por haber tratado de aplicar su espíritu crítico a asuntos teológicos y dogmas. Está dispuesto a reconocer al francés mérito filológico y literario, pero le niega credibilidad como pensador y como teólogo. Richard Cardwell, en cambio, en un estudio suyo reciente, sostiene que existen claras correspondencias entre *La Vie de Jesus* y *Los trabajos* y que la lectura del texto acaso más discutido de Renan “quedaba en el fondo inconsciente de Ganivet” cuando éste escribió su segunda y última novela (“‘El más humano Jesús’. Ganivet, Renan y la autocreación en literatura”, en AA.VV., *Ganivet y el 98*, cit., pp. 69-71). Significativos, para demostrar la popularidad de las obras de Renan en España, son los artículos de P. Zacarías Martínez Núñez aparecidos en *La España Moderna* en 1890 (“El moderno anticristo (Ernesto Renan)”, en los que se le describe como corruptor de almas juveniles (Cf. T. Pecchia, *Renan en España: contribución al estudio de la expresión religiosa en la literatura española de 1870 a 1915*, University of Pennsylvania, Ph. D., 1972).

**E**n España, pues, como en todos los países invadidos por la idea cristiana, el esfuerzo racional acompaña a la propagación evangélica para explicarla y completarla; pero ese esfuerzo no fue en un principio, como debió ser, un esfuerzo creador; fue un trabajo de rapsodas; en vez de empezar por teorías empíricas en relación con la pureza de la nueva fe, los filósofos cristianos de nuestro mundo, que, aunque cristianos, seguían viviendo con la sangre heredada de sus padres gentiles, encontraron más hacedero concordar con el cristianismo las enseñanzas magistrales de la Escuela helénica, y como lo veían todo ya formando un cuadro perfecto, eligieron como tontos (y perdónese la llaneza) lo mejor que encontraron; las teorías de los dos grandes luminares del saber griego: Platón y Aristóteles.

Esa evolución, sin embargo, no fue igual ni pudo serlo en las diversas provincias del Imperio romano, porque ni la unidad era tal que hubiera destruido el carácter propio de cada provincia, ni esa unidad pudo mantenerse, después de la predicación evangélica, el tiempo necesario para dar cohesión a las tendencias divergentes que por todas partes apuntaban. Sin contar las herejías, que atacaban la unidad del dogma y que a la larga produjeron las grandes divisiones de la Iglesia, aun en aquellos países que conservaron invariable lo fundamental de la religión hubo divergencias, nacidas de la variedad de temperamentos, y acentuadas gradualmente, conforme los cambios históricos iban dando vida a nuevos rasgos característicos y diferenciadores; y España fue la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original.

Los historiadores aficionados a las antítesis y a los contrastes pretenden convencernos de que el cuerpo en quien encarnó el cristianismo fueron los bárbaros; “a ideas nuevas, hombres nuevos”; el pueblo romano era un viejo decrepito, incapaz de comprender la nueva religión. La verdad es, al contrario, que esa religión no estaba destinada solamente a sacar a los salvajes de su salvajismo y a los bárbaros de su barbarie; valía mucho más; valía para regenerar hombres cultos; degradados, sí, pero civilizados. Si los bárbaros hubieran podido moverse con libertad, hubieran dislocado en breve el cristianismo en numerosas herejías y hubieran concluido por desnaturalizarlo; porque los bárbaros, al entrar en escena, se hallaban en un estado social análogo al de los griegos, algunos siglos antes de Homero; como arios que eran, aunque rezagados, habían ideado ya su mitología, sus dioses y sus héroes semidivinos y se disponían a poner en juego la complicada tramoya. Nada tan ajeno, pues, a su espíritu y vocación como el espíritu del cristianismo. La acción de los bárbaros fue material, de disolución política; después de destruir lo que acaso no fue necesario destruir, quedaron sumergidos en las sociedades que con la fuerza pretendían gobernar, presos en sus propias redes<sup>a</sup>.

<sup>a</sup> Ganivet discute la tesis defendida por algunos historiadores (que Orringer identifica con Jhering, citado por el mismo Ganivet más adelante, y Buckle) según los cuales la idea nueva del cristianismo se difundió gracias a los bárbaros. Si la Iglesia española tuvo tanto poder durante la dominación visigótica –comenta–, no fue por voluntad de los bárbaros sino por la impotencia de éstos, ya que acabaron por ser dominados por la superioridad cultural e ideológica de sus cautivos. La Iglesia logró apoderarse de

La exaltación de la Iglesia española durante la dominación visigótica es obra de los bárbaros, pero no es obra de su voluntad, sino de su impotencia; incapaces para gobernar a un pueblo más culto se resignaron a conservar la apariencia del poder, dejando el poder efectivo en manos más hábiles. De suerte que el principal papel que en este punto desempeñaron los visigodos fue no desempeñar ninguno y dar con ello involuntariamente ocasión para que la Iglesia se apoderara de los principales resortes de la política y fundase de hecho el Estado religioso, que aún subsiste en nuestra patria; de donde se originó la metamorfosis social del cristianismo en catolicismo, esto es, en religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía. La ruina del poder godo tiene su explicación en ese artificio gubernativo; la dominación visigótica no fue destruida por los africanos, porque éstos no pudieron destruir lo que no existía ya. El poder teocrático, que luego había de ser una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros, fue en el periodo gótico la causa de la disolución nacional; porque con los godos era sólo una cabeza, servida por brazos torpes y debilitados, mientras que en la Reconquista fue cabeza y brazo a la vez.

---

los principales instrumentos de persuasión de la política y fundó el Estado religioso “que aún subsiste y de donde se originó la metamorfosis social del cristianismo en catolicismo, esto es, en religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía”. Para Ganivet, el “poder teocrático”, que en el periodo gótico constituyó “la causa de la disolución nacional”, se convirtió en una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros (p. 113).

En substancia, el periodo visigótico, que para los que se fijan sólo en apariencias es trascendental y decisivo en la formación de nuestro espíritu religioso, es, a mi juicio, importante sólo de una manera externa. Durante él, es cierto, la religión adquiere un formidable poder social, pero se nos muestra demasiado aparatosa y solemne; el sentimiento religioso no se hace más profundo ni más enérgico; la filosofía es un embrión de filosofía escolástica, sin carácter propio, y la generalización de la cultura sólo da un resultado pudiera decirse cuantitativo y, por lo tanto, sin relieve; puesto que el influjo social de una Escuela no se mide por el número de sus alumnos ni por la extensión de sus programas, sino por las inteligencias superiores, originales, que produce; así como la grandeza de una nación no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la Historia.

**L**a creación más original y fecunda de nuestro espíritu religioso arranca de la invasión árabe. El espíritu español no enmudece, como algunos piensan, para dejar el campo libre a la acción; lo que hace es hablar por medio de la acción. El pensamiento puede ser expresado de muy diversos modos, y el modo más bello de expresión no es siempre la palabra. Mientras en las Escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles y a veces ridículas, en nuestro país se transformaba en guerra permanente, y como la verdad no brotaba entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no quedó consignada en los volúmenes de una

Biblioteca, sino en la poesía bélica popular. Nuestra “Summa” teológica y filosófica está en nuestro Romancero<sup>a</sup>.

5 Y lo más original de este modo de expresión fue que por nacer del choque de dos fuerzas, tenía que ser reflejo de ambas. Los españoles al celebrar sus hazañas lo hacían con espíritu cristiano, pues que con él y

<sup>a</sup> Producto original hispánico, el *Romancero* recoge, a partir de los siglos XVI y XVII, los romances que circulaban en el mundo hispánico (españoles, portugueses, catalanes, judeoespañoles). Inspirándose en la vida cotidiana o en los sucesos históricos que ocurrieron en España durante la Reconquista, estos romances acabaron por asimilar y reflejar energías, ideas y culturas diferentes (esencialmente la cristiana y la árabe). Este mismo mestizaje cultural caracterizaría, para Ganivet, el espíritu religioso español dando vida a dos tendencias peculiares y opuestas: el “misticismo”, fruto de la “exaltación poética”, y el fanatismo, fruto de la “exaltación en la acción”. Al lado de esas creaciones geniales, la filosofía doctrinal (cuya máxima expresión fue la *Summa theologica* de santo Tomás de Aquino a la que alude aquí Ganivet) tiene –a sus ojos– escaso valor. En España, dice Ganivet, parece “obra de imitación y de centralización”, algo inferior al temperamento hispánico, útil para mantener unidos los diferentes núcleos sociales sometidos a la potestad suprema de la Iglesia. Es en el *Romancero* –continúa– o “en los arrebatos de amor divino de Santa Teresa”, donde se manifiesta con vigor y originalidad el sentimiento religioso hispánico. Unamuno, por su parte, por un lado tiende a universalizar –a humanizar, según sus parámetros– el significado de la espiritualidad carmelita (“Oprimidos por la ley exterior, buscaron [los místicos carmelitas] el intimarla en sí purificándola, anhelaron consonar con su suerte y resignarse por el camino de contemplación liberadora”), y por otro acentúa su talante apasionado y extremado, muy próximo a la sensibilidad religiosa mediorientista (“Esta sed de supremo goce de posesión, sabiduría y ser por conquista amorosa, les llevó en aquella edad al anhelo del martirio, a la voluptuosidad tremenda del sufrimiento, a la embriaguez del combate espiritual, al frenesí de pedir deliquio de pena sabrosa, a que el alma hecha ascua se derretiera en amor, desgarrándose la urdimbre de espíritu y cuerpo y corriendo por las venas espirituales mares de fuego, y por fin llegaron algunos, rompiendo con la ortodoxia, a pedir la nada”).

por él combatían; pero el ropaje de sus conceptos era en gran parte ajustado a la usanza mora. El espíritu de los árabes llegaba entonces a su apogeo, y era natural que influyese sobre el de los españoles, si ya no bastara el contacto de varios siglos y la guerra misma, que suele ser el medio más eficaz que tienen los pueblos para ejercer sus recíprocas influencias. De esa poesía popular, cristiana y arábica a la vez, arábica sin que lo arábigo desvirtúe lo cristiano, antes dándole más brillante entonación, nacieron las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fue la exaltación poética, y el fanatismo, que fue la exaltación de la acción. El misticismo fue como una santificación de la sensualidad africana y el fanatismo fue una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate. El mismo espíritu que se elevaba a los más sublimes conceptos, creaba instituciones formidables y terroríficas; y cuando queremos mostrar algo que marque con gran relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que acudir, con aparente contrasentido, a los autos de fe y los arrebatos de amor divino de Santa Teresa<sup>a</sup>. Al lado de estas creaciones tan originales y vigorosas, nuestra filosofía doctrinal,

<sup>a</sup> Religiosa carmelita, escritora de primer orden en el panorama literario español de los Siglos de Oro, santa Teresa de Jesús nació en 1515 en Ávila y murió en 1582 en Alba de Tormes (Salamanca). Su familia era de ascendencia conversa. En 1562 empezó una importantísima labor de renovación de la Orden del Carmelo en el convento de San José en Ávila. Pese a la hostilidad manifestada por la Orden Calzada contra sus propósitos de

imitada de la Escolástica y proseguida con mucha constancia, pero con escaso genio, pierde gran parte de su valor; nos aparece como una obra de centralización, si así puede decirse, como algo inferior a nuestro temperamento, como creación de la Iglesia universal, para mantener unidos por la doctrina, complementaria del dogma, los diversos núcleos sociales sometidos a su potestad suprema. No hay oposición, hay sólo desigualdad de fuerza; y lo español sobrepuja a lo extraño, primero por ser nuestro propio y por consiguiente más acomodado a nuestro genio, y segundo por ser más lógico, más en congruencia con el espíritu originario del cristianismo.

**E**l movimiento de conciliación filosófica iniciado en Alejandría y continuado hasta la edad presente por los escolásticos parte de un error que pudiera llamarse error de perspectiva, que no afectaba a la esencia de la enseñanza, pero que andando el tiempo había de traer grandes trastornos filosóficos; en vez de crear lentamente una filosofía propia, los nuevos filósofos retocaron la filosofía griega, cuyo espíritu era antagónico del espíritu cristiano; en vez de volar con las alas que les daba la fe, se arrastraron por las bibliotecas; en vez de ser cristianos filósofos, fueron filósofos cristia-

---

reforma, Teresa logró llevarlos a cabo. Sus escritos en prosa y en verso se caracterizan por una extraordinaria fuerza comunicativa, sea cuando tratan asuntos ordinarios, sea cuando elaboran temas elevados y complejos. Constituyen, además, un testimonio vibrante y apasionado, y al mismo tiempo elegante y refinado, de la experiencia mística.

nos; en vez de crear con nuevo espíritu una filosofía nueva, comentaron con nuevo espíritu una filosofía vieja.

La figura más grande de la Escolástica, según el común sentir, es Santo Tomás de Aquino <sup>a</sup>; y sin embargo, Santo Tomás no es ningún Aristóteles; tiene la traza aristotélica, pero no es un Aristóteles; su filosofía es sabia, prudente, previsor y aun precavida; contiene una legislación minuciosa, utilísima para la vida ordenada de la Iglesia; pero es obra “femenina”, carece del arranque viril que marca la verdadera creación. ¿Cuánto más vigorosa no es la figura de San Agustín<sup>b</sup>, que sin pretender edificar una enciclopedia

<sup>a</sup> Santo Tomás de Aquino, la figura más representativa de la Escolástica, nació en Roccasecca, cerca de Nápoles, en 1225 y murió en 1274, mientras estaba de viaje para participar en el Concilio de Lyon. Dominico, estudió teología en la Universidad de París con san Alberto Magno. Su pensamiento puede considerarse como una elaborada crítica del platonismo. Santo Tomás convirtió el mundo platónico de las ideas en una teoría de principios sustanciales que explicaban el mundo como una realidad bien definida e inteligible. Usó a Aristóteles como base de su pensamiento contra la tendencia de los agustinianos del siglo XIII a infravalorar el papel de la razón humana en el proceso de percepción y comprensión de la verdad. Su filosofía se destacó de aquella imagen del mundo estática, rígida, propuesta por la cultura helénica antigua, para buscar un acuerdo entre fe y razón en que basar un humanismo y naturalismo de sesgo cristiano.

<sup>b</sup> San Agustín nació en Tagaste (África septentrional) en 354. Estudió retórica en Cartago, y luego la enseñó en la misma Cartago, en Roma y en Milán. Fue teólogo, filósofo y padre de la Iglesia latina. Murió en Hipona en 430. A los treinta y cuatro años se convirtió al cristianismo. En 395 fue nombrado arzobispo de Hipona. Entre sus numerosos escritos destacan: *De libero arbitrio*, *Confesiones*, *De Trinitate* y *De Civitate Dei*. Murió en 430.

filosófica funda la Ciudad ideal<sup>a</sup>, no como organismo huero de sociólogo a la moderna, sino como algo real que funciona, que vive?

5 El espíritu cristiano no estaba tan necesitado de apoyarse en clasificaciones minuciosas, silogismos, distinciones y sutilezas, como de penetrar en la realidad para iluminarla con nueva luz, para señalar rumbos nuevos. Una cosmología cristiana no debía de ser

---

Su meditación –su doctrina de la iluminación– parte de la realidad exterior, baja a la interioridad del yo, para levantarse luego hacia Dios. Este camino hacia la interioridad fue especialmente valorado por Ganivet. Su filosofía del hombre y su filosofía de la historia se basaban en una percepción de lo real igualmente orientada hacia su dimensión superficial, puramente aparential, y la otra interna, más sustancial. No se olvide, además, que el segundo apartado de este *Idearium* concluye con una exhortación de inspiración agustiniana: *Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas*, paráfrasis de la originaria *Noli foras ire, in te ipsum redi: in interiore hominis habitat veritas*.

<sup>a</sup> Ganivet se refiere a la idea de Ciudad elaborada por san Agustín en *De Civitate Dei*, en la última etapa de su vida. Según la teología de la historia agustiniana hay que imaginar dos ciudades: la *civitas terrena* y la *civitas Dei*. La primera es generada por el amor del hombre hacia sí mismo, la segunda por el amor hacia Dios. La una y la otra quieren dominar en la tierra y al mismo tiempo aspiran a la paz. La ciudad terrena busca una paz que coincide con la felicidad temporal, mientras la ciudad de Dios propende hacia una paz eterna, que se alcanza después de la muerte y ante la visión celestial de Dios. Estos dos modelos de ciudad influyen en la vida histórica de la humanidad, no como ideales contrapuestos sino como polos dialécticos. La Iglesia no coincide totalmente con la Ciudad de Dios, ya que en su seno abarca a buenos y malos, así como, por razones análogas, la ciudad terrena no puede coincidir con ninguna realidad política determinada. San Agustín representó para Ganivet el eslabón fundamental entre los ideales estoicos antiguos de unidad, paz y armonía (interior y exterior) y la sensibilidad de lo caduco, lo fragmentario, de los modernos.

una clasificación ni una descripción, sino un cántico donde todos los seres creados se mostrasen con luz divina, viviendo de un mismo soplo de vida y de amor; algo así como la *Introducción al símbolo de la fe* de fray Luis de Granada<sup>a</sup>. Una psicología cristiana no debía de afanarse demasiado por describir tantos órganos, funciones y operaciones como convencionalmente se atribuyen a nuestra pobre alma, sino más bien por mostrarnos un alma en actividad, viviendo como no había vivido ninguna otra antes de la predicación evangélica, un alma iluminada y purificada, como la de santa Teresa de Jesús.

**E**l poder de la metáfora en el mundo es inmenso y a veces nocivo. Si mezclamos cierta cantidad de vino con cierta cantidad de agua, decimos que la mez-

<sup>a</sup> Fray Luis de Granada (1504-1588) entró, a los veinte años, en el convento dominico de Santa Cruz, donde cursó sus estudios. Luego pasó al colegio de San Gregorio de Valladolid. En 1551 fue enviado, como provincial, a Portugal, donde permaneció hasta el final de su vida. Fue autor de numerosos libros y traducciones. Entre los primeros: la *Guía de pecadores*, *Memorial de la vida cristiana*, *Libro de la razón y meditación*, *Tratado de amor de Dios*, *Canciones de tempore*, *Introducción al símbolo de la fe*. Entre sus traducciones más famosas se suele señalar la del *Contemptus Mundi* de Kempis, publicada en Sevilla en 1536 con el título *Imitación de Cristo*. Dicha traducción fue una de las lecturas clásicas de los erasmistas españoles. Bataillon, sin embargo, la atribuye a Juan de Ávila, del cual procedería también la veta erasmiana característica de toda la obra granadina (José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, vol. 2, p. 314). En la más rica y abierta tradición franciscana y humanista, y no exenta de influjos erasmistas, la obra de fray Luis de Granada se dirigió a la difusión y práctica, entre seculares y eclesiásticos, de una doctrina cristiana asentada en la fe, en la contemplación de las maravillas de la creación, en la imitación de la vida de Cristo.

cla es vino, porque tomamos la parte por el todo; y si la mezcla se echa a perder, no decimos: esta mezcla se ha echado a perder, sino que decimos: este vino se ha echado a perder, y de rechazo recae sobre el vino una culpa que debía de recaer sobre el agua. Esto ocurre con la filosofía escolástica; no es sólo cristianismo, hay en ella filosofía tomada de muchos autores; es vino muy aguado que se ha echado a perder, que se ha torcido, porque torcerse las ideas es que pierdan su acción y su influjo en la vida de los hombres. Pero a pesar de este fracaso, no se crea que la filosofía cristiana ha muerto; ha muerto en una forma, pero el principio subsiste y da vida a nuevas formas, como la especie humana muere en unos hombres y nace y se conserva en otros hombres. El fundamento de la conciliación está dentro de nosotros; la conciliación la llevamos de hecho en nosotros mismos. Por lo cual todos, sin querer o queriendo, somos, en cierto sentido, escolásticos. El criticismo ha desligado la razón de la fe; el positivismo ha querido desligar el conocimiento de la razón; el materialismo ha intentado destruir la base misma del conocimiento. Y todos son escolásticos a su modo. Y si hubiese un sistema que negase al hombre la dignidad humana y le recomendase adoptar de nuevo la estación cuadrúpeda, sería tan escolástico como los precedentes. Porque después de rematar su trabajo negativo, destructor, filosófico, los inventores de esos sistemas, o han de dejar de ser pensadores para convertirse en energúmenos, o han de construir algo para que subsista al menos el orden social exterior; y este acto de afirmación, o es un acto de cobardía, o es un

acto de fe, o de sumisión al pensamiento común, obra de la fe.

Cuando Kant, con su profundo y sutil análisis llega a los últimos confines del nihilismo filosófico, no llega más lejos que habían llegado los astutos sofistas de Grecia; no llegó a dejarse atropellar por un carro antes que reconocer la realidad del conocimiento sensible. Lo que diferencia a Kant de los filósofos griegos es que, además de razón pura o negativa, tiene razón práctica o constructiva; y esta razón práctica es la misma razón pura, domada por el cristianismo, es la razón pura sometida por la ley de la atracción al pensamiento colectivo; y el “imperativo categórico”, que parece algo íntimo es sólo un reflejo, en la intimidad de cada espíritu, de un estado social creado por el espíritu cristiano<sup>a</sup>. No hay, pues, medio de escape; podemos alejarnos cuanto queramos del centro ideal que nos rige; podemos describir órbitas inmensas, pero siempre tendremos que girar alrededor del eterno centro.

<sup>a</sup> Ganivet relaciona el espíritu analítico del filósofo alemán Kant (1724-1804), tan próximo al nihilismo filosófico, con el de los sofistas de Grecia. Dice también que su “imperativo categórico” es “sólo un reflejo, en la intimidad de cada espíritu, de un estado social creado por el espíritu cristiano”. Según Orringer esta interpretación ganivetiana de Kant y de su imperativo categórico “parece seguir muy de cerca a Arthur Schopenhauer” (cit., p. 121). Para Juan Carlos Rodríguez, en cambio, “lo que Ganivet ve a través de estas dos evoluciones del estoicismo y del cristianismo (que necesariamente acaban por encontrarse) no es más que el esquema kantiano básico de que la razón teórica y la voluntad práctica no pueden estar escindidas y necesariamente se juntan” (cit., p. 109).

Los que desde Bacon<sup>a</sup> hasta nuestros días se han esforzado por pulimentar “nuevos órganos” de conocimiento, por seguir nuevos métodos y fundar una ciencia puramente realista y práctica, no han conseguido tampoco formar sistema planetario aparte. Sus trabajos, si realmente han ejercido influencia en los inventos de que se enorgullece nuestro siglo, habrán sido útiles; han proporcionado al hombre ciertas comodidades no del todo desagradables, como el poder viajar de prisa, aunque por desgracia sea para llegar a donde

<sup>a</sup> Para Ganivet la ciencia, desde el filósofo inglés Francis Bacon (1561-1626) en adelante, no consiguió destronar a la metafísica, sino que acabó por servirla y favorecerla. Ganivet parece más bien abogar por una filosofía cristiana que arranque de la realidad natural así como de la misma vida de los hombres, y se declara en contra de una ciencia filosófica, como la escolástica, que aspira a una universalidad teórica, abstracta, y por consiguiente artificial. Ganivet juzga inoportuno y peligroso someter la natural diversidad de los pueblos a una misma “ideología invariable” que vendría a determinar una unidad sólo aparente, mientras debajo de ella continuarían agitándose tensiones y contradicciones destinadas, antes o después, a estallar. “La filosofía más importante de cada nación –concluye– es la suya propia [...]: es el cimiento sobre el que se debe construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo”. Una filosofía, pues, local o “territorial”, pero reducida a lo “esencial”, a su “esencia” original y originaria. Orringer (*IEP*, p. 123, n. 34) pone en relación lo anterior con la siguiente afirmación de Unamuno, pronunciada en *En torno al casticismo*: “la ciencia no se da nunca pura, porque la geometría, y más la química y muchísimo más la filosofía, llevan algo en sí de precientífico y de subcientífico, de sobrecientífico, como se quiera, de intracientífico en realidad, y este algo va teñido de materia nacional” (M. de Unamuno, *En torno al casticismo*, intr. de Jon Juaristi, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, p. 56). Unas líneas más adelante, sin embargo, el escritor vasco especificará que la ciencia “se asienta y vive sobre la ignorancia viva”, arranca del “conocimiento vulgar, ligado al ambiente exclusivo y nacional”, pero luego evoluciona y se redime “haciéndose su lengua universal conforme se eleva de la concepción vulgar” (*ibid*).

mismo se llegaría viajando despacio. Pero su valor ideal es nulo, y en vez de destronar a la metafísica, han venido a servirla y hasta quizá a favorecerla; querían ser amos y apenas llegan a criados. El que desdeñando la fe y la razón se consagra a los experimentos y descubre el telégrafo o el teléfono, no crea que ha destruido las “viejas ideas”; lo que ha hecho ha sido trabajar para que circulen con más rapidez, para que se propaguen con mayor amplitud. 5

Hallábame yo un día en el museo de pintura de Amberes<sup>a</sup>, contemplando me parece que la *Cena* de Jordaens, cuando vi llegar en busca mía a mi criada, una flamenca sana y mofletuda, trayéndome una chapita de esas que a la entrada de los museos dan a cambio de los bastones y paraguas. Sin esfuerzo se habrá comprendido que debí de salir de casa con buen tiempo, que después comenzaría a llover, cosa que en aquel país ocurre casi todos los días, y que mi excelente maritornes tuvo la atención de llevarme un paraguas. Así fue, y sucedió también que, cuando salí del museo, había cesado de llover y me volví con el paraguas debajo del brazo. Y entonces, se me ocurrió una idea que ahora ha vuelto a reaparecer en mi memoria y que me ha parecido venir aquí muy a cuento. Se me ocurrió que en aquel suceso vulgarísimo, yo había repre- 10 15 20 25

<sup>a</sup> Ganivet elabora en *Idearium* muchos recuerdos de Amberes, donde vivió desde 1892 hasta 1895, desempeñando su primer encargo diplomático como vicescónsul español. Es una característica de la historiografía subjetiva y “conversacional”, a la que se dedican muchos intelectuales del fin de siglo, comentar la vida histórica nacional sirviéndose de anécdotas personales.

sentado, no por méritos propios, sino por un efecto de perspectiva circunstancial, la fuerza perenne de ideal que está en nosotros, y que mi criada había, sin saberlo, ejercido de ciencia experimental y práctica. Yo aplaudo a los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X; a todos se les deben de agradecer los malos ratos que se han dado, como yo agradecí a mi criada, en gracia de su buena intención, el que se dio para llevarme el paraguas; pero digo también que, cuando acierto a levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean, y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada.

Para que la filosofía cristiana no sea una fórmula convencional, para que ejerza influencia real en la vida de los hombres, es preciso que arranque de esa misma vida, como las leyes, como el arte. Una legislación, un arte cosmopolita, son nubes de verano; y una filosofía universal, como pretendió serlo la Escolástica, es contraproducente. Someter a la acción de una ideología invariable la vida de pueblos diversos, de diversos orígenes e historia, sólo puede conducir a que esa ideología se transforme en una etiqueta, en un rótulo, que den una unidad aparente debajo de la cual se escondan las energías particulares de cada pueblo, dispuestas siempre a estallar y a estallar con tanta más violencia cuanto más largo haya sido el periodo de forzado silencio. La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya pro-

pia, aunque sea muy inferior a las imitaciones de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto a alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente, es el cimiento sobre el que se debe de construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo. 5

¿Por qué ha de tener en el mundo y ahora más que nunca tan gran predicamento la simple exterioridad? Parece que hay miedo de conocer el fondo de las cosas. Estamos dominados por la manía de la unificación y, faltos de calma para encomendar esta obra al tiempo, nos apresuramos a constituir unidades aparentes, contando con la ceguera real o fingida de los que presencian nuestras manipulaciones. Si yo fuera aficionado a los dilemas establecería uno, digno de hacer juego con el famoso dilema de Omar<sup>a</sup>, que redujo a cenizas la biblioteca de Alejandría: o los hombres tienden por naturaleza a constituir un solo organismo homogéneo, o tienden a acentuar las diferencias que existen entre sus diversas agrupaciones; si creemos que tienden a la unidad, no nos molestemos y tengamos paciencia y fe en nuestra idea; si creemos que tienden a la separación, no cerremos los ojos a la realidad, ni marchemos contra la corriente. No faltará 10  
15  
20

<sup>a</sup> Omar I (586-644), califa de Arabia, en el año 642 envió sus tropas a Alejandría para conquistar Egipto. El general que dirigía las operaciones militares le escribió –según refiere la *Historia de los sabios* de Ibn al Kifti– para saber qué hacer con la famosa biblioteca de aquella ciudad. Omar contestó que si el contenido de aquellos libros concordaba con el libro de Alá era inútil conservarlos, ya que el texto de Alá bastaba y sobraba. Si, en cambio, lo contradecían, sobraban razones para no conservarlos (véase Orringer, cit., p. 124, n. 35).

quien crea que el dilema tiene una tercera salida: que los hombres no caminan en ninguna dirección y que hace falta que venga de vez en cuando un genio que les guíe; y es probable que quien tal crea piense ser él mismo el genio predestinado a guiar a sus semejantes, como una manada de ovejas. A tan insigne mentecato habría que decirle que no conoce a sus semejantes; que los hombres que creen haber guiado a otros hombres no han guiado más que cuerpos de hombres; que han conducido cuerpos, pero no almas; que las almas sólo se dejan conducir por los espíritus divinos, y que la humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz, y no puede engendrar nuevos dioses.

**L**as unidades aparentes y convencionales no pueden destruir la diversidad real de las cosas; no sirven más que para encubrirla. La Reforma no fue más que la manifestación de la rebeldía latente en espíritus que acaso no fueron nunca verdaderamente cristianos, que no podían comprender el verdadero sentido del cristianismo, porque no tenían aún el convencimiento propio de la impotencia del esfuerzo racional, y que al proclamar el libre examen eran tan lógicos a su manera como lo eran los herederos del espíritu greco-romano al defender la sumisión ciega y absoluta a la fe. La religión cismática griega fundó asimismo una unidad aparente en la que quedaron sumergidos los pueblos eslavos; el porvenir dará cuenta de esa unidad. No importa que la autoridad política, armada de terrible poder, y fundida con la autoridad religiosa, se esfuerce por conservar el artificio; quien quiera que se ponga en contacto con el pueblo ruso notará la inquietud precursora de la explosión, el deseo

universal de romper la espesa costra de religión bizantina que comprime las energías naturales e impide que se muestren con entera pureza y espontaneidad. En nuestros días se trabaja con pasión por convertir a los negros africanos; es posible que en breve se nos diga que ya están todos catequizados, y es posible que al cabo de algunos siglos aparezcan adorando a groseras divinidades, no muy superiores a los fetiches que hoy adoran, y viviendo conforme a sus prácticas nativas. 5

El verdadero cristianismo, no como aspiración filantrópica en favor de razas inferiores, sino como creencia conscientemente profesada, es impropio de pueblos primitivos y sólo arraiga en éstos cuando le acompaña la acción permanente de una raza superior, es decir, cuando ese pueblo primitivo se confunde por la vida común o por el cruce con un pueblo civilizado que le domina y le educa, como ocurrió en los pueblos descubiertos y subyugados por España. La universalidad o catolicidad del cristianismo no se opone a esta idea. Todos los hombres son mortales, y sin embargo, si nos preguntan si es posible que en una ciudad mueran todos sus habitantes a la vez, diremos que no y lo diremos fundándonos en lo que pudiera llamarse “experiencia del instinto”, un género de certeza que Balmes<sup>a</sup> ha ana- 10 15 20

<sup>a</sup> Jaime Balmes (1810-1848), sacerdote y filósofo, defensor de la ortodoxia católica, trató de armonizar el pensamiento tradicional cristiano con una concepción avanzada de la ciencia. Era tomista por formación, pero mantuvo una posición crítica frente a la doctrina escolástica. En *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, publicado en 1844, rebate todas las críticas a la política de la Iglesia Católica formuladas por Guizot en su *Histoire de la civilisation en*

lizado con gran precisión. Y si a pesar de esto ocurriera el hecho anormal de morir simultáneamente en masa una población, no admitiríamos tampoco la existencia real de una “muerte simultánea”, sino que explicaríamos la anomalía por una causa excepcional, extraordinaria: por ejemplo, una epidemia. Del mismo modo, todos los hombres son catequizables, pero no todos a la vez. Cuando vemos que en los comienzos del cristianismo los pueblos se convierten en masa, lo atribuimos a una causa excepcional, y esta causa fue el estado de postración ideal a que llegó el espíritu greco-romano.

**S**ería, pues, muy fecundo y en ninguna manera peligroso romper la unidad filosófica. El espíritu español ha sido sometido a las más formidables presiones que hayan sido inventadas por el exclusivismo más fanático; y ese espíritu, en vez de rebelarse, ha reconocido ser él mismo el juez y el criminal, la víctima y el verdugo, y ha llegado por espontáneo esfuerzo mucho más allá de donde debía de llegar por la coacción. Escrita está la *Historia de los heterodoxos españoles* por Menéndez y Pelayo<sup>a</sup>, un español de criterio

---

*Europe*. Fue también autor de un importante tratado de metafísica, *Filosofía fundamental* (1846), en el que discute críticamente, en sus mismos fundamentos teóricos, los avances de la filosofía racionalista.

<sup>a</sup> Marcelino Menéndez Pelayo (Santander, 1856-1912) fue filólogo e historiador. Su primera publicación fue el ingente catálogo sobre la actividad científica en España, *La ciencia española*, muy discutido en su tiempo por los krausistas, el mismo Unamuno y otros intelectuales de fin de siglo. Entre sus obras más importantes destaca la monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, citada por Ganivet para demostrar —con evidente sarcasmo— que “en España no hay un hereje que levante dos pulgadas del suelo” (p. 127).

tan amplio y generoso que hubiera sido capaz de hacer estricta justicia hasta a los herejes más empedernidos, si por acaso hubiera topado con algunos en sus investigaciones. Pero no haya temor; en España no hay un hereje que levante dos pulgadas del suelo. Si alguien ha querido ser hereje ha perdido el tiempo, porque nadie le ha hecho caso. Si en muchos asuntos de la vida el hombre ha menester del concurso de la sociedad, en las sectas es de tal punto decisivo que la importancia de una disidencia religiosa, más que por el fondo doctrinal, se mide por el número de sus adeptos. España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en “descatolizarla” no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación.

Pero después de varios siglos de silencio se ha tomado miedo a la voz humana, y se carece de tacto para apreciar las palabras por su valor, no por el ruido que mueven; y apenas se da alguna libertad a los espíritus díscolos e indisciplinados, sobreviene una grandísima inquietud; no se quiere comprender que la importancia de lo que dicen no está en lo que dicen, sino en la excitación que producen a quien les escucha. Acostumbrados a conservar la unidad de la doctrina por medio de la fuerza, duele ahora pelear para conservarla mediante el esfuerzo intelectual; como si no fuera cierto que la fuerza destruye, a la vez que las opiniones disidentes, la fe misma que se pretende defender. Uno de los errores que con más apariencias de verdad corren por el mundo es que las naciones adheridas a la Reforma han llegado a adquirir mayor cultura,

mayor prosperidad, mayor influencia política que las que han permanecido fieles al catolicismo<sup>a</sup>. Yo he vivido varios años en Bélgica y puedo decir que es una nación tan adelantada como la que más en todos esos órdenes de cosas en que hoy se hace consistir la civilización (en la que por desgracia se concede más importancia a los kilómetros de ferrocarril que a las obras de arte); y Bélgica es una nación católica, más católica en el fondo que España. Pero en Bélgica hay otras confesiones y hay además fuertes agrupaciones anticatólicas; los católicos tienen que estar atentos y vigilantes, tienen que luchar y luchan con tanto ardor como en los tiempos del duque de Alba<sup>b</sup>.

La flaqueza del catolicismo no está, como se cree, en el rigor de sus dogmas, está en el embotamiento que produjo a algunas naciones, principalmente a España, el empleo sistemático de la fuerza. Cuanto en

<sup>a</sup> Tesis defendida por T.B. Macaulay en *History of England*. Ganivet hace referencia a ella ya en su correspondencia epistolar con Navarro Ledesma desde Amberes, concretamente en la carta del 30 de junio de 1893, donde escribe: “Uno de los temas admitidos por *aquí arriba* como dogma es el de considerar el catolicismo como causa de la degradación de las naciones católicas y el protestantismo como causa del engrandecimiento de las naciones protestantes [...]. Macaulay, que es uno de los hombres de espíritu más independiente que me he echado a los ojos, dedica párrafos a sostener el dogma antes indicado” (*OO.CC.*, II, pp. 869-870). Remitimos también a Orringer (*IEP*, p. 128, n. 39)

<sup>b</sup> Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, consejero de Felipe II. En 1566 fue enviado a Flandes, con más de sesenta mil hombres, para reprimir la insurrección de la nobleza flamenca y limpiar el país de la herejía. Su campaña fue especialmente sangrienta. Los insurrectos fueron derrotados. La represión religiosa fue inexorable.

España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores; mas por lo mismo que esto es tan evidente, no debe de inspirar temor ninguno la libertad. Hoy no puede haber ya herejías, porque el exceso de publicidad, aumentando el poder de difusión de las ideas, va quitándoles la intensidad y el calor necesarios para que se graben con vigor y den vida a las verdaderas sectas. Los que pretenden ser reformadores no pueden crear nada durable; pronto se desilusionan y concluyen por aceptar un cargo público o un empleo retribuido; y estas concesiones no son del todo injustas, porque les recompensan un servicio útil a la nación, el de excitar y avivar las energías genuinamente nacionales, adormecidas y como momificadas. De ellos pudiera decirse que son como las especias; no se las puede comer a todo pasto, pero son utilísimas cuando las maneja un hábil cocinero. Si hubiera modo de traer a España algunos librepensadores mercenarios y varios protestantes de alquiler, quizás se resolvería la dificultad sin menoscabo de los sentimientos españoles; pero no siendo esto posible, no hay más solución que dejar que se formen dentro de casa y tolerarlos y hasta, si es preciso, pagarlos.

Siendo yo niño leí el relato horripilante de un suceso ocurrido en uno de estos países cercanos al Polo

Norte, a un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos. El malaventurado viajero fue acometido por una manada de hambrientos lobos que cada vez le aturdían más con sus aullidos y le estrechaban más de  
5 cerca, hasta abalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió a uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos; y mientras estos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente  
10 su camino y pudo llegar a donde le dieran amparo y refugio. España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo; que por algo es patria de Guzmán el Bueno<sup>a</sup>, que dejó degollar a su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo  
15 que el recurso es demasiado brutal; pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arro-

<sup>a</sup> Alonso Pérez de Guzmán (1258-1309), llamado Guzmán el Bueno, fue un valiente capitán castellano que defendió Tarifa contra los moros y las tropas del infante rebelde Don Juan. Durante el conflicto sus enemigos amenazaron con matar a su hijo si insistía en defender la plaza de Tarifa. Su respuesta fue lanzarles su propio puñal como para invitarles a llevar a cabo lo amenazado. Ganivet asocia esta circunstancia trágica a la del “padre salvaje y amantísimo” que en un país cercano al Polo Norte decidió sacrificar a su hijo menor para salvar el resto de su familia, acosada por una manada de lobos hambrientos. Por analogía, para contener la ruina espiritual de su país, sugiere que se arrojen “aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos”, declaración muy discutida por la crítica posterior, pero elogiada por Unamuno en *El porvenir*; que la trae a colación para ensalzar el *Idearium* y presentarlo como libro “oportunísimo” y de “honrada sinceridad”.

jar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarlos todos a los puercos.

**E**l problema más difícil de resolver en el estudio psicológico<sup>a</sup>, en el que han encallado los investigadores y observadores más perspicuos, es el de enlazar con rigor lógico la experiencia interna con los fenómenos exteriores. Hay psicólogos que construyen ideologías peligrosas erigiendo en principios generales los hechos particulares que notan en su propio espíritu; los hay que forjan fenomenologías sin base, coordinando observaciones puramente objetivas; y los hay tan perspicaces, que funden ambos resultados y explican lo que ven en los demás hombres por los hechos similares que descubren en sí mismos. Y el resultado es siempre incierto, porque a veces dos sujetos psicológicos idénticos producen acciones antagónicas y dos sujetos antagónicos toman en la vida real idénticas

<sup>a</sup> Ganivet apunta aquí unas observaciones de carácter general sobre psicología individual y colectiva. Afirma que de un mismo carácter psicológico (lo “esencial”) pueden derivar reacciones opuestas, “antagónicas”, y que dos “sujetos antagónicos” pueden asumir en su vida “idénticas apariencias”. Para demostrar su teoría psicológica cita el caso de dos “pensadores solitarios”, Kempis (1379-1471) y Proudhon (1809-1865), psicológicamente idénticos, pero antagónicos en su actuación existencial y social. Es típico de Ganivet considerar la existencia humana desde dos puntos de vista: el del hacer exterior (la historia, la acción, el tumulto) y el del ser interior (lo “ánimico”, las ideas, el sosiego). Ni que decir tiene que la dimensión interior resulta ser la más próxima a lo ideal. Unas meditaciones suyas sobre el hombre exterior y el interior se hallan también en su correspondencia con Navarro Ledesma (5 de julio de 1893, *OO.CC.*, II, pp. 880 y ss.).

apariencias. Si tomamos como tipo un misántropo, puede ocurrir que le encontremos en la vida real convertido, ora en un asceta, ora en un demagogo; el carácter psicológico, lo esencial, es idéntico: un hombre que carece de apetito sentimental, un refractario que vive aislado en medio del mundo, como un barco que carece de amarras y no puede tomar puerto. Y sin embargo, este hombre lo mismo es apto para vivir en la celda de un convento que para agitar las masas populares, sembrando sus ideas, que, faltas de enlace con las ideas comunes, tienen que ser, por necesidad, disolventes.

Para mí, dos figuras tan desemejantes como Kempis<sup>a</sup> y Proudhon<sup>b</sup> son psicológicamente idénticas; el

<sup>a</sup> Thomas de Kempis (1380-1471); su *Contemptus mundi* fue el libro más leído, según Abellán, por los espirituales de fines del siglo XV y primeros del XVI. Ganivet afirma que entre Kempis y el padre Granada no hay analogía alguna, siendo el primero un temperamento ascético, proclive a la abstracción, y el segundo un místico que se eleva hacia Dios “apoyándose en su conocimiento admirable de la realidad, en su amor positivo a la humanidad viviente; es un espíritu realista y sus pensamientos son siempre humanos”.

<sup>b</sup> Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) fue promotor de movimientos sindicales y pacifistas. Contrastó al mismo tiempo la propiedad privada y el comunismo. En 1840 publicó su escrito más famoso: *¿Qué es la propiedad?*. En 1843 da a la imprenta *La creación del orden en la propiedad*; en 1846 *El sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*; en 1858 los tres volúmenes *La justicia en la revolución y en la Iglesia*. Proudhon defiende la idea de una justicia inmanente a la conciencia y a la historia humana. La suya no es, pues, la justicia impuesta por Dios, la de la revelación, sino la conquistada por el hombre, la de la revolución, la que regirá el nuevo ordenamiento social. Marx recibió con entusiasmo su *¿Qué es la propiedad?*, pero luego criticó con fuerza su *Filosofía de la miseria*. Por sus ideas anarcosindicalistas Proudhon influirá sobre Bakunin y, luego, sobre Kropotkin.

uno piensa en silencio y el otro en medio del tumulto; pero ambos son pensadores solitarios, ambos tienen igual concepto negativo de la vida, bien que el uno lo corrija y dulcifique por medio de la fe y el otro lo exaspere y lo convierta en arma de destrucción. 5

En cambio, dos naturalezas al parecer semejantes como Kempis y el P. Granada son diametralmente opuestas: Kempis se eleva al ascetismo por la abstracción, es un espíritu ontológico; en cuanto la abstracción no le sostiene, cae en el más descarnado y seco prosaísmo; el P. Granada se eleva al misticismo, apoyándose en su conocimiento admirable de la realidad, en su amor positivo a la humanidad viviente; es un espíritu realista y sus pensamientos son siempre humanos. Del uno podría decirse que es un alma enfermiza, linfática; del otro, que es un alma robusta, sanguínea. 10 15

**D**e igual modo, cuando se estudia la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica; hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreductible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisionomía de ese país<sup>a</sup>. Y como siem- 20

<sup>a</sup> La reflexión, antes elaborada individualmente, ahora se extiende a lo colectivo. En su visión de la realidad cultural de España, Ganivet ve la religión como algo muy hondo, pero no “lo más hondo que hay en una nación”. La religión –dice– cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste. Todo lo demás –el arte, la justicia, la política, etcétera– es exterior y secundario respecto a ese núcleo radical y profundo, o *esencia*, que es el *espíritu territorial* que todo lo anima y sustenta. Concepto –según afirma Orringer– ya defendido por Jhering (*IEP*, p. 133, n. 46).

pre que se profundiza se va a dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo se encuentra en el “espíritu territorial”<sup>a</sup>. La religión, con ser algo muy hondo, no es lo más hondo que hay en una nación; la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste, porque los cambios geológicos vienen tan de tarde en tarde, que a veces nacen y mueren varias civilizaciones, sin que el suelo ofrezca un cambio perceptible. Por esto, si la observación se limita a desentrañar el espíritu religioso, o el artístico, o el jurídico, podrá ocurrir que descubra sólo exterioridades análogas a otras exterioridades y que deduzca aparentes analogías allí donde, si se atiende al principio generador, existen marcadas oposiciones.

La evolución ideal de España se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros. Como hay continentes, penínsulas e islas, así hay también

<sup>a</sup> Ganivet, al presentar su teoría sobre el “espíritu territorial”, cita a Macaulay (*History of England*, I, p. 23) y Cobden como historiadores (Orringer, *IEP*, pp. 135 y ss.) y a Taine como pensador. La expresión “espíritu territorial” bien puede corresponder, como sugiere Orringer, al término *Boden* (suelo) empleado por Jhering (*IEP*, pp. 108-110), pero es también coherente con ciertas teorías geopolíticas defendidas por Taine y Spencer. José Luis Calvo sostiene que las reflexiones ganivetianas sobre la conformación territorial de España, Inglaterra y Francia y sus reflejos en el espíritu de los respectivos pueblos son un préstamo literal de la *Historia de la civilización en Inglaterra* de Buckle (*La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 420). Ulteriores consideraciones sobre el “espíritu territorial” ganivetiano se encuentran en la introducción a este *Idearium*.

espíritus continentales, peninsulares e insulares. Los territorios tienen un carácter natural que depende del espesor y composición de su masa y un carácter de relación que surge de las posiciones respectivas: relaciones de atracción, de dependencia o de oposición. 5  
Una isla busca su apoyo en el continente del que es como una accesión, o reacciona contra ese continente si sus fuerzas propias se lo permiten; una península no busca el apoyo, que ya está por la naturaleza establecido y reacciona contra su continente con tanta más 10  
violencia cuanto más distante se halla del centro continental; un continente es una masa equilibrada, estática, constituida en foco de atracción permanente. La evolución ideal es más rápida en las islas que en las 15  
penínsulas, más en éstas que en los continentes, más en los litorales que en el interior; la evolución de un territorio o de los individuos que lo ocupan está en razón directa de su distancia del centro de las unidades territoriales, porque la distancia provoca, con el movimiento de reacción, otro movimiento concordante de 20  
excitación espiritual.

Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia, en los 25  
peninsulares la independencia y en los insulares la agresión. El principio general es el mismo, la conservación; pero los continentales, que tienen entre sí relaciones frecuentes y forzosas, la confían al espíritu de resistencia; los peninsulares, que viven más aislados, 30  
aunque no libres de ataques e invasiones, no necesita-

dos de una organización defensiva permanente, sino de unión en caso de peligro, la confían al espíritu de independencia, que se exagera con las agresiones <sup>a</sup>; los insulares, que viven en territorio aislado con límites fijos e invariables, menos expuestos por tanto a las invasiones, se ven impelidos, cuando les obliga a ello la necesidad de acción, a convertirse en agresores. Y no se crea que es necesario que las agrupaciones sociales tengan conocimientos geográficos para que conozcan la índole de su territorio; la experiencia histórica acumulada suministra un conocimiento perfecto. El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento; podrá aceptar una dominación extraña si carece de fuerza para mantener su independencia, pero de hecho es independiente y sabe además que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa, que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía. En cambio el continental no confía en el suelo,

<sup>a</sup> Toda la historia española –según la teoría de Ganivet– resulta condicionada y determinada por el espíritu de independencia que es peculiar de los habitantes de un territorio peninsular. Para defender su independencia –sugiere Ganivet– los reinos cristianos de la península lucharon con tanto ahínco y determinación contra los moros. Y fue, también, para garantizar su propia autonomía respecto a una Castilla preponderante en la común acción de reconquista de los territorios ocupados por los árabes, para lo que los demás reinos hispánicos fueron a buscar nuevas fuerzas y sólidos apoyos políticos fuera del suelo español. Se explicará así, más adelante, la conquista americana como “eflorescencia” del espíritu territorial hispánico y el espíritu de agresión, que generalmente se atribuye a los conquistadores españoles, se presentará como mera “metamorfosis” de su originario espíritu de independencia.

que no le ofrece seguridad bastante, y desarrolla más el espíritu de resistencia; podrá ser dominado, pero apoyándose en la fuerza de su carácter, en la pasividad, se mantendrá puro entre sus dominadores. El peninsular conoce asimismo cuál es el punto débil de su territorio, porque por él ha visto entrar siempre a los invasores; pero como su espíritu de resistencia y previsión no ha podido tomar cuerpo por falta de relaciones constantes con otras razas, se deja invadir fácilmente, lucha en su propia casa por su independencia y si es vencido se amalgama con sus vencedores con mayor facilidad que los continentales. 5 10

**C**uando el espíritu territorial no está aún formado lo suple el espíritu político, esto es, el de ciudadanía, y cuando éste llega a tomar cuerpo se asemeja al insular, porque el hombre que vive en un recinto cerrado o amurallado considera que forma como un cuerpo distinto del territorio. Roma y Cartago fueron ciudades insulares; su poder agresivo fue tan grande como escasa su fuerza para resistir. Cartago sucumbió a un ataque de Roma y Roma había estado poco antes próxima a sucumbir bajo los ejércitos de Cartago. 15 20

La nación insular típica es Inglaterra y la historia de Inglaterra, desde que aparece constituida como nacionalidad, es una agresión permanente. Sus ataques no tienen la misma forma que los de las naciones continentales; son meditados y tan seguros como los del tigre que está al acecho y se lanza de un salto sobre su presa. Y esto no es obra de la voluntad; arranca de la constitución del territorio, de la necesidad de tener grandes fuerzas marítimas y de la facilidad que éstas 25 30

dan para las agresiones aisladas, contra las que todas las previsiones y precauciones son ineficaces. “Yo quisiera ver —ha escrito Cobden<sup>a</sup>— un mapa del mundo según la proyección de Mercator<sup>b</sup>, con puntos rojos marcados en todos aquellos lugares en que los ingleses han dado alguna batalla; saltaría a la vista que al contrario de todos los demás pueblos, el pueblo inglés lucha desde hace siete siglos contra enemigos extranjeros en todas partes menos en Inglaterra. ¿Será preciso decir una palabra más para demostrar que somos el pueblo más agresivo del mundo?”. A esto podría añadirse que si Inglaterra luchara en su propio territorio, sería vencida más fácilmente que ninguna otra nación. “Sin el desastre de la Invencible, si los tercios españoles ponen el pie en Inglaterra —ha escrito a su vez Macaulay<sup>c</sup>— se hubieran repetido los tremendos desastres de Roma, cuando la expedición de Aníbal a Ita-

<sup>a</sup> Richard Cobden (1804-1865), político y economista británico. Orringer nos informa que la cita procede de una carta dirigida por Cobden a su amigo y confidente político, el Rev. Henry Richard (cit., p. 137, n. 49).

<sup>b</sup> La proyección de Mercator es una planificación realizada por Gerardo Mercator (1512-1594) en 1569, útil para la navegación, en la que se reproducen meridianos y paralelos de latitud en forma de líneas rectas y perpendiculares entre ellas.

<sup>c</sup> Escritor e historiador británico (1800-1859), Thomas Babington Macaulay fue colaborador en la *Edinburgh Review*. Alcanzó popularidad en el campo literario y en el político. En 1842 publicó *Lays of Ancient Rome* y, un año después, sus ensayos de tema histórico *Critical and Historical Essays*. Su obra maestra fue *History of England from the Accession of James II*, cuyo último tomo se publicó póstumo en 1861. Ganivet lo cita también en *Granada la bella*, y lo define “severo” e “imparcial” en su análisis de la historia española (Ángel Ganivet, *Granada la bella*, Diputación de Granada y Fundación Caja de Granada, 1996, p. 135).

lia". Macaulay fundaba su aserto en la superioridad militar de los soldados españoles; pero acaso sería más justo decir que Inglaterra tenía y tiene en sí la causa de su debilidad para una guerra de resistencia, así como que la impunidad en que constantemente se ha mantenido se explica por la falta de condiciones del continente para una guerra agresiva, en el sentido que se da aquí a la palabra agresión. 5

**S**i como ejemplo de nación continental tomamos a Francia, veremos que el sentimiento en ella dominante es el patriótico. En España, considerándonos casi aislados, por lo mismo que somos una casi-isla, concentramos nuestro pensamiento en el punto por donde puede venir el ataque y de esta concentración nace el sentimiento de independencia; somos casi independientes y queremos serlo del todo. Mientras que Francia, que tiene fronteras comunes y movibles con varias naciones, no puede concebir su territorio aislado y no le basta la idea de independencia; por lo cual exalta la idea de patria, que es más resistente para mantener la cohesión, tanto en los momentos de peligro, como en tiempo de paz; porque ésta no es en los países continentales un reposo, sino una forma más suave de la guerra, la lucha por el predominio intelectual. 10 15 20

Las guerras de Francia fueron siempre guerras de frontera, defensivas u ofensivas, pero siempre encajadas en el criterio tradicional, formado por la lógica de la historia; y las primeras guerras de la Revolución fueron sólo guerras defensivas o guerras de expansión ideal; las agresiones no comienzan hasta que aparece Napoleón, quien no sólo era un extranjero que conoció 25 30

a Francia de un modo puramente objetivo y la utilizó como un instrumento para satisfacer sus ambiciones, según Taine<sup>a</sup> ha sostenido y demostrado, sino que era un insular, más aún, fue una isla que cayó sobre el Continente. Cuando se observa sobre un mapa militar el procedimiento estratégico empleado en las guerras napoleónicas (que por algo son llamadas napoleónicas y no francesas) se cae en la cuenta de que Napoleón movía sus ejércitos como si fueran escuadras navales; sus guerras son terrestres de hecho, pero marítimas por la concep-

<sup>a</sup> Hippolyte-Adolphe Taine (1828-1893), historiador y filósofo francés, fue catedrático de Estética en la École de Beaux Arts de París (1864). Autor de varios ensayos de crítica literaria, histórica y filosófica, manifestó un interés especial por la psicología. Escribió un tratado *—De l'intelligence*, 1870— en el que, además de discutir las doctrinas psicológicas contemporáneas, propuso una síntesis muy original e innovadora del idealismo hegeliano con el fenomenismo de J. S. Mill, con el determinismo evolucionista de Spencer y la sociología positivista de Comte. Su filosofía se abrió, así, a las ciencias humanas, desde la psicología a la antropología y la lingüística. Su obra más famosa es *Les origines de la France contemporaine*, publicada en cuatro volúmenes (1876-1894). Fue considerado, en su tiempo, una de las máximas autoridades francesas en el ámbito de la reflexión estética. Entre sus escritos más significativos en este sector de los estudios literarios están *Philosophie de l'art* (1865), *Voyage en Italie* (1866) o *Notes sur l'Angleterre* (1872). En sus páginas defiende la idea de que la obra de arte no es un producto casual sino que está estrictamente relacionada y determinada, en sus características formales y temáticas, por el entorno en el que nació (clima, situación geopolítica, realidad socioeconómica). J. Brihuega sostiene que Taine, en su teoría del *milieu*, se limitó a desarrollar sistemáticamente lo ya enunciado por Mme. de Stael en *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales* (1797) y por Stendhal en *Historia de la pintura en Italia* (1817) (Cf. J. Brihuega, “Arte y sociedad. Genealogía de un parámetro fundamental”, en *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, Madrid, Visor, 1998, vol. 2, p. 112 y n. 10).

ción. De aquí el trastorno de Europa, no acostumbrada a este género de combates. Europa lucha contra Napoleón en todas las formas en que es posible luchar: España con una guerra de Independencia, Inglaterra con ataques aislados y certeros, el Continente con la resistencia y por último, Rusia, valiéndose de una retirada. Y es mi sentir que Napoleón pudo, concentrando todas sus fuerzas, asaltar, destruir Inglaterra y acaso domar España, pero que no hubiera podido jamás triunfar de la resistencia pasiva de Rusia. El espíritu de Napoleón deja en Francia tan bien marcada su huella, que reaparece en el segundo Imperio en forma de agresiones absurdas y contrarias a los intereses de Francia y persiste en la tercera República en una forma más degenerada aún, las conquistas coloniales, hechas a nombre de un pueblo que no es colonizador, que no puede ir más allá de la dominación política, del protectorado, porque su naturaleza repugna el abandono del suelo patrio.

**E**spaña es una península o con más rigor “la península”, porque no hay península que se acerque más a ser isla que la nuestra. Los Pirineos son un istmo y una muralla; no impiden las invasiones, pero nos aíslan y nos permiten conservar nuestro carácter independiente. En realidad nosotros nos hemos creído que somos insulares y quizás este error explique muchas anomalías de nuestra historia. Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes y si para la vida ideal no existen istmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho; somos una “casa con dos puertas” y por lo tanto “mala de guardar”; y como nuestro partido constante fue dejarlas

abiertas, por temor de que las fuerzas dedicadas a vigi-  
larlas se volviesen contra nosotros mismos, nuestro  
país se convirtió en una especie de parque internacio-  
5      nal, donde todos los pueblos y razas han venido a dis-  
traerse cuando les ha parecido oportuno; nuestra histo-  
ria es una serie inacabable de invasiones y de expul-  
siones, una guerra permanente de independencia.

    Pero así como hay naciones que han luchado sólo  
en su territorio o en la proximidad de sus fronteras y  
10      otras que han luchado sólo en territorios extranjeros y  
no en el suelo patrio, la nuestra ha peleado en todas  
partes; y este hecho que parece desvirtuar cuanto llevo  
dicho acerca del espíritu de nuestro territorio merece  
una explicación. Si por naturaleza no somos agresivos,  
15      ¿cómo entender nuestra historia moderna, en la que  
España, apenas constituida, aparece como un nación  
guerrera y conquistadora? ¿Provendrá esto del error  
indicado antes, de que nos hemos creído ser una isla a  
pesar de los duros escarmientos que nos ha infligido  
20      nuestra delicada posición geográfica? Yo creo que ese  
espíritu de agresión existe, pero que no ha sido más  
que una transformación del de independencia y ha de  
desaparecer lentamente con las causas que motivaron  
la transformación.

25      **U**n hecho que a primera vista parece inexplicable, la  
excesiva duración del poder árabe en España, nos  
descubre la causa, sin que pueda ser otra, de tan extraña  
metamorfosis. Así como la existencia de la Turquía  
europea no tiene su razón de ser en la vitalidad propia  
30      del pueblo turco, sino en la rivalidad de las potencias,  
impotentes cuando se trata de calmar susceptibilidades

y suspicacias, así también la existencia de la dominación arábigo-hispana en su largo periodo de descenso está principalmente sostenida por los celos de nuestras regiones. Se desea acabar la Reconquista, pero se teme lo que va a venir después; se trabaja por el triunfo del cristianismo, pero no se descuida otro punto importante: conservar la independencia de los diferentes pedazos de territorio y los privilegios forales. De ahí esa absurda política de particiones constantes de los estados, inspirada, no en el amor paternal (pues tengo para mí que los reyes de la Edad Media eran más duros de corazón que los del día) sino en las exigencias de las regiones y hasta de las villas que deseaban campar libremente por sus respetos. A cada paso que se da hacia adelante sigue un alto y una reflexión; todos se miran de reojo y se comparan y miden a ver si uno ha crecido más que otro y hay que acogotarlo para que se ponga al mismo nivel; raros son los momentos en que, por coincidir en el gobierno hombres de ideas más audaces, se busca la igualdad luchando, rivalizando en ardor y en esfuerzo. Los pequeños estados que quedaban encerrados y alejados del campo de la lucha se aliaban o buscaban el apoyo extranjero, y los que tenían frontera abierta, como fueron últimamente Portugal, Castilla y Aragón, procuraban mantener el equilibrio.

Sin embargo este equilibrio debía de romperse y al fin se vio a las claras que Castilla por su posición central echaba sobre sí la mayor parte de la obra de Reconquista; y como la preponderancia futura de Castilla era un amago contra la independencia de los demás, nació espontáneamente, como eflorescencia de

nuestro espíritu territorial, la idea de buscar fuera del suelo español fuerzas para ser independientes en España. Portugal, estado atlántico, se transforma en nación marítima y dirige la vista hacia el continente africano y Aragón, Cataluña y Valencia, estado mediterráneo, encuentra apoyo en el Mediterráneo y en Italia. Así nace el espíritu conquistador español, que se distingue del de los demás pueblos en que mientras todos conquistan cuando tienen exceso de fuerzas, España conquista sin fuerzas, precisamente para adquirirlas. Así es como hemos llegado a ser los conquistadores de la leyenda, los terribles halcones o aguiluchos del famoso soneto de los “Trofeos” del poeta hispano-francés José María de Heredia<sup>a</sup>.

**E**l espíritu conquistador nace en el Occidente y en el Oriente de España antes que en el centro, en Castilla, que luego acierta a monopolizarlo; y en cada región toma un carácter distinto, porque así lo imponía la naturaleza de las conquistas. En Portugal los conquistadores son navegantes y descubridores, pero no navegan y descubren por curiosidad, puesto que les mueve el deseo del dominio. En Cataluña y Aragón se encuentran trazas de los conquistadores típicos, principalmente en la célebre expedición contra turcos y

<sup>a</sup> José María de Heredia, poeta hispano-francés (1842-1905) cuya producción se suele adscribir al estilo parnasiano. En los sonetos y poemas reunidos en la antología arriba mencionada por Ganivet, *Les Trophées*, se representan líricamente momentos especialmente emblemáticos de la época clásica y del Renacimiento, entre ellos el de la conquista americana. El soneto al que se refiere Ganivet, según hace constar Orringer, se titula *Les Conquérents* (IEP, p. 144, n. 56).

griegos, mas el rasgo predominante es la conquista apoyada por la política y la diplomacia. “La incorporación de Navarra a la corona de España –ha dicho Castelar<sup>a</sup>– es un capítulo de Maquiavelo”. Fernando el Católico<sup>b</sup> no es un diplomático improvisado, es un maestro formado en la escuela italiana y es mucho más astuto que Maquiavelo<sup>c</sup>, quien en el fondo (y no se vea

5

<sup>a</sup> Emilio Castelar (1832-1899), estadista y escritor español. De fe republicana, colaboró con varias revistas antimonárquicas como *La Discusión* y *La Soberanía Nacional*. Dirigió *La Democracia*. Era presidente de la I República Española cuando ésta cayó por el golpe de estado del general Pavía, a fines del siglo XIX. Dio prueba de su habilidad oratoria en el Parlamento, pero también en el Ateneo de Madrid, donde dictó una serie de conferencias memorables, luego reunidas en el volumen *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* (1859-1862). Fue autor de un interesante diario de viaje a Italia (*Recuerdos de Italia*, 1877) y de novelas históricas como *Don Alfonso el Sabio o el hijo de San Fernando* (1853) o *Fra Filippo Lippi* (1877-78).

<sup>b</sup> Ya en su tiempo, pero aún más en los siglos XVI y XVII, Fernando de Aragón tuvo fama de ser un excelente gobernante y un experto diplomático. Entre los Reyes Católicos, él quedó a cargo de la política internacional, mientras Isabel se ocupó del gobierno interno de Castilla. La anexión de Navarra, que había quedado fuera de la unión como reino satélite de Francia, tuvo lugar en 1512 cuando, gracias a un complicado sistema de alianzas, Fernando pudo en pocos días conquistar Pamplona sin encontrar resistencia (Ernest Belenguer, *Fernando el Católico*, Barcelona, Península, 1999, especialmente el capítulo “La conquista de Navarra”).

<sup>c</sup> Hombre político y escritor italiano, Nicolás Maquiavelo (1469-1527) fue secretario de la república florentina desde 1498 hasta su caída en 1512. Defendió una concepción del hombre y de la política realista y pragmática, enemiga de cualquier clase de utopías. Entre sus escritos políticos destacan *El Príncipe* y *Discursos*, compuestos entre 1513 y 1520, pero publicados póstumamente (1531-32). Sus obras pretenden formar el perfecto príncipe-gobernante y, en general, valoran la capacidad humana de intervenir (individual y colectivamente) en el proceso histórico, modificándolo según sus propios planes y finalidades. La razón de Estado, según la teoría política que subyace a estas obras, debe prevalecer sobre cualquier otra razón de carácter moral.

intención irónica en mis palabras) era un buen hombre, como hoy diríamos, un excelente patriota, enamorado de la idea de la unidad de Italia, deseoso de que su patria fuese grande y fuerte como las demás y convencido de que su idea no podía realizarse por medios distintos de los que sus adversarios empleaban. Maquiavelo ha recogido la odiosidad que acompaña a los pensamientos tortuosos y pérfidos, por haber escrito, sistematizándolo, lo mismo que en su tiempo practicaban príncipes tenidos por muy cristianos. Los conquistadores de la parte oriental de España fueron, pues, los más civilizados, por exigirlo así el medio a que debían adaptarse. En Italia aprendimos por necesidad a ser finos diplomáticos y en Italia transformamos los guerreros del cerco de Granada en ejército organizado en la forma más perfecta a que han podido remontarse nuestras flacas facultades de organización.

En Castilla, el espíritu conquistador nace del de rivalidad, apoyado por la religión<sup>a</sup>. La tendencia natural de Castilla era la prosecución en el suelo africano de la lucha contra el poder musulmán, del que entonces podían temerse aún reacciones ofensivas; pero interponiéndose Colón, las fuerzas que debieron ir contra África se trasladaron a América. La organización política dada a la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual, que diere a las obras del espíritu más

<sup>a</sup> Ganivet pasa a señalar los efectos producidos por el espíritu territorial en los diferentes aspectos de la vida político-social española.

amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país, empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fue iniciada con brillantez porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse; pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosaicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el “Oro”; no por el oro ganado en la industria o el comercio, sino por el oro puro, en pepitas. 5 10 15

**A** sí, pues, el espíritu de agresión que generalmente se nos atribuye es sólo, como dije, una metamorfosis del espíritu territorial; ha podido adquirir el carácter de un rasgo constitutivo de nuestra raza por lo largo de su duración, pero no ha llegado a imponérsenos y ha de tener su fin cuando se extingan los últimos ecos de la política que le dio origen. En la historia de España sólo aparece un conato de verdadera agresión: el envío de la Armada Invencible contra Inglaterra; y sabido es que esa aventura, cuyo fin fue tan desastroso como lógico, no fue obra nuestra exclusiva; nosotros pusimos el brazo, pero no pusimos el pensamiento, puesto que el interés político o religioso no abarca todo el pensamiento íntimo de una nación. El examen 20 25 30

de los documentos relativos a la diplomacia pontificia en España (al que ha dedicado recientemente un concienzudo trabajo un escritor español peritísimo en la materia, don Ricardo de Hinojosa <sup>a)</sup>) pone de relieve que si España tuvo un momento la idea de agredir a Inglaterra, protectora y amparadora de los rebeldes flamencos, esa idea fue alimentada y sostenida y resucitada y subvencionada por la Iglesia de Roma con tanta o mayor insistencia que la empleada para constituir la liga contra los turcos, la cual respondía a un pensamiento más justo, el de defenderse contra un poder violento y en auge, peligroso para los intereses de toda Europa.

Y en nuestra historia interior, siendo como es, por desgracia, fertilísima en guerras civiles, no existen tampoco guerras de agresión, sino luchas por la independencia. La unión nace por la paz y en virtud de enlaces o del derecho hereditario; así se unieron Aragón y Cataluña, Castilla y Aragón, España y Portugal. La guerra aparece sólo al separarse; de un lado se combate por la independencia, del otro por conservar la unidad, es decir, la legalidad política establecida; por tanto, no hay agresión. Un hecho como la ocupa-

<sup>a</sup> Ricardo de Hinojosa y Naveros (Alhama, 1861-Madrid, 1919), historiador y arqueólogo. Acababa de publicar, en Madrid, *Los despachos de la diplomacia pontificia en España; memoria de una misión oficial en el Archivo oficial de la Santa Sede* (1896). El “concienzudo trabajo” al que se refiere Ganivet era el resultado de una larga estancia en Roma, en la que el autor investigó en los archivos y bibliotecas del Vaticano y analizó los documentos relativos a las relaciones de la Santa Sede con España.

ción de Gibraltar por Inglaterra, sin derecho ni precedente que lo justifique, por cálculo y por conveniencia, no existe en nuestra historia.

Los términos “espíritu guerrero” y “espíritu militar” suelen emplearse indistintamente, y sin embargo, yo no conozco otros más opuestos entre sí<sup>a</sup>. A primera vista se descubre que el espíritu guerrero es espontáneo y el espíritu militar reflejo; que el uno está en el hombre y el otro en la sociedad; que el uno es un esfuerzo contra la organización y el otro un esfuerzo de organización. Un hombre armado hasta los dientes va proclamando su flaqueza cuando no su cobardía; un hombre que lucha sin armas da a entender que tiene confianza absoluta en su valor; un país que confía en sus fuerzas propias desdén el militarismo y una nación que teme, que no se siente segura, pone toda su fe en los cuarteles. España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar.

<sup>a</sup> Ganivet propone diferenciar el espíritu guerrero del militar, criticando el militarismo. Dice que España es “por esencia” un pueblo guerrero y no militar, “un pueblo que lucha sin organización”. El “espíritu de independencia”, peculiar de su territorio peninsular, impide que sus soldados se sujeten a cualquier forma de estructura militar organizada. El discurso pasa, luego, de lo militar a lo económico. En todos los sectores de la vida social se manifestaría, según Ganivet, el carácter independiente de los españoles, así como su insumisión a cualquier forma de actividad rigurosamente organizada. Esto lo nota tanto en el prestamista español, cuya acción es individual y tan diferente respecto a la del banquero flamenco que administra el crédito en forma anónima y rigurosamente organizada, como en el zapatero de portal que, al contrario del fabricante de zapatos, deja su huella personal en lo que produce.

Abramos una Historia de España por cualquier lado y veremos constantemente lo mismo: un pueblo que lucha sin organización. En el periodo romano sabemos que Numancia<sup>a</sup> prefirió perecer antes que someterse, pero no sabemos quién hizo allí de cabeza y casi estamos seguros de que allí no hubo cabeza; buscamos ejércitos y no encontramos más que guerrillas, y la figura que más se destaca no es la de un jefe regular, la de un rey o régulo, sino la de Viriato, un guerrillero. En la Reconquista, habiendo tantos reyes, algunos sabios y hasta santos, la figura nacional es el Cid, un rey ambulante, un guerrillero que trabaja por cuenta propia; y el primer acto que anuncia el futuro predominio de Castilla no parte de un rey, sino del Cid, cuando emprende la conquista de Valencia e intercepta el paso a Cataluña y Aragón. No importa que la conquista no fuera definitiva, basta la intención, el arranque; así pues, al exaltar la figura del Cid, al colocarla por encima de sus reyes, el pueblo de Castilla no va

<sup>a</sup> La historia de la ciudad de Numancia –junto a la de Sagunto– fue mitificada a lo largo de los siglos hasta convertirse en símbolo de la heroica resistencia española a la dominación extranjera. Sus habitantes, sitiados por las tropas romanas, prefirieron suicidarse antes que entregarse al enemigo. El tema de la resistencia heroica de Numancia a la agresión foránea ha sido tratado en varias obras españolas, especialmente del ámbito teatral, como la famosa tragedia cervantina *La Numancia* (1582), juzgada por algunos críticos como “la mejor tragedia española del siglo XVI y una de las más importantes del teatro español” (F. Ruiz Ramón), el poema épico *La Numantina* (1612) de Francisco Mosquera de Barnuevo, la homónima tragedia, hoy perdida, de Cadalso, la neoclásica *Numancia destruida* de Ignacio López de Ayala (1775) o el texto de A. Sabiñón, *Numancia. Tragedia española* (1813), especie de refundición de la anterior.

descaminado. Cuando los que combaten buscan un apoyo en la religión, no se contentan con invocar el auxilio divino, sino que transforman a Santiago en guerrero; y no en general, en simple soldado del arma de caballería. Y esto no es obra exclusiva de la religión, del odio al infiel, puesto que en nuestro siglo, contra los cristianos franceses, Aragón transformó a la Virgen del Pilar en capitana de las tropas aragonesas. 5

Cuando la fuerza de los acontecimientos nos obligó a mezclarnos en los asuntos de Europa, el guerrero se convierte en militar, pero nuestras creaciones militares no son organismos complicados, son la compañía y el tercio. Para presentar ante Europa una figura militar de primer orden, tenemos que acudir a un capitán nada más, al Gran Capitán<sup>a</sup>, el creador de nuestro ejército en las campañas de Italia. Y la genialidad de Gonzalo de Córdoba consistió, como ya dije hablando de Séneca, en que no inventó nada, en que no hizo más que dar forma a nuestras ideas. Entonces también había grandes ejércitos y el Gran Capitán creó la táctica de los que son menores en número, la defensiva combinada con las maniobras rápidas y las agresiones aisladas, esto es, la táctica de guerrillas, medio infalible para quebrantar la cohesión del enemigo, para fraccionarlo y para derrotarlo, cuando ese enemi- 25

<sup>a</sup> Gonzalo de Córdoba conquistó fama y renombre de figura militar de primer orden por sus victorias en Italia entre 1495 y 1503. Modificó la estructura unitaria y compacta del ejército tradicional en favor de una más ágil y apta para las maniobras rápidas y la guerrilla, formada por grupos fraccionados de infantería, caballería y artillería.

go confía el éxito a una sola cabeza y anula las iniciativas de los núcleos secundarios, desligados.

5 **P**ara nuestras empresas de América no fue necesario cambiar nada y los conquistadores, en cuanto  
hombres de armas, fueron legítimos guerrilleros; lo  
mismo los más bajos que los más altos, sin exceptuar  
a Hernán Cortés<sup>a</sup>. He aquí por qué Europa no ha comprendido nunca a nuestros conquistadores, y les ha  
equiparado a bandoleros. Mil veces, desde que vivo  
10 fuera de España, he oído la eterna acusación, lanzada  
por sabios e ignorantes y hasta por los poetas, que suelen tener más ancho criterio para comprender las cosas  
humanas. Heine, en su *Romancero*<sup>b</sup>, en su torpe leyenda de Vitzliputzli llama también a Hernán Cortés “un  
15 capitán de bandidos”. Y en vez de indignarse, creo que lo procedente es decir que no comprenden a nuestros  
conquistadores, porque no han podido tenerlos.

Holanda imitó la política de Portugal y buscó tam-

<sup>a</sup> Hernán Cortés (Medellín, 1485-Sevilla, 1547), conquistador extremeño, cuya acción militar en Centroamérica aseguró los territorios mexicanos a Carlos V, provocando la destrucción de la antigua civilización azteca. En cuanto a su significado histórico, Cortés es el conquistador español más famoso por sus notables cualidades militares y políticas. Informaciones y noticias de la conquista de México llegaron, en su tiempo, por las *Cartas* que el mismo Cortés dirigió a Carlos V (1520-1526), por las de su capellán, Francisco López de Gómara, y por la relación de Bernal Díaz del Castillo, soldado del séquito de Cortés, que en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* refiere los sucesos mexicanos sin retórica, atenuando la imagen triunfadora que circulaba en España de los conquistadores, pero siempre salvando a Cortés, de quien se muestra admirador desapasionado e imparcial.

<sup>b</sup> *Romancero*, colección de poemas (o canciones) publicados en 1851 por el poeta alemán Heinrich Heine (1797-1856). En uno de ellos, *Vitzliputzli*, Cortés está representado como un *Räuberhauptmann* (un capitán de ladrones).

bién en la colonización fuerzas que la exigüidad de su territorio no le daba para asegurar su independencia en el continente; pero Holanda contaba ya con medios de acción mucho más perfectos, y como además su espíritu era ya otro, su colonización se transformó en negocio comercial, en algo útil, práctico, sin duda, pero que ya no era tan noble; y esta colonización así entendida pasó del Continente a Inglaterra, que adquirió luego la supremacía colonial en el mundo; y acaso sería más justo decir que no pasó a Inglaterra, sino a Escocia, puesto que los escoceses, no los ingleses, fueron los iniciadores. En nuestros días, Bélgica, o mejor, el rey de los belgas, ha emprendido la misma política (la cual puede ser peligrosa si, sacando al país de su neutralidad, no le diera los medios para sostener por cuenta propia lo que hoy está sostenido por el acuerdo de las naciones); pero esta política, que desde luego es noble y generosa, está apoyada también en el comercio y en la acción militar regular, no en el espíritu conquistador; que no son conquistadores quienes sirven un breve periodo de tiempo en una colonia por obtener riquezas u honores, sino quienes conquistan por necesidad, espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente <sup>a</sup>. Y

<sup>a</sup> A continuación lo ejemplariza en Cortés y Francisco Pizarro, conquistador extremeño (Trujillo, ¿1475?-Lima, 1541), especialmente temerario y cruel, que había servido, con su padre y su hermano, a las órdenes del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba. Su fama, sin embargo, se debe a su expedición a Perú, donde saqueó ciudades, templos y riquezas del antiguo imperio inca, ocupando su territorio en nombre de la corona española.

tan conquistadores como Cortés o Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiéndose en una rebelión por España, y san Ignacio de Loyola<sup>a</sup>, otro oscuro soldado que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual. Cuando Europa, pues, habituada a la acción regular de la milicia y del comercio ve a unos cuantos aventureros lanzarse a la conquista de un gran territorio, no pudiendo o no

<sup>a</sup> Ignacio de Loyola (Azpeitia, Guipúzcoa, 1491-Roma, 1556), fundador de la Compañía de Jesús. Soldado por tradición familiar, fue herido durante el sitio de Pamplona (1521). Tuvo un largo período de convalecencia y de crisis hasta experimentar, en 1530, una conversión religiosa que le llevó a fundar, con un grupo de amigos universitarios, la Sociedad de Jesús, cuya constitución fue autorizada en Roma, por el papa Pablo III, en 1540.

Según nos explica detalladamente Emilio Martínez Mata en una de sus notas críticas a *Cartas Marruecas* de Cadalso (José de Cadalso, *Cartas Marruecas. Noches lúgubres*, edición, prólogo y notas de E.M.M., con un estudio preliminar de Nigel Glendinning, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 324-325), la historiografía española, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, tiende a reflejar una visión aproblemática y nostálgica de la conquista de América. Los escritores españoles del Siglo de Oro, al tratar el tema, oscilaban entre una actitud fatalista, que todo lo justificaba como imposición de la Providencia, y otra de franca admiración por aquellas gestas heroicas. La *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís, publicada en 1684 con propósito reivindicador, se reeditará varias veces a lo largo del siglo XVIII y representará, para los escritores ilustrados, su fuente principal de información. La polémica pública se desencadena a partir del libro de Corneille de Pauw, *Recherches philosophiques sur les américains, ou mémoires intéressants pour servir a l'Histoire de l'espèce humaine* (Berlín, 1768-1769, 2 vols.). El texto, que tuvo mucho éxito en Europa y fue traducido a varios idiomas, presenta la conquista como evento cruel y a los conquistadores como bandidos, penalizando especialmente a Hernán Cortés. En la estela de esta línea interpretativa Montesquieu escribió sus *Lettres persanes*, Voltaire su *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*. En España se rebatieron las acusaciones de los extranjeros con escritos puramente apoloéticos, como el del jesuita Nuix y Perpiñá titula-

queriendo comprender la fuerza ideal que les anima, los toma por salteadores de caminos e interpreta las crueldades que por acaso cometan, no como azares del combate, sino como revelación de instintos vulgares, sanguinarios; sin fijarse en que sin esos héroes tan mal juzgados, de quienes puede decirse que fueron los roturadores del mundo colonial, no hubieran venido después los que sembraron y recogieron, los que no contentos con sacar la utilidad del trabajo ajeno, pretenden recabar para sí toda la gloria. 5 10

Tales errores de juicio responden a una hipocresía sistemática en que hoy todos nos complacemos, a una ceguedad intencionada o voluntaria de que todos padecemos. Unimos el efecto a la causa sólo cuando uno y otra están ya unidos de un modo natural y no hay medio de separarlos. Un ejército que lucha con armas de mucho alcance, con ametralladoras de tiro rápido y con cañones de grueso calibre, aunque deje el campo sembrado de cadáveres es un ejército glorioso, y si los 15

---

do *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli spagnuoli nelle Indie* (1780), pero también con textos más dialécticos y razonados, como *Historia del nuevo mundo* (1793) de Juan Bautista Muñoz. No nos extraña, pues, que Feijoo (*Teatro Crítico*, IV) y Cadalso (*Cartas Marruecas*, IX) sigan considerando a Cortés y Gonzalo Fernández de Córdoba grandes héroes nacionales. Un siglo más tarde, cuando ya Prescott había publicado su *History of the conquest of México* (New York, 1843), Ganivet critica la conquista, pero sólo desde el punto de vista de la oportunidad política y de la conveniencia económica. Las razones que el escritor andaluz aduce para elogiar a Cortés y al Gran Capitán recuerdan muy de cerca las expuestas por Feijoo en su *Teatro crítico* (IV). Más radical es la posición de Unamuno, que en *El porvenir de España* discrepará rotundamente de las opiniones de su corresponsal.

cadáveres son de raza negra, entonces se dice que no hay tales cadáveres. Un soldado que lucha cuerpo a cuerpo y que mata a su enemigo de un bayonetazo empieza a parecernos brutal; un hombre vestido de paisano que lucha y mata nos parece un asesino. No nos fijamos en el hecho, nos fijamos en la apariencia.

Nuestra sociedad desprecia y maltrata al prestamista y admira y ennoblece al banquero. ¿Por qué? Porque el prestamista se pone en contacto con su clientela y el banquero trabaja en grande escala, valiéndose con frecuencia del telégrafo y del teléfono. Nos irrita que el prestamista lleve un tanto por ciento exagerado, porque la víctima sabe quién le hace el mal y al quejarse nos dice el nombre del usurero; nos maravilla que un bolsista gane un millón en una jugada hábil, porque las víctimas no le conocen y al caer en la ruina, quizás al acudir al suicidio no pueden decir quién ha abusado de su torpeza o de su ignorancia.

Yo he vivido en países donde el crédito está admirablemente organizado, donde no hay apenas capital inactivo, pues todo él está en manos que lo hacen fructificar. Hay combinaciones variadísimas para que los trabajadores puedan ahorrar obteniendo intereses, desde una peseta en adelante; para que los niños puedan ahorrar desde un sello de a céntimo, a fin de que desde pequeños vayan adquiriendo hábitos de economía. Todo esto está muy bien. Pero no he vivido en ningún país donde en caso de apuro una familia pobre (que en todas partes las hay) saque más partido que en España de una camisa vieja o de unos calzoncillos usados. Nos superan en el crédito negativo, que es el de

recoger; pero se quedan muy por bajo en el positivo, que es el de dar. Nuestro crédito también se organiza en guerrillas y los prestamistas son los guerrilleros. Su acción es individual y por esto, como dije, es más irri-  
tante; pero su malicia está encauzada por la misma  
estrechez de su círculo de operaciones; conforme este  
círculo se agranda, aumenta sin duda la cuantía de las  
empresas hasta llegar a las obras colosales, de las que  
se dice que son las “maravillas del crédito”; pero la  
maldad crece en la misma proporción y las catástrofes  
también son colosales y maravillosas.

Yo no diré así en absoluto esto es mejor que aque-  
llo; en absoluto sólo puede decirse que ambas cosas  
son malas. No me gusta la propiedad individual ni la  
colectiva, pero la comprendo aliada con el amor; un  
hombre que posee una casa y la ama, porque en ella  
nació y piensa morir, es un propietario útil; un hombre  
que construye casas y las posee sólo hasta que logra  
venderlas con beneficio, es un propietario perjudicial,  
pues si le dejan, será capaz de construirlas tan frágiles,  
que se hundan y aplasten a los pobres inquilinos. Todo  
el progreso moderno es inseguro, porque no se basa  
sobre ideas, sino sobre la destrucción de la propiedad  
fija, en beneficio de la propiedad móvil; y esta propie-  
dad, que ya no sirve sólo para atender a las necesida-  
des del vivir y que en vez de estar regida por la justi-  
cia está regida por la estrategia, ha de acabar sin dejar  
rastros, como acabaron los brutales imperios de los  
medos y de los persas.

**N**uestro desprecio del trabajo manual se acentúa  
más de día en día y sin embargo en él está la sal-

vación; él solo puede engendrar el sentimiento de la fraternidad, el cual exige el contacto de unos hombres con otros <sup>a</sup>. Así, la guerra civilizada, que parece más noble porque coloca a gran distancia a los que matan y a los que mueren, es una guerra profundamente egoísta y salvaje, porque impide que se muestre la piedad; el que lucha desde lejos mata siempre que acierta a matar; el que lucha cuerpo a cuerpo unas veces mata y otras veces se compadece y perdona. Los españoles son tenidos por guerreros duros y crueles y acaso sean los que han ofrecido más ejemplos de piedad y de magnanimidad, no porque sean más magnánimos y más piadosos, sino porque han peleado siempre muy cerca del enemigo.

Para valerme de una demostración más vulgar y por tanto más enérgica, compararé al zapatero de portal con el fabricante de zapatos. Si pregunto cuál de los dos es más meritorio en su oficio, se me dirá que el fabricante, porque éste trabaja en grande escala, con mayor delicadeza y elegancia y acaso a más bajo precio. Yo estoy por el zapatero de portal, porque éste trabaja sólo para unos cuantos parroquianos, y llega a conocerles los pies y a considerar estos pies como cosa propia; cuando hace un par de botas no va sólo a ganar un jornal, va a afanarse cuanto pueda para que los pies encajen en las botas perfectamente, o cuando menos,

<sup>a</sup> Ganivet, que era hijo de molineros, siempre tuvo en alta consideración el trabajo manual. Más adelante volverá sobre el tema, así como en *El porvenir*, donde recordará a Unamuno su primer oficio de molinero (*IEP*, p. 306).

con holgura; y esta buena intención basta ya para levantarle a mis ojos muy por encima del fabricante que mira sólo a su negocio y del obrero mecánico que atiende sólo a su jornal. Venimos, pues, a la misma conclusión que cuando hablábamos del propietario; 5 hay un obrero socialmente útil, el que trabaja y ama su obra, y un obrero perjudicial, el que trabaja por instinto utilitario. Esto no lo dice sólo la cabeza; meditando un poco sobre el caso del zapatero, pareceme que hasta nuestros pies se pondrían de parte de la ya casi extinguida descendencia de san Crispín, quien no trabajó 10 nunca en ninguna fábrica, ni hubiera llegado a santo si hubiera sido fabricante.

**S**iempre que en España surge un conflicto que demanda ser resuelto por la fuerza de las armas, 15 presenciamos el espectáculo de la insubordinación de todas las clases sociales, deseosas de suplir la acción del Estado, en la que no se tiene absoluta confianza, y de tomar sobre sí la dirección de la guerra. Y los hombres sensatos condenan duramente esas iniciativas, 20 claman contra el desequilibrado espíritu nacional y piden poco menos que un silencio religioso y solemne, para que el ejército cumpla su misión con entero desembarazo. Esto es lógico, es científico y no es español. Si fuera posible destruir las anomalías de 25 nuestro carácter, habría en el acto que suplirlas con un militarismo tan desenfrenado como el que hoy consume a las naciones del continente. Cuando todo el mundo aumenta su poder militar de una manera formidable, sólo dos naciones se mantienen refractarias: 30 Inglaterra, enemiga por tradición de los grandes ejér-

5        citos, tiene sólo un ejército, organizado según sus pro-  
prias ideas y apropiado a las necesidades de su política; España confía la salvaguardia de su independencia al  
espíritu del territorio y cuenta con fuerzas suficientes  
10        para sostener el orden interior; no posee siquiera un  
ejército colonial, a pesar de ser una nación coloniza-  
dora. Y acaso las dos naciones que puedan mirar con  
más seguridad el porvenir sean España o Inglaterra,  
porque la una tiene su apoyo más firme en el carácter  
15        nacional y en el aislamiento y la otra en su situación  
insular y en sus fuerzas navales.

      Si fuese posible, pues, destruir nuestro espíritu  
territorial y confiar nuestros intereses a un ejército  
numeroso y disciplinado, nuestra independencia, hoy  
15        indiscutible, estaría constantemente amenazada. He  
aquí que hemos organizado un ejército de cien mil  
hombres, más aún, de quinientos mil; supongamos que  
todos esos hombres obedecen a una sola cabeza y  
supongamos, que ya es suponer, que hay una cabeza  
20        para dirigir a todos esos hombres. Esa masa militar  
recibe el choque del enemigo, que viene por el norte,  
y como es tres o cuatro veces inferior en número,  
vemos con dolor que en virtud de los principios del  
arte moderno de la guerra queda derrotada, aplastada,  
25        como los franceses en Sedan. ¿Qué hacer? ¿Dejar que  
el enemigo disperse los restos de nuestro ejército  
derrotado, sitie Madrid y lo tome si así le parece con-  
veniente, firmar luego un tratado por el que se nos san-  
gre y se nos mutile, y quedarnos contentos porque se  
30        nos dice que nuestra derrota se ajusta a los preceptos  
que hoy recomienda la civilización? Si la guerra

hubiera de ser no más que una lucha científica de dos cabezas que jugaran con las masas de hombres como se juega en la Bolsa con los capitales, bastaría conocer los censos de población para que los menos se humillasen ante los más, para que una nación de quince millones de habitantes se considerara virtualmente vencida por otra de treinta o cuarenta. Ante la idea de esta esclavitud brutal, bien que bajo apariencias civilizadas, toda alma noble e independiente se subleva y busca el remedio en la acción individual y se defiende con arreglo a otra táctica que equilibre las fuerzas desiguales; y el arte militar acude a este deseo y así como da reglas para regir grandes masas, da también reglas para destruir esas grandes masas.

Véase, pues, cómo una idea que parece vaga e inaprisionable, como la del espíritu del territorio, lleva en sí la solución de grandes problemas políticos. Nosotros queremos tener ejércitos iguales a los del Continente y nuestro carácter pide, exige, un ejército peninsular. El soldado continental comprende la solidaridad y se siente más valiente y animoso cuando sabe que con él van contra el enemigo uno o dos millones, si es posible, de compañeros de armas. El soldado peninsular se encoge y se aflige y como que se ahoga cuando se ve anulado en una gran masa de tropas, porque advina que no va a obrar allí humanamente, sino como un aparato mecánico. El número da al uno fuerzas y al otro se las quita. En cambio, si sobreviene un desastre a cualquiera de los grandes ejércitos de Europa, la desmoralización es casi instantánea, porque la fuerza principal no estaba dentro de los soldados, sino en la

cohesión que se rompe y en la confianza que desaparece; y un ejército español renace una y cien veces como un fénix, porque su fuerza constitutiva era el espíritu del soldado y ese espíritu no cuesta nada, lo da  
5 gratuitamente la tierra.

**P**or donde quiera que echemos a andar por los caminos de España, nos saldrá al paso la eterna esfinge con la eterna y capciosa pregunta: “¿Es mejor vivir como hasta aquí hemos vivido, ayer cargados de gloria, hoy hundidos y postrados, mañana de nuevo en la prosperidad y siempre organizados al modo bohemio, o conviene romper definitivamente con las malas tradiciones, convertirnos en nación a la moderna, muy bien ordenada y equilibrada? Ni esto ni aquello. No  
10 debemos cruzarnos de brazos y dejar que hasta lo que es virtud se transforme en causa de menosprecio y de escarnio; hay que tener una organización y para que ésta no sea de puro artificio, para que cuaje y se afirme, ha de acomodarse a nuestra constitución natural.  
15 Aunque parezca extraño a primera vista, una organización de ese género es tan hacedera, está tan al alcance de la mano, que no requiere ningún esfuerzo de imaginación, ni largas meditaciones, ni complicados razonamientos. Lo lógico sale al paso y si no lo vemos  
20 muchas veces es porque estamos distraídos buscando soluciones caprichosas.  
25

Organizar un ejército que sirva a la vez para una guerra a la moderna y para una guerra a la española parece obra de romanos. Y no obstante, esa obra estuvo ya realizada en nuestra época de apogeo militar;  
30 basta, para resucitarla, constituir los pequeños núcleos

o unidades de combate con tal solidez y vigor, que lo mismo sirvan para formar unidos un ejército regular que, separados, en caso de dislocación, para formar centros de suprema resistencia. Un ejército español no puede prescindir del espíritu guerrero individual de los habitantes del territorio, ha de contar con él, y ha de apoyarse, en caso extremo, sobre él; sus unidades de combate no deben de ser organismos “técnicos” solamente, sino reducciones de la sociedad plena y entera. Hay que prescindir de organizaciones artificiales, imitadas de los triunfadores del día o de la víspera y atenerse a lo que las necesidades propias exigen, sin fijarse en lo que hagan los demás. La imitación de lo extraño tiene que concretarse a los detalles, a todo aquello que sea progreso efectivo y encaje bien dentro de la concepción nacional; pues a veces, lo que en otro país es cuestión de primer orden, en el nuestro es menos que de segundo o tercero y lo que es útil, inútil y hasta perjudicial, por falta de concordancia con lo esencial de nuestra organización.

En un ejército continental lo más importante es la movilización de las grandes masas, con rigor matemático, con la precisión de un mecanismo perfecto; lo secundario es la función de cada unidad de combate; en un ejército español, la movilización, con ser de tan alta trascendencia, es lo secundario, y lo principal es la función desligada de las compañías; las cuales, por esto mismo, han de ser un reflejo y un compendio de la nación, de todas las clases sociales, de lo actual y de lo tradicional, de lo que la nación fue y es y desea ser. El mejor ejército español no será aquel que cuente con

muchos soldados, sometidos a una sola cabeza, sino aquel que se componga de compañías, que se muevan como un solo hombre y que tengan, como el dios Jano, dos caras, una mirando al campo donde se libran las batallas regulares, y otra a la montaña donde se encuentra un último y seguro refugio para defender la independencia nacional.

Contados son los libros donde no se emplea la alegoría de la nave como símbolo de las cosas humanas<sup>a</sup>. No hay medio de escapar de tan manoseado tópico, porque las ideas que nos vienen al espíritu cuando vemos una nave flotando sobre las aguas, son las que más claramente revelan nuestra concepción universal y harmónica de la vida. Yo vivo en una casa rodeada de árboles, junto al mar. A veces veo en el lejano horizonte la forma indecisa de un barco que surge entre el mar y el cielo, como portador de mensajeros espirituales; después comienzo a distinguir el velamen y la arboladura; luego el casco y algo confuso que se mueve; más cerca, las maniobras de los tripulantes; por fin veo entrar el barco en el puerto y arrojar por las escotillas sobre el muelle la carga multiforme que lleva escondida en su enorme buche. Y pienso que así se nos presentan también las ideas, las cuales comienzan por un destello divino, que conforme toma cuerpo en la realidad va perdiendo su originaria pureza hasta

<sup>a</sup> Alegoría de la nave como símbolo de las cosas humanas, pero también de las ideas que, según una antigua tradición platónica, nacen puras, luminosas y distantes, y luego, al materializarse, se manchan.

hundirse y encenagarse y envilecerse en las más groseras encarnaciones. Por un instante que el alma se deleite en la contemplación de una idea que nace limpia y sin mancha entre las espumas del pensamiento, ¡cuánta angustia después para hacer sensible esa idea en alguna de las menguadas y raquílicas formas de que nuestro escaso poder dispone!, ¡cuánta tristeza al verla convertida en algo material, manchada por la impureza inseparable de lo material!

Si esto puede decirse de todas las ideas, aplícase con más rigor que a las demás a la idea de justicia; nada existe que parezca venir de tan alto y nada existe que descienda tan bajo; nada hay que se presente más simple y más puro y nada hay que tome aspecto más impuro, ni más grosero, ni más inhumano.

**E**l espíritu jurídico de un país se descubre observando en qué punto de la evolución de la idea de justicia <sup>a</sup> se ha concentrado principalmente su aten-

<sup>a</sup> El apartado está dedicado a reflexiones sobre el espíritu jurídico hispánico, presentado por Ganivet como rara combinación de “aspiración a la justicia pura” y “piedad excesiva que pone en salvar al caído tanto o más empeño que el que puso para derribarlo”. Es Cervantes, dice Ganivet, quien percibió, con aguda sensibilidad interpretativa, la peculiaridad del carácter jurídico español y la representó en toda su gama de tonalidades sentimentales y culturales en el *Quijote*: desde la justicia vulgar de los códigos y tribunales, encarnada por Sancho-escudero, a la justicia moderada y prudente inspirada en la sabiduría natural, o asimilada por directa experiencia de la vida, de la que da muestra Sancho durante el gobierno de la fantástica ínsula Barataria, a la justicia ideal, y hasta trascendental, defendida por Don Quijote en su gloriosa misión de enderezar a los tuertos y liberar a los oprimidos, sin considerar ni las circunstancias ni la razón de tales tuertos o de tal opresión.

ción. Porque los códigos poco valen, tienen sólo un valor objetivo; han de ser interpretados por el hombre. No basta decir que España se rigió por leyes romanas y luego por leyes romanas y germánicas y luego por una amalgama de éstas y de los principios jurídicos que el progreso fue introduciendo en las antiguas legislaciones; porque si se miran las cosas de cerca, ha existido y existe, por encima de todo ese fárrago de leyes reales, una ley ideal superior, la ley constante de interpretación jurídica, que en España ha sido más bien de disolución jurídica.

España no ha tenido nunca leyes propias; le han sido impuestas por dominaciones extrañas; han sido hechos de fuerza. Así, cuando durante la Reconquista se relajaron los vínculos jurídicos, desapareció la unidad legislativa y casi pudiera decirse que hasta la ley; puesto que los fueros con que se las pretendía sustituir sistemáticamente llevaban en sí la negación de la ley. El fuero se funda en el deseo de diversificar la ley para adaptarla a pequeños núcleos sociales; pero si esta diversidad es excesiva, como lo fue en muchos casos, se puede llegar a tan exagerado atomismo legislativo que cada familia quiera tener una ley para su uso particular. En la Edad Media nuestras regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de esos reyes ya achicados; y todas las clases sociales querían fueros y privilegios a montones; entonces estuvo nuestra patria a dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevasen en el bolsillo una carta foral con un

solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: “Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana”.

Un criterio jurídico práctico se atiene a la legislación positiva y acepta de buen grado las desviaciones que la idea pura de justicia sufre al tomar cuerpo en instituciones y leyes; un criterio jurídico idealista reacciona continuamente contra el estado de derecho impuesto por la necesidad y pretende remontarse a la aplicación rigurosa de lo que considera que es justo. El primer criterio lleva al ideal jurídico de la sociedad, a la aplicación uniforme, acompasada, metódica de las leyes; el segundo lleva al ideal jurídico del hombre cristiano, a regirse por la justicia, no por la ley, y a aplacar después los rigores de la justicia estricta por la caridad, por el perdón generosamente concedido.

Como en la filosofía, en el derecho hubo también ilustres rapsodas que convirtieron el derecho pagano en cristiano a fuerza de zurcidos habilísimos, pero conservándole como fundamento invariable la idea romana, la fuerza, en pugna con la idea cristiana, el amor. Duele decirlo, pero hay que decirlo, porque es verdad; después de diez y nueve siglos de apostolado, la idea cristiana pura no ha imperado un solo día en el mundo. El evangelio triunfó de los corazones y de las inteligencias, mas no ha podido triunfar de los instintos sociales, aferrados brutalmente a principios jurídicos que nuestros sentimientos condenan, pero que juzgamos convenientes para mantener el buen orden social, o en términos más claros, para gozar más sobre seguro de nuestras vidas y de nuestras haciendas.

**E**xiste, pues, una contradicción irreductible entre la letra y el espíritu de los códigos y por eso hay naciones donde se profesa poco afecto a los códigos; y una de esas naciones es España. Las anomalías de nuestro carácter jurídico son tales que permiten a veces suponer a quien nos observa superficialmente que somos una nación donde todas las injusticias, immoralidades, abusos y rebeldías tienen su natural asiento. No hay pueblo cuya literatura ofrezca tan copiosa producción satírica encaminada a desacreditar a los administradores de la ley, en que se mire con más prevención a un tribunal, en que se ayude menos la acción de la justicia. ¿Qué digo ayudar? Más justo es decir que se entorpece y burla si es posible la acción de la justicia. Es algo muy hondo que no está en nuestra mano arrancar; yo he estudiado leyes y no he podido ser abogado porque jamás llegué a ver el mecanismo judicial por su lado noble y serio; y esto le ocurre a muchos en España; a todos los que, como yo, estudian sin abandonar por completo el trabajo manual, sin perder el contacto con el obrero o con el campesino. Mientras un español permanezca ligado a las clases proletarias, que son el archivo y el depósito de los sentimientos inexplicables, profundos, de un país, no puede ser hombre de ley con la gravedad y aplomo que la naturaleza del asunto requiere.

Un día se me acercó un hombre del pueblo para preguntarme: “Usted que es abogado, ¿no quiere decirme qué pena corresponde a quien ha hecho tal cosa de este modo, o bien de aquel modo? Porque me citan como testigo en tal causa y yo no quiero ir a ciegas, sin saber

si hago bien o mal". Ese hombre es el testigo español, el cual declara no lo que sabe sino lo que previamente adiestrado comprende que ha de conducir a la imposición de la pena que él cree justa. No es que desconfíe de la interpretación imparcial e inteligente de los jueces, porque no los juzgue inteligentes e imparciales, o porque estos sean menos dignos que los de otros países, donde se siguen prácticas diferentes; es que no quiere abdicar en manos de nadie. La rebeldía contra la justicia no viene de la corrupción del sentido jurídico; al contrario, arranca de su exaltación. Y esta exaltación tiene dos formas opuestas, que acaso vengan a dar en un término medio de justicia, superior al que rige allí donde la ley escrita es estrictamente aplicada. 5 10

La primera forma es la aspiración a la justicia pura; lo casuístico desagrada y las excepciones enfurecen; se desea un precepto breve, claro, cristalino, que no ofrezca dudas, que no se preste a componendas ni a subterfugios; que sea riguroso y, si es preciso, implacable. Cuando un hombre adquiere una personalidad bien marcada y cae en las garras de la crítica social, ha de ser impecable, incorruptible, perfecto y hasta santo y aun así el quijotismo jurídico hallará donde hincar el diente, donde herir. ¡Cuántas cosas que en España son piedra de escándalo y que pregonadas a gritos nos rebajan y nos desprestigian he visto yo practicadas regularmente en otros países de más anchas tragaderas! 15 20 25

La segunda forma es la piedad excesiva, que pone en salvar al caído tanto o más empeño que el que puso para derribarlo; por lo cual en España no puede haber moralizadores, es decir, hombres que tomen por oficio 30

la persecución de la inmoralidad, la corrección de abusos, la “regeneración de la patria”. El espíritu público les sigue hasta que llegan al punto culminante: el descubrimiento de la inmoralidad; pero una vez llegado allí, sin gradaciones, sin que haya como se cree desaliento ni inconstancia, da media vuelta y se pone de parte de los acusados; de suerte que, si los paladines de la moralidad no se paran a tiempo y pretenden continuar la obra hasta darle remate y digno coronamiento, se hallan frente a frente del mismo espíritu que al principio les alentó.

**E**ste dualismo que bajo apariencias de desorden jurídico, lamentado por las inteligencias vulgares, encubre la idea más noble y alta que haya sido concebida y practicada sobre la humana justicia, es una creación del sentimiento cristiano y de la filosofía senequista en cuanto ambos son concordantes. El estoicismo de Séneca no es, como vimos, rígido y destemplado, sino natural y compasivo. Séneca promulga la ley de la virtud moral, como algo a que todos debemos encaminarnos; pero es tolerante con los infractores; exige pureza en el pensamiento y buen propósito en la voluntad, mas sin desconocer, puesto que él mismo dio frecuentes tropezones, que la endeblez de nuestra constitución no nos permite vivir en la inmovilidad de la virtud, que hay que caer en inevitables desfallecimientos y que lo más que un hombre puede hacer es mantenerse como tal hombre en medio de sus flaquezas, conservando hasta en el vicio la dignidad.

El entendimiento que más hondo ha penetrado en el alma de nuestra nación, Cervantes, percibió tan vivamente esta anomalía de nuestra condición, que en su

libro inmortal separó en absoluto la justicia española de la justicia vulgar de los códigos y tribunales; la primera la encarnó en Don Quijote y la segunda en Sancho Panza. Los únicos fallos judiciales moderados, prudentes y equilibrados que en el *Quijote* se contienen son los que Sancho dictó durante el gobierno de su ínsula; en cambio, los de Don Quijote son aparentemente absurdos, por lo mismo que son de justicia trascendental; unas veces peca por carta de más y otras por carta de menos; todas sus aventuras se enderezan a mantener la justicia ideal en el mundo y en cuanto topa con la cuerda de galeotes y ve que allí hay criminales efectivos, se apresura a ponerlos en libertad. Las razones que Don Quijote da para libertar a los condenados a galeras son un compendio de las que alimentan la rebelión del espíritu español contra la justicia positiva. Hay, sí, que luchar porque la justicia impere en el mundo, pero no hay derecho estricto a castigar a un culpable mientras otros se escapan por las rendijas de la ley; que al fin la impunidad general se conforma con aspiraciones nobles y generosas, aunque contrarias a la vida regular de las sociedades; en tanto que el castigo de los unos y la impunidad de los otros son un escarnio de los principios de justicia y de los sentimientos de humanidad a la vez.

**N**o se piense que estas ideas se quedan en el aire, en el ambiente social, sin ejercer influjo en la administración de justicia; por muy rectos que sean los jueces y por muy claros que sean los códigos, no hay medio de que un juez se abstraiga por completo de la sociedad en que vive, ni es posible impedir que por entre los preceptos de la ley se infiltre el espíritu del

pueblo a quien se aplica; y ese espíritu, con labor sorda, invisible y por tanto inevitable, concluye por destruir el sentido que las leyes tenían en su origen, procediendo con tanta cautela que sin tocar a una  
5 coma de los textos legales, les obliga a decir, si conviene, lo contrario de lo que antes habían dicho.

El castigo de los criminales está regulado en España aparentemente por un código, en realidad por un código y la aplicación sistemática del indulto. En otro  
10 país se procuraría modificar el código y acomodarlo a principios de más templanza y moderación. En España se prefiere tener un código muy rígido y anular después sus efectos por medio de la gracia. Tenemos, pues, un régimen anómalo, en armonía con nuestro  
15 carácter. Castigamos con solemnidad y con rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia; y luego sin ruido ni voces indultamos a los condenados, para satisfacer nuestro deseo de perdón.

**S**i fuera ocasión de detenerse en el análisis de los  
20 hechos de nuestra historia, veríamos que muchos de ellos han sido engendrados por el espíritu jurídico independiente; y que son muy pocos los que se derivan de la marcha ordenada de nuestras instituciones regulares. Un momento crítico culminante de la Historia de España es  
25 aquel en que Castilla, encerrada en el centro de la Península, deseosa de terminar la Reconquista y de reconstituir la unidad nacional, empieza, pudiera decirse, a balancearse, inclinándose ya hacia Aragón ya hacia Portugal. Porque a la unidad no podía llegarse de una vez,  
30 puesto que los intereses y aspiraciones de los reinos oriental y occidental eran o parecían ser antagónicos, y

además la unión había de hacerse mediante enlaces, ya que ni las prácticas corrientes ni lo que es más importante, el espíritu nacional, aconsejaban acudir a medios violentos. Castilla pudo ser mediterránea o atlántica y ambas soluciones debían de iniciar nuevos periodos históricos; y difícilmente se podría imaginar ahora que conocemos las consecuencias de su unión con la parte oriental de la península, que su unión con la parte occidental hubiera sido más fecunda. Sin embargo, siendo la política castellana, una vez terminada la Reconquista, análoga, por no decir idéntica, a la portuguesa, esta unidad, este exclusivismo en la acción, hubiera dado vida a grandezas acaso menos brillantes, pero más firmes y duraderas que las que trajo la política continental. Lo cierto es que a la solución que se adoptase estaba ligado el curso de los sucesos históricos en nuestra patria y en el mundo, y que por raro azar el problema quedó planteado en términos exclusivamente jurídicos.

De un lado Portugal apoyaba a Juana la Beltraneja<sup>a</sup> y del otro Aragón a Isabel; y la decisión correspondía

<sup>a</sup> Juana la Beltraneja era hija de Enrique IV de Castilla y Juana de Portugal. Perdió el derecho a la sucesión al trono de Castilla porque, en las feroces controversias para la sucesión dinástica, prevaleció la idea de que su padre natural era don Beltrán de la Cueva, favorito del Rey (de ahí el sobrenombre de la Beltraneja). El pacto de Guisando de 1468 reconoció como princesa heredera a la hermana de Enrique IV, la futura Isabel I, pero, poco después, el rey volverá a confirmar como legítima heredera a su hija Juana. La contienda terminó en 1479 con los tratados de Alcaçovas, que impusieron el retiro de Juana en el convento de Santa Clara de Coimbra. La desgraciada princesa continuó luchando toda la vida para defenderse de sus numerosos enemigos, que veían en ella una constante amenaza contra la legitimidad del régimen que había sucedido a Enrique IV.

al pueblo castellano. Un pueblo respetuoso de la ley escrita no hubiera vacilado y se hubiera puesto de parte de Juana, la cual había nacido en posesión de estado civil. En vez de meterse en averiguaciones indiscretas sobre los devaneos de la reina y de su favorito, lo correcto era atenerse a los principios jurídicos, legales, universales en materia de legitimidad, sin los que el régimen familiar no existiría. ¿Qué sería de la sociedad si la opinión pública pudiera modificar las actas del registro civil y aplicar con estricta justicia el axioma jurídico: “a cada uno lo suyo”? El artículo 109 de nuestro Código Civil vigente dice: “El hijo se presumirá legítimo aunque la madre hubiera declarado contra su legitimidad o hubiera sido condenada como adúltera”. Y este precepto no es invención moderna; se encuentra ya en las Partidas. Pero el pueblo castellano no quiso regirse por preceptos legales, sino por la realidad de los hechos, mejor o peor conocidos; puesto en el terreno de la legitimidad, necesitó acercarse todo lo más posible a la alcoba de sus príncipes. Y en el caso de la infeliz Juana de Castilla, no se satisfizo con murmurar y zaherir, que era a lo sumo lo procedente; se acogió a la ley natural y amparado en ella saltó por encima de todos los cuerpos legales vigentes a la sazón y mantuvo los derechos de Isabel. Y así se constituyó la nacionalidad española.

La síntesis espiritual de un país es su arte. Pudiera decirse que el espíritu territorial es la médula, la religión el cerebro, el espíritu guerrero el corazón, el espíritu jurídico la musculatura y el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo unifica

y lo mueve<sup>a</sup>. Suele pensarse que la religión es superior al arte y que el arte es superior a la ciencia, considerando sólo la elevación del objeto hacia el cual tienden; pero vistos desde el punto de vista en que yo me coloco, como fuerzas constituyentes del alma de un país, la superioridad depende del carácter de cada país. En el fondo, ciencia, arte y religión son una misma cosa; la ciencia interpreta la realidad mediante fórmulas, el arte mediante imágenes, y la religión mediante símbolos, y rara es la obra humana en que se encuentra una interpretación pura. La ciencia se vale de hipótesis, que no son otra cosa que imágenes utilizadas para cubrir los huecos que no se pueden llenar con fórmulas; el arte propende al simbolismo y en algunos casos se transforma en religión (y en los periodos de decadencia en ciencia arbitraria, fantástica, caprichosa y hasta documental); y la religión se sirve por necesidad del arte y de la ciencia para humanizar sus simbolismos. La diferencia real está en el sujeto; según la aptitud espiritual predominante en cada individuo, el mundo se muestra en una u otra forma; y todos ellos, bajo distintos aspectos y con

<sup>a</sup> Ganivet, que tiene una visión organicista de la vida e historia de su nación, representa el espíritu territorial como la médula del cuerpo social hispánico; la religión como el cerebro; el espíritu guerrero como el corazón; el espíritu jurídico como la musculatura; el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo controla y lo mueve. El arquetipo de ese enfoque antropomorfo se remonta tradicionalmente a Platón (*República*, IV, 434d-441c). A finales de aquel siglo circularon, sin embargo, varias refundiciones del tema y de la imagen correlativa entre los krausistas y los secuaces de la sociología positivista de H. Spencer (*cf.* Orringer, cit., p. 171, n. 86).

diversa energía, producen el mismo resultado “útil”: la dignificación del hombre.

Para un matemático, el binomio de Newton es una obra de arte y es un dogma. Un artista verá en el binomio, si por acaso llega a comprenderlo, una igualdad de términos que siendo al parecer desemejantes, encierran en sí cantidades equivalentes, ni más ni menos que en la igualdad: tres más tres igual a cinco más uno; un matemático verá en él una evolución ideal completa, que conduce por fórmulas graduales e inteligibles del arcano a lo evidente y un símbolo de valor general para remontarse al conocimiento de nuevas y desconocidas leyes de la realidad abstracta. En cambio, si un matemático analiza un drama de amor, como el de los “amantes de Teruel”<sup>a</sup>, acaso lo reduzca a la fórmula: “lo infinito es igual a cero”, o a una ecuación amorosa

<sup>a</sup> El tema de los amores legendarios y trágicos entre Diego de Marsilla e Isabel de Segura tuvo amplia difusión en la literatura española. Su origen fue probablemente la traducción española de una *novella* del *Decamerón* (*Girolamo y Salvestra*, jornada IV, *novella* 8). La primera vez que en España se hace referencia al tema es en el libro de viajes de Bartolomé de Villalba y Estaña, *El peregrino curioso y grandeza de España* (1577). En 1581 Andrés Rey de Artieda lo desarrolló en su tragedia, en cuatro actos, *Los amantes*. En 1588 Gerónimo de la Huerta lo versificó en el poema caballeresco *Florando de Castilla*. En 1616 se publicó en Valencia, con el título *Los amantes de Teruel*, la epopeya trágica de Juan Yagüe de Salas. Una homónima obra dramática, en tres jornadas, fue atribuida a Tirso de Molina, y de ella se originó la comedia de Juan Pérez de Montalbán, publicada en 1638 con el mismo título. El argumento volvió a interesar al dramaturgo romántico Juan Eugenio Hartzenbusch, que compuso, en 1836, un drama histórico en cinco actos considerado como “una de las más bellas expresiones del romanticismo español” (A. Comas y A.R. Ferrarín, “Los amantes de Teruel”, en *Diccionario literario de obras y personajes*, Barcelona, Bompiani, Haro, 2 vols., pp. 106-107).

en que la incógnita sea el sentimiento del deber; mientras que para un artista, el drama estará en la lucha interior de los sentimientos y en las formas visibles, plásticas, en que estos se exteriorizan, y para el creyente el drama será como un símbolo religioso, y los amantes no serán fuerzas ciegas movidas por el instinto, según la idea de Schopenhauer, sino dos almas dueñas de sus destinos, ennobleciéndose por la abnegación y por la dignidad con que transforman la pasión humana, contraria al deber, en amor espiritual y místico, mediante la muerte por el dolor, la transfiguración, el tránsito desde la vida a las regiones donde el deber no existe, donde hay solo un deber, el de amar, que más que deber es goce y deleite de las almas.

**H**ay, pues, muchos modos de servir al ideal y a cada hombre se le debe de pedir sólo que lo sirva según su natural comprensión; y a cada pueblo que lo entienda según su propio genio. Aunque sea vulgar el modo de expresión, hay que acudir a él por lo exacto: en el ideal existe también y debe existir una prudente “división del trabajo”. Los hebreos fueron un pueblo religioso; los griegos, artistas; los romanos, legisladores. Todas las naciones europeas, así como las civilizadas por la influencia de Europa, están constituidas sobre esos tres sillares: la religión cristiana, el arte griego y la ley romana. Y aunque parezca que por esta conexión en los orígenes ya no puedan existir pueblos donde se destaque con vigor una forma del ideal, dejando anuladas las otras, en realidad sí existen esos pueblos, bien que en la actualidad no los distingamos bien, por hallarnos a muy corta distancia. La vida de una nación ofrece siempre

una apariencia de integridad de funciones, porque no es posible existir sin el concurso de todas ellas; mas conforme transcurre el tiempo se va notando que todas las funciones se rigen por una fuerza dominante y céntrica, donde pudiera decirse que está alojado el ideal de cada raza; y entonces comienza a distinguirse el carácter de las naciones y el papel que han representado con más perfección en la historia o comedia universal.

Nuestras ideas, si se atiende a su origen, son las mismas que las de los demás pueblos de Europa, los cuales, con mejor o peor derecho, han sido partícipes del caudal hereditario legado por la antigüedad; pero la combinación que nosotros hemos hecho de esas ideas es nuestra propia y exclusiva y es diferente de la que han hecho los demás, por ser diferente nuestro clima y nuestra raza. A la vista está nuestro desvío de las ciencias de aplicación; no hay medio de hacerlas arraigar en España, ni aun convirtiendo a los hombres de ciencia en funcionarios retribuidos por el Estado. Y no es que no haya hombres de ciencia; los ha habido y los hay; pero cuando no son de inteligencia mediocre, se sienten arrastrados hacia las alturas donde la ciencia se desnaturaliza, combinándose ya con la religión, ya con el arte. Castellar quiere ser historiador y sus estudios se le transforman en cantos épico-oratorios; Echegaray<sup>a</sup>, matemático

<sup>a</sup> José Echegaray (Madrid, 1832-1916), dramaturgo, pero también político, economista e ingeniero, fue ministro de Hacienda y miembro de la Real Academia Española. En 1904 se le concedió, junto con Mistral, el Premio Nobel de Literatura. Su producción teatral (especialmente *El gran galeoto*, 1881, o *El hijo de Don Juan*, 1892) fue muy popular durante la

y dramaturgo, maneja los números con la maestría y profundo espiritualismo de los pitagóricos; y Letamendi<sup>a</sup> escribe en nuestro tiempo sobre Medicina como un filósofo hipocrático.

Nuestro espíritu es religioso y es artístico y la religión muchas veces se confunde con el arte. A su vez el fondo del arte es la religión en su sentido más elevado, el misticismo juntamente con nuestras demás propiedades características: el valor, la pasión, la caballerosidad. Pero al decir esto, que es lo que la generalidad de las gentes dice o piensa, no se dice nada o casi nada; porque más importante que la tendencia ideal de un arte es la concepción y ejecución de la obra, o sea, la “obra en sí”. Los pueblos tienen personalidad, estilo o manera como los artistas; dos pintores muy devotos de la Virgen pintan dos Vírgenes que no tienen entre sí punto de relación; y dos pueblos religiosos, nobles, apasionados, pueden dar vida a dos artes antagónicas; y la razón de esta diferencia está en el hecho interesante de que, mientras el fondo del arte procede de la constitución ideal de la raza, la técnica arranca del espíritu territorial.

---

época de la Restauración y el fin de siglo, pero también muy criticada por los intelectuales y artistas modernistas. Hoy se considera por lo general superada e irrepresentable en nuestros escenarios.

<sup>a</sup> José de Letamendi (Barcelona, 1828-Madrid, 1897), médico y escritor español que brilló en los diferentes ámbitos artísticos, desde la pintura a la poesía o a la música. Muy interesado en los temas lingüísticos y filosóficos, pensador profundo y polemista sagaz, se dedicó con innegable rigor doctrinario, pero también con amplitud de criterio, al estudio de la medicina. Su idea del hombre refleja y valora la dimensión unitaria y armónica en la que se basaba la doctrina médico-filosófica hipocrática.

Hace algún tiempo escribí yo que Goya era un genio ignorante<sup>a</sup> y lo escribí con temor, porque comprendía que ese juicio que para mí era y es exacto, parecería disparatado o paradójico según el modo vulgar de examinar y comprender las cuestiones de arte; asimismo creo que Velázquez, que no es solamente un genio, que es el más grande genio pictórico conocido hasta el día, era tan ignorante como Goya. No echo yo de menos ninguna de las manoseadas “reglas”, ni hallo esa ignorancia corriente que engendra los anacronis-

<sup>a</sup> Suelta, desde aquí en adelante, Ganivet una serie de juicios estéticos muy personales y subjetivos, no siempre bien meditados y a veces deliberadamente provocativos y paradójicos, sobre obras pictóricas y literarias españolas (pp. 166-170). El punto de partida es siempre el mismo: señalar la relación que hay entre el originario “espíritu de independencia” de los españoles y la fuerza personal de los modelos artísticos hispánicos, valorando la sintonía y la íntima cohesión. Siguiendo este criterio, Ganivet establece una jerarquía entre los artistas españoles de las diversas épocas de la historia de la cultura española. Según su escala de valores, Cervantes –con *Don Quijote*– representa la cumbre. Para él, Cervantes ha ennoblecido y revalorizado el natural “espíritu de independencia” de los españoles, recreando (y conquistando) desde el interior de sí mismo, y desde el interior de su pueblo, el mundo ficticio, onírico, engañoso en el que se encontraba. Velázquez y Goya figuran como artistas geniales e independientes que a veces se dejan arrastrar por el impulso de su genio, perjudicando el resultado final de la obra. De Lope elogia sus facultades creadoras (“no inferiores a las de Shakespeare”), pero dice también que al final “tira al aire”. De Calderón exalta la intensidad, la emoción interior que sabe infundir a sus personajes, y censura al mismo tiempo la falta de lozanía que hizo memorables a los de Lope. Con Moratín –concluye Ganivet– el teatro español ha precipitado, permitiendo la entrada a corrientes extranjeras y favoreciendo una improductiva exposición a influencias ajenas al carácter originario de la dramaturgia española. Especialmente estos juicios sobre el teatro español irritaron a Azaña, que los contrastó ferozmente en su memorial contra el 98 (ver la “Introducción” a este *Idearium*).

mos, la falsedad de los caracteres, la torcida interpretación de los hechos históricos, las monstruosidades anatómicas y demás torpezas y deficiencias que destruyen el efecto total de un cuadro; lo que yo veo es la carencia de reflexión técnica, o dicho en términos más llanos, que el artista no conoce cuándo está la obra en su verdadero punto de ejecución, porque se deja sólo guiar por el impulso de su genio. Y como el genio es una facultad falacísima, raras veces la mano que por él se guía remata bien una obra; en cualquier momento de la ejecución la obra “es”, pero sólo en uno “está”; y la mano se detiene a capricho, al azar, no en el momento de suprema perfección. Esta inseguridad produce en los momentos felices de los grandes genios creaciones originales, de esas que forman época en el mundo; pero aceptada como procedimiento sistemático es causa de que los entendimientos medianos, y a veces los grandes también, fracasen vergonzosamente y de que esas mismas creaciones originales no traigan consigo como debieran un ennoblecimiento de las artes del país en que aparecen, antes contribuyan a formar el mal gusto y a precipitar la decadencia y envilecimiento del ideal.

**N**o se piense que el rasgo señalado es privativo de Velázquez o de Goya; es constante y es universal en nuestro arte, porque brota espontáneo de nuestro amor a la independencia. Por eso en España no hay términos medios. Los artistas pequeños como los grandes van a ver lo que sale, y cuando empiezan a trabajar no suelen tener más que una idea vaga de la obra que van a crear y una confianza absoluta en sus fuer-

zas propias, en su genialidad, cuando no “confían en Dios y en la Reina de los Cielos”, como dicen los romances que cantan los ciegos en las plazuelas. Siempre que un español de buena estirpe coge la pluma, o el pincel, u otro instrumento de trabajo artístico, se puede pensar, sin temor de equivocarse, que aquel hombre está igualmente dispuesto para crear una obra maestra o para dar vida a algún estupendo mamarracho.

No existe en el arte español nada que sobrepuje al Quijote; y el Quijote no sólo ha sido creado a la manera española, sino que es nuestra obra típica, “la obra” por antonomasia; porque Cervantes no se contentó con ser un “independiente”, fue un conquistador, fue el más grande de todos los conquistadores, porque mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó a España misma, encerrado en una prisión. Cuando Cervantes comienza a idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso, pero fuera de él, no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones; después coge esas figuras y las arrea, pudiera decirse, hacia delante, como un arriero arrea sus borricos, animándoles con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el Quijote. Está escrito en prosa y es como esas raras poesías de los místicos en las que igual da comenzar a leer por el fin que por el principio, porque cada verso es una sensación pura y desligada, como una idea platónica.

¿Cómo se explica que Lope de Vega, con su genio dramático original, fecundísimo, no nos haya dejado una obra “acabada” como *Hamlet*? No es que las facultades creadoras de Lope fueran inferiores

a las de Shakespeare, sino que Shakespeare disparaba después de apuntar bien y daba casi siempre en el blanco; mientras que Lope no daba casi nunca porque tiraba sin apuntar, al aire. Y esta diferencia es tan clara que en España misma Lope se ha visto relegado a segundo término por Calderón, que se servía de tipos teatrales, sin la lozanía y la espontaneidad de los del teatro de Lope; pero que sabía concentrar más su atención e infundir a sus personajes y escenas cierta intensidad, cierta emoción interiores, sin las cuales no hay obra duradera. Y no se crea que Calderón profesaba principios estéticos más firmes que los de Lope; cuando la independencia del artista es tan exagerada como en nuestro país, poco importan los principios, puesto que cada cual hace lo que mejor le parece; las equivocaciones y aciertos dependen en gran parte del azar, de una intuición feliz, interpretada con mejor o peor fortuna. Un estudiante, para distraerse durante las vacaciones, comienza a escribir *La Celestina* y conquista el primer puesto en la literatura dramática española.

**S**i el teatro español se hunde desde las alturas de Lope en los abismos insondables donde vivía la ilustre patulea que sirvió a Moratín para componer su *Comedia nueva*, la culpa no es ciertamente de los discípulos de don Hermógenes; es de Lope, y más que de Lope, de nuestro carácter. Los más bajos pretenden ser artistas como los más altos; no se detienen en un arte mediano y decoroso; se precipitan en los antros del salvajismo artístico. Yo vi una vez una *Concepción* de la escuela industrial sevillana que me hizo pensar: el autor de este atentado es un pintor de brocha gorda;

pero hay que ser justos y reconocer que maneja las brochas con la misma soltura con que Murillo debía de manejar los pinceles. Yo no acepto el criterio estrecho, mezquino y más francés que español de Moratín, 5 quien conocía bien nuestro arte, pero no llegó nunca a comprenderlo. De no haber remedio humano para nuestras flaquezas artísticas, preferible es que seamos alternativamente geniales y tontos, que no que fuéramos constantemente correctos y mediocres. Pero esto 10 no obsta para señalar que nuestro carácter, en cuanto a la técnica artística, es un exaltado amor a la independencia, que nos lleva a no hacer caso de nadie, a lo sumo a proceder por espíritu de oposición y luego a no hacer caso de nosotros mismos, a trabajar sin reflexión 15 y a exponernos a los mayores fracasos.

Cuando el teatro francés de Corneille<sup>a</sup> imperaba con más fuerza en Alemania, hubo un crítico dramático de extraordinaria perspicacia y comprensión, Lessing<sup>b</sup>, que

<sup>a</sup> Pierre Corneille (1606-1684), dramaturgo francés, autor de una vasta producción teatral, en la que destaca la tragicomedia *Le Cid* (1637). La obra representó su primer gran triunfo de público, pero desencadenó también una apasionada polémica (la famosa *querelle du Cid*) a la que puso fin la Academia de Francia, recién instituida, valorando unos aspectos de la obra y rechazando otros en nombre de la razón, de la naturaleza, del equilibrio y la armonía.

<sup>b</sup> Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781), dramaturgo y filósofo alemán, destacado exponente de la Ilustración. Publicó una serie de reseñas de obras teatrales, luego reunidas en el volumen titulado *Hamburgische Dramaturgie* (1765-1769), en las que expone sus teorías dramáticas. Manifiesta, aquí, toda su hostilidad por el clasicismo francés, criticando a Corneille, a Racine, a Voltaire y rechazando las flojas imitaciones alemanas de sus obras. Salva, en cambio, a Diderot y al clasicismo inglés, que sentía más en sintonía con la mentalidad y la sensibilidad dramática alemana.

le movió guerra en nombre de los mismos principios del teatro clásico, de los que aquel era una falsa interpretación, demostrando la superioridad del teatro romántico de los españoles y de los ingleses. Y sin embargo, el teatro de Corneille era también como un reflejo del teatro español; era una mezcla monstruosa de la sobriedad y severidad del teatro griego y de las peripecias y artificios dramáticos imaginados por la fértil fantasía de Lope. Cito este ejemplo para hacer ver cuán peligroso es nuestro arte para los que intentan imitarlo. El mismo autor de la *Dramaturgia*, enamorado de la poesía, viveza y naturalidad de nuestro teatro, hacía grandes reservas en cuanto a los recursos teatrales inventados sin reflexión ni medida por nuestros autores. Por esto nuestra influencia en el desarrollo del teatro alemán fue secundaria y Schiller<sup>a</sup> pudo decir más tarde con visos de verdad que “los alemanes habían tenido por únicos guías a los griegos y a Shakespeare”.

Lo más interesante en estas anomalías que de nuestro carácter provienen es que no hay medio de evitarlas, imitando los buenos modelos y formando escuelas artísticas; nosotros no queremos imitar, pero aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo con fruto,

<sup>a</sup> Johann Christoff Friedrich von Schiller (1759-1805), poeta, filósofo, dramaturgo y crítico literario alemán. Expuso sus ideas estéticas en *Über Anmut und Würde* (*En torno a la gracia y a la dignidad*, 1793), *Briefen über die ästhetische Erziehung des Menschen* (*Cartas sobre la educación de la estética del hombre*, 1795), *Über naive und sentimentalische Dichtung* (*Sobre la poesía ingenua y sentimental*, 1795). El último de sus escritos estético-filosóficos es *Über das Erhabene* (*En torno a lo sublime*, 1801).

porque nuestros modelos, por su excesiva fuerza personal, son inimitables; y así se aclara el hecho anómalo de que siendo tan independientes, sea nuestro arte, como nuestra historia, una continuada invasión de influencias extrañas. En cuanto nos quedamos solos destruimos nuestro arte y para renovarlo tenemos que salir fuera de España para equilibrar nuevamente nuestro gusto; y apenas éste está un poco depurado, volvemos a las andadas. Estúdiense la historia del arte español en nuestro siglo, la historia del arte que vive al aire libre, pues hay algún arte como la música que en su estilo genuinamente español y elevado apenas ha salido de los templos, y se comprobará la idea que acabo de exponer. Hemos tenido dos grupos de pintores que, el uno en Francia, el otro en Italia, han buscado el medio de renovar nuestro arte; y apenas levantado un poco el nivel estético de la nación, han aparecido también los españoles, los independientes y con ellos los primeros asomos de insubordinación y desorden. Tendremos como siempre obras magistrales creadas por los maestros y una rápida degradación provocada por la audacia y desenfado de los aprendices.

En cuanto a la poesía, a la novela, a la vista de todos está cómo hemos tenido o tenemos representantes de todas las tendencias artísticas de Europa sin llegar a constituir grupos, por nuestra tendencia o propensión a desvirtuar las formas convencionales aunque estén en gran predicamento, para convertirlas en estilo propio y personal; y a la vista está también que ningún poeta, o novelista, o simplemente escritor, acepta lecciones de quienes son reconocidos y acata-

dos como maestros, que todos desean ser cabezas, de ratón o de león poco importa, y que en vez de formar un ejército literario, no somos más que una partida de guerrilleros de las letras.

¿Es imposible en absoluto modificar estos instintos de insubordinación que nos destrozan y nos aniquilan? Yo creo que no. A pesar de nuestro espíritu de independencia, hemos podido constituir dos naciones en nuestra península; no ha sido una sola, pero no han sido tampoco más de dos; luego alguna cohesión se ha dado en este punto al espíritu territorial. En cambio, en las artes, en vez de adelantar, retrocedemos. Por un error inexplicable, se ha creído que la anarquía proviene de las literaturas regionales, siendo éstas al contrario esfuerzos en pro de la disciplina<sup>a</sup>; y por otro error de mayor calibre aún se ha pensado que la centralización traería la cohesión, cuando para lo que sirve es para sacar a los individuos de los centros donde podrían recibir la influencia bienhechora de un templado ambiente intelectual y lanzarlos en el vacío y en la soledad de un medio más culto, pero más móvil e incoherente, en el cual no se encuentra nada que sirva de punto de apoyo, ni que dome los arranques naturales que suelen propender a la exageración y al desequilibrio. España, como nación, no ha podido

<sup>a</sup> Ganivet manifiesta, aquí, interés por el regionalismo literario y político como fuerza capaz de disciplinar las diferentes peculiaridades hispánicas en una nueva forma de “cohesión” nacional (“en pro de la disciplina” y la “cohesión”). En su afición por lo periférico, marginal, fragmentario, se refleja su sensibilidad “moderna”.

crear todavía un ambiente común y regulador, porque sus mayores y mejores energías se han gastado en empresas heroicas. Apenas constituida la nación, nuestro espíritu se sale del cauce que le estaba marcado y se derrama por todo el mundo en busca de glorias exteriores y vanas, quedando la nación convertida en un cuartel de reserva, en un hospital de inválidos, en un semillero de mendigos. ¿Qué extraño, pues, que en ambiente tan pobre los hombres de valer que por acaso quedaban sintiesen el deseo de dar rienda suelta a sus facultades sin comprender a dónde iban ni dónde debían detenerse? La reflexión no es como se cree un hecho puramente interno, es más bien una labor de unificación de las reflexiones que nos inspira la realidad en que vivimos; y aun a los espíritus más independientes hay medio de someterlos a la obra común, si se les rodea de espíritus que les cerquen y les aprisionen.

**A**l estudiar la historia de las artes españolas hay que fundar la unión en las ideas. Tenemos una *Historia de nuestras ideas estéticas*<sup>a</sup>, pero no tenemos (iba a decir ni podremos tener) una historia de nuestros procedimientos técnicos, de nuestros estilos, de nuestras escuelas; porque en España no es fácil relacionarlos todos en una unidad superior, en un concepto general, en una verdadera escuela; y así los puntos más altos de nuestro arte no están representados por grupos

<sup>a</sup> Se refiere, probablemente, a la *Historia de las ideas estéticas en España* de Marcelino Menéndez Pelayo (el primer tomo se publicó en 1883).

unidos por la comunidad de doctrinas, sino por genios sueltos que, como Cervantes o Velázquez, forman escuela ellos solos. En Francia hay cuatro o seis mil gacetilleros o cronistas que, sin una idea en la cabeza, escriben con el aplomo de los grandes escritores. El espíritu patriótico les fuerza a formar núcleos y alrededor de cada sol giran innumerables planetas, satélites, asteroides y hasta bólidos. Ciertamente es que esa gente menuda no hace cosas de gran provecho, pero tampoco hace daño. Mientras que en España sólo sirve para arrasar el sentido estético de la nación. Como dice mi amigo Navarro y Ledesma<sup>a</sup>, uno de los pocos españoles que todavía piensan en castellano, la lengua francesa es como un gabán y la española como una capa; no hay prenda más individualista ni más difícil de llevar que la capa, sobre todo cuando es de paño recio y larga hasta los pies. Esto es verdad; la lengua castellana es una capa y la mayoría de los escritores españoles la llevamos arrastrando.

<sup>a</sup> Francisco Navarro Ledesma (1869-1905), amigo toledano de Ganivet. Se conocieron en Madrid, cuando estudiaban en la Universidad. Mantuvieron una larga e interesante correspondencia epistolar, hoy considerada fuente imprescindible para ahondar en la parábola existencial y artística de Ganivet. Algunas anécdotas personales de Ganivet (sus visitas al Museo de Amberes, el encuentro con Tinoco, la misma experiencia de la abulia) pasan de sus cartas privadas al *Idearium* con significativas variaciones. Rosa Rossi sostiene que en las cartas dirigidas a Navarro Ganivet es “coerente e autentico rispetto a se stesso, e anche rispetto a chi legge; e costruisce un discorso analiticamente più valido e significativo che non nel saggio scritto con l'intenzione del profeta e dell'educatore” (R. Rossi, *Scrivere a Madrid. Studi sul linguaggio politico di due intellettuali suicidi del'800 spagnolo*, Bari, De Donato, 1973, pp. 50-51).

**E**s incalculable el número de ingenios arrebatados a las artes españolas por las guerras y por la colonización; y la pérdida fue doble, pues se perdió todo lo que no crearon y la influencia que pudieron ejercer sobre los que quedaban. Y esta idea no es hija de un sentimentalismo huero; yo no hallo gran diferencia entre la muerte y la vida, pues creo que lo que realmente vive son las ideas; pero también ha de vivir el individuo que es el creador de las ideas y la especie en cuanto necesaria para servir de asilo a las ideas. Así pues, no doy importancia a la muerte, ni menos a la forma en que nos asalta; lo que me entristece es que se queden en el cuerpo muerto las creaciones presentes o futuras del espíritu. Hay muchas maneras de amar la patria y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya a dignificarla. Nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva que no damos importancia más que al derramamiento de sangre. Los que no luchan con las armas o por lo menos con arrebatados discursos son la “obra muerta” de la sociedad, son mirados con desprecio. Ya decía Goethe<sup>a</sup> a este propósito contestando a

<sup>a</sup> Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), espíritu universal, en su obra vastísima y polifacética reunió y sintetizó las principales tendencias estéticas de su época (neoclasicismo, *Sturm und Drang*, romanticismo). Durante su vida, completamente dedicada a la creación literaria, dio prueba de patriotismo cuando, en el séquito del duque Carlos Augusto que combatía contra el ejército prusiano, participó en la campaña militar contra Francia. Asistió a la batalla de Valmy (1792) y al sitio de Maguncia (1793). Dejó constancia de ello en una relación (*Campaña de Francia*) que publicó en 1817.

los que le acusaban de falta de patriotismo: “Yo he procurado llegar a donde más alto he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión, no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra; si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo”. No se puede hablar con más elevación y justicia; mucho vale la sangre, pero más vale la obra del espíritu. Los hovas, los cafres, los hotentotes, los matabeles y los zulús derraman también su sangre por defender el suelo patrio; en los pueblos cultos eso no basta; hay que luchar por el engrandecimiento ideal de la gran familia en medio de la cual se ha nacido, y este engrandecimiento exige algo más que el mero sacrificio de la vida.

**E**l Siglo de Oro de las artes españolas, con ser tan admirable, es sólo un asomo o un anuncio de lo que hubiera podido ser si terminada la Reconquista hubiéramos concentrado nuestras fuerzas y las hubiéramos aplicado a dar cuerpo a nuestros propios ideales. La energía acumulada en nuestra lucha contra los árabes no era sólo energía guerrera, como muchos creen, era, según haré ver después, energía espiritual. Si la fatalidad histórica no nos hubiera puesto en la pendiente en que nos puso, lo mismo que la fuerza nacional se transformó en acción, hubiera podido mantenerse encerrada en nuestro territorio, en una vida más íntima, más intensa y hacer de nuestra nación una Grecia cristiana.

# B

La política exterior de España en la Edad Moderna podría ser gráficamente representada por una “Rosa de los vientos”. La política de Castilla era africana o meridional, porque la Toma de Granada y la terminación de la Reconquista no podía ser el último golpe contra los moros; entonces estaba aún pujante el poder musulmán y debía de temerse una nueva acometida, pues el mahometismo lleva en sí un germen de violencia, que hoy parece extinguido y mañana reaparece encarnado en un pueblo más joven que de nuevo le da calor y vida; y aparte de esto, era lógico que la respuesta se acomodase a la agresión, que no terminase en nuestro suelo invadido, sino que prosiguiera en el territorio de nuestros invasores. La política de Aragón era mediterránea u oriental, y como al unirse Aragón y Castilla se unieron bajo la divisa de igualdad, constituyendo más que una unión una sociedad de socorros mutuos, así como Aragón ayudó a la conquista de Granada, Castilla tenía que ayudar a Aragón en sus empresas de Italia. Y por un azar histórico, en el mismo campamento de Santa Fe, donde se formaba el núcleo militar que después pasó a los campos de Italia, nacía también el pensamiento de aceptar los planes de Colón y con esto el comienzo de nuestra política occidental o americana. Teníamos, pues, tres puntos cardina-

les: Sur, Este y Oeste, y sólo nos faltaba el Norte, que vino con gran oportunidad al incorporarse a España los Países Bajos<sup>a</sup>. Y luego, de la combinación de tan encontradas políticas surgieron las políticas intermedias y no hubo nación en Europa con la cual, ya con uno, ya con otro pretexto, no tuviéramos que entendernos por la diplomacia o por la guerra.

El criterio excesivamente positivista en que se inspiran hoy los estudios históricos obliga a los historiadores a colocar todos los hechos sobre un mismo plano y a cifrar todo su orgullo en la exactitud y en la imparcialidad<sup>b</sup>. En vez de cuadros históricos se nos

<sup>a</sup> Se refiere Ganivet a la parte septentrional de los dominios españoles, representada por los Países Bajos, que llegaron a formar parte de la corona española cuando subió al trono Carlos I de España (1500-1588), conocido también como el emperador Carlos V de Alemania. Primer hijo varón de Felipe I el Hermoso y Juana la Loca, era nieto –por línea paterna– del emperador Maximiliano I y de María de Borgoña y –por línea materna– de los Reyes Católicos. Asumió, en 1615, el gobierno de los dominios de la Casa de Borgoña (exactamente Flandes, el norte al que alude Ganivet). A la muerte de Fernando el Católico (1516), heredó los de la corona aragonesa y castellana; a la muerte de Maximiliano (1519) recibió la corona imperial (1520). Pronto se agregaron, a sus dominios ya vastos, los territorios americanos (J. Lynch, *Los Austrias (1516-1598)*, trad. de Juan Faci, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 49-50).

<sup>b</sup> Ganivet atribuye a la historiografía positivista el grave límite de considerar todos los hechos iguales y de presentarlos con el mismo relieve. Coherentemente con lo expuesto hasta aquí, Ganivet busca en la historia “el ligamen de los hechos con el espíritu del país donde han tenido lugar”. Examina la realidad externa (la conformación física y la geografía humana de una nación) y su dimensión interna (la vida, las ideas y las costumbres de las personas que la habitan). No le interesa el desarrollo cronológico de lo sucedido, sino la fusión de éste con el elemento natural, la tierra, sobre la que “sucedieron”. Aunque explícitamente crítico con el positivismo, no es poco lo que Ganivet asimila de una teoría de la cultura tan estrictamente relacionada con el *milieu*, el entorno geográfico y social.

da solamente reducciones de archivo, hábilmente hechas, y se consigue la imparcialidad por el facilísimo sistema de no decir nunca lo que esos hechos significan. Sin embargo, lo esencial en la historia es el ligamen de los hechos con el espíritu del país donde han tenido lugar; sólo a este precio se puede escribir una historia verdadera, lógica y útil. ¿A qué puede conducir una serie de hechos exactos y apoyados en pruebas fehacientes si se da a todos estos hechos igual valor, si se los presenta con el mismo relieve y no se marca cuáles son concordantes con el carácter de la nación, cuáles son opuestos, cuáles son favorables y cuáles contrarios a la evolución natural de cada territorio, considerado con sus habitantes, como una personalidad histórica?

Los que escriben historias de España fijan principalmente su atención en la Edad Moderna, porque la tienen más cerca y la ven colocada en primer término, como asunto principal del cuadro que intentan componer. Y esta idea es errónea, es una violación de la perspectiva; en la historia no es posible colocar unos hechos delante de los otros, como las figuras u objetos en un cuadro; todo está fundido en la personalidad nacional, y en ella debe de aquilatarse la importancia relativa que los sucesos históricos tuvieron. Cuando pasen varios siglos y haya otra época histórica moderna, la que hoy llamamos moderna no lo será y habrá que cambiarlo el nombre; y al cambiárselo se ha de notar que no es sólo el nombre el que cambia, que cambia también la significación total de los acontecimientos que la formaron; y entonces esa historia moderna de hoy será una fase anómala de nuestra historia general.

Hemos tenido, después de periodos sin unidad de carácter, un periodo hispano-romano, otro hispano-visigótico y otro hispano-árabe; el que les sigue será un periodo hispano-europeo e hispano-colonial; los primeros de constitución y el último de expansión. Pero no hemos tenido un periodo español puro, en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diese sus frutos en su propio territorio; y por no haberlo tenido, la lógica de la historia exige que lo tengamos y que nos esforcemos por ser nosotros los iniciadores. Importante es la acción de una raza por medio de la fuerza, pero es más importante su acción ideal; y ésta alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional.

**E**n el comienzo de la Edad Moderna había en España dos tendencias políticas naturales y justificadas: la de Castilla y la de Aragón, esto es, la africana y la italiana, y después de unidos Aragón y Castilla, la segunda política debió de perder algún terreno. Los descubrimientos y conquistas en América, que tan profunda brecha nos abrieron, tenían también su justificación en nuestro carácter, en nuestra fe y en la fatalidad providencial con que nos cayó sobre los hombros tan pesada carga. Pero nuestra acción en el centro del continente fue un inconmensurable absurdo político, un contrasentido cuya sola disculpa fue y es el estar amparado por las ideas entonces imperantes en materias de derecho político y prácticas de gobierno. Al empeñarse España, nación peninsular, en proceder como las naciones continentales, se condenaba a una ruina cierta, puesto que si una nación se fortifica

adquiriendo nuevos territorios que están dentro de su esfera de acción natural, se debilita en cambio con la agregación de otros que llevan consigo contingencias desfavorables a sus intereses propios y permanentes.

5 El poder de Inglaterra se sostiene por no apartarse de esta línea de conducta; es un poder que se apoya en la ocupación de puntos estratégicos que puedan ser defendidos “insularmente”. Inglaterra ha podido ocupar el territorio de los Países Bajos en épocas en que

10 no le hubiera sido necesario gastar fuerzas muy considerables, pero se ha limitado a trabajar porque en las costas de Europa que están frente a su territorio haya naciones pequeñas y débiles, para estar más a salvo de una invasión; si hubiera ido más allá hubiera corrido la

15 misma suerte que nosotros. Un error político destruye una nación, aun la nación más grande del mundo.

España cometió ese error, y cuando lo cometió hubo quien comprendiera, bien que vaga e instintivamente, los riesgos a que nos exponía; hubo muchos

20 que lo comprendieron y los unos se murieron y a los otros los degollaron. Para mí la muerte de Cisneros <sup>a</sup>, muerte oportuna, que le libró de recibir en el rostro la

<sup>a</sup> Gonzalo Jiménez de Cisneros (1436-1517) cumplió sus estudios eclesiásticos en Roa, Alcalá de Henares, Salamanca y Roma. En 1484 ingresó en la Orden Franciscana. Llegó a ser arzobispo de Toledo, cardenal e Inquisidor General. En 1492 la reina Isabel le quiso a su lado como confesor y consejero político. A la muerte de los Reyes Católicos fue nombrado regente del reino, y se encontró en la difícil situación de refrenar, por un lado, la tradicional oposición de la nobleza castellana a una política centralista, y por el otro la injerencia de los hombres de confianza del futuro emperador Carlos I en su gobierno. Murió en 1517, cuando desembarcaba Carlos en Asturias.

bocanada de aire extranjero que traía consigo el joven Carlos de Gante, fue la muerte de Castilla; y la decapitación de los comuneros fue el castigo impuesto a los refractarios, a los que no querían caminar por las nuevas sendas abiertas a la política de España<sup>a</sup>. Los comuneros no eran liberales o libertadores, como muchos quieren hacernos creer; no eran héroes románticos inflamados por ideas nuevas y generosas y vencidos en el combate de Villalar por la superioridad numérica de los imperiales y por una lluvia contraria que les azotaba los rostros y les impedía ver al enemigo; eran castellanos rígidos, exclusivistas, que defendían la política tradicional y nacional contra la innovadora y europea de Carlos I. Y en cuanto a la batalla de Villalar, parece averiguado que ni siquiera llegó a darse.

<sup>a</sup> La rebelión de las Comunidades de Castilla estalla en mayo de 1520, cuando Carlos V parte para Alemania. Entre sus causas más inmediatas están la crisis (dinástica, económica, política) que afecta a Castilla después de la muerte de la reina Isabel en 1504 y la decepción provocada por la política de Carlos V en los primeros meses de su reinado, exacerbada por su elección imperial. Toledo se puso a la cabeza de una campaña militar en defensa de los intereses del reino contra la excesiva fiscalidad y la misma política imperial. En agosto de 1520 se constituyó en Ávila la Santa Junta para organizar la rebelión, cuya finalidad política era la de someter el poder del rey al control de las Cortes. Vino a determinarse un fuerte contraste entre el centro castellano (Toledo, Valladolid...) y las regiones periféricas (Burgos, Andalucía...); entre las clases medias (los artesanos, pero también los letrados) y la alta burguesía mercantil, aliada, junto con la aristocracia financiera, de la corona. La derrota de los comuneros en Villalar (1521) reforzó el poder del Emperador y de las clases a él tradicionalmente aliadas.

En la rebelión de las comunidades de Castilla ocurrió, como ocurre casi siempre, que la razón estaba de las dos partes y que se habló de todo menos de la causa verdadera de los disturbios, quizás porque los bandos antagónicos no tenían concepto exacto de lo que pretendían. En nuestro tiempo está en auge la política de protección; no hay clase social que no pida auxilio al Estado, y alguna pretende transformarlo en proveedor general de felicidad; por este camino se llegará insensiblemente a convertir el poder político en padre de familia y se le obligará a buscar medios extraordinarios para llenar sus nuevas y flamantes funciones sociales. Y entonces surgirá la protesta de los que han estado en silencio mientras se discutía, de los que han dejado que las ideas tomen cuerpo, juzgándolas inofensivas o poco peligrosas y después se sorprenden ante los resultados ya inevitables. De igual suerte, al constituirse la nacionalidad española se exaltó el poder real por encima de todos los poderes, se le pidió que tomase a su cargo la dirección de todas las fuerzas constitutivas del país, insubordinadas por el abuso de los privilegios, y se le excitó a luchar por el engrandecimiento político, cifrado en la idea de la época, la constitución de fuertes nacionalidades. Y en cuanto el poder real se puso a la obra, sobrevino la rebeldía de los prudentes, de los que veían transformarse la política nacional en política dinástica.

**A**dmitado el error político inicial, hay que reconocer que Carlos I fue un hombre oportuno. En España no había nadie capaz de comprender su políti-

ca y esto prueba sin necesidad de más demostraciones que su política era ajena a nuestros intereses, aunque estuviera apoyada en derechos indiscutibles y en vagas aspiraciones de nuestra nación. Carlos I representó en nuestra historia un papel análogo, aunque en sentido inverso, al de Napoleón en la de Francia. Napoleón hizo de Francia una nación insular, y Carlos I hizo de España una nación continental. Él supo llevar de frente las diversas y contradictorias políticas que despuntaron casi a la vez; acudió a los Países Bajos, a Italia, a Túnez y a América; todo lo abrazó con golpe de vista amplio, admirable y certero; mas su obra era personalísima, porque él miraba a España desde fuera y nos atribuía las mismas ambiciones que a él, nacido en el centro del continente, le atormentaban.

Al pasar el poder de Carlos I a Felipe II<sup>a</sup>, se nota inmediatamente que la política de la casa de Austria va

<sup>a</sup> Felipe II (Valladolid, 1527-1598), hijo del emperador Carlos I e Isabel de Portugal; figura solitaria y reservada, su reputación ha conocido en los siglos los extremos de la apología y del descrédito. No fue un monarca más absoluto que su padre y por lo general mantuvo las instituciones que había heredado. Durante su reinado, España avanzó en su proyecto de construcción de un estado-nación y el impulso –como repite varias veces Ganivet en este *Idearium*– procedió del centro, de Castilla, más que de la periferia. Empezó, sin embargo, también aquel descenso político y económico que continuaría hasta la época de Ganivet. La participación de España, junto a Venecia, en la Liga Santa contra la amenaza islámica, concluyó con un brillante triunfo en Lepanto, pero se reveló un fracaso desde el punto de vista económico. Con su flota volcada en el Mediterráneo, además, Felipe no podía controlar la situación en Flandes y las relaciones con Isabel I de Inglaterra se complicaron enormemente, hasta precipitar con el desastroso envío de la Armada española (J. Lynch, cit., pp. 217-240).

a convertirse en un peligro para Europa y va a dar al traste con nuestra nación. Felipe II era un español y lo veía todo con ojos de español, con independencia y exclusivismo; así no podía contentarse con la apariencia del poder, quería la realidad del poder. Fue un hombre admirable por lo honrado, y en su espejo deberían mirarse muchos monarcas que se ufanan de su potestad sobre reinos, cuya conservación les exige sufrir humillaciones no menores que las que sufren los ambiciosos vulgares para mantenerse en puestos debidos a la intriga y al favoritismo. Felipe II quiso ser de hecho lo que era de derecho, quiso reinar y gobernar, quiso que la dominación española no fuese una etiqueta útil sólo para satisfacer la vanidad nacional, sino un poder efectivo, en posesión de todas las facultades y atributos propios de la soberanía, una fuerza positiva que imprimiese la huella bien marcada del carácter español en todos los países sometidos a nuestra acción y de rechazo si era posible en todos los del mundo. Con este criterio planteó y resolvió cuantos problemas políticos le ofreció su tiempo y a su tenacidad fueron debidos sus triunfos y sus fracasos.

Para otra nación, el conflicto religioso que surgió al aparecer en los Países Bajos la Reforma hubiera sido relativamente de fácil solución; pasados los primeros momentos de resistencia, vistas las proporciones que tomaba la herejía, se hubiera buscado una componenda para poner a salvo la dominación; esto lo hubiera hecho hasta Francia, católica también, pero menos rigorista, más enamorada de su prestigio político que de sus ideas religiosas, como lo demostró aliándose

con los protestantes y hasta con los turcos, cuando así convino a sus intereses. Sólo España era capaz de plantear la cuestión en la forma en que lo hizo y arriesgar el dominio material por sostener el imperio de la religión. Y mientras las demás naciones hubieran concluido por perder el dominio algo más tarde, sin dejar huella de su paso, nosotros lo perdimos antes de tiempo, pero dejamos una nación católica más en Europa. 5

**L**a política de Felipe II tuvo el mérito que tiene todo lo que es franco y lógico; sirvió para deslindar los campos y para hacernos ver la gravedad de la empresa acometida por España al abandonar los cauces de su política nacional. Si Felipe II no triunfó por completo y dejó como herencia una catástrofe inevitable, la culpa no fue suya, sino de la imposibilidad de amoldarse él y su nación a la táctica que exigía y exige la política del Continente. Una nación no se impone sólo con fuerzas militares y navales, necesita tener ideas flexibles y que se presten a una rápida difusión; y estas ideas no hay medio de inventarlas, nacen, como vemos constantemente en Francia, de la fusión de las ideas tomadas del extranjero con las ideas nacionales. Hay que sacrificar la espontaneidad del pensamiento propio, hay que fraguar “ideas generales” que tengan curso en todos los países, para aspirar a una influencia política durable. Nosotros, por nuestra propia constitución, somos inhábiles para esas manipulaciones, y nuestro espíritu no ha podido triunfar más que por la violencia. Yo creo que a la larga el espíritu que se impone es el más exclusivista y el más original, pero cuando llega a imponerse no tiene ya alcance 10 15 20 25 30

político; su influencia es ideal, como la de los griegos sobre los romanos.

Con Felipe II desaparece de nuestra nación el sentido sintético, esto es, la facultad de apreciar en su totalidad nuestros varios intereses políticos; España se defiende largo tiempo con el instinto de conservación, pero sin pensar siquiera cuál ha de ser en caso de sacrificio el interés sacrificado, poniéndolo todo al mismo nivel; lo pasajero y fugaz de nuestra política como lo esencial y permanente. La idea fundamental de nuestros gobernantes era que la fuerza política dependía de la extensión del territorio; no mermándose éste, la nación conservaba enteros su prestigio y su vitalidad. Así fuimos sosteniéndonos, o fue sosteniéndonos nuestro ejército, núcleo de resistencia que contuvo el desmembramiento y que en ocasiones llegó a representar él sólo la nación, con mejor derecho que el agregado inmenso de territorios y de gentes que la formaban.

**E**n mi opinión, lo más triste que hay en nuestra decadencia no es la decadencia en sí, sino la refinada estupidez de que dieron repetidas muestras los hombres colocados al frente de los negocios públicos en España. Se halla a lo sumo algún hombre hábil para ejecutar una misión que se le encomiende, pero no encontraremos uno sólo que vea y juzgue la política nacional desde un punto de vista elevado o, por lo menos, céntrico. A todos les ocurría lo que según la frase popular les ocurre a los músicos viejos; no les quedaba más que el compás.

Acaso hubiera sido un bien para España que el largo y doloroso descenso que se inicia en la paz de

Westfalia<sup>a</sup> y se consuma en la de Utrecht<sup>b</sup> hubiera sido una caída rápida, en la que hubiéramos probablemente sacado a salvo la unidad nacional; pero diseminadas nuestras fuerzas para atender a muchos puntos a la vez, debilitados por un gasto incesante de energía, tanto más considerable cuanto la ruina estaba más próxima, las soldaduras de las diversas regiones españolas comenzaron a despegarse y estuvo a punto de dislocarse la nación. Y se dislocó en parte, puesto que Portugal<sup>c</sup>, cuya unión era más reciente, concluyó por conquistar su independencia.

<sup>a</sup> La paz de Westfalia (1648) pone fin a la Guerra de los Treinta Años y con ella a las guerras de religión que devastaban Europa desde 1517. Con su tratado se consagra un nuevo orden en Europa. España cede su hegemonía a Francia, los Habsburgo salen derrotados, el Imperio alemán resulta políticamente desintegrado. En un tratado de paz separado con los holandeses, España reconoce la independencia de las Provincias Unidas, conservando el sur de los Países Bajos. Al mismo tiempo rompe la negociación de paz con Francia, continuando la guerra en Flandes y en Cataluña. Se llega, además, a una equiparación religiosa entre católicos, calvinistas y luteranos.

<sup>b</sup> Tratado de Utrecht (1713-1715), último acto de la guerra de sucesión por la corona de España. En Utrecht se confirma a Felipe V de Borbón en el trono de España. A cambio España debe ceder al emperador austriaco Flandes, Milán y Cerdeña y a Saboya los territorios sicilianos.

<sup>c</sup> En 1580 Felipe II pudo incorporar Portugal a sus dominios imperiales, pero a partir de 1630, con el declive militar y político de la corona española, la oposición interna se hace más compacta y enérgica. En 1640, tras años de contiendas fiscales y militares, y con la protección de Francia, hasta la nobleza, que había apoyado siempre la unión, retiró su lealtad a la corona española. El 1 de diciembre de 1640 el país declaró, sin encontrar resistencia, su independencia y proclamó rey al duque de Braganza con el nombre de Juan IV de Portugal. La guerra que siguió fue larga y concluyó con la derrota española en las duras batallas de Badajoz (en 1657) y Elvas (1659) (J. Lynch, *Los Austrias (1598-1700)*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 136-143).

No es justo exigir a los hombres de aquella época un conocimiento de nuestros intereses tan cabal como el que hoy tenemos, juzgando los hechos a distancia y con diferente criterio político; pero sí es justo declarar  
5 que aun con las ideas que entonces imperaban se hubiera podido proceder con más cordura, si nuestros hombres de Estado hubieran estado a la altura de la situación o, cuando menos, sabido separar lo permanente de la nación, que era la metrópoli, la península  
10 unida, de lo accidental, que eran los estados de ella dependientes y las colonias. La confusión en este punto fue tan completa que se llegó a poner sobre un pie de igualdad y a defender con igual empeño en algún tratado, como el de los Pirineos<sup>a</sup>, el dominio  
15 España en Portugal (cuya rebeldía era favorecida y apoyada por Francia) y los intereses personales de los príncipes de Condé. Por muy elevado que sea el concepto que se profese de la lealtad política, no es jamás disculpable que se sacrifique el interés de una nación,  
20 que es algo substantivo y permanente, en obsequio de un particular, cuyos servicios pueden ser privadamente recompensados.

La política borbónica no fue mejor que la austriaca en este punto. Continúa admitida la idea de que el

<sup>a</sup> En la paz de los Pirineos de 1659 se concertó el matrimonio de la hija de Felipe IV, María Teresa, con el rey de Francia. España dejó a Francia parte de los territorios de los Países Bajos, Cerdeña y el Rosellón. Francia abandonó Portugal a su destino, pero éste superó el aislamiento diplomático aliándose con Inglaterra y desde entonces pudo contar con el importante apoyo de la fuerza naval y la milicia inglesas (*Ibid.*, pp. 143 y 154).

engrandecimiento nacional ha de venir del exterior; de que la fuerza está en la cantidad, en la extensión del territorio. Este es el sistema generalmente seguido por los nobles arruinados: nada de reducir los gastos por no descubrir lo que está a la vista, que la casa se hunde; préstamos usurarios, alardes estúpidos de poder para inspirar confianza, enlaces en que se busca una dote providencial y demás expedientes de mala índole. No fue otra nuestra política en los comienzos de la casa de Borbón <sup>a</sup>. El asunto más ruidoso de la época fue la famosa cuestión de los ducados y nuestra obra maestra en política, el experimento de galvanización del intrigante Alberoni <sup>b</sup>. El espíritu español,

<sup>a</sup> Empieza a reinar en España, en 1701, con Felipe V (1683-1746), que sube al trono a la muerte de Carlos II, último representante de la casa de Habsburgo en España. Felipe V instaura en 1713 la ley sálica, que excluía del trono a las mujeres y a sus descendientes (y que fue derogada en 1830). Le sucedieron Luis I, Fernando VI y Carlos III (1716-1788), cuya forma de gobierno se suele asociar al despotismo ilustrado que inspiró algunas monarquías del siglo XVIII; su absolutismo fue moderado por su empeño en fomentar la cultura y prosperidad del pueblo. Más impopular fue el reinado de Carlos IV (1748-1819), que en 1808 cedió el país a Napoleón, con una doble abdicación –la suya y la de su hijo Fernando– en favor de José Bonaparte.

<sup>b</sup> Giulio Alberoni (1664-1752), embajador del ducado de Parma en Madrid, fue el artífice del matrimonio de Felipe V e Isabel Farnesio. Activo en la política de su tiempo, se empeñó en que devolvieran a España los territorios perdidos con el tratado de Utrecht y, al mismo tiempo, se liberara a Italia, con la ayuda de los españoles, de la preponderancia austriaca. Una expedición contra los turcos, dirigida contra Cerdeña con la complicidad del Ducado de Parma, determinó la formación de una coalición antiespañola (en la que participaron Francia, Holanda, Austria e Inglaterra) que derrotó a España. Felipe V despidió a Alberoni en 1719; éste volvió a Italia, donde tuvo que afrontar la hostilidad de la curia, que le procesó por haber provocado la guerra. El proceso concluyó en 1723 con su absolución.

enviciado ya en el sistema del artificio, falto de una mano fuerte que lo obligara a buscar la salvación donde únicamente podía hallarla, en la restauración de las energías nacionales, acepta con agrado todas  
5 las panaceas políticas que le van ofreciendo los agiotistas de la diplomacia y continúa largo tiempo arrastrándose por los bajos fondos de la mendicidad colectiva, adornado con el oropel de fingidas y risibles grandezas.

10 **L**a Edad Moderna de nuestra historia no está cerrada todavía, porque una edad no termina mientras no surgen hechos nuevos que marcan una nueva dirección. En nuestros días se han repetido los ensayos del reinado de Carlos III; parece que al fin vamos a entrar  
15 en la tierra de promisión, pero de pronto sobrevienen complicaciones que echan abajo la obra comenzada y nos dejan en la eterna interinidad. Aún se discute la forma que ha de tener el gobierno y la organización territorial de la nación; se discute todo y se discute  
20 siempre. La fuerza que antes se desperdiciaba en aventuras políticas en el extranjero, se pierde hoy en hablar; hemos pasado de la acción exterior a la palabra, pero aún no hemos pasado de la palabra a la acción interior, último término y asiento natural de  
25 nuestra vida política. Hemos restaurado algunas cosas y falta aún restaurar la más importante: el sentido común. Cuando todos los españoles acepten, bien que sea con el sacrificio de sus convicciones teóricas, un estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo  
30 inmutable, y se pongan unánimes a trabajar en la obra

que a todos interesa, entonces podrá decirse que ha empezado un nuevo periodo histórico.

El punto de partida de la política exterior de un país es la política nacional, puesto que de ésta depende el rumbo que se ha de imprimir a aquélla; y asimismo el punto de partida de la política interior es la idea que se tiene del papel que la nación ha de representar en la política extranjera. Por ejemplo, la política interior de Prusia, antes de la constitución del Imperio alemán, estuvo subordinada a la idea de constituir el Imperio; la política exterior de Italia en la actualidad está subordinada a las exigencias de su política interior, a la necesidad de consolidar la unidad italiana. Si se determina cuál ha de ser en lo por venir la política exterior de España, tendremos una base fija para fundar sobre ella nuestra política interior; y una vez aceptada ésta, encontraremos la fuerza necesaria para satisfacer las aspiraciones nacionales. De suerte que, en mi concepto, España no puede tener hoy política exterior bien determinada, por faltarle una constitución interna bastante robusta para seguir un rumbo propio, en armonía con sus propios intereses; y por lo tanto, sólo hay que estudiar cuáles son estos intereses, para asentar sobre ellos nuestra organización política interior.

**P**or donde el horizonte se muestra más despejado es por el norte. Nuestra antigua y funesta política continental está en absoluto agotada, muerta y sepultada. Aparte las relaciones comerciales y de buena vecindad, no existe nada que obligue a España a mezclarse en asuntos europeos de una manera forzosa;

tenemos una frontera natural, muy bien marcada, y nuestra política territorial es la del retraimiento voluntario, el cual, si ya no fuera en sí tan lógico como es, habría de ser aceptado por decoro. Cuando un actor eminente nota que sus facultades se debilitan y decaen por la acción inevitable del tiempo, no tiene más solución noble y decente que la de retirarse con oportunidad; no le está permitido degradarse aceptando papeles secundarios, hasta llegar al de criado 1º o 2º, cuya intervención se reduce a pronunciar las palabras sacramentales: “la señora está servida”. España ha sido en Europa un gran actor trágico y no puede aceptar como graciosa concesión el papel de gran potencia, que algunos políticos tan inquietos como ignorantes creen había de bastar para darnos la fuerza que todavía no tenemos. En este punto nuestro criterio creo yo que debería de ser tan rígido que rehuyera toda complicación en los asuntos continentales, aunque fuese para resolver los mayores conflictos de nuestra propia política, porque por muy grandes que fueran los beneficios obtenidos, nunca llegarían a compensar las consecuencias perniciosas que por necesidad habrían de derivarse de un acto político contrario a la esencia de nuestro territorio.

25 Parecerá ciertamente osadía afirmar así en redondo que España no tiene pendiente ningún problema de política continental. ¿Pues qué, se me preguntará, no tenemos en España dos problemas que afectan a nuestra unidad y que son europeos en cuanto su solución depende en parte de la política de Europa? Por-  
30 que en España se cree de buena fe que el rescate de

Gibraltar<sup>a</sup> y la unidad ibérica son cuestiones que exigen de España, por excepción, el abandono de su retraimiento, siendo así que una y otra justifican y apoyan con más vigor aún si cabe nuestro retraimiento sistemático.

5

**E**l rescate de Gibraltar debe de ser una obra esencial y exclusivamente española. Podría ser europea si todas las naciones de Europa, interesadas como están en la libertad del Mediterráneo, creyesen oportuno intervenir pacíficamente como intervinieron para resolver asuntos de interés general y de carácter análogo, como la liberación de las grandes vías navegables del interior del continente; pero no siendo así, España no puede buscar el amparo de este o aquel grupo político de Europa para procurar el rescate por la fuerza, porque este servicio costaría demasiado caro y haría tan patente nuestra debilidad como la actual situación.

10

15

No hay humillación ni deshonra en el reconocimiento de la superioridad de un adversario; es sobradamente manifiesto que Inglaterra ejerce la supremacía en todos los mares del globo; pocas naciones se han librado de sus abusos de poder, favorecidos por la desunión del continente. Y contra tales abusos la política más sabia es la de hacerse fuertes e inspirar respeto. Un hecho de fuerza como la ocupación de Gibralt-

20

25

<sup>a</sup> Con el tratado de Utrecht (1713-1715), la roca de Gibraltar pasa a la Corona inglesa, cuya soberanía queda confirmada en 1783 por el tratado de Versalles.

tar tiene cierto uso práctico, pues sirve de regulador de las energías nacionales e impide que los petulantes alcen demasiado la voz. Gibraltar es una fuerza para Inglaterra mientras España sea débil, pero si España  
5 fuera fuerte, se convertiría en un punto flaco y perdería su razón de ser. Científicamente se puede afirmar que una nación fuerte y vigorosa, por muy pequeña que sea, está libre de ser humillada en su territorio; sólo las naciones divididas o desorganizadas excitan el  
10 deseo de cometer esas violaciones territoriales y sólo en ellas se puede ejercer impunemente la alta piratería política.

No es Inglaterra nación que inspire simpatías, porque su fuerza la hace más bien temible u odiosa; en  
15 general una nación “simpática” es una nación que marcha mal; la simpatía política suele ser algo semejante a la lástima o la compasión en las relaciones entre los hombres. Mas por fortuna hoy está muy en  
20 baja la política sentimental y todas las cuestiones pueden ser planteadas en términos egoístas escuetos; y hay en este egoísmo franco una notable ventaja sobre el egoísmo cauteloso e hipócrita de la diplomacia “clásica”. Con arreglo a este novísimo criterio se puede,  
25 pues, decir sin escándalo de la moral política que entre todas las naciones de Europa España es, después de Italia, la nación más interesada en que se conserve, por largo tiempo aún, la supremacía naval de Inglaterra. Nos ocurre en este particular como a aquel caballero  
30 arruinado que por nada del mundo quería separarse de un antiguo mayordomo excesivamente manilargo; no es por amor por lo que te retengo –decía el pobre

señor—, es porque temo que el que te suceda me deje a pedir limosna. Y si alguno de los que se irritan por nuestra afrenta en Gibraltar encuentra esta idea poco brillante, tenga entendido que me la ha soplado en la oreja el prudente Sancho Panza, que era tan español y tan manchego como Don Quijote. 5

Antes de alegrarse infantilmente del hundimiento de un poder, hay que pensar en el poder que va a sustituirlo; nosotros no podemos ser los herederos de Inglaterra y hemos de ver quién ha de heredar a Inglaterra, en caso de que mediante una coalición se llegara a desbancarla. Mil soluciones son posibles y ninguna es tan clara como el “statu quo”; ni más favorable tampoco. A mi juicio, la nación más terrible como poder marítimo es Inglaterra, por lo mismo que su poder está en perfecta concordancia con su carácter territorial; ninguna nación del continente sola podrá llegar a donde ha llegado Inglaterra, pero Inglaterra tiene dos ventajas que la abonan: la primera, no tener conexión inmediata con el continente, ni menos aún con el litoral del Mediterráneo; la segunda, hallarse en la plenitud de absorción y verse obligada ya a acudir a procedimientos defensivos. Su poder sería, pues, útil a Europa si, privado de sus condiciones agresivas, lograra sostenerse como agente de orden público internacional. En cambio, una nación continental y marítima, Francia o Rusia, por ejemplo, sería una causa constante de perturbación y una amenaza para la independencia de algunas naciones, que podrían ser atacadas por fuerzas terrestres y marítimas a un mismo tiempo. 30  
Inglaterra ha de limitarse a la ocupación de puntos ais-

lados de un litoral; una nación del continente tendría armas y medios para imponerse en toda la extensión de un territorio.

5 **P**ara sustituir con ventaja la supremacía marítima inglesa hay dos soluciones teóricas, que sólo a título de teóricas indicaré: la neutralización del Mediterráneo o un equilibrio marítimo equivalente a la neutralización. Ha de llegar un momento en que la hegemonía de Europa en el mundo no pueda sostenerse por  
10 los medios actuales y exija una concentración de fuerzas; y como la hegemonía ha de apoyarse principalmente sobre el poder naval, será preciso fundar un núcleo, un centro de conciliación en el mar europeo por excelencia, en el Mediterráneo. Porque no bastará  
15 un acuerdo diplomático, ni una alianza escrita en papel; habrá que aceptar un hecho visible y tangible, que sea la prueba fehaciente de la unidad de acción y que por sí solo, sin necesidad de acudir inmediatamente a la violencia, mantenga la supremacía que hoy  
20 ejerce Europa por medio de coaliciones inestables. La neutralización del Mediterráneo dejaría libres grandes fuerzas navales que permitirían acentuar el movimiento expansivo de Europa; el equilibrio marítimo sería una base de inteligencia y de acción, siempre que en él  
25 estuvieran representadas todas las naciones europeas, en particular las más débiles, que por esta razón servirían con mayor lealtad y desinterés como mediadoras y sustentadoras de la paz.

30 Pero ambas soluciones, cuyo amplio desenvolvimiento requiere una obra dedicada especialmente a tan grave materia, carecen en la actualidad de valor prác-

tico, porque no todas las naciones han llegado a desprenderse de sus ambiciones particulares; cuando se trabaja por destruir el poderío de Inglaterra no es para sustituirlo por un poder armónico, es para heredarlo y poner en su lugar otro poderío tan exclusivista como él y acaso más peligroso. Las dos soluciones pacíficas indicadas son como la espada y el basto en el juego del tresillo, son triunfos mayores, que Europa se reserva para el día de los grandes apuros, y ese día no ha llegado aún. Lo prudente es hoy por hoy apoyar el poder menos perjudicial.

Malta es una dependencia geográfica de Italia y el serlo no impide que Italia se ponga del lado de Inglaterra; España no está tan obligada porque tiene otros mares libres, porque no está enclavada dentro del Mediterráneo; no tiene necesidad de alianzas ni debe pactarlas con una nación más fuerte, pues en los tratados con los fuertes las cláusulas desfavorables tienen valor efectivo y las ventajosas son cuando menos problemáticas, pero sí está interesada en que se conserve el poderío marítimo de Inglaterra.

Gibraltar es una ofensa permanente de la que nosotros somos en parte merecedores por nuestra falta de buen gobierno, pero no estorba al desarrollo normal de nuestra nación ni es causa bastante para que sacrifiquemos otros intereses más valiosos, por anticipar un tanto, en la hipótesis más ventajosa, un hecho que tiene marcada su realización lógica en el término de la restauración de nuestra nacionalidad. Absurdo parece en efecto que nuestros propios intereses estén ligados con los de la única nación con quien tenemos un motivo

real de resentimiento: pero en reconocer y aceptar estos absurdos está a veces la máxima sabiduría política.

5 **E**l problema de la unidad ibérica no es europeo ni español; como las palabras lo declaran, es peninsular o ibérico. Aunque algunas naciones de Europa  
10 tengan interés en mantener dividida la península, no se sigue de aquí que el asunto sea europeo; si todas las naciones toleraran que constituyésemos esa venturosa  
15 unidad, no por eso nosotros habríamos de cometer una agresión; no habría en España, aunque otra cosa se piense, nadie capaz de hacerlo. En cambio, si España y Portugal voluntariamente convinieran en la unión, nadie en Europa pondría reparos a un acuerdo que no afectaba al equilibrio político continental. La unión  
20 debe de ser obra exclusiva de los que pretenden unirse, es un asunto interior en el que es peligroso acudir a auxilios extraños. El ejemplo de Italia lo demuestra sobradamente.

Asimismo no he comprendido nunca la unión ibérica como cuestión puramente española. La epidemia  
25 de las unidades que aún se ceba sobre todos los países del globo, a todos con mayor o menor fuerza nos ataca. Hace tiempo que a mí también me entristecía ver el mapa de nuestra península teñido de dos colores  
30 distintos; diré más, mi tristeza aumentaba viendo que la sección de la península era de arriba a abajo, cortando montañas y ríos y formando dos naciones incompletas. ¿Cuánto más lógica no sería una división de derecha a izquierda, que dejase al norte el reino de España y al sur un reino de Andalucía, un estado vándalico, semi-africano y semi-europeo? Mas después he

visto tantas uniones artificiales que he cambiado de parecer; si habíamos de estar unidos como Inglaterra e Irlanda, como Suecia y Noruega, como Austria y Hungría, más vale que sigamos separados y que esta separación sirva al menos para crear sentimientos de fraternidad, incompatibles con un régimen unitario violento. La unión de nacionalidades distintas en una sola nación no puede tener más fin útil y humano que el de aproximar diversas civilizaciones para que del contacto surja un renuevo espiritual; y este fin acaso pueda conseguirse sin el apoyo de la dominación material, política.

**L**a unión de muchos es más fácil que la de dos; la empresa de confederar los estados alemanes en un solo Imperio es un juego de niños comparada con el problema de la unidad ibérica, en la cual, por ser dos los que habrían de unirse, no hay medio de cubrir las apariencias y ha de verse a las claras que el uno es más fuerte que el otro. Aunque la igualdad fuese absoluta, el más débil se creería humillado y si faltaban motivos buscaría pretextos para alimentar su suspicacia. De aquí la idea de algunos políticos de disolver la nación española, resucitar las antiguas regiones y fundar la unidad sobre algo parecido a una confederación. Estos políticos son como los muchachos que juegan a la baraja y que cuando pierden no quieren conformarse y mezclan las cartas diciendo: esta vez no vale; o bien como quien va a cazar con red y, aunque coja muchos pájaros en una redada, se empeña en que no ha de escaparse ninguno y suelta los ya cazados para que éstos atraigan al que se escapó, sin pensar que lo más

probable será que ni uno solo vuelva a acercarse a las redes ni a tiro de ballesta.

No hay medio de jugar con la historia; los hechos no se repiten a capricho, ni se puede volver atrás para rec-  
5 tificar lo que ya salió imperfecto en su origen. La verdadera ciencia política no está en esos artificios, está en trabajar con perseverancia para que la realidad misma, aceptada íntegramente, dé en el porvenir, avanzando, no retrocediendo, la solución que parezca más lógica. Este  
10 es el único medio que tiene el hombre de influir provechosamente en el desarrollo de los sucesos históricos; conociendo la realidad y sometién-  
15 dose a ella, no pretendiendo trastocarla ni burlarla. La unidad ibérica no justifica nuevas divisiones territoriales, ni un cambio en la forma de gobierno, porque la causa de la separación no está en estos accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en la antipatía histórica entre  
20 Castilla y Portugal, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de sus caracteres. La única política sensata, pues, será aplicarnos a destruir esa mala inteli-  
25 gencia, a fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica; y para conseguirlo, para impedir que Portugal busque apoyos extraños y permanezca apartado de nosotros, hay que enterrar para siempre el manoseado tema de la unidad política y aceptar noblemente, sin reservas ni maquiavelismos necios, la separación como un hecho irreformable.

**V**eamos ahora nuestra política de occidente; demos un vistazo a nuestra numerosa familia de  
30 América. Pasa por verdad demostrada, indiscutible,

que el moderno sistema de colonización representado principalmente por Inglaterra es superior al antiguo sistema colonial practicado por los españoles; y para hacer más patente la verdad, es costumbre, yo lo he leído y oído muchas veces, poner en parangón no ya colonias y colonias, sino antiguas colonias, emancipadas ya de la tutela de sus metrópolis. Porque en las colonias no es fácil fijar el grado de evolución en que cada una se halla: mientras que en naciones ya independientes los resultados de uno u otro sistema colonial parecen perfectamente definidos, formando el carácter de la nueva nacionalidad. Y los términos de la comparación no pueden estar más a la vista; de un lado las repúblicas iberoamericanas y del otro la de los Estados Unidos de la América del Norte.

Con el criterio con que hoy son juzgados los asuntos políticos no hay que decir si la comparación será para nosotros desventajosa. Los Estados Unidos son una nación formidable, muy poblada, muy rica y al parecer muy bien gobernada; pretende ejercer su protección paternal sobre toda América e intervenir en los asuntos de Europa. No han faltado estadistas europeos que celebren la perfección de sus instituciones políticas y algunos han querido hasta copiarlas. En cambio las repúblicas de origen hispánico son pobres y están mal gobernadas; viven en guerra civil, salen a pronunciamiento por año. Las virtudes de la raza española —se dice— han degenerado en América y se han convertido en pecados capitales: el valor guerrero ha venido a dar en militarismo de la peor especie, en ese militarismo en que hasta los soldados quieren ser generales,

y la altivez se ha cambiado en infatuación pedante o grosera. Y como prueba definitiva de nuestra inferioridad me decía un buen señor con quien yo hablaba no ha mucho sobre esta materia: si en cualquier punto de Europa nombra usted a América, se entenderá desde luego que América son los Estados Unidos; un americano es un súbdito de la Unión, como si la Unión fuera toda América. Para designar a los ciudadanos de las demás repúblicas o colonias no basta decir: un americano, hay que agregar el calificativo especial de la nación a que pertenece.

A lo cual oponía yo diversos razonamientos por el estilo del siguiente: en efecto, los súbditos de la Unión han acaparado el nombre de americanos; pero precisamente este detalle sirve para marcar una diferencia que con el tiempo dará sus frutos y en la que yo veo la promesa de una futura superioridad de las creaciones de nuestra raza. Esta diferencia consiste en que nosotros poseemos en grado eminente, como nadie, el poder de caracterización; un suelo que nosotros pisamos recibe pronto la marca de nuestro espíritu y con ella la fuerza fundamental en la constitución de un Estado, el carácter territorial. Al primer momento parece una muestra de superioridad el hecho de que un súbdito de los Estados Unidos sea reconocido como tal con solo que diga: soy americano o norteamericano; pero si nos fijamos un poco, notaremos que si emplea un nombre genérico que comprende también a los súbditos de otros estados, es porque no tiene nombre propio, como no se tome por tal el mote de “yankee”. Si después que ha dicho que es americano tiene precisión de particu-

larizar más, no hallará un nombre que le caracterice bien a nuestros ojos; porque decir: soy ciudadano de los Estados Unidos, es largo y vago, y agregar: soy del Illinois, del Ohio, del Tennessee, o de Kentucky, es no agregar nada; y si añade que es carolino lo tomarán por un insular de Oceanía. En cambio las repúblicas de origen español, aun las microscópicas, tienen un sello peculiar que distingue admirablemente las unas de las otras. Cuando un hombre dice que es mejicano, argentino, brasileño, chileno o peruano, uruguayo, paraguayo, venezolano o boliviano, ecuatoriano, colombiano o guatemalteco, cubano, puertorriqueño, hondureño, costarricense, salvadoreño, nicaragüés o dominicano, dice algo que le redondea, que le da un aire personal, en suma, que le marca con el espíritu de su territorio. 5

**E**n esta sencilla observación está la clave de la crítica concerniente a las naciones americanas; de ahí arrancan todas las diferencias de su evolución, de su organización, de su estado presente y de su porvenir. Una nación no es como un hombre, necesita varios siglos para desarrollarse. Las naciones hispano-americanas no han pasado de la infancia, en tanto que los Estados Unidos han comenzado por la edad viril. ¿Por qué? Porque las unas al recibir la influencia de sus territorios han retrocedido y han comenzado la evolución como pueblos jóvenes, paso a paso, tropezando en los escollos en que tropiezan las sociedades nuevas que carecen de un exacto conocimiento del camino que deben de seguir; y la otra ha continuado viviendo con vida artificial, importada de Europa, como pudiera vivir en cualquier otro territorio, por ejemplo, en 10

15

20

25

30

Australia. Las luchas pequeñas que en las unas perturban la vida política no son signos de degeneración, son signos de vitalidad excesiva y mal encauzada; expansiones de sociedades juveniles que luchan por lo que comienzan a luchar siempre los hombres, por su independencia y prestigio personal contra la acción autoritaria de los poderes organizados. En estas luchas se forman los poderes fuertes y de ellas nace el verdadero progreso social, la civilización íntegra, que no está sólo en el acrecentamiento de la riqueza pública y privada, sino también y muy principalmente en el ennoblecimiento del ideal por medio del arte. Así, el defensor de los Estados Unidos a que antes aludí y que es grandemente aficionado a la música estaba a punto de convenir después conmigo en que la “Habanera” por sí sola vale por toda la producción de los Estados Unidos, sin excluir la de máquinas para coser y aparatos telefónicos; y la “Habanera”<sup>a</sup> es una creación del espíritu territorial de la isla de Cuba que en nuestra raza engendra esos profundos sentimientos de melancolía infinita, de placer que se desata en raudales de amargura y que en la raza a que pertenecen los súbditos de la Unión no haría la menor mella.

**E**ste carácter que nosotros sabemos infundir en nuestras creaciones políticas y en el que damos el arma de la rebelión, la fuerza con que después somos combatidos, es una joya de inapreciable valor en la

<sup>a</sup> La habanera es una danza cubana, originaria de La Habana, cuyo ritmo es binario.

vida de las nacionalidades, pero es también un obstáculo grave para el ejercicio de nuestra influencia. El español que “toma tierra” en otro país es un terrible enemigo de España mientras se le mantiene en la obediencia; y una vez que logra su libertad es un amigo receloso; continúa siendo español por esencia, pero como sus afectos se fijan en otro territorio, sus buenas cualidades obran en sentido opuesto a nuestros intereses, tolera la influencia intelectual porque los lazos de subordinación que ésta crea son demasiado sutiles, pero rechaza toda influencia que se muestre en hechos materiales. De aquí mi opinión contraria a todas las uniones ibero-americanas, habidas y por haber; en nuestra raza no hay peor medio para lograr la unión que proponérselo y anunciarlo con ruido y con aparato. Ese sistema no conduce más que a la creación de organismos inútiles cuando no contraproducentes.

Siempre que se habla de unión ibero-americana he observado que lo primero que se pide es la celebración de tratados de propiedad intelectual; esto es lo más opuesto que cabe concebir a la unión que se persigue. No creo que nadie haya pensado seriamente en organizar una “Confederación política de todos los estados hispano-americanos”; este ideal es de tan larga y difícil realización que en la actualidad toca en las esferas de lo imaginario; no queda, pues, otra confederación posible que la “Confederación intelectual o espiritual”, y ésta exige: 1º, que nosotros tengamos ideas propias para imprimir unidad a la obra; y 2º, que las demos gratuitamente, para facilitar su propagación. Si con las uniones se pretende buscar un mercado para la

producción artística no hay que ampararse debajo de fraseologías patrióticas; díganse las cosas claras, por sus nombres y no se dé un carácter tan marcadamente patriótico a una sencilla operación de comercio.

5 **Y**o no he aceptado nunca como cosa legítima la propiedad intelectual: hasta tengo mis dudas acerca de la propiedad de las ideas. El fruto nace de la flor, pero no es de la flor, es del árbol; el hombre es como una eflorescencia de la especie y sus ideas no son suyas, sino de la especie, que las nutre y las conserva. Los hombres son muy propensos a darse demasiada importancia, a creerse cada uno un centro de vida y de creación ideal; más justo creo yo que sería retroceder un poco y buscar el centro de gravedad dentro de la base, hacia el comedio de la evolución ideológica en que nacemos y de la que somos siervos humildísimos. Pero aun aceptada la propiedad teórica de las ideas, hay mucho camino que recorrer antes de llegar a la propiedad práctica de la obra intelectual, hay que ver si se opone a la naturaleza íntima de las ideas y al papel que éstas han de desempeñar en el mundo. Más necesaria es la propiedad de las cosas materiales y sin embargo existe la expropiación forzosa y no ha habido reparo en desamortizar cuando así pareció útil y oportuno y no falta quien aspire hoy a una desamortización general. El socialismo no es un fantasma, es una fuerza positiva o negativa, pero de todos modos una fuerza que ha de influir en la evolución de nuestras instituciones legales y políticas. La propiedad individual está, pues, subordinada a intereses superiores y siempre que estos lo exijan no debe de

10  
15  
20  
25  
30

haber inconveniente alguno en sacrificarla; preciosa es también la vida y se la sacrifica por el ideal cuando el ideal así lo exige.

La propiedad intelectual está fundada sobre un error profundo. Cuando el trabajo del hombre se inspira en la idea de lucro, bien es que se lo estimule mediante el interés personal, pero es incongruente aplicar el mismo principio a las obras de la ciencia o del arte, las cuales no deben de tener otro motivo de inspiración que el amor a la verdad o a la belleza. Conceder patentes de invención a un sabio o a un artista es convertirles en industriales de la ciencia o del arte, excitarles a que conviertan sus obras en artículos de comercio. Así ocurre que hoy no se trabaja ya para remontarse a grandes alturas, para crear obras maestras; los modernos obreros intelectuales se conforman con inventar un modelo que sea del agrado del público y multiplicarlo después en “series” de obras análogas y productivas; ni más ni menos que los industriales, que una vez acreditado un artículo se consagran a explotar el filón y producen a destajo para satisfacer las “exigencias de la demanda”. Antes teníamos el dolor de ver a los genios morir de hambre y ahora tenemos la alegría de ver gordos y colorados a muchos que no tienen nada de genios.

Aparte de esta razón general, existe otra que nos llega más de cerca a los españoles: la escasa fuerza expansiva de nuestra producción intelectual. Este carácter no arguye contra el valor intrínseco de nuestras obras, antes lo acrecienta y realza, pero dificulta la acción útil de nuestras ideas, su influjo en nuestra

misma nación y sobre los países que hablan nuestro idioma, en los que tenemos el deber de luchar para que nuestra tradición no se extinga, para conservar la unidad y la pureza del lenguaje. Casi todos los pueblos americanos, al separarse de España, por espíritu de rebeldía han pasado lo que pudiéramos llamar la escarlata de las ideas francesas, o, hablando con más propiedad, de las ideas internacionales. Si España quiere recuperar su puesto ha de esforzarse para restablecer su propio prestigio intelectual y luego para llevarlo a América e implantarlo sin aspiraciones utilitarias. Cuando tuvimos necesidad de construir ferrocarriles y fue conveniente conceder franquicias aduaneras al material de construcción, no atendimos al perjuicio que sufriría la industria metalúrgica nacional; parece-me que la conservación de nuestra supremacía ideal sobre los pueblos que por nosotros nacieron a la vida es algo más noble y trascendental que la construcción de una red de ferrocarriles.

Esta objeción que yo dirijo particularmente contra los tratados de propiedad intelectual tiene una aplicación más amplia y pudiera ser generalizada en estos o parecidos términos: “las relaciones entre España y las naciones hispano-americanas no deben de regirse por los principios del derecho internacional; al contrario, se deberá de rehuir sistemáticamente todo acto político que tienda a equiparar dichas relaciones a las que España sostiene con países de diverso origen”. El derecho internacional, como todas las ramas del derecho, es un formulario estrechísimo en el que no cabe la realidad entera: hay derecho público y derecho

privado, pero no hay derecho público interfamiliar aplicable a las relaciones de Estados pertenecientes a un mismo tronco; una determinación material de las nacionalidades no basta, es necesario tener en cuenta el carácter de cada nacionalidad y establecer diferentes principios reguladores según el grado de intimidad con que unos y otros países entre sí se enlazan. En vez de hablar de fraternidad y tratarnos como extranjeros, debemos de callar y tratarnos como hermanos.

La idea de fraternidad universal es utópica, la idea de fraternidad entre hermanos efectivos es realísima; y entre una y otra existen gradaciones que participan de lo utópico y de lo real: las relaciones fraternales que engendra la vecindad, la conciudadanía, la raza, el idioma, la religión, la historia, la comunidad de intereses o de cultura. Yo he tenido ocasión de tratar a extranjeros de diversas naciones y a hispano-americanos, y no he podido jamás considerar a los hispano-americanos como a extranjeros. No es que yo tenga una idea preconcebida ni que desee hacer alarde de sentimientos fraternales por el estilo de los que usa un orador o un propagandista para emocionar a su auditorio; es que noto que con un hispano-americano estoy en comunicación intelectual apenas hemos cruzado cuatro palabras; en tanto que con un extranjero necesito muy largas relaciones, muchos tanteos para conseguir entenderme con entera naturalidad; en un caso voy sobre seguro, porque sé que existe una comunidad ideal que suple la falta de confianza, en otro he de comenzar por apoyarme sobre las reglas banales de la urbanidad hasta que con el tiempo voy allanando las

dificultades que presenta el entenderse con una persona extraña, cuando no se posee, como yo no poseo, la flexibilidad necesaria para sacrificar las ideas y sentimientos propios en aras de las conveniencias sociales.

5 **V**oy a referir un suceso vulgarísimo en que interviene “por razón de mi cargo” cuando residía en Amberes; y por la muestra se verá cómo los cargos oficiales no están reñidos con las escenas de la vida sentimental y cómo estas ideas que yo expongo y que  
10 acaso suenen a palabrería fuera tienen un sentido muy justo y muy práctico, si se las acepta como línea de conducta y llegan a constituir, sin necesidad de que se las escriba en ningún código ni en ningún tratado, un criterio uniforme y constante en la vida de la gran  
15 familia hispánica<sup>a</sup>. Me avisaron que en el hospital Stuyvenberg se hallaba en gravísimo estado un español que deseaba hablar con la autoridad de su país; fui allá y uno de los empleados del establecimiento me

<sup>a</sup> Del mismo caso Ganivet había hablado ya en una carta dirigida a Navarro Ledesma fechada el 10 de mayo de 1893 (*OO.CC.*, II, pp. 831-833). A la anécdota de Tinoco responde Unamuno en *El porvenir*, dando especial relieve al factor económico en la cuestión colonial: “Al campesino que sin más capital que sus brazos emigra de España en busca de pan, lo mismo le da que sea española o no la tierra a que arriba [...]. Pero a la industria nacional que quiere vivir sin gran esfuerzo del monopolio no le da lo mismo. Traía trigo de los Estados Unidos, de esos mismos Estados Unidos con que estamos en guerra, lo molía aquí, en la Península, y llevaba la harina a Cuba, haciendo pagar cara a los cubanos la maquila de la molienda [...] Y todo esto no lo han traído ideas especiales de los españoles acerca de la colonización, sino nuestra constitución económica, basada en última instancia en la constitución de nuestro suelo, *ultima ratio* de nuestro modo de ser. Es la misma idea de usted respecto a lo territorial”. (*IEP*, p. 336).

condujo a donde se hallaba el moribundo, diciéndome de paso que éste acababa de llegar del estado del Congo, y que no había esperanzas de salvarle, pues se hallaba en el periodo final de un violento ataque de fiebre amarilla o africana. Ahora mismo estoy viendo a aquel hombre infelicísimo que, más que un ser humano, parecía un esqueleto pintado de ocre, incorporado trabajosamente en su pobre lecho y librando su último combate contra la muerte. Y recuerdo que sus primeras palabras fueron para disculparse por la molestia que me proporcionaba, sin título suficiente para ello. –Yo no soy español, me dijo, pero aquí no me entienden y al oírme hablar español han creído que era a usted a quien yo deseaba hablar. –Pues si usted no es español, le contesté, lo parece y no tiene por qué apurarse. –Yo soy de Centro-América, señor, de Managua, y mi familia era portuguesa; me llamo Agatón Tinoco. –Entonces, interrumpí yo, es usted español por tres veces. Voy a sentarme con usted un rato, y vamos a fumarnos un cigarro como buenos amigos. Y mientras tanto usted me dirá qué es lo que desea. –Yo nada, señor; no me falta nada para lo poco que me queda que vivir; sólo quería hablar con quien me entendiera, porque hace ya tiempo que no tengo ni con quien hablar. Yo soy muy desgraciado, señor; como no hay otro hombre en el mundo. Si yo le contara a usted mi vida vería usted que no le engaño. –Me basta verle a usted, amigo Tinoco, para quedar convencido de que no dice más que la verdad; pero cuénteme usted con entera confianza todos sus infortunios, como si me conociera de toda su vida. Y aquí el pobre Agatón

Tinoco me refirió largamente sus aventuras y sus des-  
venturas; su infortunio conyugal, que le obligó a huir  
de su casa porque “aunque pobre era hombre de  
honor”, sus trabajos en el canal de Panamá hasta que  
5 sobrevino la paranza de las obras y por último su veni-  
da en calidad de colono al Estado libre congolés,  
donde había rematado su azarosa existencia con el  
desenlace vulgar y trágico que se aproximaba y que  
llegó aquella misma noche. —Amigo Tinoco, le dije yo  
10 después de escuchar su relación, es usted el hombre  
más grande que he conocido hasta el día; posee usted  
un mérito que sólo está al alcance de los hombres ver-  
daderamente grandes, el de haber trabajado en silen-  
cio, el de poder abandonar la vida con la satisfacción  
15 de no haber recibido el premio que merecían sus tra-  
bajos. Si usted se examina ahora por dentro y compa-  
ra toda la obra de su vida con la recompensa que le ha  
granjeado, fíjese usted en que su única recompensa ha  
sido una escasa nutrición y a lo último el lecho de un  
20 hospital, donde ni siquiera hablar puede; mientras que  
su obra ha sido nobilísima, puesto que no sólo ha tra-  
bajado para vivir sino que ha acudido como soldado de  
fila a prestar su concurso a empresas gigantescas, en  
las que otro había de recoger el provecho y la gloria.  
25 Y eso que usted ha hecho revela que el temple de su  
alma es fortísimo, que lleva usted en sus venas sangre  
de una raza de luchadores y de triunfadores, postrada  
hoy y humillada por propias culpas, entre las cuales no  
es la menor la falta de espíritu fraternal, la desunión,  
30 que nos lleva a ser juguete de poderes extraños y a que  
muchos como usted anden rodando por el mundo, tra-

bajando como oscuros peones cuando pudieran ser amos con holgura. Piense usted en todo esto y sentirá una llamarada de orgullo, de íntimo y santo orgullo, que le alumbrará con luz muy hermosa los últimos momentos de su vida, porque le hará ver cuán indigno es el mundo de que hombres como usted, tan honrados, tan buenos, tan infelices, ayuden a fertilizarlo con el sudor de sus frentes y a sostenerlo con el esfuerzo de sus brazos. 5

Cuando abandoné el hospital pensaba: si alguna persona de “buen sentido” hubiera presenciado esta escena, de seguro que me tomaría por hombre desequilibrado e iluso y me censuraría por haber expuesto semejantes razones ante un pobre agonizante, que acaso no se hallaba en disposición de comprenderlas. Yo creo que Agatón Tinoco me comprendió y que recibió un placer que quizás no había gustado en su vida, el de ser tratado como hombre y juzgado con entera y absoluta rectitud. Las inteligencias más humildes comprenden las ideas más elevadas; y los que economizan la verdad y la publican sólo cuando están seguros de ser comprendidos viven en grandísimo error, porque la verdad, aunque no sea comprendida, ejerce misteriosas influencias y conduce por caminos ocultos a las sublimidades más puras, a las que brotan incomprensibles y espontáneas de las almas vulgares. Días atrás expliqué yo a mi criada, una buena mujer, más ignorante que buena, el origen del mundo y la mecánica celeste. No seguí el sistema de Copérnico, ni el de Tycho-Brahe ni el de Ptolomeo, sino otro sistema que yo he inventado para entretenerme y que para mi cria- 10 15 20 25 30

da, que no sabe de estas cosas, es tan científico como si hubiera sido sancionado por todos los grandes astrónomos del orbe. Al día siguiente vi entrar a mi criada con un ramo de rosas, buscadas no sé dónde, pues en estas latitudes no abundan, y entregarme, sin decir palabra, el inesperado e inexplicable obsequio; y cuando tuve en la mano el ramillete, me vino al pensamiento la explicación deseada y dije: las ideas de ayer han echado estas flores.

10 **V**olvamos la vista hacia el Oriente a ver si por este lado asoma, como el sol, la luz que hace tanto tiempo nos falta. España sin Portugal es una nación principalmente mediterránea; ¿qué mucho, pues, que en el Mediterráneo hallásemos el centro natural de nuestra acción política? Yo creo en efecto que si fuese indispensable desarrollar nuestra vida política exterior, la única política justificada por nuestra posición territorial y por nuestra historia sería una política mediterránea. Entre todas las supremacías que España pudiera ejercer en el mundo, ninguna debería de halagarnos tanto como nuestra supremacía en el mar civilizador de la humanidad; y ningún lema podríamos inscribir con más satisfacción en nuestro escudo que el lema: “mare nostrum, nostrum”.

25 Pero una política mediterránea necesitaría estar apoyada sobre un fuerte poder naval y hay que ver si nosotros podemos hoy tenerlo. No voy a entonar una elegía ni a sacar a plaza nuestra pobreza; acepto gustoso la hipótesis de que hemos hallado una mina de oro puro en los alrededores de Madrid y que no hay

más que acuñar ese oro providencial, convertirlo en moneda contante y sonante y adquirir con él la más grande y desafortunada colección de acorazados que jamás en todo lo descubierto de los mares se haya podido y pueda hallar. Para los que atienden sólo a la superficie de las cosas, para los que creen que el poder naval está en tener muchos barcos, el problema quedaría resuelto; no habría más que adornar todos esos barcos con la bandera nacional y lanzarlos en busca de aventuras heroicas, que continuasen nuestra gloriosa tradición marítima. Para mí, tan formidables escuadras serían un peligro y acaso un estorbo. Un poder que no brota espontáneo de la fuerza natural y efectiva de una nación es un palo en manos de un ciego. Los barcos no van tripulados sólo por hombres, van tripulados por las ideas nacionales; y una nación, que carece de la fuerza expansiva de un ideal bien cimentado, no hará nada de provecho con un poder marítimo ignorante de los derroteros que ha de seguir con fe y constancia. Toda nuestra historia demuestra que nuestros triunfos fueron debidos más a nuestra energía espiritual que a nuestra fuerza (puesto que nuestras fuerzas siempre fueron inferiores a nuestras obras); no pretendamos hoy trocar los papeles y confiar a un poder puramente material nuestro porvenir. Antes de salir de España hemos de forjar dentro del territorio ideas que guíen nuestra acción, porque caminar a ciegas no puede conducir más que a triunfos azarosos y efímeros y a ciertos y definitivos desastres.

Nuestra situación no nos permite imponer nuestro criterio político y nuestra historia se opone a que

desempeñemos el papel de comparsas; así pues, nuestra línea de conducta en el Mediterráneo como en Europa es el retrainamiento voluntario. Pero en este punto, bueno es decirlo, las cosas no aparecen tan claras como cuando se trataba del continente; existen numerosas cuestiones políticas en las que España está profundamente interesada y en las que el retrainamiento no es cosa llana y natural, sino resultado de la reflexión. No hay palmo de terreno en el extenso litoral del Mediterráneo donde no haya en pie un conflicto político; y si se los va examinando uno a uno se notará que todos giran alrededor de dos conflictos capitales, permanentes: la cuestión romana y la cuestión turca. En la primera está España interesada como nación católica y en la segunda como nación cristiana, y en ambas como potencia mediterránea.

**E**l primer punto que conviene dejar esclarecido es el que concierne a la intervención posible de España en virtud de sus ideas religiosas; porque las ideas políticas andan tan fuera de sus naturales senderos que hay quien mezcla y revuelve la política con la religión, y quien confunde los intereses de la nación con las aspiraciones de los individuos. Al juzgar sumariamente la política de Felipe II pretendía yo hacer ver cómo en esta política había un error capital: el de haber dirigido la acción de nuestro país por caminos ajenos a nuestros intereses, pero cómo había asimismo un pensamiento admirable: el de inspirar esa acción en los sentimientos genuinamente españoles. Este es un punto de vista general en todos los asuntos políticos: cuanto se haga hay que hacerlo honrada y sinceramente, a la española, pero no se debe de hacer más que lo

que convenga a nuestros intereses. Ni la religión, ni el arte, ni ninguna idea, así sea la más elevada, puede suplir en la acción la ausencia del interés nacional; puesto que este interés abraza todas esas ideas y además la vida total del territorio, su conservación, su independencia, su engrandecimiento. La política de Felipe II nos trajo nuestra ruina, no por su empeño en sostener las ideas católicas, sino por sostener a causa de estas ideas un absurdo político, una obra contraria a los intereses españoles. Y la compensación del sacrificio fue la decadencia, fue la división de la península, fue la humillación de Gibraltar, y por último la amenaza de vernos privados hasta de nuestra independencia. Todos estos desastres vinieron eslabonados y tuvieron su origen en la obcecación con que pretendimos apoyarnos sobre ideas que carecían de asiento natural en intereses reales.

Hoy tenemos un ejemplo palpable de lo que digo en la colonización africana. ¿Puede darse nada más bello que civilizar salvajes, que conquistar nuevos pueblos a nuestra religión, a nuestras leyes y a nuestro idioma? Y sin embargo, ¿puede darse absurdo mayor que una empresa colonial de España en África? Si estamos aún en la convalecencia de la colonización americana, si tenemos dos grandes colonias que en vez de darnos las fuerzas que nos faltan son dos sangrías sueltas, dos causas de disolución de lo poco que habíamos conseguido fundar, ¿cómo vamos a acometer nuevas empresas colonizadoras? Si así lo hiciéramos, más tarde recibiríamos el pago: un desastre económico, una guerra civil, otro ensayo republicano, un nuevo

ataque a nuestra independencia: cualquiera de esas cosas u otras peores, a elegir. España, pues, debe de mirar los asuntos del Mediterráneo con un criterio nacional exclusivista; y si por acaso hubiera de intervenir, debe de intervenir sin abandonar sus ideas, con su carácter de nación católica. Y los que crean que ambos conceptos son contradictorios, que reflexionen un poco y se convencerán de que la contradicción está en pretender que una nación se arruine por defender ideas generosas y arriesgue con su propia vida el porvenir de esas mismas ideas.

Consideradas todas las cuestiones políticas pendientes en el Mediterráneo desde el punto de vista de nuestros intereses territoriales y marítimos, sin gran esfuerzo se llega a comprender que las soluciones más favorables serán las más dilatorias. Quien no tiene fuerzas bastantes para decidir, está obligado a trabajar porque no se decida nada; y si la solución está pendiente porque los intereses antagónicos se hallan en equilibrio, lo más sabio y al mismo tiempo lo más cómodo es la abstención. Cuando un país se halla real y positivamente interesado en un asunto, como España en Marruecos, la abstención es funesta, porque pone de manifiesto que ese país, o desconoce sus intereses vitales, o bien se halla tan abatido que tiene que confiarlos a manos extrañas; pero si la intervención no está plenamente justificada, la abstención es discretísima y revela gran tacto político, puesto que el lado por donde más pecan así las naciones como los individuos es la oficiosidad, la manía de meterse en lo que no les importa. Un hombre que habla poco y a tiempo se hace digno de estima, adque-

re autoridad y sin pretenderlo es consultado sobre cuestiones arduas; un hombre inquieto y entremetido llega a servir de molestia y de estorbo.

**L**a cuestión romana tiene su solución dentro de sí misma, una solución lógica, independiente de la voluntad de los hombres y por lo tanto irremediable: el aniquilamiento del poder político establecido en Roma. Quizás para el porvenir del catolicismo y de las naciones católicas convendría privar para siempre al Pontificado de un poder temporal, que, cuando existió, fue una causa constante de rivalidad entre los Estados católicos deseosos de dominar en Italia desunida, y hoy que no existe continúa siendo un motivo de discordia y de perturbación. Pero aunque el Sumo Pontífice aceptara el hecho consumado y se conformara con asegurar su independencia mediante garantías internacionales, no resolvería tampoco el conflicto, porque éste no está en las personas, sino en las ideas, y más que en las ideas en la realidad. Una ciudad teocrática como Roma, Jerusalén o la Meca, para no hablar sólo del catolicismo, no puede ser asiento de un poder político estable, porque la gobernación de un Estado es operación inferior al gobierno de la vida espiritual y por este hecho la autoridad civil se halla ideal y realmente supeditada a la autoridad religiosa. No hay más que dos soluciones: o fundir las dos autoridades en una sola o condenar la autoridad política al vasallaje. El poder político tiene la fuerza, pero la fuerza es flor de un día. En definitiva, lo que triunfa es la idea; ¿y qué comparación puede haber entre un régimen político pasajero y un régimen espiritual inmutable?

La casa de Saboya es de las más estimables, por su prestigio y por la sinceridad con que ha aceptado y practicado el sistema moderno constitucional y democrático; después de la casa de Sajonia Coburgo Gotha, que en este punto se lleva la palma, no creo que haya en Europa otra que desempeñe con más perfección que la de Saboya el papel tan difícil como desagradable de reinar y no gobernar, pero la dinastía de Saboya está sujeta a muchas alternativas, a los naturales ascensos y descensos de las cosas temporales, a la decadencia y hasta la extinción; en tanto que la Santa Sede representa una dinastía espiritual, impersonal e indestructible, que rige sus asuntos por periodos seculares y que ha visto nacer y morir, no ya poderes dinásticos, sino sociedades enteras. Entre dos poderes de tan diferente fuerza espiritual, la lucha es imposible; el poder espiritual aunque no lo desee tiene que destruir el poder político, y la culpa no será del primero, sino del segundo, que ha osado empeñar una partida desmesuradamente superior a sus fuerzas.

La idea de la unidad política no tiene un valor absoluto, y está subordinada a otras que tienen ya su arraigo en la vida. En España no hay ningún Papa y no hemos constituido la unidad ibérica; en Italia pudieron también aceptar una solución más respetuosa con la realidad; en vez de una nación simétrica, con Roma por capital, y la amenaza constante de un conflicto insoluble, pudieron fundar algo menos regular y perfecto, pero más firme y durable. La consolidación de la unidad italiana, tal como hoy existe, requiere el aniquilamiento del Pontificado, pero como la empresa no está al alcance de ninguna dinastía, habrán de continuar existiendo en una misma

ciudad dos poderes antagónicos, de los cuales triunfará uno, el más fuerte, esto es, el espiritual, sin necesidad de auxilio ajeno, contra la oposición de los adversarios, por el hecho sólo de la coexistencia.

**L**a cuestión de Oriente es también mixta, política y religiosa, pero de un orden completamente distinto. El problema consiste en destruir una dominación discordante del resto de Europa, en expulsar un pueblo refractario al cruce de sangre y de ideas; y las fuerzas puestas en juego son intereses políticos y simpatías acaso más aparatosas que sinceras en pro de los cristianos sometidos al poder turco; bien que no falten espíritus inspirados por legítima emoción, que como el profesor belga Kurth pidan poco menos que la resurrección de las Cruzadas<sup>a</sup>. El poder mahometano es siempre terrible, por muy hundido que se halle; es como el mar; se retira y vuelve, pero esto no es razón para que se le destruya. En el mundo no se debe de destruir nada, porque todo existe por algo y para algo. Hay que tener amplitud de ideas y comprender que la vida es susceptible de muchas formas, en las que hay siempre algo bueno. El cristianismo por su esencia está incapacitado para acudir a los procedimientos brutales; tiene que defenderse, pero sólo hasta asegurar su independencia y su libertad de pacífica propagación.

Por esto no hay que confundir la protección de los cristianos sometidos a la dominación turca con la

<sup>a</sup> Godefroid Kurth (1847-1916), catedrático de la Universidad de Liège. Su reputación científica se consagró tras la aparición de su primera gran obra: *Les Origines de la civilisation moderne* (1886), en la que desarrolla la tesis de que civilización y cristianismo son inseparables.

acción puramente política de Europa en Turquía. Los que claman contra la dominación turca y dicen de ella que es baldón y oprobio de Europa, parten de un concepto geográfico mezquino, porque si esa dominación ha  
5 de existir, ¿qué problema se ha resuelto con empujarla hacia el Asia menor, donde continuaría cometiendo los mismos atropellos que hoy comete? O hay que expulsar a los turcos de todos los territorios habitados por cristianos o hay que tolerar su dominación e impedir que den  
10 rienda suelta a su fanatismo. Una expulsión total es obra imposible, y para conseguir lo segundo no hay remedio más eficaz que conservar la Turquía en Europa, donde las naciones europeas puedan ejercer su acción combinada sobre seguro. Es más, Turquía en Europa es una  
15 fuerza casi nula que camina por sus pasos contados a colocarse bajo la tutela del continente, mientras que Turquía en Asia no tardaría en levantar la cabeza y en ser una fuerza temible; en Europa está lejos de su centro territorial, del núcleo de su poder y apenas si logra sostenerse entre tantos peligros como la cercan; en Asia,  
20 desligada de compromisos, dirigida acaso por gente nueva, sería un criadero de combatientes fanáticos que recomenzarían la lucha. Recuérdese cómo el islamismo, quebrantado por las Cruzadas, repitió su acometida aún más furiosa que la primera contra Europa, por Oriente, al presentarse en escena el pueblo turco. El islamismo es  
25 peligroso si se le deja dominar grandes territorios unidos entre sí y constituidos en federación religiosa, porque el islamismo no se propaga individualmente sino en forma de irrupciones violentas, rápidas, en diversas direcciones, dentro de su demarcación natural geográfica y a  
30

veces traspasándola y acometiendo a pueblos extraños. Así una renovación de las fuerzas del Islam sería posible si cualquiera de las sectas que continuamente nacen de él tuviera libertad para extenderse en todos los sentidos y llegara a reconstituir la unidad necesaria para el combate. Una política europea previsora debe de encaminarse a fraccionar el Islam, a interceptar esas corrientes, fijando en diferentes puntos intermedios centros de poder, que sirvan de aisladores entre estados mahometanos independientes, pero nunca a destruir por completo la independencia política del islamismo, que por el hecho de existir tiene perfecto derecho a mantener poderes políticos autónomos. Cualquiera idea religiosa que encarne en una raza y constituya un centro de poder y cree intereses históricos exige ser respetada en su independencia política hasta tanto que con el tiempo se destruye y desaparece; si queremos quebrantar un poder luchemos por destruir la idea que lo sostiene, pero mientras la idea subsiste es grandemente abusivo encadenarla bajo la opresión de la fuerza y además de abusivo arriesgado; si fuera posible reducir al vasallaje todos los territorios dominados hoy por el Islam, veríamos cómo se constituía en el acto una “confederación de vencidos” y cómo por debajo de la acción dominadora de Europa comenzaba a circular en secreto la palabra maravillosa, la consigna para el día de la rebelión. Todas las rivalidades que hoy existen entre los poderes mahometanos, carcomidos por la inacción, desaparecerían, quedando en lugar de ellas una rivalidad formidable: la del cristianismo vencedor y el mahometismo vencido, humillado, pero de ninguna manera anulado ni destruido.

Ni por el Norte, ni por el Occidente, ni por el Oriente, hallará España una promesa de engrandecimiento mediante la acción política exterior: no encontraremos ni una finalidad bien marcada para nuestra política, ni la exuberancia de fuerzas que impulsa hacia la acción irreflexiva, hacia las empresas del instinto, que brotan espontáneas del espíritu del territorio. Necesitamos reconstituir nuestras fuerzas materiales para resolver nuestros asuntos interiores, y nuestra fuerza ideal para influir en la esfera de nuestros legítimos intereses externos, para fortificar nuestro prestigio en los pueblos de origen hispánico. En cuanto a la restauración ideal, nadie pondrá en duda que debe de ser obra nuestra exclusiva; podremos recibir influencias extrañas, orientarnos estudiando lo que hacen y dicen otras naciones, pero mientras no españolicemos nuestra obra, mientras lo extraño no esté sometido a lo español y vivamos en la incertidumbre en que hoy vivimos, no levantaremos cabeza. Nuestra debilidad intelectual se patentiza en la incoherencia de nuestra cultura, formada de retazos de diferentes colores, como la vestimenta de los mendigos. Pero tocante a nuestra restauración material, los pareceres no son ya tan unánimes. Hay quien espera “aún” la herencia milagrosa, como si tuviéramos muchos tíos en las Indias. Después de varios siglos de andar arrastrándonos por los suelos, no queremos todavía caer en la cuenta de que hay que confiarlo todo a nuestro esfuerzo, y que para trabajar, que es lo que interesa, tenemos hoy por hoy dentro de España más tierra, más luz y más aire que necesitamos.

Hay quien confía en las colonias; como si no supiéramos que con nuestro sistema de colonización las colonias nos cuestan más que nos dan; y esto no admite reforma ni necesita reforma tampoco. La verdadera colonia debe costar algo a la metrópoli, puesto que colonizar no es ir al negocio, sino civilizar pueblos y dar expansión a las ideas. Dejemos a otros pueblos practicar la colonización utilitaria y continuemos nosotros con nuestro sistema tradicional que, malo o bueno, es al fin nuestro. Estamos ya demasiado avanzados para cambiar de rumbo, y aunque quisiéramos no podríamos tomar otro nuevo, y aunque pudiéramos no adelantariamos nada con superponer a un edificio construido con arreglo a nuestras ideas un cuerpo más de estilo diferente, copiado quizás sin discernimiento. No hemos podido formar un concepto propio sobre la colonización a la moderna; atengámonos al antiguo, prosigámoslo con tenacidad, aunque choque con las ideas corrientes, porque si nosotros no tenemos fe en las obras que creamos, ¿quién la tendrá por nosotros y cuál será nuestra misión en la historia futura?

No ha mucho leí yo una obra de un político o viajante inglés<sup>a</sup> sobre “Los pueblos y la política en Extremo Oriente”, en la cual es censurada con tan

<sup>a</sup> Se trata de Henry Norman (1858-1939), según el cual España estaba “sin influencia en el Extremo Oriente fuera de sus propios territorios, y jugará un papel mínimo o nulo en formar sus destinos” (Orringer, *IEP*, p. 233, n. 135), entre otros juicios negativos sobre la colonización. Esta misma crítica a la Europa civilizadora tuvo una anterior y más original formulación en la primera novela de Ganivet, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, compuesta en Amberes y publicada en Madrid en 1897.

extremada dureza nuestra acción colonial en Filipinas que no puedo estampar aquí, por impedírmelo cierta invencible repugnancia, ninguno de los conceptos de aquel esbozo crítico. En él, sin quererlo, el autor traza  
5 la línea divisoria de los dos métodos de colonización empleados por los antiguos conquistadores y los modernos comerciantes. No he de discutir aquí el valor relativo de uno y otro sistema; sólo diré que me gusta más el antiguo porque era más noble y desinteresado. Pero esto no quita para que se reconozca que  
10 la colonización a la moderna es útil a las naciones que la practican, en tanto que la antigua colonización representa para la metrópoli una pérdida de fuerzas que a primera vista no ofrecen un resultado beneficioso pero que a larga fructifican donde deben fructificar,  
15 esto es, en las colonias.

Así pues, nosotros no podemos contar con la ayuda de nuestras colonias y justo es que se sepa que de ellas sólo hemos de recibir el mismo pago que recibimos de  
20 las que se emanciparon; sólo podemos aspirar a que el mantenimiento de nuestra dominación no nos cueste demasiados sacrificios, y para ello hemos de abrir un poco la mano, renunciar a la dominación “materialista”, a la que hoy nos condena nuestra postración intelectual, y conceder más importancia que a la administración  
25 directa de las colonias por la metrópoli, a la conservación de nuestro prestigio, un tanto quebrantado por las pretensiones egoístas de los detentadores y usufructuarios del poder político.

30 Hay quien cree que el término fatal de la colonización es la emancipación de las colonias. A mi juicio

este concepto es teórico. También los hijos pueden emanciparse, y los códigos establecen cuándo y cómo se pierde la patria potestad; y sin embargo, muchos hijos no se emancipan nunca, ni piensan siquiera en la emancipación. Pasan de un estado civil a otro diferente sin notar la diferencia, y a nadie se le ocurre esperar que llegue el día marcado por la ley para decirle a su padre: desde hoy ha cesado usted en el ejercicio de las funciones que hasta aquí ha venido desempeñando. Sólo en casos extremos se rigen los hombres por el texto de las leyes, y sólo en casos extremos luchan las colonias por conquistar su independencia. Si merced a una política hábil y más que hábil desinteresada se mantiene la debida unidad de ideas y sentimientos entre una metrópoli y sus colonias, se puede aplicar sin peligro el régimen autonómico, que conducirá, no a la emancipación, sino a la confederación de las colonias autónomas con su metrópoli; y de esta suerte, la autonomía no será un primer paso hacia la emancipación, será el comienzo de una unión más íntima, lograda mediante el sacrificio de eso que yo he llamado dominación materialista. Pero estas delicadezas políticas no son siempre prácticas, porque requieren el concurso de hombres especialmente educados para tan difíciles empeños, y no todas las naciones poseen hombres de esta clase. Si se implanta un régimen autonómico y se continúa haciendo uso de los viejos procedimientos gubernativos, el fracaso es seguro, y antes que llegar a él es preferible o la dominación franca y firmemente sostenida o la emancipación franca y lealmente otorgada.

**E**sta manera de juzgar nuestros asuntos parecerá de seguro pesimista, porque como ya he dicho estamos habituados a la idea de que el engrandecimiento de una nación ha de conseguirse agrandando el territorio o trayendo a él riquezas ganadas en territorios extraños o en las colonias. Nuestro concepto de la grandeza continúa siendo material y cuantitativo, y quien quiera que trabaje por desarraigar y destruir las aspiraciones fantásticas de nuestra nación es mirado como hombre de poca fe. Supongamos que en un cauce que lleva poca agua hay dos saltos o caídas de igual altura y que dos ingenieros tratan de aprovecharlos para esta o aquella especie de fabricación: el uno monta una industria pequeña, proporcionada al motor, y desde el primer momento obtiene un resultado útil; el otro construye una fábrica de proporciones imponentes, que no puede funcionar por falta de agua. Para los que ven las cosas por fuera, que desgraciadamente son los más, el ingeniero que construyó en grande es un hombre de genio, y el que estableció la pequeña industria un hombre de facultades muy escasas, incapaz de elevadas concepciones. Para los pocos que no se contenten con ver la fachada y examinen lo que hay dentro de ambos edificios, el hombre de genio se convertirá en poco menos que un idiota y el que parecía tener pocos alcances revelará ser una persona sabia y discreta; el uno trabajando en grande ha demostrado su ineptitud para lo grande y para lo pequeño, el otro obrando en pequeño ha demostrado su capacidad para lo pequeño y para lo grande.

**L**a fábrica española ha estado parada durante largos años por falta de motor; hoy empieza a moverse

porque hemos aligerado o nos han aligerado el artefacto, y ya hay quien desea volver a las antiguas complicaciones, en vez de trabajar por aumentar la escasa fuerza motriz de que hoy disponemos. De aquí la necesidad perentoria de destruir las ilusiones nacionales; y el destruirlas no es obra de desesperados, es obra de noble y legítima ambición, por la cual comenzamos a fundar nuestro positivo engrandecimiento. La grandeza o la pequeñez de las naciones no depende de la extensión del territorio ni del número de habitantes. Bajo la casa de Austria, España fue una nación inmensa y por serlo cayó en la postración y en la parálisis; en tiempo de Carlos II, España fue como una ballena muerta, flotando en el mar e interceptando el paso a los navegantes: en cambio, unas cuantas provincias desligadas de España, las Provincias Unidas, hábilmente gobernadas por Guillermo de Orange, se transformaban en centro político de Europa y contrarrestaban el poder a la sazón omnipotente de Francia.

Este hecho, notado por Macaulay, tiene una explicación naturalísima. Los Países Bajos, dominados por España, eran no más que territorios habitados por hombres; al hacerse independientes se convirtieron en nacionalidad. La unión política no aumentaba las fuerzas, al contrario, las anulaba, porque estas fuerzas eran antagónicas. Nosotros gastábamos nuestras energías en destruir la resistencia de los Países Bajos, y éstos gastaban las suyas luchando contra nuestra dominación; aunque la unión hubiera sido constantemente pacífica, la fuerza no hubiera aumentado por ser opuestas las aspiraciones políticas territoriales.

Holanda independiente, movida por sus propias ideas, era una nación más fuerte, más ágil que el gran imperio español paralizado, impotente para coordinar en una acción bien determinada los esfuerzos perdidos en sostener el equilibrio entre varias políticas contradictorias.

5           C uando se invoca el respeto a las tradiciones, ha de precisarse bien qué se entiende por tradiciones. España comienza ahora una nueva evolución o ha de comenzarla en breve y en ella ha de continuar siendo  
10           la España tradicional; esto es inevitable, puesto que los españoles de hoy descendemos sin mezclas extrañas de los españoles antiguos, y continuamos viviendo en nuestra casa solariega; los griegos de hoy tienen poca sangre helénica (y hay quien cree que no tienen nin-  
15           guna), y sin embargo aspiran a enlazar su historia contemporánea con la historia antigua de Grecia. Pero lo que nosotros debemos tomar de la tradición es lo que ella nos da o nos impone: el espíritu; en cuanto a los hechos, hay que examinarlos de cerca y ver el valor  
20           real que tienen, porque muchos no sirven para nada y otros son perjudiciales <sup>a</sup>. La mayor parte de nuestra historia moderna es un contrasentido político, por el que hemos venido a caer donde ahora nos vemos; si la nueva evolución se empalma con la antigua y se guía  
25           por las indicaciones que se desprenden de los hechos

<sup>a</sup> Ganivet expresa un concepto de tradición bastante próximo al de Unamuno, tal como éste lo formuló en *En torno al casticismo*. El término “tradición” se explica aquí como transmisión de lo “vivo”, lo que se opone a la perpetuación de lo “pasado” y lo “muerto”, fomentada –según el escritor vasco– por el tradicionalismo ortodoxo y conservador.

tradicionales, no adelantaremos jamás un paso. Una nación que se halla en su apogeo puede resistir desviaciones políticas no justificadas con rigor por sus intereses territoriales; pero una nación que comienza a adquirir fuerzas tiene que ser más exclusivista y no distraerse en aventuras peligrosas; aun en aquellos casos en que la acción está más justificada hay que contar con medios amplios para sostenerla; medios materiales y muy principalmente energía espiritual, adquirida mediante la comprensión exacta de la obra que se intenta, el conocimiento previo de lo que la obra ha de ser, en suma, la “realización ideal de la obra como tipo de realización material”.

Una dirección tradicionalmente señalada a nuestra política exterior es la que se designa generalmente diciendo que hay que cumplir el testamento de Isabel la Católica<sup>a</sup>. El porvenir de España está en África, y las aspiraciones nacionales se escapan por esa última abertura, como si estuvieran aprisionadas en nuestro territorio y buscasen en la huida la libertad. He aquí un ejemplo más de verdadero pesimismo: el de los que desconfían de las fuerzas propias de su nación, y creen que ésta no será grande en tanto que no se le añada algún pedazo de tierra donde, ya que otra cosa no se consiga, tengamos al menos el gusto de que ondee el pabellón nacional.

<sup>a</sup> Ganivet alude al proyecto de expansión colonial en el norte de África, que formaba parte –junto con la unificación de los Estados de la Península, la defensa de la roca de Gibraltar, un justo gobierno de los indígenas en el Nuevo Mundo y la reforma de la Iglesia– del programa político que Isabel incluyó en su testamento.

En materia de colonización africana España no ha podido hacer más que reservarse el dominio de aquella parte del litoral africano que en manos extranjeras pudiera ser un vecinazgo peligroso para nuestras posesiones tradicionales. No estaba en su mano acometer nuevos trabajos de colonización, máximo si había de colonizar por el sistema absurdo y censurable empleado hoy en África.

Las razas africanas no son comparables a las americanas o asiáticas; están en un grado bastante inferior de evolución y no pueden resistir la cultura europea; lo más sensato hubiera sido desparramar por todo el litoral y ríos navegables de África factorías y misiones, que fuesen como la levadura que hiciese fermentar las cualidades nativas de los africanos, pero esta obra requería mucho tiempo; hoy se carece de paciencia y si alguna se tuviese las rivalidades políticas darían con ella al traste; así pues, se ha acudido a la dominación directa, a las invasiones en el interior y cuando es preciso para asegurar la buena marcha de los negocios, a la matanza de los pueblos que se pretendía civilizar. Se parte de Europa con ideas de redención y se llega a África con ideas de negociante; y al regreso no se aplaude al que ha trabajado más por mejorar la suerte de la raza negra, sino al que ha matado más o al que ha amasado más crecida fortuna.

**S**in embargo, cuando en España se invoca el testamento de Isabel la Católica, las ideas se fijan principalmente en el norte de África, y hoy, por necesidad, es lo único que queda en pie, con vida indepen-

diente, el imperio marroquí. Este es el cuarto de los puntos cardinales, el Sur, de que aún no habíamos tratado; y no faltará quien piense que después de cerrar todas las puertas de la nación debe dejarse esta última abierta, para no quedarnos completamente a oscuras. 5  
Yo entiendo que la política africana era muy natural después de terminada la Reconquista, y si a ella hubiéramos consagrado todas las fuerzas nacionales, hubiéramos fundado un poder político indestructible tanto porque nacía lógicamente de nuestra historia 10 medieval, cuanto porque no hubiera chocado con los intereses de Europa, pero el tiempo no pasa en balde y el tiempo ha traído grandes cambios. El poder musulmán se halla en tal estado de postración que ha menester de quien lo proteja para que no lo destruyan 15 demasiado pronto; los resentimientos acumulados durante la Edad Media, aunque refrescados de vez en cuando, no son hoy lo que eran hace cuatro siglos; y por último, y esta es la razón más poderosa, nosotros no somos ya un pueblo pujante, ansioso de expansión, 20 aunque por rutina pidamos expansiones; somos un pueblo experimentado y escarmentado que por falta de memoria aprovecha poco y mal sus escarmientos y su experiencia.

España tiene un interés demasiado visible para que 25 necesite de aclaraciones, por conservar el territorio del otro lado del Estrecho, alejado cuanto más mejor de la acción política de Europa, y este interés por nadie estará mejor servido que por los que actualmente lo sirven. Si nosotros nos dejásemos llevar de esos deseos tradi- 30 cionales sin contar como no contamos hoy con los

medios indispensables para completar la obra del ejército y de la política, y lográsemos establecer nuestro protectorado o dominación sobre Marruecos, quizás no serviríamos más que de introductores de los famé-  
5 licos comerciantes de Europa y, en tanto que éstos recogían la utilidad práctica del cambio de poder, nosotros recogeríamos la odiosidad del pueblo dominado que vería en nuestra acción la causa manifiesta de todos los ataques dirigidos contra sus sentimientos  
10 exclusivistas y por naturaleza refractarios a la civilización europea. Seríamos, pues, fautores inconscientes de intereses contrarios a nuestros intereses y obreros de nuestra propia ruina. La guerra de África es una prueba patente de que la política africana no está apo-  
15 yada aún por intereses vitales de nuestra nación, sino por entusiasmos populares, vagos, indefinidos. Cuando se acomete una empresa exigida por una necesidad real de expansión, de abrir campo a las energías exuberantes de un país, la victoria militar, sean cuales fueren los obstáculos que se interpongan, deja detrás de sí  
20 más profundo rastro que el que ha dejado nuestra victoria.

**U**na restauración de la vida entera de España no  
25 puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que  
30 ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: “Lasciate

ogni speranza”<sup>a</sup>, sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de san Agustín: “Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas”<sup>b</sup>.

<sup>a</sup> *Lasciate ogni speranza*: esta frase (“Abandonad toda esperanza”), procedente de la *Summa Theológica* de Tomás de Aquino, campea sobre la puerta del Infierno dantesco (Canto III, v. 9).

<sup>b</sup> Paráfrasis de la oración de San Agustín: *Noli foras ire, in te ipsum redi; in interiore hominis habitat* (“No salgas fuera, vuelve en ti mismo: en el interior del hombre reside la verdad”).

# C

**S**i contrastamos el pensamiento filosófico de una obra maestra de arte con el pensamiento de la nación en que tuvo origen, veremos que con independencia del propósito del autor la obra encierra un sentido, que pudiera llamarse histórico, concordante con la historia nacional, una interpretación del espíritu de esta historia. Y cuanto más estrecha sea la concordancia el mérito de la obra será mayor, porque el artista saca sus fuerzas invisiblemente de la confusión de sus ideas con las ideas de su territorio, obrando como un reflector en el que estas ideas se cruzan y se mezclan y adquieren al cruzarse y mezclarse la luz de que separadas carecían. Una de las obras mayores de nuestro teatro es *La vida es sueño* de Calderón; en ella, en un caso psicológico individual que tiene un valor simbólico universal, nos da el artista una explicación clara, lúcida y profética de nuestra historia. España, como Segismundo<sup>a</sup>, fue arran-

<sup>a</sup> Segismundo, el protagonista del drama de Calderón de la Barca *La vida es sueño*, se convierte aquí en clave de interpretación de la historia nacional presente y futura. Los escritores del 98 (Ganivet especialmente pero también Unamuno, Azorín y Maeztu) vieron en él y en Don Quijote –en dos personajes abúlicos, alienados, cuya facultad de percibir lo real está ejemplarmente alterada– los símbolos de la personalidad histórica de España.

cada violentamente de la caverna de su vida oscura de combates contra los africanos, lanzada al foco de la vida europea y convertida en dueña y señora de gentes que ni siquiera conocía; y cuando después de muchos y extraordinarios sucesos, que parecen más fantásticos que reales, volvemos a la razón en nuestra antigua caverna, en la que nos hallamos al presente encadenados por nuestra miseria y nuestra pobreza, preguntamos si toda esa historia fue realidad o fue sueño, y sólo nos hace dudar el resplandor de la gloria que aún nos alumbra y seduce como aquella imagen amorosa que turbaba la soledad de Segismundo y le hacía exclamar: “Solo a una mujer amaba / que fue verdad creo yo / pues que todo se acabó / y esto solo no se acaba”.

**U**n pueblo no puede y si puede no debe vivir sin gloria, pero tiene muchos medios de conquistarla, y además la gloria se muestra en formas varias; hay la gloria ideal, la más noble, a la que se llega por el esfuerzo de la inteligencia, hay la gloria de la lucha por el triunfo de los ideales de un pueblo contra los de otro pueblo, hay la gloria del combate feroz por la simple dominación material, hay la gloria más triste de aniquilarse mutuamente en luchas interiores. España ha conocido todas las formas de la gloria y desde hace largo tiempo disfruta a todo pasto de la gloria triste; vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento excitado y debilitado por inacabables periodos de lucha no acierta a transformarse, a buscar un medio pacífico, ideal, de expresión y a hablar por signos más humanos que los de las armas. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran) la

convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea triunfe, luchan porque la idea exige una forma exterior en que hacerse visible y a falta de formas positivas o creadoras aceptan las negativas o destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como  
5 instrumento de demolición, el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas, en vez de servir para crear obras durables que fundando algo nuevo destruyesen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas.

Es indispensable forzar nuestra nación a que se desahogue racionalmente y para ello hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos y por ellos en  
15 la ciudad y en el Estado. Nuestra organización política hemos visto que no depende del exterior; no hay causa exterior que aconseje adoptar esta o aquella forma de gobierno; nuestras aspiraciones de puertas afuera o son infundadas o utópicas o realizables a tan largo  
20 plazo que no es posible distraer a causa de ellas la atención y continuar viviendo a la expectativa. La única indicación eficaz que del examen de nuestros intereses exteriores se desprende es que debemos robustecer la organización que hoy tenemos y adquirir  
25 una fuerza intelectual muy intensa porque nuestro papel histórico nos obliga a transformar nuestra acción de material en espiritual. España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista, ha sido la primera en decaer y  
30 terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios y es la primera que tiene ahora que

trabajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo; por lo tanto, su situación es distinta de la de las demás naciones europeas y no debe de imitar a ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados a hechos nuevos también en la historia. Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores, más adelantados en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar a perderlas) nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cuál dirección le está marcada por sus intereses actuales y por sus tradiciones.

**E**l problema político que España ha de resolver no tiene precedentes claros y precisos en la historia. Una nación fundadora de numerosas nacionalidades logra tras un largo periodo de decadencia reconstituirse como fuerza política animada por nuevos sentimientos de expansión; ¿qué forma ha de tomar esa segunda evolución para enlazarse con la primera y no romper la unidad histórica a que una y otra deben de subordinarse? Porque aquí la unidad no es un artificio, sino un hecho; el artificio sería cortar con la tradición y pretender comenzar a vivir nueva vida, como si fuéramos un pueblo nuevo, acabado de sacar del horno. España tiene acaso caminos abiertos para emprender rumbos diferentes de los que le señala su historia, pero un rompimiento con el pasado sería una violación de

las leyes naturales, un cobarde abandono de nuestros deberes, un sacrificio de lo real por lo imaginario. Ninguna nueva acción exterior puede conducirnos a restaurar la grandeza material de España, a reconquistar  
5 le el alto rango que tuvo; nuestras nuevas empresas serían como las pretensiones de esos viejos impenitentes que en lugar de resignarse y consagrarse al recuerdo de sus nobles amores juveniles se arrastran en busca de nuevos amores fingidos, de nuevas caricias pagadas, de parodias risibles, cuando no repugnantes,  
10 de las bellas escenas de la vida sentimental.

En cambio, si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos e infundir en ellos el  
15 culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica, y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad  
20 práctica, sino que trabajaríamos por nuestros propios intereses, por intereses más transcendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar a  
25 luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España y pueden cuando se desarrollen levantarnos a grandes creaciones que satisfaciendo nuestras aspiraciones a la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político,  
30 reclamado por la obra que hemos de realizar. Desde este punto de vista, las cuestiones políticas a

que España consagra principalmente su atención sólo merecen desprecio. Vivimos imitando, debiendo ser creadores, pretendemos regir nuestros asuntos por el ejemplo de los que vienen detrás de nosotros y andamos a caza de formas de gobierno, de exterioridades políticas, sin pensar jamás qué vamos a meter dentro de ellas para que no sean pura hojarasca. 5

**L**a organización de los poderes públicos no es materia muy difícil, no exige ciencia ni arte extraordinarios, sino amplitud de criterio y buena voluntad. Una sociedad que comprende sus intereses organiza el poder del modo más rápido posible y pasa a otras cuestiones más importantes; una nación que vive un siglo constituyéndose no es nación seria, en ese hecho solo da a entender que no sabe a dónde va y que por no saberlo se entretiene discutiendo el camino que conviene seguir. Los poderes no son más que andamiajes, deben de estar hechos con solidez para que se pueda trabajar sobre ellos sin temor a accidentes; lo esencial es la obra que, ya de un modo ya de otro, se ejecuta. La obra de restauración de España está muy cerca del cimiento; el andamiaje sube hasta donde con el tiempo podrá llegar el tejado, y hay gentes insaciables e insensatas que no están contentas todavía. La falta de fijeza que se nota en la dirección de nuestra política general es sólo un reflejo de la falta de ideas de la nación, de la tendencia universal a resolverlo todo mediante auxilios extraños, no por propio y personal esfuerzo; la nación entera aspira a la acción exterior, a una acción indefinida y no comprendida que realce nuestro mermado prestigio; las ciudades viven 10  
15  
20  
25  
30

en la mendicidad ideal y económica y todo lo esperan del Estado; sus funciones son reglamentarias y materiales; cuando conciben algo grande, no es ninguna grandeza ideal, sino una grandeza cuantitativa: el  
5 ensanche, que viene a ser una reducción de la idea de agrandamiento nacional por medio de la anexión de territorios o terrenos que no nos hacen falta<sup>a</sup>; los individuos trabajan lo suficiente para resolver el problema de no trabajar, de suplir el trabajo personal que requiere  
10 gasto de iniciativas y de energías por alguna función rutinaria, concuerde o no concuerde con las aptitudes o los escasos conocimientos adquiridos. En suma, las esperanzas están siempre cifradas en un cambio exterior favorable, no en el trabajo constante o inteligente.

15 Dadas estas ideas, los cambios políticos sirven sólo para torcer más los viciados instintos. Un ejemplo muy claro nos ofrecen nuestras universidades. Se creyó encontrar el remedio para nuestra penuria intelectual infundiendo a los centros docentes nueva savia, trans-  
20 formándolos de escuelas cerradas en campos abiertos, como se dice, a la difusión de toda clase de doctrinas. Y la idea era buena y lo sería si no estuviera reducida a un cambio de rótulo. Porque la libertad de la cátedra no es buena ni mala en sí; es un procedimiento que  
25 puede ser útil o inútil, como el antiguo, según el uso que de él se haga. La enseñanza exclusivista sería

<sup>a</sup> Un comentario crítico contra el ensanche lo había formulado Ganivet ya en *Granada la Bella* (Ángel Ganivet, *Granada la bella*, Diputación de Granada y Fundación Caja de Granada, 1996, pp. 95 y ss.).

buena si los principios en que se inspira tuviesen vigor bastante, sin necesidad de las excitaciones de la controversia, para mantener vivas y fecundas las ciencias y las artes de la nación; por este sistema tendríamos una cultura un tanto estrecha de criterio e incompleta, pero en cambio tendríamos la unidad de inteligencia y de acción. Sólo cuando las doctrinas decaen y pierden su fuerza creadora se hace necesario introducir levadura fresca que las haga de nuevo fermentar. La enseñanza libre <sup>a</sup> (y no hablo de las formas ridículas que en la práctica ha tomado en España) tiene también, como todas las cosas, dos asas por donde cogerla; el punto flaco es la falta de congruencia entre las diferentes doctrinas, el desequilibrio intelectual que las ideas contradictorias suelen producir en las cabezas poco fuertes; la parte buena es la impulsión que se da al espíritu para que con absoluta independencia elija un rumbo propio y se eleve a concepciones originales. Nosotros hemos tocado el mal, pero no el bien. Se decía que la enseñanza católica nos condenaba a la atrofia intelectual; la libertad de enseñanza nos lleva a un rápido embrutecimiento. Sabemos que en esta o

<sup>a</sup> Ganivet alude aquí y en el párrafo anterior a la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1879 por Giner de los Ríos (1839-1915). Giner, de formación krausista, crea un sistema pedagógico moderno, laico, que se contrapone a la tradición de la enseñanza confesional y asienta sus bases en la libertad de pensamiento, de culto y de cátedra. Entre los miembros fundadores se cuentan también Salmerón, Montero Ríos y Figuerola. La influencia de la Institución y de su revolucionario enfoque pedagógico en la formación de las nuevas generaciones fue notable y se percibe especialmente en los escritores del 98.

aquella universidad existen rivalidades pseudo-científicas, porque leemos u oímos que los adherentes a los diversos bandos han promovido un tumulto o han venido a las manos como carreteros. Lo que no había antes ni  
5 hay ahora, salvo honradísimas excepciones, es quien cultive la ciencia científicamente y el arte artísticamente; se han perdido todos los pesos y todas las medidas, salvándose sólo una, la de las funciones públicas; sea cual fuere la especie y mérito de una obra, sabemos que no será estimada sino después que el autor ocupe un buen puesto en  
10 los escalafones sociales. De aquí la subordinación de todos nuestros trabajos, de nuestros escasos trabajos al interés puramente exterior; y aún hay mérito en los que los subordinan, puesto que la generalidad los suprime del todo y se contenta con los puestos de los escalafones. Las  
15 Universidades, como el Estado, como los Municipios, son organismos vacíos; no son malos en sí, ni hay que cambiarlos, no hay que romper la máquina, lo que hay que hacer es echarle ideas, para que no ande en seco. Para  
20 romper algo, rompamos el universal artificio en que vivimos, esperándolo todo de fuera y dando a la actividad una forma exterior también; y luego transformaremos la charlatanería en pensamientos sanos y útiles y el combate externo que destruye en combate interno que crea. Así  
25 es como se trabaja por fortalecer los poderes públicos, y así es como se reforman las instituciones.

**S**i yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos (porque padecimiento hay  
30 y de difícil curación), diría que la enfermedad se

designa con el nombre de “no-querer” o, en términos más científicos, por la palabra griega “aboulía”<sup>a</sup>, que significa eso mismo, “extinción o debilitación grave de la voluntad”; y lo sostendría si necesario fuera con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados<sup>b</sup>, pues desde Esquirol<sup>c</sup> y Maudsley<sup>d</sup>

5

<sup>a</sup> Senabre recuerda que la primera vez que la lexicografía española anota el término “abulia” es en 1895, año en que aparece en el *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana* de Elías Zerol. En este mismo año Unamuno habla de abulia en su ensayo *Sobre el marasmo actual de España*, luego recogido –con otros cuatro artículos publicados en *La España Moderna*– en *En torno al casticismo* (Ricardo Senabre, “Ganivet y la abulia”, en *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, Madrid, Gredos, 3 vols., 1972, II, p. 596). Ganivet conoce el término desde 1893. En una carta a Navarro Ledesma, fechada el 18 de febrero, lo utiliza y lo comenta coherentemente con su significado técnico-científico, tal como lo habían explicado Ribot (*Les maladies...*, cit.) y Janet (*Sur un cas...*, cit.). Ha vuelto a meditar sobre el tema Gayana Jurkevich en 1992 (“Abulia, Nineteenth-Century psychology and the generation of 1898”, en *Hispanic Review*, primavera de 1992, 60, n. 2, pp. 181-194).

<sup>b</sup> Para justificar su diagnóstico de la abulia Ganivet cita a los principales representantes de la psicología experimental europea (Esquirol, Maudsley, Janet, Ribot). La descripción de los síntomas de esa enfermedad que, según Ganivet, afectaría a la mayoría de los españoles, parece seguir fielmente los parámetros de Ribot (*Les maladies de la volonté*), como han demostrado ya varios estudiosos, entre ellos Senabre y Gayana Jurkevich. Orringer discrepa de ellos, sosteniendo una mayor proximidad de Ganivet con Janet (cit., p. 262, n. 170).

<sup>c</sup> Jean-Étienne-Dominique Esquirol (1772-1840), psiquiatra francés considerado uno de los fundadores de la psiquiatría moderna. En 1817 abrió en París la primera clínica para alienados. Es autor del tratado *Des maladies mentales considérées sous les rapports médical, hygiénique et médico-légal* (1838), en el que recopiló todo los apuntes, la documentación y los materiales elaborados durante su larga actividad clínica.

<sup>d</sup> Henry Maudsley (1835-1918), médico alienista inglés, fue catedrático de Medicina Legal en la Universidad de Londres. Se le consideró uno de los innovadores de la moderna psiquiatría. Ribot lo cita en diferentes

5 hasta Ribot<sup>a</sup> y Pierre Janet<sup>b</sup> hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad, en la que acaso se revela más claramente que en ninguna otra el influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas.

---

ocasiones, así como Gonzalo Serrano, psicólogo y filósofo krausista español. En *La psicología contemporánea*, Serrano nos lo presenta como un “distinguido sabio inglés” inspirado en una concepción mecánica de la realidad espiritual, pero muy avisado “al asentar sus conclusiones” (Madrid, Librería de Bernardo Arenal, 1880, p. 21, n. 3).

<sup>a</sup> Ribot Théodule nació en 1839 en Guingamp y murió en 1916 en París. Desde 1889 fue profesor de Psicología experimental en el Collège de France en París. Ribot es considerado el fundador de la psicología francesa. Fue el primero en Francia en separar la psicología de la filosofía, introduciendo los principios de la psicología experimental. Sus primeras monografías, *La psychologie anglaise contemporaine* (1870) y *La psychologie allemande contemporaine* (1879), constituyen una primera y muy interesante revisión teórica del asociacionismo inglés y la psicología experimental alemana de Wundt. Con él estudiaron Pierre Janet y Georges Dumas. Más que un psicólogo experimental (no tenía un laboratorio), debe considerarse un teórico puro. Se ocupó de las formas patológicas de la memoria (*Les maladies de la mémoire*, 1881), de la voluntad (*Les maladies de la volonté*, 1883) y de la personalidad (*Les maladies de la personnalité*, 1875). En sus publicaciones posteriores se interesó por la psicología de los estados emocionales y afectivos (*Psychologie des sentiments*, 1895; *Essai sur les passions*, 1905).

<sup>b</sup> Pierre Janet (1859-1947) estudió filosofía y medicina en la Universidad de París. En 1889 obtuvo el doctorado en Filosofía. En 1890 Charcot le nombró director del laboratorio psicológico del hospital de la Salpêtrière. En 1892 obtuvo el doctorado en Medicina con un estudio sobre la histeria. Fue catedrático en la Sorbona de 1895 a 1902, año en el que sustituyó a Ribot en la cátedra de Psicología del Collège de France. Siguió enseñando en el Collège de France hasta su retiro en 1936. Sus estudios, junto con los de Charcot, sentaron las bases de la obra de Freud. En su famoso artículo, “Sur un cas d’aboulie et d’idées fixes”, incluye entre los síntomas de la enfermedad psíquica de la que se está ocupando la presencia obsesiva de unas determinadas ideas, o “ideas fijas”, que el abúllico repite automáticamente desde el pasado, siendo incapaz de reorganizarlas según la lógica del presente.

Hay una forma vulgar de la aboulía que todos conocemos y a veces padecemos. ¿A quién no le habrá invadido en alguna ocasión esa perplejidad del espíritu, nacida del quebranto de fuerzas o del aplanamiento consiguiente a una inacción prolongada, en que la voluntad, falta de una idea dominante que la mueva, vacilante entre motivos opuestos que se contrabalancean, o dominada por una idea abstracta, irrealizable, permanece irresoluta, sin saber qué hacer y sin determinarse a hacer nada? Cuando tal situación de pasajera se convierte en crónica, constituye la aboulía, la cual se muestra al exterior en la repugnancia de la voluntad a ejecutar actos libres. En el enfermo de aboulía hay un principio de movimiento que demuestra que la voluntad no se ha extinguido en absoluto, pero ese movimiento actúa débilmente y rara vez llega a su término. No es un movimiento desordenado que pueda ser confundido con los del atáxico; hay en un caso debilidad y en otro falta de coordinación, y tanto es así que en la aboulía, fuera de los actos libres, los demás, los psicológicos, los instintivos, los producidos por sugestión, se realizan ordenadamente.

Los síntomas intelectuales de la aboulía son muchos; la atención se debilita tanto más cuanto más nuevo o extraño es el objeto sobre el cual hay que fijarla; el entendimiento parece como que se petrifica y se incapacita para la asimilación de ideas nuevas; sólo está ágil para resucitar el recuerdo de los hechos pasados, pero si llega a adquirir una idea nueva, falto del contrapeso de otras, cae de la atonía en la exaltación, en la “idea fija” que le arrastra a la “impulsión violenta”.

En las enfermedades hay, al lado de los casos típicos, casos similares; en este de que aquí se trata el número de los primeros no es muy crecido, mientras que el de los segundos es abrumador; en España, por ejemplo, hay muchos enfermos de la voluntad y como consecuencia un estado de “aboulía colectiva”. Yo no profeso la sociología metafórica que considera las naciones como organismos tan bien determinados como los individuales. La sociedad es sólo una resultante de las fuerzas de sus individuos; según estos se organicen podrán producir una acción intensa o débil, o neutralizarse por la oposición, y la obra total participará siempre del carácter de los que concurren a crearla.

El individuo a su vez es una reducción fotográfica de la sociedad; la vida individual fisiológica es una combinación de la energía vital interna con las fuerzas exteriores absorbidas y asimiladas; la vida espiritual se desarrolla de un modo análogo nutriéndose el espíritu de los elementos ideales que la sociedad conserva como almacenados, según la expresión de Fouillée <sup>a</sup>. En este sentido creo yo que es provechosa la aplicación de la psicología individual a los estados sociales y la patología del espíritu a la patología política.

<sup>a</sup> Alfred Fouillée (1838-1912), filósofo, sociólogo y psicólogo francés. Su elaboración del concepto de *idées-forces* pudo haber inspirado a Ganivet la teoría de las ideas madres. En el mismo artículo dedicado a las *idées-forces* (“L’Évolutionnisme des idées-forces”) se encuentra la expresión (*emmagasinée*, almacenada) a la que aquí se alude (cf. Orringer, p. 257, n. 161).

En nuestra nación se manifiestan todos los síntomas de la enfermedad que padecemos la mayoría de los españoles: realizanse los actos fisiológicos y los instintivos; como funciona el organismo individual para vivir, así trabaja la sociedad para vivir; el trabajo que es libre para el individuo, para la sociedad es necesario, a menos que se trate de pueblos vagabundos; igualmente el ocultar la riqueza a las investigaciones del fisco es acto social tan instintivo como el de cerrar los ojos ante el amago de un golpe. Los actos que no encontramos son los de libre determinación, como sería el intervenir conscientemente en la dirección de los negocios públicos. Si en la vida práctica la aboulía se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario; mas de repente una idea se fija y no pudiendo equilibrarse con otras produce la impulsión arrebatada. En estos últimos años hemos tenido varios movimientos de impulsión típica producidos por ideas fijas: integridad de la patria, justicia histórica y otras semejantes. Todas nuestras obras intelectuales se resienten de esta falta de equilibrio, de este error óptico; no vemos simultáneamente las cosas como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos a retazos, hoy unas, mañana otras; la que un día estaba en primer término ocultando las demás, al siguiente queda olvidada porque viene otra y se le pone delante.

**S**on innumerables las opiniones emitidas para explicar el origen de la aboulía; en un principio estuvo considerada como una forma de la locura y los

alienistas la bautizaron con el nombre de “delirio del contacto”, fijándose sólo en el hecho exterior característico de la enfermedad. Según esta teoría, nuestra nación podría ser considerada como una jaula de locos rarísimos, atacados de una manía extraña, la de no poder sufrirse los unos a los otros. Yo no acepto esta opinión porque, como dije, en los enfermos de aboulía las perturbaciones de la voluntad no revelan desorden, sino abatimiento de la energía funcional. A excepción de Ribot, que se inclina a creer que la causa de tan curioso estado patológico es de naturaleza sentimental, la falta de deseos, todos los patólogos por distintos caminos llegan a encontrarse, a coincidir en el parecer de que la causa es una perturbación de las funciones intelectuales. Janet, que publicó hace algunos años un curioso estudio de observación personal sobre “Un caso de aboulía e ideas fijas”, cree que el aniquilamiento de la voluntad proviene de la falta de atención, y por consiguiente, de percepción. Sin embargo de aparecer estos síntomas con carácter constante, creo yo que no es posible marcar entre ellos una relación de causalidad, porque las facultades intelectuales exteriorizadas participan de la voluntad, y así puede afirmarse que la voluntad es débil porque la atención es inconstante y la percepción confusa, como decirse que la atención no es viva ni la percepción clara porque la voluntad no es intensa.

La actividad espiritual exteriorizada es un reflejo de la actividad íntima; en el acto de crear esto es axiomático: ¿cómo concebir que hay un cerebro vacío detrás de la obra genial del sabio o del artista o un

espíritu helado en los transportes de la pasión? Como la falta de apetito material denota una disminución de la actividad digestiva, así también la falta de apetito espiritual, manifestada en la desidia de las facultades que actúan exteriormente, revela una debilitación de esa energía asimiladora interna que los aristotélicos llamaban entendimiento agente y los positivistas sentido sintético, que no es otra cosa que la inteligencia misma funcionando según la ley de asociación. Así pues, la causa de la aboulía es, a mi juicio, la debilitación del sentido sintético, de la facultad de asociar las representaciones. En relación con lo pasado, la inteligencia funciona con regularidad porque la memoria se encarga de reproducir ideas cuya asociación estaba ya formada, pero en relación con lo presente el trabajo mental que para los individuos sanos es fácil y agradable, como es fácil y agradable la digestión cuando se come con buen apetito, para los enfermos de no-querer es difícil y doloroso; las representaciones suministradas por los sentidos se convierten en datos intelectuales irreductibles que unas veces, las más, se extinguen sin dejar huella y otras se fijan penosamente, como agujas clavadas en el cerebro, y producen gravísimas perturbaciones.

¿Qué relación guarda la debilitación del sentido sintético y la falta de voluntad? La misma que la idea y el acto libre, tan estrecha que se ha llegado a fundir una y otra en una sola entidad: de aquí la idea-fuerza, la idea-voluntad y otros términos nuevos de los filósofos a la moda. En el acto voluntario hay dos elementos que engendran un tercero: un individuo y una idea que

5 producen una energía. El individuo contiene en sí, personalmente unificados, los elementos que recibió por herencia, o que adquirió por su trabajo, o por el simple hecho de vivir en sociedad. La representación o la idea  
10 están en el individuo como las líneas y colores sobre el fondo de un cuadro, sobre un mismo fondo se puede trazar infinitas líneas y combinar infinitos colores. Según rijan o no la idea de asociación, de esa variedad nacerá la creación artística o el borrón confuso, informe.  
15 Cuando las representaciones intelectuales, como los colores y las líneas, se agrupan alrededor de ideas céntricas, van siendo más claras a medida que el número de ellas va aumentando. Es, pues, inmenso el valor de la facultad sintética, sin la cual los esfuerzos  
20 intelectuales son vanos y aun contraproducentes, a la manera que lo serían las pinceladas de un ciego que intentara pintar o retocar un cuadro. En el enfermo de aboulía las ideas carecen de esta fundamental condición: la sociabilidad. Por lo cual sus esfuerzos intelectuales carecen de eficacia: en unos casos, la idea fija,  
25 que es la que influye más enérgicamente sobre la voluntad, produce la determinación arrebatada, violenta, que alguien confunde con la del alienado; en otros la idea abstracta o la idea ya vieja, reproducida por la memoria, engendran el deseo débil, impotente, irrealizable; no existen las ideas más fecundas, las ideas sanas que nacen del estudio reflexivo y de la observación consciente de la realidad.

30 **L**a voluntad colectiva funciona de una manera análoga. Las sociedades tienen personalidad, ideas, energías. Aunque la conciencia colectiva no se mues-

tre tan clara y determinada como la de un individuo, existe y puede obrar mediante actos colectivos que obedecen a ideas colectivas en el fondo, no obstante aparecer concentradas en un reducido número de inteligencias. Si la idea de un gran estadista fuese arbitraria o caprichosa, ajena al pensamiento y al sentimiento generales, no podría adelantar un paso. La que parece idea original de un hombre es sólo interpretación de ideas o deseos vagos, indeterminados, que la sociedad siente, sin acertar a darles la expresión propia y exacta. Y en tanto que el pensamiento de una nación no está claramente definido, la acción tiene que ser débil, indecisa, transitoria. El sentido sintético es en la sociedad y en particular en quienes la dirigen la capacidad para obrar conscientemente, para conocer bien sus propios destinos. Hay naciones en las que se observa por encima de las divergencias secundarias una rara y constante unanimidad para “comprender sus intereses”. Esta comprensión parece tan clara como la de un individuo que en un momento cualquiera, recordando su pasado y examinando su situación presente, se da cuenta precisa de lo que es o de lo que representa.

En otras sociedades, por el contrario, predomina el desacuerdo; los intereses parciales, que son como las representaciones aisladas en los individuos, no se sintetizan en un interés común porque falta el entendimiento agente, la energía interior que ha de fundirlos; las apreciaciones individuales son irreductibles y la actividad derivada de ellas tiene que ser pobre y desigual. Unas veces el móvil será la tradición, que jamás puede producir, aunque otra cosa se crea, un impulso

enérgico, porque en la vida intelectual lo pasado, así como es centro poderoso de resistencia, es principio débil de actividad; otras veces se obedecerá a una fuerza extraña, pues las sociedades débiles, como las artísticas de pobre ingenio, suplen con las imitaciones la falta de propia inspiración. Ya el interés secundario se colocará transitoriamente en primer término y producirá desviaciones, retrocesos, trastornos en la marcha de la sociedad, ya la idea del interés general, más que conocida, vislumbrada, creará un estado momentáneo de falsa energía y de actividad engañosa; echándose siempre de menos la idea clara, precisa, del interés común y la acción constante, serena, que se encamina a realizarlo.

15 **D**e lo dicho se infiere cuán disparatado es pretender que nuestra nación recobre la salud perdida por medio de la acción exterior; si en lo poco que hoy hacemos revelamos nuestra flaqueza, ¿qué ocurriría si intentáramos acelerar más el movimiento? La restauración de nuestras fuerzas exige un régimen prudente, de avance lento y gradual, de subordinación absoluta de la actividad a la inteligencia, donde está la causa del mal y a donde hay que aplicar el remedio. Para que la acción sea útil y productiva, hay que pensar antes de obrar, y para pensar se necesita, en primer término, tener cabeza. Este importante órgano nos falta desde hace mucho tiempo y hay que crearlo cuéstenos lo que nos cueste. No soy yo de los que piden un genio, investido de la dictadura; un genio sería una cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y actual postración se

halla en nuestro exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas, y al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos a hundirnos sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder que debe de residir en todos los individuos de la nación y estar fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales. 5

**S**e habrá notado que el motivo céntrico de mis ideas es la restauración de la vida espiritual de España, pero falta ahora precisar el concepto, porque están las palabras españolas tan estropeadas por el mal uso que nada significan mientras no se las comenta y se las aclara. Cuando yo hablo de restauración espiritual no hablo como quien desea redondear un párrafo valiéndose de frases bellas o sonoras, hablo con la buena fe de un maestro de escuela. No voy a proponer la creación de nuevos centros docentes ni una nueva ley de Instrucción Pública; todas las leyes son ineficaces mientras no se destruyen las malas prácticas, y para destruirlas la ley es mucho menos útil que los esfuerzos individuales; y en cuanto a los centros docentes tal como hoy existen, aunque se suprimiera la mitad no se perdería gran cosa. Yo he conocido de cerca más de dos mil discípulos y, a excepción de tres o cuatro, ninguno estudiaba más que lo preciso para desempeñar, o mejor dicho, para obtener un empleo retribuido. Nuestros centros docentes son edificios sin alma; dan a lo sumo el saber, pero no infunden el amor al saber, 10  
15  
20  
25  
30

la fuerza inicial que ha de hacer fecundo el estudio cuando la juventud queda libre de tutela. Si en este punto hubiera de intentarse algo por los legisladores, el cambio más provechoso sería la sustitución de las oposiciones hoy en uso por el examen de “obras” de los aspirantes; en lugar de esos palenques charlatanescos, donde como en las carreras de caballos triunfa no el que tiene más inteligencia sino el que tiene mejor resuello y patas más largas, pondría yo reuniones familiares donde en contacto directo los que juzgan y los que son juzgados se hablara sin artificio, se examinara el trabajo personal que cada pretendiente presentase y se apreciara la capacidad de cada uno y, lo que es más importante, el servicio que de él podía esperar la nación. Con este sistema, la juventud, que pierde el tiempo preparándose para ingresar en este o aquel escalafón, aprendiendo a contestar de memoria cuestionarios fofos e incoherentes, se vería forzada a crear obras entre las que no sería extraño que saliese alguna buena.

**E**l peso principal del combate creo yo que deben de llevarlo las personas inteligentes y desinteresadas, que comprendan la necesidad de restablecer nuestro prestigio; pocos ejemplares tenemos de hombres poseídos por el patriotismo silencioso, pero cuando aparece alguno, ese vale él sólo por una Universidad. Mas para que los esfuerzos individuales ejerzan un influjo benéfico en la nación, hay que encaminarlos con mano firme, porque en España no basta lanzar ideas, sino que hay antes que quitarles la espoleta para que no estallen. A causa de la postración intelectual en que

nos hallamos, existe una tendencia irresistible a transformar las ideas en instrumentos de combate; lo corriente es no hacer caso de lo que se habla o escribe, mas si por excepción se atiende, la idea se fija y se traduce, como ya vimos, en impulsión. Por esto, los que propagan ideas sistemáticas, que dan vida a nuevas parcialidades violentas, en vez de hacer un bien hacen un mal, porque mantienen en tensión enfermiza los espíritus. A esas ideas que incitan a la lucha las llamo yo ideas “picudas” y, por oposición, a las ideas que inspiran amor a la paz las llamo “redondas”<sup>a</sup>. Este libro que estoy escribiendo es un ideario que contiene sólo ideas redondas; no estoy seguro de que lo lean y sospecho que si alguien lo lee no me hará caso, pero estoy convencido de que si alguien me hiciera caso habría un combatiente menos y un trabajador más.

<sup>a</sup> Marichal señala la coincidencia entre la terminología aquí propuesta por Ganivet (*ideas picudas/ideas redondas*) y la anteriormente adoptada por Maupassant en el cuento “Mademoiselle Perle”, de 1886 (*idées carré/idées rondes/idées pointues*) (“Ideas picudas, Ideas redondas: Maupassant y Ganivet”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 8 (1954), pp. 77-79). Señala también, en otro ensayo posterior, una evidente semejanza entre el *nimbo* unamuneco y las *ideas redondas* de Ganivet, llegando a aventurar que la lectura de los artículos publicados por el escritor vasco en *La España Moderna* en 1895, donde se aplica el concepto de *nimbo* a la interpretación de Castilla, pudo haber sugerido a Ganivet la imagen de la idea picuda. Unamuno, recuerda Marichal, hace del buril un símbolo de la vida castellana. Define el espíritu castellano mismo como cortante, “pobre en nimbos de ideas”. Del paisaje mesetario dice que es “recortado”, “perfilado”; de sus habitantes, que piensan “escuetamente”, sin ambages, sin rodeos, sin nimbo (“La voluntad de estilo en Unamuno y su interpretación de España”, en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 142-151).

El procedimiento que yo uso para redondear mis ideas está al alcance de todo el mundo. Vemos muchas veces que en una familia los pareceres andan divididos; por ejemplo, y el caso es frecuente, varios hermanos  
5 siguen diversas carreras o toman diferentes rumbos o llegan a hallarse en oposición por cuestiones pecuniaras; los sentimientos de fraternidad son puestos a prueba. En unas familias la idea de unión es más poderosa que los intereses parciales; nadie abdica, pero todos  
10 transigen cuanto es necesario para que el rompimiento no llegue, en otras la unión queda destruida por la vanidad, el orgullo o el exclusivismo, y sobreviene la lucha, más enconada que entre extraños, porque entre extraños se lucha sólo por defender ideas o intereses opuestos  
15 mientras que en familia hay que luchar por ideas o intereses y también por romper los vínculos de la sangre. ¿Qué salen ganando las ideas o los intereses luchando con obcecación y con saña? Hay quien cree que para atestiguar la fe en las ideas se debe de combatir para que  
20 triunfen, y en esta creencia absurda se apoyan cuantos en España convierten las ideas en medio de destrucción. La verdad es, al contrario, que la fe se demuestra en la adhesión serena e inmutable a las ideas, en la convicción de que ellas solas se bastan para vencer, cuando  
25 deben de vencer. Los grandes creyentes han sido mártires; han caído resistiendo, no atacando. Los que recurren a la fuerza para defender sus ideas dan a entender por esto sólo que no tienen fe ni convicción, que no son más que ambiciosos vulgares que desean la victoria  
30 inmediata para adornarse con laureles contrahechos y para recibir el precio de sus trabajos.

Las ideas no aventajan nada con declarar la guerra a otras ideas; son mucho más nobles cuando se acomodan a vivir en sociedad; y para conseguir esto es para lo que hay que trabajar en España. Sea lícito profesar y propagar y defender toda clase de ideas, pero “intelectualmente”, no al modo de los salvajes. Desde el momento que una idea acata la solidaridad intelectual de una nación y transige lo necesario para que los sentimientos fraternales no se quiebren, se transforma en una fuerza utilísima porque incita a los hombres al trabajo individual; no crea parcialidades exclusivistas y demoledoras, crea cerebros sanos y robustos, que no producen sólo actos y palabras, sino algo mejor: obras.

Casi todos los hombres notables que hasta hace veinte años se dedicaban a echar abajo lo poco que quedaba de nuestra nación han confesado sus yerros, y dedicado la segunda parte de su vida a rehacer lo que habían desecho en la primera. Esta conducta, muy digna de alabanza, debería decir algo a la gente nueva que ahora comienza a abrirse camino y a la juventud imberbe que anda por institutos y universidades.

Abundan los que se pasan de listos, los que imitan esa conducta con excesiva puntualidad, los que comienzan ahora los trabajos de demolición y se reservan para la vejez el arrepentimiento, cuando después de satisfechos los apetitos de medro personal les sea más llevadero el dolor de ver que su país sigue en ruinas. Lo natural es que por todos sea imitada la parte buena del ejemplo y que no se busque deliberadamente la ocasión de tener que arrepentirse más tarde.

Aparte de esa cualidad esencial de las ideas, paréceme que se adelantaría mucho, para hacerlas aún más útiles y apropiadas a la obra de nuestra restauración espiritual, si se las expusiese en forma ágil, librándolas del farrago enfadoso con que hoy se las oscurece por exigencias de la moda. Muy bello sería que cuantos cogen una pluma en sus manos se imaginaran antes que no se había inventado la imprenta, ni la fabricación de papel barato ni la legislación de propiedad intelectual. La opinión corriente es hoy favorable a la obra voluminosa, quizás porque así es más segura la decisión de no leerla. Un libro grande -se piensa- da importancia a quien lo compone; aunque sea malo inspira respeto y ocupa un buen espacio en los estantes de las bibliotecas. Un libro pequeño no tiene defensa posible; si es bueno, será mirado a lo sumo como un ensayo o como una promesa; si es malo, sólo servirá para poner al autor en ridículo. Mi idea es completamente opuesta. Un libro grande, pienso, sea bueno o malo, pasa muy pronto a formar parte de la obra muerta de las bibliotecas; un libro pequeño, si es malo, deja ver a las claras que no sirve y muere al primer embate; si es bueno, puede ser como un manual o breviario, de uso corriente por su poco peso y por su baratura y de gran eficacia para la propagación de las ideas que encierra. A mi opinión, pues, me atengo y como demostración práctica citaré esta misma obra, la cual en su primitiva concepción me exigía dos volúmenes de tamaño más que mediano y al fin se ha sometido a mi voluntad y se ha conformado con tener un centenar de páginas. Un hombre de buena voluntad dice en cien

páginas todo cuanto tiene que decir y dice muchas cosas que no debía decir. Yo tengo fe en el porvenir espiritual de España, en esto soy acaso exageradamente optimista. Nuestro engrandecimiento material nunca nos llevaría a oscurecer el pasado, nuestro florecimiento intelectual convertirá el siglo de oro de nuestras artes en una simple anunciación de este siglo de oro que yo confío ha de venir. Porque en nuestros trabajos tendremos de nuestra parte una fuerza hoy desconocida, que vive en estado latente en nuestra nación, al modo que en el símil con que comencé este libro, vivían en el alma de la mujer casada contra su gusto y madre fecundísima contra su deseo los nobles y puros y castos sentimientos de la virginidad. Esa fuerza misteriosa está en nosotros y aunque hasta ahora no se ha dejado ver, nos acompaña y nos vigila; hoy es acción desconcertada y débil, mañana será calor y luz y hasta si se quiere electricidad y magnetismo.

**H**e aquí un hecho digno de que fijemos en él nuestra atención. ¿Cómo se explica que siendo en general los pueblos pobladores de Europa de una raza común, los griegos hayan sido y sean aún los dictadores espirituales de todos los demás grupos arios o indoeuropeos? La razón es clara; mientras los demás grupos quedaban incomunicados en sus nuevos territorios, los griegos seguían en contacto con Asia y recibían los gérmenes de su cultura de las razas semíticas. Los indoeuropeos tienen cualidades admirables, pero carecen de una esencial para la vida: el fuego ideal que engendra las creaciones originales; son valientes,

enérgicos, tenaces, organizadores y dominadores, pero no crean con espontaneidad. Un eminente profesor alemán, Jhering<sup>a</sup>, autor de un libro de mucho fondo sobre Prehistoria de los Indoeuropeos, ha hecho un estudio sutilísimo acerca del influjo de las inmigraciones arias en la antigua organización de Roma, del cual se desprende que esta organización arranca del periodo de las emigraciones. Aquellas bandas o tribus puestas en movimiento y avanzando por territorios desconocidos tuvieron que crear autoridades ambulantes, hábiles para regular la marcha, y al establecerse definitivamente, transformaron esas autoridades ya inútiles en instituciones, en “supersticiones” o sobrevivencias en las que después se ha creído ver una concepción religiosa puramente ideal. Así, por ejemplo, el “ver sacrum” era una reminiscencia del periodo primaveral, en el que la marcha suspendida durante el invierno era reanudada; los pontífices fueron en su origen constructores de puentes, y su influencia nació de la importancia extraordinaria que en realidad hubo de tener para los emigrantes la construcción de puentes sobre los ríos que les atajaban el paso; los adivinos romanos no fueron profetas llenos de divina inspiración, fueron en su origen algo parecido a batidores o exploradores

<sup>a</sup> Rudolf von Jhering (1818-1892), jurista alemán, enseñó en las universidades de Basilea, Rostock, Kiel, Giessen, Viena y Gotinga. Sus estudios y teorías fueron determinantes para la formación del pensamiento jurídico moderno. Orringer rastrea su influencia en las diferentes secciones del *Idearium*, especialmente cuando se abordan temas de historia antigua (época romana y prerromana) (*IEP*, pp. 271-274).

que, por las trazas del suelo, por el canto de las aves o por señales astronómicas y cuantos signos encontraban (signos de *coelo*, *pedestria*, *ex avibus*, *ex tripudiis*, etc.), esto es, por “auspicios”, determinaban el itinerario más conveniente o más seguro. Si fuera posible conocer a fondo los orígenes de todas las instituciones originales de los pueblos arios veríamos cómo todas ellas fueron inspiradas por la dura necesidad, no por arranque ideal, espontáneo; cuando la cultura greco-romana perdió su fuerza y fue necesario que viniera algo nuevo, vino el cristianismo, creación semítica, de suerte que los dos puntales que sostienen el edificio social en que hoy habitamos, el helenismo y el cristianismo, son dos fuerzas espirituales que por caminos muy diversos nos han enviado los pueblos semíticos. En general puede establecerse como ley histórica que donde quiera que la raza indo-europea se pone en contacto con la semítica, surge un nuevo y vigoroso renacimiento ideal. España, invadida y dominada por los bárbaros, da un paso atrás hacia la organización falsa y artificiosa; con los árabes recobra con creces el terreno perdido y adquiere el individualismo más enérgico, el sentimental, que en nuestros místicos encuentra su más pura forma de expresión. Los árabes no nos dieron ideas, su influjo no fue intelectual, fue psicológico. La distancia que hay entre una mártir de los primeros tiempos del cristianismo y Santa Teresa de Jesús marca el camino recorrido por el espíritu español en los ocho siglos de lucha contra los árabes. Así pues, los que con desprecio y encono sistemáticos descartan de nuestra evolución espiritual la influencia

arábiga cometen un crimen psicológico y se incapacitan para comprender el carácter español.

5 **N**uestro Renacimiento no fue un renacimiento clásico; fue nacional, y aunque produjo algunas obras magistrales, quedó incompleto, como dije, por la desviación histórica a que la fatalidad nos arrastró, pero como la fuerza impulsora está en la constitución natural étnica o psíquica que los diversos cruces han dado al tipo español, tal como hoy existe, debemos  
10 confiar en el porvenir; esa fuerza que hoy es un obstáculo para la vida regular de la nación, porque se la aplica a lo que no debe aplicársela, ha de sufrir un desdoblamiento; el individualismo indisciplinado que hoy nos debilita y nos impide levantar cabeza ha de ser  
15 algún día individualismo interno y creador, y ha de conducirnos a nuestro gran triunfo ideal. Tenemos lo principal, el hombre, el tipo; nos falta sólo decidirle a que ponga manos en la obra.

20 Todos los pueblos tienen un tipo real o imaginado en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontraremos una obra maestra, en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo y atravesar una larga serie de pruebas donde se aquilata el temple de  
25 su espíritu, que es el espíritu propio de su raza. Ulises es el griego por excelencia; en él se reúnen todas las virtudes de un ario: la prudencia, la constancia, el esfuerzo, el dominio de sí mismo, con la astucia y fertilidad de recursos de un semita; comparémosle con  
30 cualquiera de los conductores de pueblos germánicos y veremos, con más precisión que pesándola en una

balanza, la cantidad de espíritu que los griegos tomaron de los semitas. Nuestro Ulises es Don Quijote, y en Don Quijote notamos a primera vista una metamorfosis espiritual. El tipo se ha purificado más aún, y para poder moverse tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales, descargándolas sobre un escudero; así camina completamente desembarazado y su acción es una inacabable creación, un prodigio humano, en el que se idealiza todo cuanto en la realidad existe y se realiza todo cuanto idealmente se concibe. Don Quijote no ha existido en España antes de los árabes, ni cuando estaban los árabes, sino después de terminada la Reconquista. Sin los árabes, Don Quijote y Sancho Panza hubieran sido siempre un solo hombre, un remedo de Ulises. Si buscamos fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglosajón, a Robinson Crusoe; el italiano es un Ulises teólogo, el Dante mismo, en su Divina Comedia, y el alemán un Ulises filósofo, el doctor Fausto; y ninguno de los dos es un Ulises de carne y hueso. Robinson sí es un Ulises natural, pero muy rebajado de talla, porque su semitismo es opaco, su luz es prestada; es ingenioso solamente para luchar con la naturaleza, es capaz de reconstruir una civilización material, es un hombre que aspira al mando, al gobierno “exterior” de otros hombres, pero su alma carece de expresión y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender a leer y a escribir, podría ser Robinson; y Robinson, en caso de apuro, aplacaría su aire de superioridad y se avendría a ser escudero de Don Quijote.

Así como creo que para las aventuras de la dominación material muchos pueblos de Europa son superiores a nosotros, creo también que para la creación ideal no hay ninguno con aptitudes naturales tan depuradas como las nuestras. Nuestro espíritu parece tosco porque está embastecido por luchas brutales, parece flaco porque está sólo nutrido de ideas ridículas, copiadas sin discernimiento, y parece poco original porque ha perdido la audacia, la fe en sus propias ideas, porque busca fuera de sí lo que dentro de sí tiene. Hemos de hacer acto de contrición colectiva, hemos de desdoblarnos, aunque muchos nos quedemos en tan arriesgada operación; y así tendremos pan espiritual para nosotros y para nuestra familia, que lo anda mendigando por el mundo, y nuestras conquistas materiales podrán ser aún fecundas, porque al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos, a quienes marcar con el sello de nuestro espíritu.

Helsingfors, octubre, 1896

## EPÍLOGO QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO

HÍPOPE.— Muy ensimismado estás, amigo Cínope.  
¿Qué lectura es esa que traes entre manos?

CÍNOPE.— Es un libro que he comprado hoy. Míralo, se titula *Idearium español*. De quién, no lo sé; el autor reserva su nombre. Da el nombre de su padre y así declara indiscretamente su apellido; el nombre propio es el que no parece.

HÍPOPE.— Si tienes empeño en saberlo yo te lo diré, porque conozco al autor y además asistí a su bautizo. Sé que nació el 13 de diciembre de 1865 y que le pusieron Ángel Custodio, Francisco de Paula, José, Lucía de la Santísima Trinidad; era yo en aquella ocasión acólito de la parroquia de las Angustias de Granada, y recuerdo todos los detalles de la ceremonia, así como que el recién nacido tenía la cabeza muy aplastada y que el sacristán, que era hombre de buen olfato, pronosticó que aquel niño sería el hombre más grande de España en el siglo XX<sup>a</sup>.

<sup>a</sup> Datos que corresponden fielmente a los del nacimiento y bautizo de Ángel Ganivet.

CÍNOPE.— Pues menester es que se estire en los tres años que quedan del XIX porque por las trazas es todavía muy mediano.

HÍPOPE.— ¿Por qué dices eso? ¿Te parece mala la obra?

CÍNOPE.— Mala precisamente, no; pero no tiene pies ni cabeza. El autor dice muchas cosas y al fin quedamos sin saber lo que ha querido decir. Esa particularidad que tú me has dado a conocer de que tiene la cabeza muy aplastada me explica un tanto la índole del librejo; en él hay algo que aplasta. Yo tenía que asistir hoy, en calidad de notable, a una junta magna en que se habrían resuelto multitud de cuestiones de alto interés para nuestro partido y para la patria, y este dichoso librito me ha dado tan fuerte modorra que me ha quitado las ganas de ir a la reunión.

HÍPOPE.— Si es por eso no guardes rencor, porque yo he hablado con López de Górgolas<sup>a</sup> y sé que en la junta no se ha adoptado más acuerdo que el relativo a la constitución de las mesas, el cual estaba ya fijado de antemano.

<sup>a</sup> Cuando en el Trabajo Primero de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* su protagonista decide cambiar su labor de novelista por la de traductor de “libros útiles, porque los de puro entretenimiento, y en particular las novelas, entonces de moda, le molestaba hasta el leerlos”, anota y traduce un tratado alemán de derecho, *Evolución histórica del Derecho Civil en Europa*, del que “bueno es decir que él personalmente no salió ganando ninguna honra científica, porque firmó con el seudónimo de Licenciado Gregorio López de Górgolas, y nadie supo quién era el tal licenciado” (*Los trabajos...*, ed. de Fernando García Lara, Diputación de Granada/Fundación Caja de Granada, 2000, p. 77).

CÍNOPE.— No es eso sólo, amigo Hípope; es que no comprendo el propósito del autor, mejor dicho, no veo adónde va. Cuando López de Górgolas, por ejemplo, escribió su notable estudio crítico sobre la Atlántida, todos vimos claro que apuntaba donde luego dio: al Ministerio de Ultramar. Pues bien, este autor no apunta a ninguna parte y, por tanto, no se sabe adónde va a dar.

HÍPOPE.— Yo te aseguro que apunta, sólo que apunta hacia arriba, porque ahora está dedicado a los estudios astronómicos. Es hombre sin apetitos; come poco y malo, no bebe ni agua, fuma un año sí y otro no y no tiene más ropa que la puesta. Si le dan una cartera de ministro la envía a un zapatero para que de ella le haga un par de babuchas.

CÍNOPE.— Entonces mal camino lleva para ser un gran hombre.

HÍPOPE.— Eso mismo le he dicho yo, y me ha contestado: “Amigo Hípope, ya han llegado a mí noticias con los felices augurios del sacristán de mi parroquia, y tan decidido estoy a no dejarle por embustero, que ahora trabajo día y noche en la construcción de unos zancos espirituales con los que si no me estrello, voy a llegar hasta las nubes”.

CÍNOPE.— Según tus informes, el autor del *Idearium* parece ser, ya que no un hombre grande, un hombre bueno; si es así, algo es algo.

HÍPOPE.— No se puede decir tampoco que sea bueno; tiene sus flaquezas y comete grandísimos

disparates, le dominan las mujeres, a las que tiene una afición bastante marcada.

CÍNOPE.— Otra pregunta voy a hacerte, amigo Hípope: ¿Es persona seria el autor? Porque sospecho por algunos detalles que acaso no sea más que un bromista de mala especie. Por ejemplo, la teoría de las ideas redondas y picudas creo que es pura broma.

HÍPOPE.— Yo no lo creo así. Te confieso francamente que mi amigo no me inspira confianza completa; sin embargo, en el punto ese en que te fijas estoy por creer que no hay segunda intención, sino influencia de las ideas pitagóricas, de las que el autor fue adepto en su niñez. Hay más: opino que la doctrina sobre la redondez de las ideas es la clave del librito. La idea picuda es la que pincha y hace andar y correr; la redonda es la que penetra en el cerebro y se remueve en él como la muela de un molino, alrededor de un eje céntrico, sin desviaciones. Con estas ideas queda un hombre como machacado y molido, pero saca harina y con la harina pan. Acaso tú, sin saberlo, te has tragado hoy alguna idea redonda y por eso no has podido ir a la junta; si te tragas cuatro eres hombre al agua, no podrás ser ministro en toda tu vida.

CÍNOPE.— Si eso ha de ser así, toma el libro y llévaselo al autor y dile que me devuelva mis cuatro reales.

HÍPOPE.— No tengo inconveniente en ello; atentamente mi amigo me dijo la última vez que hablé con él: “Querido Hílope, puesto que vas a España te recomiendo que si sabes que algún comprador de mi ideario, después de leerlo, está arrepentido de su adquisición, le recojas el libro y le devuelvas el importe por cuenta mía; he impreso muy pocos ejemplares y no es cosa de que esos pocos sean motivo de disgusto y que me tomen mala voluntad. Si, por el contrario, sabes que algún lector está de acuerdo conmigo, entrégale también de mi cuenta todos los avíos para escribir durante un quinquenio y una lima para que redondee sus ideas, ‘si acaso las tiene’. Adiós”.

Helsingfors, 1896.



## APARATO CRÍTICO



## NOTA

Este aparato crítico se ha confeccionado con arreglo al siguiente procedimiento: la primera cifra corresponde al número de página de esta edición; la segunda cifra, entre paréntesis, indica la línea o líneas a las que afecta la variante; a continuación, la letra mayúscula remite al texto que la contiene (según la clave que se ofrece a continuación); y por último, tras los dos puntos, se reproduce el texto de la variante. Así, por ejemplo, 84 (4). V: “como una doncella” ha de leerse: en la línea 4 de la página 84 de esta edición, donde dice “como una mujer”, la versión previa del manuscrito dice “como una doncella”.

## CLAVE

V: Versión previa del manuscrito.

M: Manuscrito.

E: Edición de Espasa-Calpe, colección Austral, Buenos Aires, 1940.

## VARIANTES

84 (4). V: “como una doncella”.

84 (5-7). V: “vida monástica, que convertida en esposa por extrañas imposiciones fuese extraordinariamente fecunda y consagrarse todas sus fuerzas a los deberes maternales y llegase al cabo”.

84 (8).: V: “ajeno a la prolífica hazaña”.

84 (8). V: “entre tantos hijos”.

84 (9). V: “su alma”.

84 (11). V: “Cuando se (analiza)”. E: “Cuando se examinaba”.

- 84 (14). V: “de cimiento o de busca”.
- 84 (16)-85 (1). V: “ni el estoicismo sublimemente cínico”.
- 86 (1). V: “extraña a tu espíritu, ni temas a la muerte ni a la miseria; domina tus pasiones y calma tus vanos deseos, es decir, todos tus deseos; considera que, en medio”.
- 86 (2). V: “de la vida, existe dentro de ti”.
- 86 (5). V: “hechos miserables”.
- 86 (5-9). V suprime desde “sean cuales fueren” hasta “con su contacto”.
- 86 (9). V: “de tal suerte”.
- 86 (12). V: “porque existía ya al descubierto”.
- 86 (14). V: “los verdaderos genios poderosos”.
- 86 (15). V: “al desnudo, cubre su”.
- 86 (16). V: “primitiva no con una artificiosa”.
- 86 (17). V: “se cubre como el padre Adán con la hoja”.
- 86 (18). V: “sumario y modesto”. M: “y este sumario traje”.
- 86 (23). V: “viera todos los objetos”.
- 86 (26). V añade al margen: “siguiendo el ejemplo de Anteo y la tierra”.
- 87 (3). V suprime “aun”.
- 87 (4). V: “vulgar, encarnada en los proverbios”.
- 87 (9). V: “por el tranquilo e inmejorable procedimiento”.
- 87 (13). V: “sangradores; así como el supremo”.
- 88 (1-3). V suprime desde “no obstante” hasta “Tirteafuera”.
- 88 (11). V: “sanguíneos para que pudiesen”.
- 88 (12). V: “Y acaso no sería aventurado inducir que el descubrimiento”.
- 89 (1). V: “tiene también”.
- 89 (6). V suprime “ambas”.
- 89 (11). V: “el otro ha recorrido ya”.
- 90 (2). V: “cuando están ya todas”.
- 90 (3-4). V: “la material y la ideal”.
- 90 (6). V: “sin base exterior”.
- 90 (6-7). V: “o en la dignidad (porque después de la crítica de la razón pura, que lo destruye todo, viene la crítica de la razón práctica, que construye algo para que el hombre no se degrade y se animalice); pero esa solución”.
- 90 (7). V: “es sólo transitoria”.
- 90 (9). V: “que sólo le conduce a la nada”.
- 90 (10). V: “una creencia cuyo motor fijo e inamovible es esa creencia, es la fe”.
- 90 (11). V: “la del pueblo judío”.
- 90 (14-15). V: “hoy; como la que pregonaban los profetas”.
- 90 (16-17). V: “debe de surgir la moral cristiana que va condenando la actividad como causa de”.
- 90 (17-18). V: “humanos y construye”.
- 90 (19). V: “y el amor); porque después de las revoluciones sangrientas o

de las predicaciones disolventes viene un estado social más justo para que se acallen y duerman las pasiones desencadenadas; pero”.

- 90 (19). V: “moral es sólo transitoria”.
- 90 (20-21). V: “la fe, que sólo le conduce”.
- 90 (21). V: “negativos y contraproducentes”.
- 90 (23). V: “no se muestra en acciones”.
- 90 (24). V: “Por eso”.
- 90 (25-26). V: “para los mismos judíos”.
- 90 (26). V: “porque donde termina su evolución”.
- 90 (28). V: “dentro del círculo de una revelación acabada ya”.
- 90 (29). V: “y por tanto invariable”.
- 90 (31)-91 (1). V: “sobre lo único que subsiste en los periodos de decadencia de la razón: el instinto”.
- 91 (4). V: “pretendía constituirlo”.
- 91 (7). V: “de la razón pura”.
- 91 (7-8). V: “el encadenamiento natural de las cosas”.
- 91 (9). V: “estoica, que había ”.
- 91 (10). V: “humanitarias e igualitarias”.
- 91 (11). V: “fertilizarlas; porque lo noble”.
- 91 (12). V: “y lo igualitario, sostenido”.
- 91 (14-15). V: “no podían ni podrán jamás triunfar de las pasiones bajas y pasiones animales”.
- 91 (17). V: “la furia impotente de los pequeños”. E: “concentrada por la importancia”.
- 91 (19-20). V: “a todos, esto es, algo así como conmoldearlos con fuego ardiente”.
- 91 (30). V: “se horrorizan ante”.
- 92 (1). V: “la muerte de Cristo”.
- 92 (2). V: “complementaria de su doctrina”.
- 92 (3). V suprime “también”.
- 92 (4). V: “el único medio de propagación”.
- 92 (5). V suprime “más”.
- 92 (6). V: “de sus mártires”.
- 92 (7). V: “una doctrina moral más”.
- 92 (16). V suprime “ni”.
- 92 (17). V suprime “porque”.
- 92 (21-23). V: “nazcan peras en los manzanos y manzanas en los perales y que las savias”.
- 93 (2). V: “Mientras que a la apariencia”.
- 93 (3). V: “secretamente se efectuaba”.
- 93 (5). V: “el punto en que se verificó”.
- 93 (6). V: “Por esto en España”.
- 93 (9). V: “con el Evangelio con tal arte”.

- 93 (9). V suprime “nuestro”.
- 93 (10-11). V: “sí puede decirse”.
- 94 (2). V: “invadidos por el cristianismo el esfuerzo filosófico-racional”.
- 94 (4). V: “no fue en los comienzos”.
- 94 (5). V: “debió de ser”.
- 94 (5). V: “creador, sino un trabajo”.
- 94 (6-9). V: “en vez de comenzar por una teoría empírica que hubiera sido como una exégesis del Génesis bíblico, con los nuevos cristianos que, aunque cristianos, continuaban viviendo”.
- 94 (10). V: “encontraron más fácil concordar con la nueva fe”.
- 94 (11). V: “magistrales de los filósofos griegos”.
- 94 (12). V: “formando un conjunto perfecto”.
- 94 (12-15). V: “eligieron naturalmente lo mejor y se fijaron en los dos grandes luminares de la filosofía griega”.
- 94 (23-24). V: “produjeron a la larga”.
- 94 (28). V: “conforme los accidentes históricos”.
- 95 (6). V: “La verdad, por el contrario, es”.
- 95 (7). V: “no estaba solo destinada”.
- 95 (8). V: “salvajismo ni a los”.
- 95 (11). V: “hubieran podido campar libremente por sus respetos”.
- 95 (12). V: “en innumerables herejías”.
- 95 (16). V: “aunque rezagados por la crudeza de su clima, como arios que eran, habían”.
- 95 (17-18). V: “se disponían a dar impulso a esta complicada tramoya”.
- 95 (21-22). V: “de disolución política; pero quedaron sumergidos en la sociedad que”.
- 96 (1). V: “La exaltación del poder de la Iglesia”.
- 96 (3). V: “viéndose incapaces”.
- 96 (7-8). V: “que en este punto los visigodos representaron en nuestra historia fue no representar ninguno”.
- 96 (9). V: “ocasión a que la Iglesia se apoderase”.
- 96 (11). V: “el Estado religioso, que a pesar de los ataques violentos que contra él se han dirigido subsiste aún”.
- 96 (12). V: “de aquí arranca la transformación social” [al margen].
- 96 (15). V: “La ruina de la dominación visigótica”.
- 96 (16). V: “el poder godo no fue”.
- 96 (19). V: “había de ser el alma de la Reconquista”.
- 96 (21). V: “la causa de la ruina de la nación”.
- 96 (22). V: “servida por un brazo sin energía”.
- 97 (6). V: “se nos muestra de un modo demasiado”.
- 97 (9). V suprime “propio”.
- 97 (12). V: “puesto que la implicación social”.
- 97 (20). V: “religioso y filosófico”.

- 97 (21). V: “como muchos piensan”.
- 97 (25). V: “no es ciertamente la palabra”.
- 97 (27). V suprime “a veces”.
- 98 (5). V: “que naciendo del choque”.
- 98 (7). V: “puesto que con él”.
- 99 (3). V: “se hallaba entonces en”.
- 99 (4). V: “influyese en el de los españoles”.
- 99 (9). V: “lo arábigo desvirtuase en nada lo cristiano”. M: “desvirtúe en nada lo cristiano”.
- 99 (10). V: “las dos tendencias”.
- 99 (17). V: “durante siete siglos”.
- 99 (17-18). V: “se levantaba”.
- 99 (19). V: “cuando queramos”.
- 99 (20). V: “con gran relieve marque”.
- 99 (21-22). V: “que al mismo tiempo con aparente contradicción lógica”.
- 100 (3). V: “su valor, y nos aparecen”.
- 100 (8). V: “a su suprema autoridad”.
- 100 (9). V: “la española sobrepuja a la extraña”.
- 100 (10-11). V: “por ser obra propia y por tanto más acomodada”.
- 100 (12). V: “por ser más lógica, más congruente”.
- 100 (12). V suprime “originario”.
- 100 (16)-101 (3). V: “por los escolásticos, parte de un error tan profundo como el de comenzar una casa por el tejado. La aspiración era fundar una doctrina grande, ideal; y en vez de crearla lentamente con ayuda del tiempo retocaron una filosofía muy grande y hermosa, pero nacida de un espíritu antagónico al del cristianismo. Los que esto hicieron obraron mal como obran todos los imitadores y llevaron en el pecado la penitencia, como suele decirse, porque pudiendo volar con las alas propias que les daba su fe, se contentaron con ser comentadores, zurcidores”.
- 100 (20-21). E: “una filosofía griega, los nuevos filósofos retocaron la filosofía”.
- 101 (7-8). V: “su enseñanza es sabia”.
- 101 (13). V: “sin pretender construir”.
- 102 (1). V: “funda de hecho”.
- 102 (1). V: “no como un”.
- 103 (1). V: “una teoría ni una clasificación”.
- 103 (3). V: “de vida y amor”.
- 103 (11). V: “un alma abrasada”.
- 103 (15). V: “todos decimos que aquella mezcla”.
- 104 (7). V: “hay en ella filosofía racional; es vino”.
- 104 (8). V suprime “que se ha echado a perder”.
- 104 (9-10). V: “que pierdan su influencia y su acción”. E: “es que pierden su acción”.

- 104 (10). V: “de su fracaso”.
- 104 (14). V: “y revive y se conserva”.
- 104 (15-17). V: “en otros hombres. El rey ha muerto; viva el rey. El fundamento de la Escolástica está dentro de nosotros; es una conciliación ideal que llevamos de hecho orgánicamente dentro de nosotros mismos”.
- 104 (18). V suprime “en cierto sentido”.
- 104 (19). V: “ha querido desligar”.
- 104 (21). V: “ha querido destruir”.
- 104 (22-26). V: “del conocimiento; falta todavía el irracionalismo que recomendará al hombre que vuelva a adoptar la estación cuadrúpeda. Pero todos los que profesan estas doctrinas, cargando dentro algo nuevo, son escolásticos; porque después”.
- 104 (27-28). V suprime “los inventores de esos sistemas”.
- 104 (30). V: “social externo”.
- 105 (1). V: “sumisión a la fuerza del pensamiento común”.
- 105 (9). V: “es que no sólo tiene razón pura o negativa, sino que tiene razón”.
- 105 (16). V suprime “pues”.
- 105 (18). V suprime “que nos rige”.
- 105 (18). V: “podremos describir”.
- 105 (19). V: “pero seremos una circunferencia social, siempre giraremos alrededor”.
- 106 (6). V: “si es que han ejercido”.
- 106 (9). V: “como por ejemplo el poder”.
- 106 (10). V: “desgraciadamente sea”.
- 107 (3). V suprime “a servirla y hasta quizá”.
- 107 (4). V: “apenas si”.
- 107 (5). V: “se dedica a los experimentos”.
- 107 (7). V: “es trabajar”.
- 107 (9). V: “propaguen con más rapidez, y cuanto más rápido sea el medio de transmisión quizá sea mayor la fuerza con que esas ideas se afianzarán y conservarán”.
- 107 (10). V: “un día distraído”.
- 107 (11). V: “contemplando creo que”.
- 107 (12). V: “llegar hasta mí”.
- 107 (15). V: “Sin gran molestia”.
- 107 (20). V añade entre corchetes: “Así fue y sólo he de añadir, para ser puntual, que si bien, como se deduciese de lo dicho, frecuentaba yo el museo, no iba sólo por amor al arte, sino porque teniendo a temporadas la manía de fumar mucho me veo obligado a refugiarme en sitios donde se prohíba fumar”.
- 107 (24). V: “me pareció venir”.
- 107 (24). V: “muy a punto”.

- 107 (25). V: “vulgarísimo suceso”.
- 108 (3-4). V: “había ejercido, sin saberlo”.
- 108 (14). V: “siento en mí”.
- 108 (15). V suprime “bellas”.
- 108 (18). V: “para que influya en la vida”.
- 108 (26). V: “que sólo da una unidad”.
- 108 (27). V: “de la cual laten las energías”.
- 108 (28-29). V suprime “siempre a estallar y”.
- 108 (29). V: “cuanto mayor”.
- 108 (30). V: “Por esto he creído siempre que la filosofía”.
- 108 (31). V suprime “pues”.
- 108 (31). V: “de cada pueblo”.
- 109 (3). V suprime “mientras que”.
- 109 (4). V suprime “de”.
- 109 (8). V: “Parece como que”.
- 109 (9). V: “Es que tenemos la manía”.
- 109 (12). V: “la ceguera real”.
- 109 (13). V: “manipulaciones. La mitad de la historia está ahí. Si yo fuera”.
- 109 (21). V: “fe en nuestra idea y paciencia para aguardar el azaroso fin; si tienden”.
- 109 (22). V: “no nos opongamos a la realidad”.
- 110 (1). V: “quien piense, es cierto, que”.
- 110 (2). V: “en ningún sentido”.
- 110 (4). V: “que les imprima dirección”.
- 110 (4). V: “piense crea”.
- 110 (6). V: “como a”.
- 110 (6-7). V: “A este insigne mentecato le diré yo que”.
- 110 (9). V: “guiado realmente más que”.
- 110 (22). V: “a su modo”.
- 110 (24). V: “a la creencia”.
- 110 (27-28). V: “unidad, fundida con la autoridad religiosa y armada de terrible poder”. M suprime “y”.
- 111 (5-6). V: “todos están ya”.
- 111 (7). V: “aparezcan sus fetiches convertidos en groseras divinidades simbólicas”.
- 111 (9). V: “prácticas salvajes nativas”.
- 111 (10). V: “El cristianismo puro no como tendencia”.
- 111 (13). E: “común y por”.
- 111 (16). V: “un pueblo superior”. M: “un país civilizado”.
- 111 (17). V: “los pueblos americanos descubiertos”.
- 111 (4)-112 (13-14). V: “subyugados por España. [al margen] Cuando decimos que el catolicismo para serlo es universal, sólo afirmamos que todos los hombres son catequizables; cada hombre en particular puede

convertirse por la gracia de los teólogos y por la sugestión de los psicólogos, pero no todos a la vez. Todos son mortales y sin embargo es cierto que todos no podemos morir a la vez. Esto nos lo dice la experiencia del instinto, un género de certeza recientemente estudiado por Balmes. Así pues en los casos de mortandad general. Estos circunloquios y circunvalaciones, se dirá, ¿adónde conducen?, ¿será acaso a pedir una “amplia descentralización filosófica” y como remate y coronamiento la Iglesia nacional española? Yo no pido nada y digo además que quien pidiera eso sería un desventurado; yo expongo ideas y si esas ideas dan alguna conclusión parecería que es completamente contraria: el espíritu español”.

112 (18). V: “por esfuerzo espontáneo”.

112 (19). V suprime “de”.

112 (20)-113 (15). V: “por la coacción. En España no ha habido herejías. [al margen] Un insigne escritor español cuyos méritos más altos, con tener muchos, es la amplitud generosa de sus ideas (de servicio), ha estudiado la historia de nuestras disidencias religiosas y no hallando una figura digna de levantar tres palmas del suelo [fin de nota al margen], no han faltado pequeños herejes, herejes poco caracterizados que [ilegible] hoy nadie les ha hecho caso. ¿Qué prueba más clara de que la nación se halla compenetrada con su ideal religioso tradicional y por muchos que sean los sectarios que se empeñen en ‘descatolizarla’ no han de pasar de la corteza de la nación aunque aturdan y escandalicen con sus alharacas?”.

113 (3). E: “si acaso”.

113 (16). V suprime “Pero”.

113 (19). V: “que aparentemente mueven”.

113 (19). V: “alguna expansión a los espíritus”.

113 (20-21). V: “e indisciplinados, sentimos veleidades reaccionarias, sin comprender”.

113 (23). V: “a quienes les escuchan”.

113 (25-27). V: “nos duele pelear para conservarla por el esfuerzo de la inteligencia y de la voluntad; y no nos fijamos en que la fuerza”.

113 (28). V: “se trata de defender”.

113 (29). V: “corren con más apariencia de verdad”.

113 (30). V: “que las naciones que”.

114 (3). V: “en Bélgica y he visto que es”.

114 (4). V: “como la más adelantada de Europa”.

114 (5). V suprime “de cosas”.

114 (5). V: “la verdadera civilización”.

114 (6). V: “(en la cual)”.

114 (6-7). V: “se da acaso más valor”.

114 (8). V: “que a las creaciones de arte”.

- 114 (10-11). V: “además hay una importante minoría de anticatólicos, poco candentes en materia de religión; y una formidable agrupación de socialistas; los católicos”.
- 114 (13). V: “como si estuvieran en los primeros tiempos de la Reforma”.
- 114 (15). V: “en la inflexibilidad de sus dogmas”.
- 114 (17). V: “que produjo en España, por haber acudido sistemáticamente al empleo de la fuerza”.
- 115 (1). V: “con carácter útil y nacional”.
- 115 (5). V: “mayor afrenta ni podría darse mayor ignominia histórica que la de ser”.
- 115 (5-8). V suprime desde “y añadir” hasta “vencedores”.
- 115 (12-13). V: “intensidad y calor”.
- 115 (15). V: “no pueden construir”.
- 115 (16). V: “concluyen por conformarse con”.
- 115 (17). V: “o con”.
- 115 (23). V: “si hubiera medio”.
- 115 (27). V: “no siendo eso”.
- 116 (10). E: “le dieron”.
- 116 (15). V: “extremadamente brutal”.
- 116 (15-16). V: “ante la ruina”.
- 116 (17). V: “donde debe de estar”.
- 117 (5). V: “más sutiles”.
- 117 (6). V: “con rigor científico”.
- 117 (13). V suprime “en”.
- 118 (1). V: “como tipo verbigracia un”.
- 118 (3). V suprime “un”.
- 118 (6). E: “es como un barco”.
- 118 (10). V: “sus propias ideas”.
- 119 (1). V: “en medio del silencio y el otro piensa”.
- 119 (3). V: “igual concepción negativa de la vida real”.
- 119 (4). V: “lo dulcifique y corrija”.
- 119 (10). V suprime “y seco”.
- 119 (11-12). V: “apoyado en un”.
- 119 (13). V: “en un amor”.
- 119 (13). V: “de la humanidad”.
- 119 (23). E: “la fisonomía”.
- 120 (5). V: “pero el espíritu”.
- 120 (8). V: “numerosas civilizaciones”.
- 120 (12). E suprime “análogas a otras exterioridades”.
- 120 (14). E: “existan marcadas”.
- 120 (18). V: “infunde, y mantiene”.
- 121 (2). V: “un carácter propio”.
- 121 (9). V: “ese apoyo”.

- 121 (9-10). V: “ya está establecido por la naturaleza”.
- 121 (13). V: “constituida en núcleo”.
- 121 (13). V: “Por eso la evolución”.
- 121 (15-19). V: “en las islas y en las penínsulas que en los continentes y más en los litorales que en el interior: [al margen] porque esta distancia provoca un movimiento de reacción que es a su vez causa de una mayor excitación espiritual. La evolución de un territorio y de los individuos que lo ocupan está en razón directa de la distancia del centro de las unidades territoriales”.
- 121 (22). V: “Si se estudia el carácter específico”.
- 121 (23). V: “diversos núcleos sociales”.
- 121 (25). V: “este carácter es la resistencia”.
- 121 (27). V: “principio permanente”.
- 121 (29). V suprime “frecuentes y”.
- 121 (29-30). V: “la confían a la resistencia, cuyas formas son la prudencia, la previsión y la precaución”.
- 121 (30). V suprime “más”.
- 121 (31)-122 (3). V: “pero no libres de invasiones, carecen de espíritu de solidaridad y sólo se unen en caso de peligro; la falta de previsión la suplen con la exaltación del sentimiento de independencia, que existiendo ya de un modo natural se exagera con las agresiones”.
- 122 (5). V suprime “por tanto”.
- 122 (6-7). V: “por la necesidad”.
- 122 (7). V suprime “Y”.
- 123 (11). V: “se amalgama rápidamente”.
- 123 (11-12). V suprime “con mayor facilidad que los continentales”.
- 123 (14). V: “político, es decir”.
- 123 (16). V: “espíritu insular”.
- 123 (17). V suprime “cerrado o”.
- 123 (21-22). V: “y poco antes Roma había estado cerca de sucumbir bajo el ejército de Cartago”.
- 123 (25). V añade al margen: “ej. del Japón”.
- 123 (27). V: “y son tan seguros”.
- 124 (4). E: “puntos fijos”.
- 124 (7). V suprime “todos”.
- 124 (11). V: “A lo cual”.
- 125 (3). V suprime “tenía y”.
- 125 (7-8). V suprime “en el sentido que se da aquí a la palabra agresión”.
- 125 (10). V: “el sentimiento nacional en ella”.
- 125 (22). V: “porque la cual no es”.
- 125 (25). V: “han sido siempre”.
- 125 (27). V: “el criterio formado por la tradición, esto es”.
- 125 (31). V: “que no sólo”.

- 126 (4). V: “que cayó como un bólido”.
- 126 (8). V: “se cae a seguida”.
- 127 (6). V: “valiéndose de la retirada”.
- 127 (10-18). V: “la resistencia pasiva de Rusia. La huella que el espíritu de Napoleón deja en Francia es tan honda que han reproducido con el Imperio un segundo periodo de agresiones absurdas y contrarias a los intereses de Francia y en la actualidad, un tercer periodo inferior aún, el de las conquistas coloniales, en nombre de un país”.
- 127 (19). V: “una península o mejor aún”.
- 127 (22). V: “las invasiones de hombres”.
- 127 (29). V: “somos pues”.
- 127 (31)-128 (3). V: “fue dejar las dos puertas abiertas, nuestro país”.
- 128 (4). V: “todos los países”.
- 128 (11). V: “nosotros hemos peleado”.
- 128 (15). V: “¿cómo se explica”.
- 128 (16). V suprime “apenas constituida”.
- 128 (27). V: “nos explica la causa”.
- 128 (30). V, M: “en las rivalidades”.
- 129 (1-2). V: “existencia del poder árabe en España”.
- 129 (3). V: “de las regiones”.
- 129 (5). V: “lo que ha de venir”.
- 129 (16). V: “se comparan para ver”.
- 129 (17). V: “acogotarlo con objeto de que”.
- 129 (18-19). V: “mismo nivel; salvo en los momentos en que gobiernan hombres de valor, se busca”.
- 129 (28). V: “tomaba sobre sí”.
- 129 (29). V: “como esta preponderancia”.
- 129 (30). V: “amago a la independencia”.
- 130 (3). V: “región atlántica”.
- 130 (4). V: “vista hacia África”.
- 130 (5). V suprime “y Valencia”.
- 130 (5-6). V: “región mediterránea busca su apoyo”.
- 130 (8). V suprime “pueblos”.
- 130 (8). V: “mientras todos los pueblos han conquistado”.
- 130 (9). V: “España ha conquistado”.
- 130 (10). V: “como hemos venido a ser”.
- 130 (12). V: “del inmortal soneto”.
- 130 (16). V: “luego viene a monopolizarlo”.
- 130 (20). V: “ni descubren por pura curiosidad”.
- 130 (22-23). V: “típicos, verbigracia las expediciones”.
- 131 (1). V: “el rasgo especial de la región”.
- 132 (2). V suprime “como hoy diríamos”.
- 132 (4). V: “las demás, convencido”.

- 132 (6). V, M: “que empleaban sus adversarios”.
- 132 (7). V: “Maquiavelo ha echado sobre sí”.
- 132 (8-9). V suprime “sistematizándolo”.
- 132 (15). V: “que habían conquistado Granada”.
- 132 (16-17). V: “a que han podido llegar nuestras facultades organizadoras”.
- 132 (19). V suprime “apoyado por la religión”.
- 132 (24). V: “a América, que atraía y seducía como cosa de maravilla y de encantamiento”.
- 132 (26-27). V: “una reforma intelectual”.
- 133 (4). V: “la primera se inició”.
- 133 (5). V: “porque la iniciativa partió”.
- 133 (7). V: “era obra más de brazos”.
- 133 (8-9). V: “tenía que partir del pueblo trabajador, y este pueblo, que seguramente no tenía la mejor”.
- 133 (11-12). V: “para meterse en faena vio de pronto abrirse de par en par el horizonte con el descubrimiento”.
- 133 (13-17). V: “Y dejando con júbilo ocupaciones prosaicas partió en busca del “oro” y de la independencia [al margen] no del oro ganado con la industria o comercio, sino del oro puro, en pepitas [fin de nota al margen]. Esta fue nuestra tercera especie de conquistadores”.
- 133 (20). V: “territorial, la cual ha podido”.
- 133 (20-21). V: “la apariencia de un rasgo”.
- 133 (21-22). V: “por su extraordinaria duración”.
- 133 (24). V: “historia exterior”.
- 133 (25). V: “sólo existe”.
- 133 (27). V: “esta desdichada aventura”.
- 133 (27-28). V suprime “cuyo fin fue tan desastrado como lógico”.
- 133 (30-31). V suprime “puesto que el interés político o religioso no abarca todo el pensamiento íntimo de una nación”.
- 134 (2-3). V: “un trabajo concienzudo”.
- 134 (8). V suprime “y subvencionada”.
- 134 (9). V: “que empleó para constituir”.
- 134 (10-13). V: “contra los turcos. No bastaba nuestro espíritu territorial para decidimos a unas [ilegible] fuerzas, que estaban en oposición con él, y fue necesario acudir a nuestro espíritu religioso, a las influencias políticas y aun a las promesas de contribuir a los gastos de la expedición”.
- 134 (14). V: “historia interna”.
- 134 (16-17). V: “tampoco las guerras de agresión y las luchas por la independencia de un lado y la lucha por sostener la unidad de otro. La unión surge siempre”.
- 134 (18). V: “hereditario, como la de Aragón”.
- 134 (23). V: “establecida; sólo al separarse y por tanto sin carácter agresivo. Un acto como”.

- 135 (1). V suprime “derecho ni”.
- 135 (4). V: “Las palabras”.
- 135 (7). V: “militar es reflejo”.
- 135 (12). V: “proclamando su debilidad”.
- 136 (2). V: “veremos siempre”.
- 136 (5-6). V: “casi estamos por decir”.
- 136 (8). V suprime “la de”.
- 136 (9). V suprime “la de”.
- 136 (9). V suprime “régulo”.
- 136 (9). V suprime “la de”.
- 136 (13-14). V: “la futura supremacía”.
- 136 (19). V: “de los reyes”.
- 136 (19)-137 (1). V: “el pueblo castellano sabe lo que se hace”.
- 137 (4). V: “sino en simple”.
- 137 (5). V suprime “exclusiva”.
- 137 (6). V: “del odio al musulmán”.
- 137 (13). V: “Cuando quisimos presentar”.
- 137 (14-16). V: “la más alta que encontramos es la del creador de nuestro ejército en las campañas de Italia”.
- 137 (19). V: “dar forma a las ideas de España”.
- 137 (21). V: “son inferiores en número”.
- 138 (1). V: “sólo a una cabeza”.
- 138 (9). V: “equiparado a capitanes de bandidos. Las orejas me duelen, desde”.
- 138 (10). V: “de oír la eterna”.
- 138 (12). V: “ser más anchos de criterio”.
- 138 (13). V: “estúpida leyenda”.
- 138 (14). V: “llama así”.
- 138 (14-15). V: “ein Räuberhauptmann”.
- 138 (15-16). V: “Y yo no protesto ni me indigno y me limito a decir”.
- 138 (17). V: “porque no los tienen ni han podido tenerlos”.
- 139 (2). V: “podía darle”.
- 139 (3-4). V suprime “Holanda contaba ya con medios de acción mucho más perfectos, y como además”.
- 139 (7). V: “pero no tan noble”.
- 139 (11). M: “y no”.
- 139 (12-13). V suprime “o mejor, el rey de los belgas”.
- 139 (14). V: “la misma política, si es que se puede atribuir a Bélgica la iniciativa de su rey en el cargo; pero esta política, que pudiera ser peligrosa”. M: “la cual pudiera ser”.
- 139 (14). V: “a la nación de su neutralidad”.
- 139 (16). V: “por esfuerzo propio”.
- 139 (17-18). V suprime “pero esta política, que desde luego es noble y generosa”.

- 139 (18). V: “está también apoyada”.
- 139 (19). V suprime “regular”.
- 139 (20). V: “que no es conquistador quien sirve”.
- 139 (22). V: “sino quien conquista”.
- 139 (23). V: “impulso natural violento”.
- 139 (25)-140 (5). V suprime desde “Y tan conquistadores” hasta “mundo espiritual”.
- 140 (7). V: “ve a un puñado de hombres lanzarse”.
- 140 (8). V: “de un gran imperio”.
- 141 (1). V: “la fuerza espiritual”.
- 141 (3-4). V: “no como azares de guerra”. M suprime “como”.
- 141 (5). V: “y no obstante sin esos”. M: “sin comprender que sin esos”.
- 141 (6). V: “tan calumniados que puede decirse”.
- 141 (7). V: “no hubieran podido venir”.
- 141 (10). V: “recabar también”.
- 141 (13). V suprime “o voluntaria”.
- 141 (14). V: “de que todos somos culpables”.
- 141 (15). V suprime “ya”.
- 141 (15-16). M: “no hay modo de separarlos”.
- 142 (4). V: “empieza ya a parecernos”.
- 142 (6). M: “nos fijamos en las apariencias”.
- 142 (13). E suprime “le”.
- 142 (14-15). V: “nos maravilla que un banquero se embolse un millón haciendo una jugada”.
- 142 (16). V: “o acaso acudir”.
- 142 (19). V: “países en que el crédito”.
- 142 (21). V: “capital muerto”.
- 142 (21). V suprime “él”.
- 142 (21). V: “en manos entendidas”.
- 142 (23). V: “los trabajadores pobres”.
- 142 (25). V suprime “a”.
- 142 (25). V: “para que”.
- 142 (26). V: “adquiriendo buenos hábitos”.
- 142 (27). V suprime “Todo esto está muy bien”.
- 142 (29). V suprime “(que en todas partes las hay)”.
- 143 (1). V: “muy por debajo”.
- 143 (3). V: “en forma de guerrillas”.
- 143 (5). V: “encauzada por el contacto con el que toma el préstamo y la misma”.
- 143 (6). V: “su radio de operaciones”.
- 143 (7). V: “este radio se alarga”.
- 143 (8). V suprime “colosales y”.
- 143 (14). V: “No amo la propiedad”.

- 143 (17). V: “nació y vivió”. M: “nació y murió”.
- 143 (18-19). V: “hasta que las vende”.
- 143 (21). V: “aplasten a quien las habite”.
- 143 (22). V: “no se funda”.
- 143 (24). V, M: “fija, a expensas de”.
- 143 (26-27). V: “del vivir y que no está regida por la justicia sino por la estrategia”.
- 143 (31). V: “más cada día”.
- 143 (31). V: “sin embargo el trabajo manual es la tabla de salvación”.
- 144 (6). V: “la piedad humana”.
- 144 (9). V suprime “veces”.
- 144 (13). V suprime “más”.
- 144 (13). V: “más cerca”.
- 144 (17). V: “quién de los dos” [Al margen:] “Ej. de los molinos”.
- 144 (22). V: “llega con la práctica”.
- 145 (1-2). V: “basta ya para levantarlo y ennoblecerlo a mis ojos, para montarlo muy por encima”.
- 145 (4). V: “que mira sólo”.
- 145 (5). V: “cuando se hablaba”.
- 145 (7). V: “trabaja sólo por”.
- 145 (10-11). V: “de parte de los ya casi extinguidos émulos de san Crispín, de quien se sabe de fijo que no trabajó”.
- 145 (12-13). V suprime “ni hubiera llegado a santo si hubiera sido fabricante”.
- 145 (17). V: “que no confiando lo suficiente en la acción”.
- 145 (18). V suprime “en la que no se tiene absoluta confianza”.
- 145 (19). V: “y desean tomar”.
- 145 (22). V: “y solemne de las naciones”.
- 145 (23-24). V: “con absoluto desembarazo”.
- 145 (24). V: “Esto es lógico y científico en teoría, pero no es español”.
- 145 (25). V: “destruir esas anomalías”.
- 145 (26-27). V: “como el que padecen hoy con todas las naciones europeas”.
- 145 (28-29). V: “Cuando todas aumentan”.
- 145 (29). V: “de un modo formidable”.
- 145 (30). V: “se muestran refractarias”.
- 145 (31)-146 (2). V: “Inglaterra, que sólo tiene un ejército apropiado”.
- 146 (2-4). V: “de su política y funda su razón de ser sobre su poder naval, y España, que sólo quiere un ejército suficiente para mantener el orden interior y confía la salvaguardia de su independencia al espíritu del territorio”.
- 146 (7-11). V suprime desde “Y acaso” hasta “fuerzas navales”.
- 146 (12-13). V: “posible, digo, destruir ese espíritu y confiarnos completamente a un”. M: “posible, digo, destruir”.

- 146 (14-15). V: “independencia, que hoy día podía privarnos, estaría siempre amenazada”.
- 146 (16). V: “se ha formado un ejército”.
- 146 (17). V suprime “hombres, más aún”.
- 146 (17). V: “de quinientos mil hombres”.
- 146 (19). V: “que encontremos una cabeza”.
- 146 (21). V: “sale al encuentro del enemigo que ataca por el norte”.
- 146 (22). V suprime “tres o”.
- 146 (22). V: “mayor en número”.
- 146 (23-24). V: “los principios del arte militar, quedamos derrotados, aplastados, como lo fueron los franceses”.
- 146 (26). M: “sitie a Madrid”.
- 146 (26-27). V suprime “disperse los restos de nuestro ejército derrotado”.
- 146 (28). V suprime “luego”.
- 146 (28-29). V: “un tratado en que nos sangren y nos mutilen”.
- 146 (30). V: “se nos diga”.
- 146 (30-31). V: “las formas que hoy exige”.
- 147 (1). V: “sólo una lucha”.
- 147 (2). V: “que juegan con los hombres como”.
- 147 (7-9). V: “virtualmente derrotada por otra de treinta o cuarenta para caer en la esclavitud más vergonzosa, en la de los números. Ante este espectáculo, un alma noble se subleva”.
- 147 (11). V: “con arreglo a una”.
- 147 (12). V suprime “desiguales”.
- 147 (13). V suprime “también”.
- 147 (15). V suprime “pues”.
- 147 (18). V: “ejércitos como los de”.
- 147 (20). V: “peninsular que tenga como Jano dos caras, una mirando al campo donde se dan las batallas regulares y otra a la montaña donde se halla un último y seguro refugio para defender la independencia”.
- 147 (21-23). V: “cuando sabe que va contra el enemigo con un millar de compañeros”.
- 147 (25). V: “anulado en una masa tan formidable”.
- 147 (26). V: “que allí no va a obrar como hombre”.
- 147 (29-30). V: “un desastre al ejército de cualquiera de las naciones militares de Europa, quedan de hecho desmoralizados”.
- 147 (31). V: “no está dentro del soldado”.
- 148 (1). V: “la confianza que se pierde”.
- 148 (3). V: “mientras que su fuerza principal es”.
- 148 (6). V: “que echemos y al andar”. M: “que echemos, al andar”.
- 148 (12). V suprime “las”.
- 148 (13). V: “en una nación ordenada”.
- 148 (14-15). V: “Ni esto ni aquello; ni esto porque no puede ser, porque no

debe de ser; ni aquello porque no es decoroso cruzarse enteramente de brazos”.

148 (17)-150 (7). V: “de menosprecio y de escarnio; así en lo que concierne a nuestro espíritu militar no es difícil fundir en un solo organismo lo que pide nuestro carácter y lo que pide la guerra de nuestro tiempo; esa obra estuvo ya realizada en nuestra época de apogeo militar y no exige grandes quebraderos de cabeza; basta constituir los pequeños núcleos o unidades de combate, con tal solidez y vigor que lo mismo sirvan para formar unidos un ejército regular que para morir separados en caso de dislocación como centros de suprema resistencia; el ejército, pues, no debe destruir el espíritu guerrero individual de los habitantes del territorio, debe contar con él, debe apoyarse en caso extremo sobre él. Para conseguir esto hay que desechar las organizaciones artificiales imitadas de los triunfadores, hay que tener una organización exclusivamente nuestra, creada por nosotros y para nosotros. Y esa organización se reduce en sustancia a procurar que cada unidad de combate sea como una reducción de la nación entera. Si otros ejércitos son órganos especiales encargados de realizar una función nacional, el de España debe de ser la nación misma, integrada y representada en cada uno de los núcleos irreductibles de que ese ejército se compone. Una compañía debe tener una sola cabeza, un capitán; éste es el hombre de acción y el de arte, éste es el especialista. Que los que están bajo su dirección además sean miembros de todas las clases sociales, la unidad de combate sea como un aspecto de la acción disciplinada y adiestrada para la guerra. Soy menos que aprendiz en materias de arte militar, pero en mi opinión la idea más justa y de más alcance que haya sido lanzada a la luz pública en estos tiempos acerca de la organización militar de España se debió al notable ingeniero don José Gago: la substitución de la oficialidad de colegio por miembros de la nobleza, un pequeño detalle que lleva en sí la restauración del espíritu militar y podría decirse social de España. Es un error suponer que la superior instrucción técnica sea siempre un bien. La instrucción es perjudicial cuando se coloca a quien la posee en un grado inferior al que le corresponde. Yo he tenido ocasión de observar que el que apenas alcanza a comprender la función que se le confía presta mejores servicios que el que la domina con gran holgura; el que apenas llega se esfuerza y llega al fin; el que se pasa no puede ya llegar; es una reserva útil si algún día hace falta su concurso para obra de más aliento pero en su función regular es un perturbador. En las unidades de combate debe de haber como digo una cabeza; los demás son combatientes o fuerzas morales que man- [al margen] tengan la cohesión de las unidades y entre estos y el que los gobierna, la cual no hay que esforzarse por crearla y organizarla sino que surge ella espontánea siempre que la agrupación de

- compañías deje de ser un artificio y se convierta en esa creación [ilegible] íntegra de cuanto la nación ha sido y es [fin de nota al margen].
- 149 (16-17). M: “lo que en un país”.
- 149 (25). M: “esto último, con ser”.
- 150 (8). V: “Contados serán”.
- 150 (10-11). V suprime “No hay medio de escapar de tan manoseado tópico”.
- 150 (11-12). V: “las ideas vienen al espíritu de un hombre cuando éste ve una nave”.
- 150 (13). V: “revelan la concepción”.
- 150 (17). V: “como si fuera portador”.
- 150 (21). V: “por último veo”.
- 151 (2). V: “Por un momento”.
- 151 (3). V: “que brota limpia”.
- 151 (7). V: “de que el poder humano dispone”.
- 151 (8-9). V: “en hecho material, manchada por el contacto de la bajeza inseparable de nuestra actual condición”. M: “manchada por el contacto de la bajeza de lo material”.
- 151 (12). V: “de más alto”.
- 151 (13). V: “que pueda descender”.
- 151 (13-14). V: “más puro y más simple”.
- 151 (17). V: “de la evolución natural”.
- 151 (18). M suprime “se”.
- 152 (3). V: “por las leyes”. M: “que en España se rigió”.
- 152 (4). V: “por las leyes”.
- 152 (8). V suprime “todo”.
- 152 (11). V, al final del párrafo, indica que pasa al folio 24.
- 152 (12-14). V suprime desde “España no ha tenido” hasta “Así, cuando”.
- 152 (15-25). V: “los vínculos jurídicos de la nación, desapareció la unidad legislativa y nació algo muy español, el fuero. Las regiones querían tener reyes propios”.
- 152 (26-28). V: “querían campar libremente por sus respetos”.
- 152 (29). V: “entonces estuvo España”.
- 153 (10). V: “considera como justo”.
- 153 (12-13). V: “metódica de la ley escrita”.
- 153 (13). V: “el otro lleva”.
- 153 (15). V: “los extremos de la justicia”.
- 153 (16). V: “graciosamente concedido”.
- 153 (17). V: “también hubo”.
- 153 (19). V: “de retoques y de zurcidos”.
- 153 (22). V: “Doloroso es decirlo”.
- 153 (26). V, M: “pero aún no ha podido”.
- 153 (26). V: “de los bajos instintos sociales”.

- 153 (27). V, M: “que se aferran”.
- 153 (29-30). V suprime “para mantener el buen orden social, o en términos más claros”.
- 154 (1-2). V: “entre el espíritu de los códigos y la letra”.
- 154 (9). V: “pueblo en que la literatura”.
- 154 (10). V: “dirigida a desacreditar”.
- 154 (14). V: “es decir redondamente que”.
- 154 (19). V: “como yo, han estudiado”.
- 154 (25). V: “con la seriedad”.
- 154 (26). V: “que la importancia del asunto”.
- 154 (29). V: “a un hombre que ha hecho”.
- 154 (29-30). V: “de esta manera, o bien aquella manera”.
- 154 (31). V: “ir así a ciegas”. E suprime “yo”.
- 155 (4). V: “Desconfía”. M: “que él crea. No desconfía”.
- 155 (6). M: “imparciales o inteligentes”.
- 155 (6-9). V: “no porque esos jueces sean menos inteligentes o imparciales que los de otros países sino porque no quiere abdicar”.
- 155 (11). V: “no arranca sino de”.
- 155 (11). V: “al contrario, proviene de”.
- 155 (12-13). V: “que acaso vienen a dar un término medio, superior”.
- 155 (14). V: “estricta y rigurosamente aplicada”.
- 155 (15). V: “la aspiración al ideal puro de justicia”.
- 155 (16). V: “nos desagrada”.
- 155 (16). V: “nos enfurecen”.
- 155 (16-17). V: “deseamos un precepto”.
- 155 (23). V: “jurídico halla donde morder y donde herir”.
- 155 (25). V: “a grito herido”.
- 155 (26). V: “y nos desacreditan”.
- 155 (26-27). V: “regularmente y sin protestar”.
- 155 (27). V: “que tienen más anchas”.
- 155 (30). V: “por esto”.
- 156 (2). V: “de la patria”; porque el espíritu”.
- 156 (7). V: “de modo que”.
- 156 (8). V suprime “no se paran a tiempo”.
- 156 (8). V: “proseguir su obra”.
- 156 (11-12). V: “desorden judicial”.
- 156 (17). V: “de Séneca no era”.
- 156 (22). V: “pero sin desconocer”.
- 156 (24). V: “de la constitución humana”.
- 156 (24). V suprime “nos”.
- 156 (27-28). V: “de sus mismas flaquezas”.
- 156 (31). V: “anomalía de nuestro carácter”.
- 157 (14). V: “libertar a todos y a cada uno de los condenados”.

- 157 (15). V: “de las que mantienen la rebelión”.
- 157 (18). V: “no hay derecho para castigar a unos culpables mientras”.
- 157 (20-21). V suprime “nobles y generosas, aunque”.
- 157 (22). V: “de las sociedades, pero nobles y generosas”.
- 157 (23). V, M: “de los otros es”.
- 157 (24). V suprime “a la vez”.
- 157 (25). V: “Este es el pensamiento jurídico español, y no se crea que estas anomalías jurídicas se quedan”.
- 157 (26). V: “sin ejercer influencia”.
- 157 (30). V: “de la sociedad de la que forma parte”.
- 158 (1-2). V: “con su labor sorda”.
- 158 (4). E suprime “a”.
- 158 (11). V: “a los principios de moderación y templanza a la sazón imperantes”.
- 158 (12). V: “un Código excesivamente severo”.
- 158 (15). V: “Se castiga con solemnidad”.
- 158 (16). V: “satisfacer el deseo”.
- 158 (17). V: “se indulta”.
- 158 (18). V: “el deseo de perdonar”.
- 158 (19). V: “Si fuese posible descender al análisis”.
- 158 (20). V: “nos convenceríamos de que”.
- 158 (26-27). E: “de reconstruir la unidad”.
- 158 (27). V: “pudiera decirse así”.
- 158 (29)-159 (4). V: “de una vez, puesto que tanto los intereses como los ideales de los reinos oriental y occidental de España eran o parecían contradictorios. Castilla pudo ser mediterránea”.
- 159 (6). V: “imaginar conociendo como conocemos las consecuencias”.
- 159 (9). V: “fuera aún”.
- 159 (9). V: “Yo creo sin embargo, que siendo”.
- 159 (11). V: “análoga, si no idéntica”.
- 159 (12). V: “esta unidad y el exclusivismo de la acción”.
- 159 (13). V: “más sólidas y duraderas”.
- 159 (14). V: “que las que nos proporcionó nuestra política continental”.
- 159 (19). V: “la Beltraneja, del otro”.
- 160 (1-8). V: “Un pueblo que respeta la ley escrita no vacila en caso tal; Juana había nacido en posesión de estado civil y con arreglo a los principios jurídicos universales, necesarios para sostener el régimen familiar, no cabía meterse en terreno tan delicado como el de las averiguaciones tan discretas sobre los devaneos de la reina y de su favorito. ¿Qué sería”.
- 160 (9-10). V: “civil y cumplir con estricta”.
- 160 (16). V: “no se rige por textos legales”.
- 160 (18-20). V: “mejor o peor conocidos, y cuando aspira a que sus reyes

sean legítimos ha de acercarse todo lo más posible a las alcobas reales para saber a qué atenerse”.

- 160 (20). V: “la malventurada Juana de Castilla”.
- 160 (22). V: “lo procedente, sino que”.
- 160 (22). V: “amparado por”.
- 160 (24). V: “de Isabel de Castilla”.
- 161 (6). V: “del alma de un pueblo”.
- 161 (7). V: “de cada pueblo”.
- 161 (13). V: “para llenar los huecos”.
- 161 (15-17). V suprime el paréntesis.
- 161 (20-21). V: “espiritual de cada individuo”.
- 162 (5). V suprime “por acaso”.
- 162 (10-11). V: “inteligibles desde lo arcano hasta lo evidente”.
- 162 (15-16). V: “es posible que lo concrete diciendo que lo infinito”.
- 163 (6). V: “no serán como fuerzas”.
- 163 (11). V: “mediante el único medio que está al alcance de los humanos, la muerte”.
- 163 (14). V: “de nuestras almas”.
- 163 (15). V: “al ideal y si cada hombre”.
- 163 (18-19). V: “el modo de la comparación, hay que acudir a ella por lo exacta”.
- 163 (20)-164 (23). V: “una sabia división del trabajo. Inculpar a España por su desuso de las ciencias de aplicación es a mi juicio tan absurdo como censurar a Noruega porque no dedica atención preferente al cultivo de la caña de azúcar. En España ha habido hombres de ciencia y los hay; pero cuando no son inteligencias mediocres se sienten arrastrados hacia las alturas en que la ciencia se desnaturaliza, combinándose”.
- 163 (24). E: “sobre estos tres”.
- 165 (1). V: “maneja las ciencias prácticas”.
- 165 (3). V: “sobre Medicina moderna”.
- 165 (5-6). V suprime “la religión muchas veces se confunde con el arte. A su vez”.
- 165 (8-9). V: “con los otros rasgos salientes de nuestro carácter”.
- 165 (11-13). V: “no se dice casi nada sobre nuestro espíritu artístico, en el cual lo esencial y más importante no es la tendencia ideal sino la ‘obra en sí’ como concepción y como ejecución”.
- 165 (14). V: “tienen también personalidad”.
- 165 (16). V suprime “entre sí”.
- 165 (16-17). V: “punto de conexión”.
- 165 (20). V: “el fondo del arte arranca de la composición ideal”.
- 166 (1). V: “Antes de ahora he escrito yo”.
- 166 (3-4). V: “ese juicio que para mí es por lo menos paradójico y exacto, según el modo”.

- 166 (6-7). V: “que no es sólo un genio, sino que es”.
- 166 (9-10). V: “hasta el día, era también un ignorante. No es que yo eche de menos ninguna”.
- 166 (10). V: “ni tampoco que halle”.
- 166 (10). V: “que produce los anacronismos”.
- 167 (4). E: “total del cuadro”.
- 167 (7). V suprime “sólo”.
- 167 (13). V: “remata bien una obra; ordinariamente o se pasa o no llega. Esta inseguridad”.
- 167 (15). V: “de las que forman”.
- 167 (17-18). V: “los espíritus medianos y si acaso los grandes”.
- 167 (18). V suprime “también”.
- 167 (19-20). V: “originales en vez de traer consigo un ennoblecimiento”.
- 167 (21). V suprime “antes”.
- 167 (24). V: “Y no se piense”.
- 167 (26). V: “universal en nuestras artes”. E: “universal en nuestro país”.
- 167 (27). V: “en España se dice con razón que no hay”.
- 167 (28-29). V: “los artistas grandes como los pequeños”.
- 168 (2-8). V: “como dicen los romances de ciegos cantados en las plazuelas. Cuando un español coge la pluma o el pincel dan ganas de decir: que los cielos te otorguen su protección, porque según todas las trazas tú estás dispuesto igualmente para crear una obra maestra que para dar”.
- 168 (11). V: “es la obra típica”.
- 168 (12). E suprime “un”.
- 168 (17-18). V: “a idear su creación, tiene ya dentro un genio”.
- 168 (20). V suprime “pudiera decirse”.
- 168 (23). V: “artificio en don Quijote”.
- 168 (25). V suprime “las”.
- 169 (6-8). V: “por Calderón, que era muy inferior, que se servía de tipos convencionales, no tan lozanos como los del teatro de Lope”.
- 169 (9-11). V: “y escenas cierta intensidad íntima y emoción interiores sin la cual no existe obra que dure permanente. Y no se crea”.
- 169 (13). V suprime “del artista”.
- 169 (13-14). V: “es tan excesiva como en España, poco”.
- 169 (15). V: “cada cual hace lo que tiene a bien”.
- 169 (16). V: “y aciertos, aunque parecen invariables, dependen”.
- 169 (18). V: “para entretener sus vacaciones”.
- 169 (19-20). V: “*La Celestina* y ni Lope ni Calderón han podido igualarlo a él”. E suprime “dramática”.
- 169 (21). V: “Cuando el teatro español”.
- 169 (24-25). V: “la culpa, más que de aquella turba fanática, es de Lope”.
- 169 (26). V: “de nuestro carácter independiente”.

- 169 (26-27). V: “pretenden manejar el arte como”.
- 169 (27-28). V: “un arte mediocre y decoroso”.
- 169 (29)-170 (3). V: “una *Concepción* obra de la escuela industrial sevillana que me hizo pensar que si el autor de aquel atentado era un pintor de brocha gorda, al menos manejaba la brocha como Murillo debía de manejar el pincel. Yo no acepto”.
- 170 (5). V: “quien en resumidas cuentas conocía”.
- 170 (6). V: “Si no hubiera remedio”. M: “Si no hubiese remedio”.
- 170 (7-9). V: “preferible es ser alternativamente geniales o tontos, que no ser constantemente”.
- 170 (10). V: “no obsta para que se señale”.
- 170 (11). V: “es el exaltado”.
- 170 (12). V: “nos lleva primero a no hacer”.
- 170 (13). V: “de oposición y segundo a no hacer”.
- 170 (14). V: “a trabajar sin orden ni concierto”.
- 170 (16). V: “de Corneille, nacido de una falsa interpretación del clasicismo, imperaba”.
- 171 (1-2). V: “principios del arte griego”.
- 171 (3). V: “demostrando la innegable superioridad”.
- 171 (5). V: “no era en realidad más que un reflejo”.
- 171 (6-7). V: “de la seriedad y sobriedad del teatro”.
- 171 (13-14). V: “sin reflexión ni medida por nuestro Lope. Por eso nuestra”.
- 171 (19-22). V: “Lo más curioso es que las anomalías que de nuestro carácter provienen no se pueden evitar como en otros países se evitan, por medio de la imitación de los buenos modelos formando escuelas artísticas”.
- 171 (22). M: “modelos, formando”.
- 172 (1-3). V: “son inimitables por su excesiva fuerza personal; y así se explica el fenómeno, extraño al parecer, de que siendo”.
- 172 (3-4). V: “nuestro arte como nuestra historia sean una continuada”. M: “siendo tan independientes nuestro arte como nuestra historia, sea una continuada”.
- 172 (4-5). V suprime “de influencias extrañas”.
- 172 (7-8). V: “de España a fin de equilibrar nuevamente nuestro gusto estético; y apenas nuestro gusto está”.
- 172 (11-12). V: “como por ejemplo la música que en su carácter genuinamente”.
- 172 (14). V: “dos pléyades de pintores”.
- 172 (15). V: “los unos en Italia, los otros en Francia”.
- 172 (16). V: “elevado”.
- 172 (24). V: “cómo nosotros hemos”.
- 172 (25-26). V: “de Europa sin fundar grupos, porque la tendencia es”.

- 172 (27-28). V: “por muy en predicamento que estén”.
- 172 (29). V suprime “propio y”.
- 172 (30)-173 (1). V: “que ningún poeta o escritor acepta lecciones de sus conciudadanos contemporáneos por muy empingorotados que sean”.
- 173 (1). V: “todos deseamos ser”.
- 173 (5). V: “¿Es de todo punto imposible modificar”.
- 173 (7). M: “Yo creo que sí”.
- 173 (7-9). V: “que nos destrozan y nos consumen? Yo creo por lo menos que algo se adelantaría si se comprendiera a fondo por qué se ha caído en tan completa anarquía. Porque el espíritu de independencia no lo explica todo. A pesar de él se han constituido dos naciones”.
- 173 (9). V: “no ha podido ser una sola”.
- 173 (11). V: “alguna cohesión ha podido darse”.
- 173 (13-14). V: “la anarquía parte de”.
- 173 (14). V suprime “éstas”. M: “de las literaturas de las regiones”.
- 173 (17-18). V: “la cohesión, siendo así que lo que hace es sacar”.
- 173 (20). V: “intelectual para lanzarlos”.
- 173 (22). V: “donde no se encuentra”.
- 174 (9). E: “los hombres de valor”.
- 174 (19-20). V: “españolas no hay más remedio que buscar el lazo de unión en las ideas”.
- 174 (21). V: “de las ideas”.
- 174 (22). V: “(casi iba”.
- 174 (22-23). V: “de los procedimientos”.
- 174 (23). V: “de los estilos”.
- 174 (23-24). V: “de las escuelas”.
- 174 (24). E: “no es tan fácil relacionarlos”.
- 174 (24-26). V: “porque en España no hay medio de juntar a los unos con los otros para que formen una verdadera Escuela”.
- 174 (27)-175 (1). V: “representados por grupos ni por doctrinas”.
- 175 (3). V: “¿Cómo se explica que en Francia haya cuatro”.
- 175 (4). V suprime “o cronistas”.
- 175 (5-6). V: “escriben con aplomo, como los grandes escritores. Es que el espíritu patriótico”.
- 175 (8-10). V: “esa gente menuda no hace nada bueno, pero tampoco hace ningún daño”.
- 175 (10). V: “sólo sirve para dar a la prensa periódica el aspecto salvaje que tiene”.
- 175 (12). V: “mi amigo y discípulo”.
- 175 (13). V: “españoles que no sólo escribe sino que piensa aún en castellano”.
- 175 (15-17). V: “no hay prenda más individualista que la capa ni más difícil de llevar, sobre todo cuando es de paño burdo y de las que llegan al suelo”.

- 175 (19). V: “españoles la llevan arrastrando”.
- 176 (3). V: “era doble”.
- 176 (5). V: “los que se quedaban”.
- 176 (7). V: “porque creo”.
- 176 (8). V: “vive con vida interminable son”.
- 176 (8-10). V: “también han de vivir los individuos que son los creadores de las ideas y las especies en cuanto son necesarias para”.
- 176 (12). V: “en que ésta nos asalta”.
- 176 (14). V: “de amar a la patria”.
- 176 (15). V: “cada cual la ame”.
- 176 (19). V: “Los que no combaten”.
- 176 (20). E: “por lo menos en arrebatados”.
- 176 (22). V: “Goethe decía”.
- 177 (1). V: “acusaban de poco patriotismo”.
- 177 (6-7). V: “Así es la verdad; mucho vale”.
- 177 (8). V: “más vale el espíritu”.
- 177 (13-14). V: “engrandecimiento no se consigue con el mero”.
- 177 (15). V suprime “tan”.
- 177 (16). V, M: “sólo un reflejo”.
- 177 (26). V suprime “en nuestro territorio”.
- 178 (1). V: ilegible por deterioro hasta “podría”.
- 178 (2). V: “por una ‘Estrella’ ”.
- 178 (5-6). V: “golpe dirigido contra los moros”.
- 178 (7). V: “y podía temerse”. M: “porque el mahometismo”.
- 178 (7-10). V suprime “pues el mahometismo lleva en sí un germen de violencia, que hoy parece extinguido y mañana reaparece encarnado en un pueblo más joven que de nuevo le da calor y vida”.
- 178 (12-13). V: “que se mantuviese en nuestro suelo invadido, sino que pasara al territorio de las agresiones”.
- 178 (15-16). V: “bajo la igualdad del tanto monta”. E: “constituyeron más”.
- 178 (16-17). V suprime “constituyendo más que una unión una sociedad de socorros mutuos”.
- 178 (18). V: “debía de ayudar”.
- 178 (19). V: “empresas en Italia”.
- 178 (19). V: “en ese mismo”.
- 178 (22). V: “pensamiento de ayudar a Colón”.
- 178 (23). V suprime “con esto”.
- 179 (3). V: “con la incorporación de los Países Bajos a España. Y luego, por la combinación”.
- 179 (4). V: “políticas nacieron las políticas”.
- 179 (7). Desde aquí y hasta el final de la parte B, Ganivet rehízo por completo el texto, que en V era como sigue: “Los que creen como yo que la acción política y militar de España durante los Austrias y los Bor-

bones ha sido una interrupción, ¡interrupción gloriosa, épica pero interrupción!, de nuestra historia son acaso los que pueden juzgar con más imparcialidad y cordura sobre los hechos y consecuencias que aquella doble acción engendró y dejó de sí; porque jamás se explicará nuestra misión política en Europa ni nuestro definitivo desastre si no se arranca de la afirmación, mejor dicho, del axioma de que nuestras energías fueron encaminadas a la defensa de un contrasentido, cuya sola disculpa fue y es el estar amparado por las ideas entonces imperantes en materia de [ilegible] prácticas de gobierno. [ilegible] si en virtud del derecho natural hubiera de incorporarse a España un reino sin conexión con nuestro interés político renunciaríamos generosamente a él, poniendo por encima del derecho [ilegible] la conveniencia nacional. Entonces no era así. Pero esta disculpa no ha de entorpecer el juicio exacto de los hechos ni impedir que se afirme que el empeño de una nación peninsular como España en proceder como las naciones del Continente fue una gran obcecación que nos trajo nuestra ruina militar y naval. En España había dos acciones naturales y lógicas; la de Castilla y la de Aragón, esto es, la de África y la de Italia; y después de unido Aragón a Castilla, la acción en Italia debió de perder mucho terreno. Los descubrimientos y conquistas en América, que tan profunda brecha nos abrieron, harán también su justificación en nuestro carácter, en nuestra fe y la fatalidad providencial con que nos cayó sobre los hombros tan pesada carga. Pero nuestra acción en el centro del continente fue un inconmensurable absurdo político.

Y en aquella época hubo también quien lo comprendió así; hubo muchos y los unos se murieron y a los otros los degollaron. Para mí la muerte de Cisneros, muerte oportuna, que lo libró de recibir en el rostro la bocanada de aires extraños que traía consigo el joven Carlos de Gante, fue la muerte de Castilla; y la decapitación de los Comuneros fue el castigo impuesto a los refractarios, a los que no querían caminar por las nuevas sendas abiertas a la política de España. Los comuneros no eran liberales o libertadores como muchos quieren hacernos creer, presentándolos como héroes románticos, inflamados por ideas nuevas y generosas y vencidos en el combate de Villalar por la superioridad numérica de los imperiales y por una lluvia contraria que les azotaba los rostros y les impedía ver al enemigo; eran castellanos exclusivistas y rígidos, que defendían la política tradicional y nacional contra la política innovadora y europea de Carlos I. Y en cuanto a la batalla de Villalar, es cosa averiguada que no llegó a darse.

En España no había un solo hombre capaz de comprender la política de Carlos I y esto indica, sin necesidad de más demostraciones, que era una política ajena a nuestro sistema. Carlos I fue un hombre providencial en cuanto vino a tiempo para gobernar nuestra nación, lleván-

do de frente las numerosas y constantes victorias políticas que des-puntaron casi a la vez. Él acudió a los Países Bajos y a Italia y a Túnez y a América; fue capaz de abrazarlo todo con golpe de vista amplio, admirable y certero; pero su obra no podía durar porque era personalí-sima, porque él miraba a España desde fuera y nos atribuía las mismas ambiciones que a él, nacido en un país que era el centro de la política continental, le devoraban.

Y bien pronto se había de ver cuán funesta era su política; porque al pasar el poder a manos de Felipe II, que ya era español y lo veía todo con ojos de español, nuestra política se convirtió en un azote de Euro-pa y nos despeñó en los abismos de la decadencia más rápida y pro-funda que registra la historia nacional. Felipe II era un hombre admi-rable por lo honrado y por lo sincero; en su espejo debieran mirarse muchos monarcas que antes de él y sobre todo después de él, se ufa-naban y ufanan de su potestad sobre los reinos, cuya conservación les exige sufrir humillaciones análogas a las que sufren los ambiciosos, vulgares para mantenerse en puestos debidos a la intriga y al favoritismo. Felipe II quiso ser realmente lo que era de derecho, quiso reinar y gobernar (el reino y él gobernar), quiso que la dominación española no fuese una etiqueta útil sólo para satisfacer la unidad nacional, sino un poder efectivo, en posesión de facultades y atributos propios de la soberanía, una fuerza positiva que imprimiese la huella de su carácter sobre todos los del mundo. Con ese criterio constante planteó y resolvió cuantos problemas políticos fue presentando su tiempo y a su tenaz concepción fueron debidos sus triunfos y sus fracasos y la decadencia que vino después. Porque el espíritu que ha existido en Europa menos capaz de imponerse a los demás es el espíritu español. Nuestro carác-ter no es flexible, nuestras ideas no son generales y aptas para acomodar-se a varios estados sociales, como por ejemplo las ideas francesas; nuestro pensamiento es más riguroso, más original, pero por eso [ile-gible]”.

181 (3). E suprime “les”.

184 (21). E: “fuerzas constituidas del país”.

185 (7). E suprime “y”.

187 (6). M suprime “algo más tarde”.

190 (6). E: “habría podido”.

190 (7). E: “se hubieran hallado a la altura”.

192 (5). M: “que se le van ofreciendo”.

193 (14). M: “Si se fija claramente cuál debe ser en lo por venir”.

199 (17). E: “ni debe practicarlas”.

203 (11). M: “aparecen perfectamente”.

203 (28). E: “han degenerado a América”.

204 (30). E: “el mote de yanqui”.

- 205 (3-4). E: “soy de Illinois”.
- 205 (13). M: “costarricense, salvadoreño o nicaragüés, dice”. E: “nicaragüés”.
- 205 (29). E suprime “de”.
- 207 (22). E suprime “seriamente”.
- 208 (3-4). M: “marcadamente nacional”.
- 208 (8). E: “no es la de la flor”.
- 209 (1-3). M: “en sacrificarla; más preciosa es la vida y se la sacrifica por la patria cuando la patria así lo exige”.
- 209 (10). M: “el amor a lo verdadero o a lo bello”.
- 209 (13). M: “o del arte, es excitarlos”.
- 209 (15). E: “a las grandes alturas”.
- 209 (23). M: “los genios morir de hambre”.
- 210 (9). M: “esforzarse por”.
- 210 (10). M: “y luego por llevarlo”.
- 211 (14). M: “la vecindad, la patria común, la raza”.
- 211 (24). M: “en comunicación espiritual”.
- 215 (6). M: “lo indigno de que hombres”.
- 215 (12). E: “escena, es seguro”.
- 215 (13). M: “por haber tenido semejantes”.
- 215 (14). M: “un infeliz agonizante”.
- 215 (22). M: “comprendidos están en”.
- 215 (26). M: “espontáneas e incomprensibles”.
- 216 (8). E: “deseada y dijo”.
- 217 (1). E: “convertido en moneda”.
- 218 (9). E: “el extremo litoral”.
- 219 (31). M: “una bacanal republicana”.
- 220 (2). E suprime “de”.
- 220 (5). E suprime “de”.
- 220 (31). E suprime “digno”.
- 221 (23). E: “espiritual; por este”.
- 222 (20). M: “La idea de unidad no tiene”.
- 224 (31). E: “natural geométrica y”.
- 225 (5). E: “llegara a reconstruir”.
- 226 (6). E: “hacia la acción reflexiva”.
- 226 (8). E: “Necesitamos reconstruir”.
- 226 (31). M: “más luz y aire del que necesitamos”.
- 227 (5). M: “debe de costar”.
- 228 (22). M: “para ello habremos”.
- 229 (1). M: “este concepto es metafísico”.
- 229 (7). E: “decirle al padre”.
- 231 (23-24). M: “al hacerse independientes eran nacionalidades”.
- 232 (16). E suprime “antigua”.

- 234 (6-8). M: “si había de ser a la imagen absurda y censurable que hoy se emplea en África”.
- 235 (15). M: “para que lo destruyan”.
- 235 (23). M: “se aprovecha poco y mal de sus”.
- 236 (11). E: “factores inconscientes”.
- 238 (1). V: “Para decidir con fallo inapelable cuál, entre muchas creaciones artísticas, es la más grande y al mismo tiempo la más duradera y beneficiosa, no hay más que contrastar el pensamiento”.
- 238 (1-2). V suprime “de una obra maestra de arte”.
- 238 (3-6). V: “en que tuvieron origen, y ver si independientemente del propósito del autor la obra de arte concuerda con la obra nacional”.
- 238 (8). V: “de la obra es mayor”.
- 238 (9). V: “fuerzas de un modo invisible, confundiendo sus ideas”.
- 238 (10). V: “siendo como un reflector”.
- 238 (11). V: “en el que las ideas”.
- 238 (13). V: “obras magnas”.
- 238 (14). V: “*es sueño*, porque en ella Calderón nos da un caso”.
- 238 (15). V: “simbólico general”.
- 238 (15-16). V suprime “nos da el artista”.
- 239 (3). V: “de gentes a quienes”.
- 239 (16-17). V: “de conquistarla, pero hay maneras varias de ser glorioso; en primer término, hay”.
- 239 (18). V: “conquistada con el esfuerzo”.
- 239 (21). V: “del combate de fuerzas contra fuerzas”.
- 239 (22-23). V: “más triste de destruirse mutuamente en luchas intestinas en las que se revela más que otra cosa la ignorancia que un pueblo tiene de sus verdaderos destinos, la falta de una dir[ilegible] que dé a las energías desparramadas una salida natural y provechosa para la nación. España”.
- 239 (25). V: “desde hace algún tiempo”.
- 239 (27). V suprime “y debilitado”.
- 239 (27). V: “por largos periodos”.
- 239 (29). V suprime “pacífico”.
- 239 (29). V: “por medio de signos”.
- 239 (31). V: “idea (sea cual fuere, pues en esto no hay distinciones) la convierten”.
- 240 (3). V: “exterior que la haga visible”.
- 240 (3-5). V: “a falta de formas artísticas, se acepta una forma que esté más a la mano”.
- 240 (5-6). V: “como medio de destrucción”.
- 240 (6). V suprime “el tumulto, el motín”.
- 240 (8-10). V: “durables que con el tiempo, indirectamente, fueran cambiando lo que debiera de cambiarse en la vida nacional, sirven”.
- 240 (9). E: “algo nuevo destruyen indirectamente”.

- 240 (11). M suprime “todo”.
- 240 (12). V: “forzar la nación”.
- 240 (14). V suprime “nueva”.
- 240 (14-15). V: “espiritual a la ciudad y al Estado”.
- 240 (16). V: “del exterior en cuanto al régimen”.
- 240 (19-21). V: “o utópicas o sólo sirven para distraer la atención y mantenernos constantemente a la expectativa. La única”.
- 240 (24). V suprime “robustecer la organización que hoy tenemos y”.
- 240 (28). V: “engrandecida por medio”.
- 240 (31)-241 (2). V: “la primera en decaer y es la primera que tiene que trabajar en una restauración enlazada con sus tradiciones; por lo tanto”.
- 241 (3-4). V: “europeas y no puede imitar”.
- 241 (4-5). V: “sino que ella tiene que ser la iniciadora de procedimientos políticos nuevos”.
- 241 (7-8). V suprime “ni las que puedan más tarde estar en boga”.
- 241 (8-16). V: “nos sirven, porque nosotros nos hallamos en un periodo político aparentemente inferior, pero en realidad superior al modo que es superior una mujer debilitada y gastada por los naturales quebrantos de la maternidad a una doncella robusta que aún no ha sufrido tan duras pruebas”.
- 241 (17-18). V: “resolver antes que ninguna otra nación no tiene”.
- 241 (23). V: “segunda evolución política”.
- 241 (25-28). V suprime “Porque aquí la unidad no es un artificio, sino un hecho; el artificio sería cortar con la tradición y pretender comenzar a vivir nueva vida, como si fuéramos un pueblo nuevo, acabado de sacar del horno”.
- 241 (29-30). V: “camino abiertos para tomar otros rumbos en el porvenir, sin atender a sus tradiciones; pero”.
- 242 (1). V: “de las leyes históricas”.
- 242 (3-4). V: “acción exterior puede conducir a España a restaurar su grandeza política material”.
- 242 (6). V: “serían como los amores de esos”.
- 242 (7). V: “que en vez de consagrarse”.
- 242 (8). V: “de sus pasiones juveniles”.
- 242 (11). V: “de las nobles escenas”.
- 242 (12). V: “de la inteligencia”.
- 242 (13). V: “familiar entre todos”.
- 242 (15). V suprime “de nuestros ideales”.
- 242 (18-22). V suprime desde “y al cumplir esa misión” hasta “de territorio”.
- 242 (22-23). V: “Nosotros hemos agotado todas nuestras”.
- 242 (24-28). V: “material y hoy nos vemos obligados a cambiar de táctica, a concentrarnos, a crear una nueva fuerza ideal que satisfaga nuestras”.
- 242 (29). V: “y gloriosa y que de paso nos sirvan”.

- 242 (30). V: “reclamado y exigido por la obra”.
- 243 (2). V: “Vivimos como imitadores”.
- 243 (3). V: “regir nuestra evolución”.
- 243 (6). V: “jamás en lo que vamos”.
- 243 (9). V: “no es asunto muy difícil ni complicado”.
- 243 (9)-244 (12). V: “extraordinarios, y en particular sólo pide amplitud de criterio. La realidad da hechas las cosas; un hombre las interpreta sin exclusivismo en forma más o menos perfecta; y los demás aceptan la obra con buena voluntad. Esto es todo. Los poderes no son más que andamiajes: deben de estar bien hechos para que se pueda trabajar sin temor a accidentes; y con esta condición llevan perfectamente sus oficios, puesto que lo esencial no es el andamio sino la obra. La obra de restauración de España está muy (aún más) cerca de los cimientos mientras el andamiaje sube hasta donde con el tiempo llegará el tejado; y aún hay gentes dejadas de la mano de Dios que no están contentas todavía. El punto en que tropiezan las obras de restauración de la vida española es siempre el mismo: la aspiración a buscar en auxilios extraños el medio de resolver lo que solo puede ser resuelto por el esfuerzo propio. La nación entera aspira a la acción exterior como medio de engrandecimiento; las ciudades viven en la mendicidad ideal y económica y todo lo esperan del Estado y cuando quieren ser grandes lo consiguen ensanchándose; los individuos que se sienten capaces se empeñan en suplir el trabajo personal que requiere gastos de iniciativas y de fuerzas, por alguna función rutinaria y retribuida. En suma”.
- 243 (23-24). M: “hay gentes dejadas de la mano de Dios que no están”.
- 243 (25). M: “dirección de la política”.
- 244 (2). M: “sus funciones son rutinarias”.
- 244 (7). M: “que nos hacen falta”.
- 244 (15-16). V: “Dada esta concepción general, los cambios sirven sólo para excitar más”. M: “Dada esta concepción general, los cambios”.
- 244 (16-17). V: “ejemplo bastante claro tenemos en nuestras”.
- 244 (18). V: “el remedio de”.
- 244 (21). V suprime “como se dice”.
- 244 (21-26). V: “de toda clase de doctrinas; pero si las doctrinas se debilitan o degeneran la unidad no es ya útil porque no lleva a fundir todas las fuerzas en una sola acción sino a destruirlas todas, a embrutecer el país en una vergonzosa impotencia. Así pues, la idea de renovar nuestra atmósfera irrespirable estaba justificada plenamente. Y sería digno de aplauso si no hubiera quedado reducida, como tantos otros, a un cambio de rótulo o etiqueta. Porque la libertad de enseñanza no es buena ni mala en sí; es un procedimiento que puede ser útil o inútil, según el empleo que de él se haga”.
- 244 (26)-245 (1). V: “exclusivista es ventajosa cuando”.

- 245 (1). V: “tienen vigor bastante”.
- 245 (2-4). V: “controversia, para sostener el prestigio científico y artístico”.
- 245 (4-12). V suprime desde “por este sistema” hasta “por donde cogerla”.
- 245 (12-13). V: “la parte flaca del sistema es la falta”.
- 245 (17). V suprime “absoluta”.
- 245 (19-20). V suprime “Se decía que”.
- 245 (20). V: “la enseñanza confesional”.
- 245 (21)-246 (1). V: “la atrofia de la inteligencia; la libertad de enseñanza embrutece a la juventud de un modo por desgracia demasiado visible. Sabemos decir que existen en esta o aquella universidad rivalidades”.
- 246 (4). V: “como carreteros. Y qué otra cosa pueden hacer si los maestros, los doctores, buscan también la fama en el escándalo popular, si no hay apenas en España quien cultive la ciencia científicamente y el arte artísticamente, sino utilizando uno y otro como medio de alcanzar las [ilegible] vulgares de la política. Lo que ocurre en la enseñanza es típico, es general, es lo que ocurre en todo. Los dos organismos esenciales de la política, los que tienen mayor trascendencia porque representan entidades reales, son el Estado y el Municipio, la Nación y la Ciudad. Aquí también se han introducido cambios innumerables para ver si hay medio de que funcionen medianamente; y todos los cambios han sido inútiles porque sea cualquiera la forma que se les dé, continúan siendo organismos vacíos (sin conocimiento ni noción de sus deberes elementales). Son máquinas que funcionan bien o mal pero siempre en seco, como las universidades, como los individuos. Y la causa, hay que explicarlo, es continuamente la misma. Es el universal artificio en que se vive (vivimos), esperándolo todo de fuera, y dando a la actividad una forma exterior también; es la falta de amor a la vida íntima, única que puede darnos la fuerza que nos falta para transformar la charlatanería en pensamientos y el combate externo que destruye en combate interno que crea. No bastan, pues, remedios, hay que cambiar nuestra concepción ideal para que por la virtud de su idea propia, cada organismo trabaje en su centro natural y contribuya a fortalecer la acción del Estado en vez de contribuir como hoy a degastarla y a anularla. Hay que realizar una ‘metanoia’ o...”. V termina con el párrafo transcrito. El texto subsiguiente no estaba en el manuscrito.
- 246 (19). M: “es introducirle ideas”.
- 247 (2) y en adelante. E sustituye “aboulía” por “abulia” en todos los casos.
- 252 (1). E: “delirio de contacto”.
- 252 (6). M: “extraña, la de poder resistir el mutuo contacto. Yo no”.
- 252 (29). M: “íntima; en la creación esto”.
- 253 (28). M: “una y otro”.
- 254 (6-7). E: “Se pueden trazar”.
- 254 (24). M: “vieja, reproducidas por”.

- 255 (6-7). M: “al sentimiento general”.
- 257 (5). M: “nos volveríamos a hundir”.
- 257 (7). M: “nuestro poder real que debe”.
- 257 (8). M: “nación y fundarse sobre”.
- 257 (10). M: “el motivo central”.
- 258 (3). M: “de hacerse algo”.
- 258 (17). M: “escalafón y aprendiendo”.
- 258 (21). E suprime “que”.
- 261 (20). M: “debiera inspirar a la gente”.
- 262 (9). E: “legislación con propiedad”.
- 263 (28). E: “de las razas semíticas los gérmenes de su cultura”.
- 264 (21). E: “para los inmigrantes”.
- 265 (30)-266 (1). M: “los que descartan con desprecio la influencia arábiga de nuestra evolución ideal cometen”.
- 266 (18). M: “manos a la obra”.
- 267 (9-10). E suprime “en la realidad existe y se realiza todo cuanto”.
- 267 (22-23). M: “opaco, es luz prestada”.
- 267 (30). M: “aplacaría sus aires de”.
- 268 (15-16). M: “por el mundo, y la interrupción de nuestra vida ideal podrá ser fecunda, porque”.





Hermenegildo Lanz. *Una cruz del Sacro-Monte*

Esta edición de *Idearium español*  
se terminó de imprimir en los talleres de la Imprenta  
de la Diputación de Granada  
en el mes de mayo  
de 2003.